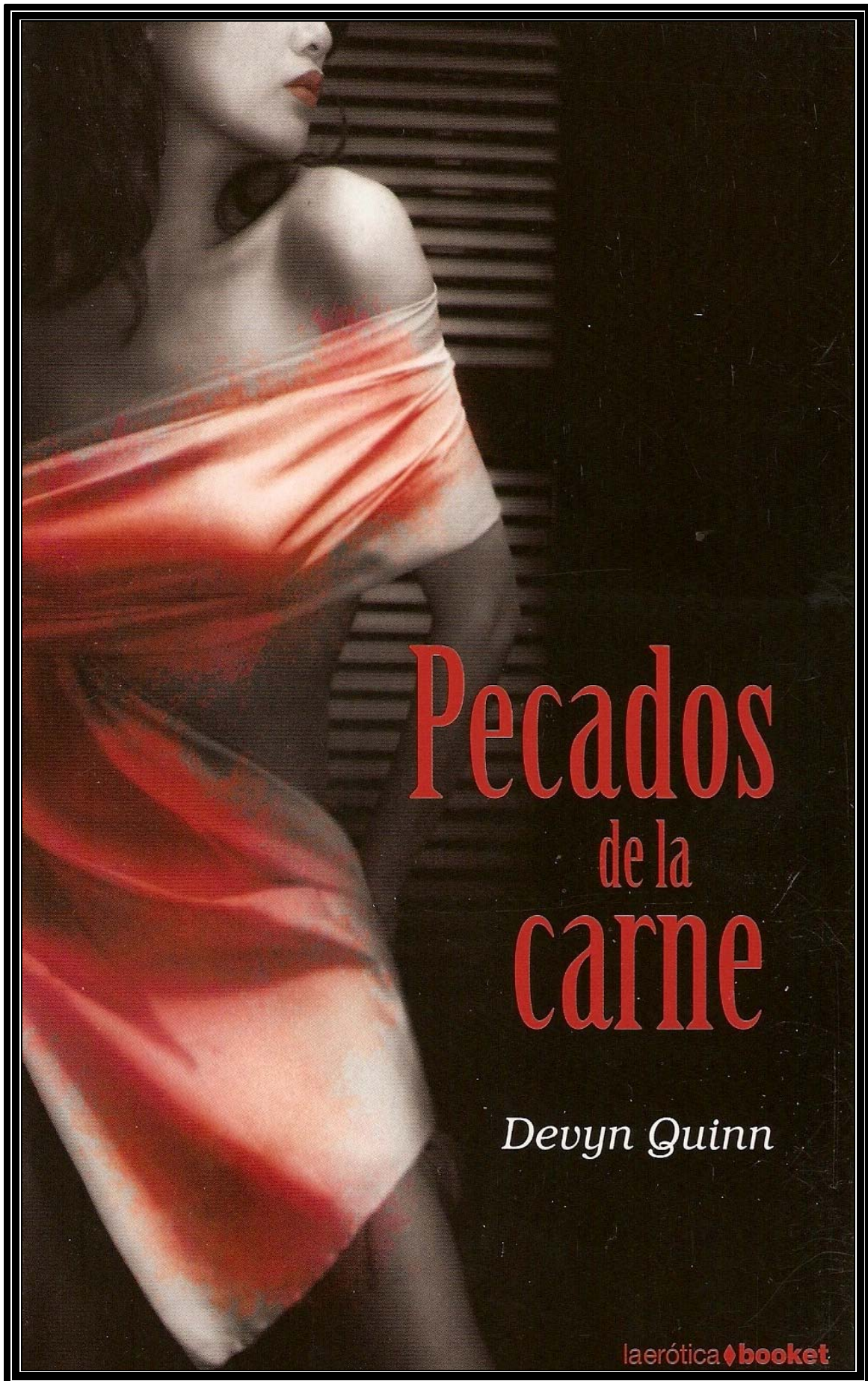




Devyn Quinn

PECADOS DE LA CARNE

*Este libro está dedicado con amor a Stephanie Kelsey,
amiga, consejera y la más diva entre las divas.
Ella me dijo: «Puedes hacerlo.» Y yo la creí.*

ARGUMENTO

Cuando Rachel Marks debe cerrar su pequeña librería por culpa de las deudas, no tiene tiempo de llorar, ya que los acreedores no se distinguen por su paciencia. Y cuando ve que en el club más de moda de la ciudad están buscando a una camarera, entra decidida a obtener el puesto. Con lo que no contaba era con que su jefe fuera el misterioso y terriblemente sexy Devon Carnavorn.

El Mystique es un club gótico, un descenso a la decadencia. El frenesí sexual late al ritmo de la música desenfrenada y delirante. Antes de darse cuenta, la sangre de Rachel se calienta y se acelera. Y el culpable es Devon. Es un amante creativo, dominante, que la despierta a placeres físicos que nunca imaginó, y a corazón se dispara cada vez que se rozan. Pero cada clímax tiene su precio, y pronto Devon reclamará que Rachel pague todas sus deudas... con algo más que pasión.

AGRADECIMIENTOS

Quiero darle las gracias una vez más a mi fabulosa editora, Hilary Sares, por brindar una oportunidad a una pequeña historia y ayudarme a convertirla en una novela. Esta historia jamás se hubiera escrito sin su apoyo y su visión. También quiero darle las gracias a mi fabulosa agente, Roberta Brown, por llevar las historias de los Kynn hasta la mesa de Hilary. Tanto Hilary como Roberta son dos mujeres muy importantes para mí, y yo no podría hacer lo que hago sin su experto y generoso apoyo.

Quiero dar un gran abrazo a mi amiga Tammy Batchelor. Ja, ja... No te lo esperabas, ¿eh? ¡Sorpresa!

No quiero dejarme a mis colegas de Wild Authors, ¡sois los mejores! Podéis saludarlos en su página web:

<http://www.wildauthors.com>

Prólogo

Warwickshire, Inglaterra, 1895

La inmortalidad estaba a su alcance, sólo tenía que alargar la mano.

Devon Carnavorn miró fijamente a las dos mujeres que lo esperaban desnudas en la cama. La tenue luz de las velas acariciaba sus cuerpos cubriéndoles la piel de un cálido y sensual rubor. Luces y sombras se entremezclaban por la habitación, tejiendo un lento vals, al son de los constantes relámpagos que, fuera, anunciaban tormenta.

Devon sonrió hipnotizado por aquella imagen. La expectación espesaba el ambiente. Su deseo crecía y los impulsos primitivos básicos se multiplicaban en su interior.

Ser. Pertenecer.

La noche anterior, sus ojos se habían cerrado al mundo que lo rodeaba. Su corazón dejó de latir, dejó de entrar aire en sus pulmones y su vida mortal simplemente terminó. El aliento de una criatura inmortal lo había despertado de su breve sueño; la sangre de las venas de su señora y el sabor de su profano beso borraron los últimos vestigios de su vida mortal.

Nunca más volvería a ser un humano entre los humanos. Ya no. Había desechado ese caparazón, ese mordaz manto decadente; lo había abandonado del mismo modo que un gusano se deshace de su crisálida para convertirse en una preciosa mariposa.

De repente, la tormenta envolvió la mansión aislándola del resto del mundo. Un extraño frío, casi glacial, insistía en merodear por las esquinas de la habitación, ignorando el fuego que ardía en la chimenea. El viento del exterior vestía el momento de mayor intensidad; un eco sordo de la tormenta que estaba a punto de desatarse en el interior de su alma.

Le escocía la piel; Devon se tocó la frente con la palma de la mano: estaba helada. Le temblaba la mano. Había librado una dura batalla para escapar de las garras de la muerte. Tenía los hombros tensos y la espalda completamente rígida; no se podía relajar. Los segundos pasaban; se convertían en minutos. Lo habían despertado y ahora sabía que se tenía que alimentar; reponer la energía que su cuerpo había perdido al renacer.

La voz de Ariel lo devolvió a la conciencia.

—Te estamos esperando, cariño.

La respiración de Devon se normalizó; la tensión que agarrotaba sus músculos desapareció automáticamente. Ariel había prometido traerle su primera víctima y había cumplido. La imagen de las mujeres desató una oleada de excitación que le recorrió las venas.

Su apetito aumentaba. Por debajo de los pantalones, su erección crecía.

«Esta noche me alimentaré bien.»

Ariel sonrió y buscó los ojos de Devon con sus plateados y brillantes ojos azules. El impacto de su penetrante mirada aceleró el corazón de Devon. Una abundante cabellera negra rodeaba la preciosa cara de Ariel. Un brillo azulado emanaba de sus suaves rizos, realzando aún más su aura ultramundana. Pechos firmes, cintura pequeña y piernas esbeltas. La cara de un ángel. El cuerpo de una zorra. El alma de un súcubo.

—Ésta es Hannah. —Satisfecha, Ariel acarició despreocupadamente la rubia melena de la chica de un modo íntimo y familiar—. Esta será su primera vez.

Devon recorrió el cuerpo de la muchacha con la mirada. Era muy joven. No tenía más de dieciocho años, diecinueve como mucho. Sus delicadas pestañas le peinaban las sonrosadas mejillas cada vez que cerraba los ojos. Tenía los labios húmedos y ligeramente separados. La pálida redondez de sus descarados pechos estaba coronada por unos tentadores pezones rosáceos. Perdida en un ligero trance, la chica recordaría muy poco de la experiencia.

El impacto de su exuberante cuerpo secó la boca de Devon. La demanda carnal le retorció las tripas. Tenía la polla tan dura que le dolía. Quería poseer a la chica. No. Necesitaba poseerla.

—¿De dónde la has sacado?

Ariel, que se estaba divirtiendo mucho, sonrió misteriosamente.

—Nadie la echará de menos, si es eso lo que te preocupa, lord Carnavorn —pronunció las dos últimas palabras como si se burlase de su título. La valiosísima posición social de Devon no significaba nada para ella. Confiaba en los encantos de su feminidad plenamente y no daba importancia a nada que no fueran sus propias necesidades y deseos. El mundo estaba a su entera disposición.

Devon sentía el suave y regular latido de su corazón en las venas; palpitaba con fuerza instigado por la adrenalina que su cuerpo había liberado durante la conversión. Probablemente, la joven había sido seleccionada de los fumaderos de opio de la parte este de la ciudad que a Ariel le gustaba tanto frecuentar.

—Perdona, mi señora. Siempre he confiado en ti.

Mientras hablaba, una punzada le atravesó la cabeza. La bestia se había despertado. De pie y medio tambaleándose, se presionó las sienes con los dedos.

Ariel deslizó la mano suavemente por el vientre plano de Hannah mientras ofrecía su perdón a Devon, poniendo morritos.

—Tómala, cariño. Es para ti. —Su tono era muy persuasivo.

La conciencia desplazó automáticamente a la moralidad. La culpabilidad era un sentimiento que no tenía ninguna dificultad en evitar. En ese momento se sentía incompleto.

Ser. Pertenecer.

Enterrando la virtud bajo un manto de desprecio, Devon empezó a desnudarse. Con las manos temblorosas y una dura y palpitante erección, se desabrochó los inoportunos botones.

Con mucha prisa, consiguió deshacerse de la camisa y del chaleco; los tiró al suelo. Detrás fueron las botas y los pantalones.

La mercenaria mirada de Ariel devoró su estilizada y musculosa figura.

—Sabía que eras uno de los nuestros. —La invitación oscureció su mirada—. Ven con nosotras, Devon.

Él se metió en la cama y se acostó a su lado. La seda de las suaves sábanas emitía un leve crujido, al entrar en contacto con su hambrienta piel. Cada uno de los objetos que había en la habitación estaba especialmente diseñado para crear una atmósfera lujosa que desprendía cierto aire decadente. Las paredes, enmoquetadas en un tono escarlata, estaban cubiertas por tapices de color marfil ribeteados con madera carmesí.

El flexible cuerpo de Hannah se fundió con el suyo, con total naturalidad. Sólo el cuerpo de una mujer podía encajar así. Su erección presionó el muslo de la joven. La podría haber poseído inmediatamente, pero una mano invisible le retorció los pulmones. Necesitó toda su fuerza de voluntad para mantener el deseo a raya.

«Ve más despacio —se recordó a sí mismo—. Esta no es la manera de hacerlo.»

Ariel sonrió.

—Tócala.

Su mano trepó hasta la cadera de Hannah, sus dedos se hundieron en su suave carne. Al sentir su caricia, ella entornó los ojos y sonrió distraídamente.

—Dios mío —murmuró, arrastrando las palabras con un inconfundible acento de barrio obrero londinense.

Sintió un lento y regular zumbido bajo la superficie de la piel de Hannah. Al tocarla notó cómo la electricidad circulaba libremente entre su cuerpo y el de la chica.

Pura energía humana.

Devon presionó con más firmeza. Sintió el latir de una fuerza vibrante. La tensión aumentó. De algún modo, su caricia parecía estar alcanzando las reservas más dinámicas de su cuerpo. Las sensaciones eran impresionantes. Alucinantes.

Cerró los ojos y se dejó llevar por las estimulantes sensaciones. El efecto se extendió por todo su cuerpo como un virus: invadía y reestructuraba su organismo. Cuando era mortal, apenas había sido consciente de ello. Ahora, como Kynn, su cuerpo reconocía de forma natural la necesidad de nutrirse de las energías generadas por los humanos. El deseo azotaba sus sentidos y la polla se erigía de nuevo en señal de demanda.

—¿Lo sientes? —Las palabras de Ariel eran un susurro que encerraba un maravilloso secreto compartido sólo entre ellos dos.

Nervioso y envuelto en un manto de temblorosa necesidad, Devon asintió.

—Lo que estoy experimentando —murmuró— me demuestra que el dolor ha merecido la pena.

Una poderosa y femenina carcajada retumbó en las paredes de la habitación.

—El precio que pagamos por desafiar a Dios nos permite vivir como dioses.

Ariel apartó a un lado la larga melena de Hannah y besó su esbelto cuello. Acarició la piel desnuda del hombro y luego la parte inferior de la vientre, justo por encima del pequeño triángulo de delicados rizos.

Ariel sentía debilidad por ambos sexos y satisfacía sus deseos libremente y sin censuras.

—Ya habías hecho esto muchas veces antes de tu conversión. Sólo tienes que hacer lo que sueles hacer cuando tienes a una mujer preciosa a tu disposición. —Deslizó la mano

hacia abajo y sin necesidad de recibir instrucciones, las piernas de Hannah se separaron mostrando su delicioso sexo.

La humedad del vello púbico de la joven indicaba que ya estaba preparada. Reaccionó a las caricias de Ariel con lentos y complacidos movimientos. Era evidente que estaba disfrutando de la mano que acariciaba su húmeda carne. Su aliento se convirtió en un dulce gemido que escapaba de sus labios, suave y lentamente. Los aceites perfumados en los que se había bañado le cubrían la piel de un sensual brillo.

Los ojos de Ariel se cruzaron con los de Devon mientras le metía los dedos en la boca y le untaba los labios con aquel jugo almizclado.

—Está tan húmeda... y firme. Tómala, pruébala.

Al mismo tiempo que recomponía su postura para ponerse encima de Hannah, Devon cogió la cabeza de la chica con la mano y le buscó los labios con la boca. Ella aceptó su beso; movía la lengua rápidamente enredándola con la de Devon. Era evidente que no lo estaba pasando nada mal. Los labios de ambos se fundieron en un caliente baile que pronto los dejó jadeando de deseo.

Las manos de Devon exploraron el cuerpo esbelto y firme de Hannah. La tensión la hacía temblar; un delicado rubor le subía por el cuello realzando el azul de unos ojos con expresión de desnuda vulnerabilidad.

A Hannah se le escapó un gemido de placer.

—Tócame. —Se retorció por debajo de él rozándole el hombro con la mejilla—. Por todo el cuerpo.

Devon acarició con suavidad aquellos sedosos rizos; luego, lentamente, deslizó la mano entre sus piernas y exploró su sexo con delicadeza. La húmeda evidencia de su placer potenció el de Devon. La rigidez se adueñó de sus muslos y sus caderas.

Hannah se agarró a los barrotes del cabecero de la cama y abrió más las piernas; cada uno de los deliciosos centímetros de su sexo quedó abierto y preparado para que él lo llenara.

Devon acarició los labios vaginales de arriba abajo, disfrutando de los maullidos que escapaban de los labios de Hannah, que se estremeció y empujó el cuerpo contra el colchón. Él bajó la cabeza y posó sus labios sobre uno de los pezones. Moviéndola la lengua rápidamente sobre el pequeño y duro botón, y luego succionó con fuerza al mismo tiempo que dibujaba húmedos círculos sobre la cima. Cada uno de sus lengüetazos se unía con la energía que fluía bajo la piel de Hannah y que transmitía ondas de intensa necesidad a su cuerpo. Aquellas sensaciones, que iban más allá de la mera lujuria, se concentraron en la ingle de Devon y lo marearon de dolor. El ansia por cubrir su nueva necesidad le provocaba un temblor que le sacudía todo el cuerpo; la transpiración le cubría la piel de un ligero brillo.

Su polla estaba cada vez más dura y una neblina roja cruzó sus ojos. Quería estar dentro de su coño, hundirse hasta el fondo; sentir como Hannah se estremecía de placer mientras él absorbía la energía que emanaba de su cuerpo. Excitado. Frustrado. Quería más. Era el momento.

—Lo necesito.

Ariel sonrió mientras paseaba los dedos por la vieja joya que colgaba de su cuello. Era un amuleto de plata en forma de triqueta celta, tres triángulos entrecruzados que simbolizaban los tres aspectos de la dominación Kynn; la comunión entre la sangre, la carne y el sexo. Los laterales del amuleto estaban lo suficientemente afilados como para cortar carne humana. A decir verdad, se había utilizado para eso muchas veces. Tiró de él con fuerza; la cadena se rompió. Esbozó una satisfecha sonrisa y le ofreció el amuleto a Devon.

El, totalmente fuera de control, aceptó el amuleto. Se quedó petrificado un momento, dudaba y sentía aprensión. Para establecer la conexión con su víctima, tenía que beberse su sangre.

Bajó la cabeza y se miró el cuerpo. Su torso estaba cubierto de pequeñas cicatrices. Una profunda y fría sensación de miedo le agarrotó el pecho. Se le hizo un nudo en la garganta. Sentía cómo se le clavaban las espinas de su abandonada religión. Los Kynn tenían que tomar comunión con su víctima. Lo sabía desde que había decidido aceptar la invitación que le hizo Ariel cuando le propuso que se uniera a su mundo prohibido. Los Kynn, caídos del cielo y sin poder entrar en el infierno, eran seres marginados por ambos mundos.

Ariel percibió sus dudas.

—Cuando cortes, hazlo rápido. —Una sonrisa se dibujó en sus labios—. No le harás tanto daño.

Dudando, Devon apretó los dientes y tragó saliva. Su mano sólo tembló un momento cuando hundió uno de los afilados laterales en la suave piel del pecho izquierdo de Hannah, luego lo deslizó bruscamente hacia abajo. Su piel se abrió; la íntima invasión la hizo gritar del susto. La sangre manó del delgado corte rojo.

Ariel se inclinó sobre Hannah y apaciguó su dolor susurrándole suaves palabras de consuelo y con delicados besos. Las bocas de las chicas se unieron y se devoraron los labios mutuamente.

El amuleto resbaló de los relajados dedos de Devon y cayó al suelo. Al percibir la presencia de la sangre, la bestia escondida en lo más recóndito de su mente tomó el mando. Una antigua y primitiva criatura le apartó de sus pensamientos y se hizo con el control. Lo invadió un instinto ferozmente animal; un apetito prohibido por Dios y desdeñado por Satán.

Devon lo sintió dentro de su cabeza, bajando por su espalda e introduciéndose en su cuerpo hasta llegar a sus huesos; parecía que lo fuera a partir por la mitad. Ardiendo incontrolable, el ser que había liberado era imparable. Negar su presencia hubiera sido inútil.

Devon temblaba; una fuerte sensación de ansiedad se había adueñado de él. Apretó los labios contra la herida y la sangre caliente le cubrió la lengua. El sabor no era tan desagradable como se había imaginado. Bebió deleitándose en la cobriza dulzura que se deslizaba suavemente por su garganta. El sabor era como el de la miel recién extraída de la colmena.

—Sólo necesitas beber un poco para alcanzar la conexión —le dijo Ariel—. Ahora puedes extraer de su cuerpo las energías que sostendrán el tuyo.

Devon se puso de rodillas y se colocó entre las piernas abiertas de Hannah. Sin apenas atreverse a respirar, deslizó sus manos por la parte interior de sus muslos. Tocarla lo intoxicó. Su efecto lo invadió como un trago de buen whisky en una fría noche de invierno. Le provocó una sensación de instantánea satisfacción. Bajó los ojos y vio el precioso sexo de Hannah. Su polla, una bestia ansiosa por ser alimentada, se arqueó hacia su estómago.

Como un director guiando a su orquesta, Ariel cambió de posición y se situó detrás de Devon. Él la sintió a su espalda: dibujaba lentos círculos alrededor de sus oscuros pezones con los dedos. Devon notó las frías y suaves manos de Ariel sobre su abrasadora piel. El contraste entre el frío y el calor lo enloqueció.

—Lo estás haciendo muy bien, mi amor. Tómala, poséela.

Devon gimió y en su cara se dibujó una mueca; parecía de dolor.

—¡Oh, Dios mío! Puedo sentirlo dentro de mí.

Un susurro le acarició dulcemente la oreja.

—Déjate guiar. Tu cuerpo sabe lo que debe hacer.

Devon apretó los dientes. Lo deseaba con ardiente y fiera necesidad; nunca había sentido nada igual.

Agarró las caderas de Hannah y empujó hacia delante, metiéndose dentro de ella con una única y fuerte embestida, sintiendo la lustrosa y suave piel de sus desnudos muslos rozándole la cadera. A Devon se le escapó un profundo gemido al mismo tiempo que Hannah emitía un pequeño grito. Una sedosa envoltura le abrazaba la polla con fuerza.

Su erección palpitó. Aún no. Sus reacciones eran más instintivas que racionales.

Devon cerró los ojos. Salió del cuerpo de Hannah con una lentitud casi tormentosa y volvió a embestirla observando cómo desaparecía toda su longitud dentro del cuerpo de la chica.

La sacó. Otro empujón.

Las sensaciones se multiplicaron por diez. Los tensos músculos internos de Hannah lo envolvían como un guante de terciopelo, líquido y caliente.

¡Oh, Dios mío!

Aceleró el ritmo y su autocontrol empezó a desaparecer. Perdiendo la contención, levantó las caderas de Hannah, la cogió por el culo y la embistió otra vez. Una oleada de calor le invadió la ingle y, tras cada empujón, el ardor se extendía por las cremosas profundidades de la joven.

El tiempo dejó de existir. Una nueva fuerza recorrió su cuerpo. Cada vez que la embestía alcanzaba el centro de la energía más pura; la energía que sustenta la vida.

Mientras la penetraba, Devon apenas podía distinguir la forma exacta del cuerpo de Hannah, cuyos desesperados quejidos transportaban su pasión hacia un terreno febril.

Hannah gemía, temblaba y luego perdía el ritmo. Primero se asustaba y después sentía placer; sus gemidos se tornaban primitivos gritos guturales. El camino hacia el clímax se iba construyendo, seguro y fuerte.

El aliento le abrasaba los pulmones y sus caderas eran imparables; Devon se retiró y luego volvió a entrar con fuerza, hasta el fondo. Esta vez sintió los resultados físicos de la

fricción entre ambos, el crepitar de la energía en estado puro, abandonando el cuerpo de Hannah para entrar en el suyo. La esencia de la chica lo inundó.

El aire tembló a su alrededor; una extraña picazón trepaba por su piel y se deslizaba por su espalda. No las vio exactamente, pero sintió cómo extrañas distorsiones se arrastraban sigilosamente por las esquinas de la habitación. En el interior de su mente, la desfiguración era puro fuego; giraba a su alrededor y se le acercaba a una velocidad alarmante. Un rugido lejano le llegó a los oídos; la sensación le produjo un suave mareo que le nubló la vista y luego le oscureció la visión. Todo el peso de la eternidad amenazaba con aplastarlo y resucitarlo al mismo tiempo. Una fuerza superior le destruía la mente y se mezclaba con un tormentoso placer infinito; energía en estado puro le recorría el cuerpo. Tenía la sensación de que la sobrecarga le haría explotar.

Una explosión luminosa desplegó un resplandor de color naranja y de un rojo cegador. La energía de toda vida, la intensidad de toda creación, recorrió su cuerpo como un rayo. En ese momento, el tiempo y el espacio eran una única entidad de puro poder y majestuosidad. Sin duda había disfrutado del principio, del final y del transcurso de aquel momento.

Hannah levantó el pecho y arqueó el cuello; su cuerpo se sacudió y se estremeció. El pulso, acelerado, le golpeaba la garganta y latía bajo su pálida piel como el aleteo de un pájaro. Gimió. Sus ojos ardían debido al calor producido por la conexión que había alcanzado con Devon; no podía parar de jadear.

Él se estremeció y sacó la polla del cuerpo de la chica. Un blanco y caliente placer hizo implosión en su vientre y lo recorrió como un río de fuego desde la cabeza hasta la punta de los pies. Una explosión de sensaciones se agolpaba en su cerebro haciendo añicos hasta el último de sus pensamientos. No podía pensar, tampoco podía respirar, pero no le importaba. Bajo su cuerpo, la cama había temblado y se había agitado; después, todo volvió a quedarse en calma.

Haciendo un gran esfuerzo, consiguió estabilizar el ritmo de su respiración.

Poco a poco, su cuerpo se fue relajando y la tensión de sus músculos disminuyó. El extraño letargo, que tan ferozmente se había adueñado de él, empezaba a desaparecer.

La respiración de Hannah era muy débil. Lo que acababa de ocurrir la había dejado abatida. Lentamente, su rostro empezó a recuperar el color que había perdido. Un suave gemido escapó de sus pálidos labios y se le cerraron los ojos.

Ariel, orgullosa de la actuación de su amante, cubrió de besos los hombros de Devon.

—Lo has hecho muy bien, amor. —Le rodeó la cintura con los brazos y, posesivamente, colocó las manos sobre su pecho, mientras, cómplice y entusiasta, le mordisqueaba la húmeda piel.

Cuando la terrible fiebre hubo desaparecido y su riego sanguíneo se hubo restablecido, notó que sus sentidos volvían a funcionar con normalidad, Devon pudo saborear las sensaciones plácidamente gracias a la renovada vitalidad que empezaba a sentir. Se sentía ligero, como si flotara. Lo que sí era nuevo y lo había dejado atónito era la convicción de que aquel primitivo acto era la antesala de una larga y feliz eternidad.

Alucinante.

Capítulo 1

Warren, California. En la actualidad.

Una vez más, la noche había llegado a su fin. Las garras del alba se aferraban al horizonte de la tierra, negándose a ceder ni una hora más a la oscuridad. Lentamente, las orillas del oscuro cielo nocturno se teñían de rosa pálido. Muy pronto, el despiadado sol reinaría de nuevo.

Devon Carnavorn, acostado sobre una chaise longue, se tomaba el último trago de su vaso de jerez.

—Una noche más —murmuró para sí— echada a perder.

Con la ropa mal puesta y apestando a sexo, echó una mirada a su alrededor. Estaba rodeado de una proliferación de cuerpos desnudos. El olor corporal que desprendían se mezclaba con el intenso aroma a incienso de sándalo que flotaba en la habitación. Los sexos se mezclaban, se fusionaban. Aquella noche no sonó música y, sin embargo, muchos de ellos bailaron juntos dibujando rítmicos y lentos movimientos. Otros, más cegados por el placer, se adueñaron de sofás, sillas e incluso del suelo y se dejaron llevar por la pasión de ardientes prácticas amoratorias. Fundidos en íntimos abrazos, se exploraron centímetro a centímetro con las manos y la boca.

Devon frunció el ceño disgustado.

—Ya no soy capaz de distinguir una noche de otra. —Su vida se había convertido en una nube borrosa. No estaba viviendo de verdad. Simplemente existía.

Disgustado, se levantó; casi tropieza con las mujeres desnudas que estaban acostadas sobre la alfombra. Registró un vago recuerdo. Se había follado a una de ellas. Más de una vez, analmente, oralmente, y en todas las posturas que uno se pueda imaginar.

Cerró los ojos e intentó rescatar un recuerdo que no tenía ningún interés en rememorar; en su boca se dibujó una mueca de disgusto. La imagen del cuerpo desnudo de aquella chica no conseguía hacerlo reaccionar. Se preguntaba si habría visto en ella algo más que una mera herramienta para saciar su apetito. Emitió un profundo gruñido. —Nada, maldita sea. Nada.

En lugar de sentirse satisfecho, se sentía vacío. Aquella mujer no significaba nada, no había causado ni las más mínima impresión en él. Ni siquiera sabía su nombre. Dentro de algunas horas no recordaría ni su cara.

—Qué Dios me perdone —dijo esbozando una malvada sonrisa—. Nunca pensé que me aburriría de la inmoralidad.

Triste, pero cierto.

Devon apretó los labios. Todo lo que debía ir bien en su vida iba mal. Muy mal.

Se sintió atrapado entre aquellas paredes, agobiado por la respiración de todas aquellas personas; necesitaba salir al exterior. Si no salía, empezaría a gritar y no pararía de hacerlo nunca más.

Se detuvo un momento para rellenar un vaso que, últimamente, se vaciaba con demasiada regularidad y se encaminó hacia las puertas francesas que daban a los jardines traseros.

Cuando salió, se sintió más aliviado gracias al fresco y perfumado aire de la mañana, pero le seguía doliendo un poco la cabeza.

Mientras se bebía el jerez, observó cómo el día se abría paso entre las sombras. Aquellas silenciosas horas, cuando el mundo aún dormía, eran las que más duras le resultaban; la soledad se apoderaba de él y sentía que su alma estaba vacía. Pronto tendría que buscar refugio. Durante el día, sus energías y habilidades paranormales se debilitaban. Si se mantenía a cubierto, podía ir a cualquier sitio con bastante libertad. Cuando salía al exterior, al bajar del coche, debía apresurarse para ocultarse del sol. Sin embargo, últimamente, había flirteado con la idea de exponerse a la luz del sol.

El suicidio lo tentaba, pero siempre se había contenido. Y no porque no fuera lo bastante fuerte; no necesitaba ser fuerte para exponerse a la luz del sol. Sólo debía caminar hasta que se le quemara la carne y su piel se convirtiera en polvo. Sin duda, una muerte como ésa sería dolorosa. Tal vez sería una penitencia bien merecida.

Ariel murió y él había sobrevivido.

Devon dio un paso hacia delante y luego otro; pero se sintió incapaz de dar un tercero.

Se paró. Enterró la idea de la autoinmolación en lo más recóndito de su mente. Los Kynn escaseaban. Los Amhais, acosadores de las sombras, operaban con eficiencia. Los cazadores de vampiros, empujados por el fanatismo religioso, no desistirían jamás. El mismo había estado a punto de caer en sus redes en varias ocasiones. Aquellos humanos eran expertos asesinos y estaban demasiado dispuestos a morir por su causa.

Para los Amhais, un vampiro era un vampiro. Y los vampiros debían ser asesinados.

A Devon se le hizo un nudo en la garganta. Un gélido escalofrío le recorrió la espalda. Ya había pasado casi un siglo desde que perdió a Ariel por culpa de esos estúpidos ignorantes.

A pesar de que nunca fue un hombre que se dejara llevar por la tristeza, cayó en una profunda depresión; su existencia se le antojaba una fútil maldición. La inmortalidad no significaba nada cuando se tenía que pasar en soledad, y la muerte de su señora era más difícil de soportar sabiendo que tenía toda la eternidad por delante. Creía que había progresado desde entonces, pero no era así.

Cerró los ojos. Recordar la muerte de Ariel le provocó un fuerte dolor de cabeza; sus manos empezaron a temblar. Temiendo desmayarse, pasó los fríos dedos por los ojos y presionó los párpados con fuerza. Él y Ariel no habían estado juntos durante mucho tiempo, pero la huella que dejó en él quedó indeleblemente grabada en su cerebro.

Ariel había sido su señora. Su amante. Ella lo había sido todo para él.

Habían planeado una eternidad juntos, y tuvieron menos de una década. Nunca encontraría una mujer que pudiera reemplazarla. En realidad, las mujeres que había

actualmente en su vida sólo eran cuerpos bonitos; pasaban de largo en su vida y no dejaban huella alguna ni en su mente ni en su corazón.

Antes era un hedonista en el más amplio sentido de la palabra. Hubo un tiempo en su vida en el que no podía parar de buscar el pecado; era su naturaleza. La vida estaba hecha para disfrutarla y había demasiadas tentaciones.

Sin embargo, había pasado ya mucho tiempo. El mundo había cambiado. Los humanos crecían, envejecían y morían a su alrededor. La tecnología había evolucionado, la geografía había cambiado, las culturas se encontraban y se fusionaban. Mantenerse a flote nunca había supuesto ningún problema para él.

Hasta ahora.

En algún momento que Devon no podía precisar con claridad, la entropía se había adueñado de su vida. La raíz de ese veneno anidó en sus sentidos y se adueñó de todo su ser. Finalmente, los dos monstruos de su vida, la lujuria y la codicia, se habían vuelto en su contra. La suma de ambos factores no aumentaba su calidad, sino que la deterioraba. Tenía treinta y cuatro años cuando dejó de cumplirlos, ahora estaba iniciando la primera mitad de su segundo siglo. La vida, que un día juró conseguir, ahora lo aburría terriblemente.

¡Mierda! Tenía la sensación de que todo le iba mal. ¿Se suponía que los inmortales padecían una crisis de mitad de siglo? No sabía por qué, pero tenía el presentimiento de que no solucionaría ese bache comprándose cadenas de oro y un Lamborghini.

Devon observó el peligroso sol. De repente se le revolvió el estómago y le flaquearon las rodillas. Hacía tan sólo unos minutos su cuerpo ardía de deseo; ahora estaba completamente helado. El sudor empapaba su camiseta y le salpicaba la frente.

«Tú y yo tal vez nos volvamos a encontrar.»

A su espalda, una voz irrumpió en sus pensamientos.

— ¿Señor?

Devon se volvió. Simpson, su criado y confidente, estaba de pie detrás de él. Era un hombre discreto y completamente de fiar; se podía confiar en Simpson para que hiciera su trabajo y para que mantuviera los ojos abiertos y la boca cerrada.

Devon tragó con fuerza, pero no supo si se sentía aliviado o desilusionado. Su reunión con el brillante astro tendría que esperar. Tal vez mañana. Pero, definitivamente, no sería hoy.

— ¿Se han ido ya?

Simpson, cuya tez era sombría y seria, asintió enérgicamente.

— Los he echado a todos.

Devon asintió. No había nada que odiara más que una casa llena de cuerpos exhaustos. Una vez concluida la orgía, quería que lo dejaran solo.

— ¿Y la jovencita? — preguntó refiriéndose a su polvo más reciente.

Simpson frunció el ceño.

— Le he pagado y se ha ido. — Sus palabras destilaban desaprobación.

Devon tomó otro trago de jerez mientras pensaba que tenía pocas ganas de decir lo que iba a decir.

— Supongo que no debería traer a casa a toda esa chusma. — En ningún momento pretendió darle un tono interrogativo a su frase.

—Si me permite decirlo, señor —replicó el criado—, es peligroso que siga exponiéndose a esa gentuza. Su reputación no está en muy alta consideración. Cualquier día de estos...

—Me darán alguna sorpresa desagradable —lo interrumpió Devon, molesto—. Lo sé. —Últimamente no estaba siendo precisamente discreto.

Simpson resopló, mirándolo bastante disgustado.

—Un poquito más de..., ¿cómo le diría?, moderación por su parte podría ayudar mucho a su reputación. Se habla demasiado sobre lo que ocurre en esta casa. Devon arrugó la frente y encogió los hombros sintiéndose incapaz de protestar. Todo lo que Simpson estaba diciendo era verdad. Probablemente, llegados al punto en el que estaba, intentar salvar su reputación era inútil. Como Kynn, había elegido no limitar su inclinación por la aventura sexual. En realidad, había hecho todo lo contrario. Explotó la mitología vampírica abriendo exitosos clubes nocturnos de temática gótica. Al hacerlo, había rehecho su fortuna en varias ocasiones. Cuando tenía algún problema, utilizaba una solución de hombre rico: el dinero.

Lo único que el dinero no podía comprar era su paz interior. O el amor.

«Algo que no he vuelto a tener desde que Ariel murió.» Había empezado a dudar de si alguna vez volvería a tener la oportunidad de encontrar una segunda pareja.

Intentando olvidar ese tema, apuró el contenido de su vaso. La sensación de vacío le estaba comiendo por dentro.

—No quiero seguir hablando de este tema. —Sus palabras significaban: esta conversación se ha acabado.

—Por supuesto, lord Carnavorn. —Simpson sólo utilizaba el título de Devon cuando estaba molesto. Con los labios apretados, Devon se masajeó las sienes. Joder. ¡Que se cabree si quiere! El dolor de cabeza volvió con fuerza; tenía la sensación de que los ojos se le iban a salir de las órbitas. Había bebido y follado mucho y se sentía como una mierda. El agotamiento se había apoderado de él y ni siquiera se había dado cuenta. En lugar de sentirse vigorizado gracias a su reciente alimento, se sentía como un bloque de hormigón. Pesado, gris e inerte.

Un rayo de sol se posó sobre su piel y él volvió a las protectoras sombras. Simpson lo siguió. Como si intuyese los últimos pensamientos de su señor, el criado bajó las persianas. Se cerraron emitiendo un enérgico chasquido; podían protegerlo del mundo exterior, pero no de sus pensamientos.

Devon deseó poder cerrar los ojos y escapar a algún lugar indeterminado; vivir en paz en el limbo para siempre.

Simpson se quedó frente a él, manteniendo la distancia deliberadamente.

—¿Está usted bien, señor?

Devon tenía la mandíbula rígida. Le dolían mucho los hombros y el cuello.

—Estaré bien.

Por lo menos, eso esperaba.

Los excesos de la noche anterior empezaban a pasarle factura; se presionó los ojos con las manos. Tal vez, si se pudiera frotar con fuerza el cerebro, destruiría las neuronas de su cerebro y dejaría de pensar. De respirar. De existir.

Pensar en la cama vacía que le esperaba aún lo deprimía más. Últimamente dormía muy poco, principalmente porque odiaba enfrentarse a esa desierta extensión de sábanas frías. A pesar de la multitud de preciosas mujeres que había tenido a mano recientemente, se iba a la cama solo. Otra vez.

Capítulo 2

La dependienta giró el cartel de «ABIERTO» y pudo leerse «CERRADO».

—No me puedo creer que ésta sea la última vez que vayamos a hacer esto.

Rachel Marks estaba absorta contabilizando las ventas del día; levantó la mirada.

—Lo hemos intentado, Ginny. Pero no vendemos lo suficiente como para mantener la librería abierta —dijo frunciendo el ceño—. El problema es que la tienda no está situada en las nuevas instalaciones que se están construyendo en la otra parte de la ciudad. La vieja mujer asintió.

—Es una lástima. El centro comercial ha absorbido los negocios de la calle Main.

Rachel arrugó la frente. Se había quedado sin trabajo por culpa del nuevo centro comercial; era incapaz de competir con la enorme librería que habían abierto allí. Le hubiera encantado trasladarse a un lugar mejor, pero no se podía permitir el desorbitado alquiler que pedían por los locales. De nada servía que hiciera ofertas, no importaba cuánto llegase a bajar los precios, la nueva librería siempre estaba un paso por delante de ella. Además, ellos tenían una cafetería; ¡con eso no se podía competir! ¿Por qué iba alguien a ir a su pequeña tienda cuando le esperaba una cornucopia en la otra parte de la ciudad?

Ginny se enjugó las lágrimas.

—Me hubiera gustado tanto seguir trabajando aquí... —Echó un último vistazo a las estanterías vacías—. ¡Es una librería tan acogedora!

—Era una librería muy acogedora —refunfuñó Rachel mientras escribía en una hoja las cifras del día para su registro. Aquel último mes de liquidación sólo había conseguido ganar el dinero suficiente para cubrir el alquiler del local y el sueldo de Ginny. No sobraba nada para ella. Deprimente. Si no encontraba trabajo rápido, no podría ni pagar el alquiler de su propio apartamento.

Rachel contó el dinero correspondiente al sueldo de una semana de Ginny.

—Aquí tienes. Siento que no sea más...

Ginny negó con la cabeza.

—No quiero el dinero.

Rachel sonrió a pesar de su tristeza. Ginny Smithers nunca quería coger su dinero. Era una viuda de sesenta años que vivía de una pobre paga de la Seguridad Social con la que a duras penas le alcanzaba para vivir.

Aunque Ginny protestara alegando que no necesitaba el dinero, Rachel siempre insistía hasta que la mujer lo aceptaba. Ginny había sido la única trabajadora que se había podido quedar en aquellos dos últimos meses. El resto del personal se había marchado a medida que las ventas disminuían.

Rachel suspiró, cansada.

—Por favor, Ginny, hoy no. Has trabajado muy duro esta semana. Coge el dinero, vete a casa y descansa. Ha sido un día muy largo.

Ginny se metió el dinero en su monedero cuidadosamente.

—¿Necesitas ayuda para cerrar?

Rachel negó con la cabeza.

—No. Sólo tengo que llevarme estas últimas cajas de libros que no se han vendido y ya estará todo.

Ginny vaciló un momento prolongando su despedida.

—Si estás segura...

—Estoy segura. —Rachel salió de detrás del mostrador—. Sólo quiero que me des un abrazo, y me prometas que te vas a cuidar. —Se fundió con la diminuta mujer en un tierno abrazo.

Ginny dio a Rachel unas cariñosas palmaditas en la mejilla.

—¿Pasarás a verme algún día?

Rachel sonrió aunque, en el fondo, no estaba muy alegre.

—Pues claro que iré a verte, y espero tener una de tus deliciosas magdalenas de chocolate esperándome.

Una sincera sonrisa iluminó el rostro de Ginny.

—Haré una gran hornada.

—Perfecto. —Rachel acompañó a la anciana hasta la puerta—. Venga, vete a casa antes de que anochezca.

Levantó la cabeza y miró hacia arriba. Se avecinaba una tormenta. El cielo tenía un aspecto plomizo: las nubes, pesadas, amenazaban con descargar ferozmente. Se estaba levantando un viento muy frío procedente del norte; estaba claro que el gélido invierno no parecía tener ninguna intención de despedirse tan pronto. Aquel marzo estaba siendo especialmente frío; demasiado para la soleada California.

De todas formas, a ella le gustaban esos días. Relacionaba la lluvia con un cálido fuego, una taza de chocolate caliente y un buen libro; eran días para perderse en otro mundo.

Rachel, con los brazos cruzados, observó cómo Ginny arrastraba los pies por la acera mientras se alejaba. Eran las cinco en punto de la tarde y los demás comercios de la calle Main también estaban cerrando. Esta parte de la ciudad normalmente se recogía al ponerse el sol.

Suspiró, cerró la puerta tras de sí y echó el cerrojo. Se volvió y observó la librería por última vez; tan sólo hacía unas horas estaba llena de libros. Novedades, ficción, no ficción, biografías, viajes, autoayuda, libros infantiles... Siempre intentaba tener un poco de todo. Para mantener contenta a la clientela, pedía sin falta los últimos bestsellers y también conseguía los títulos difíciles de encontrar. Sin embargo, nunca pudo ganar la batalla a los libreros con página en Internet.

No estaba sola. Muchos de los pequeños comercios de la calle Main tampoco habían podido competir con el centro comercial. Pero eso no le hacía sentirse mejor. Seguía sintiéndose como una fracasada. Se había visto obligada a vender la mayoría del género a un precio ridículo para que la gente se lo quitase de las manos. Devolvería todos los libros

que no había vendido por si algún librero los volvía a pedir en el futuro. Aunque para ella ya no había futuro; su librería había quebrado.

Para siempre.

Era absurdo quedarse ahí plantada pensando en ello.

Rachel se apresuró hasta la parte trasera de la tienda y atrancó la puerta para que se quedase abierta, luego abrió el maletero del coche. Una ráfaga de viento le levantó un poco la falda. Aún no se oían truenos, pero los constantes relámpagos avisaban de la inminente tormenta.

Se cogió el dobladillo de la falda antes de que se le levantase más y todo el mundo viese sus pantis, y volvió rápidamente a la tienda para coger una caja de libros. La llevó a peso hasta el coche y la metió en el maletero. Hizo dos viajes más y todo acabó.

Cerró el maletero de golpe. Doce años echados a perder. Los coches subían por la calle Main para dirigirse a la gran zona comercial.

—Todos al centro comercial. —«Al maldito centro comercial.»

Una mujer bajita, corpulenta, con una deslumbrante melena pelirroja y las mejillas coloradas salió de la puerta trasera del edificio que estaba junto al suyo. Frannie Sutter se dirigía hacia ella a toda velocidad vestida con uno de sus conjuntos hippies concebido para ignorar abiertamente el mundo de la moda. Los amuletos que llevaba colgados del cuello tintineaban cuando caminaba; parecía una campanita balanceada por el viento. El aire apenas le dañaba el peinado. Aquella masa rojiza siempre tenía el aspecto de haber sido soldada con algún fijador extrafuerte. Llevaba anillos en todos los dedos de las manos, incluso en los pulgares; algunos eran caros, pero la mayoría sólo era bisutería chillona. Frannie tenía una tienda de magia y le gustaba decir que, además de ser pitonisa, era una bruja blanca. A menudo le pedía a Rachel las novedades sobre brujería y poderes sobrenaturales.

—¿Ya te vas, querida?

—Sí, ya lo tengo todo preparado.

Frannie miró el viejo coche oxidado de Rachel y suspiró.

—Lo siento, cariño. Hice todos los hechizos que pude. —Se encogió de hombros un poco avergonzada—. Supongo que esta vez me han fallado los poderes.

Rachel hizo una mueca con los labios.

—No te preocupes. Ya me lo esperaba. A decir verdad, tendría que haber cerrado la tienda hace un año. —«Si lo hubiera hecho aún me quedaría un poco de dinero.» Tal como estaban las cosas en aquel momento, no le quedaba ni un céntimo.

Frannie la arropó con un gran abrazo. El olor a gardenias que desprendía aquella mujer se pegó a la piel de Rachel.

—Esto no será lo mismo sin ti.

Rachel se enjugó las lágrimas.

—Odio esto —susurró—. Lo estoy perdiendo todo.

A Frannie también se le escaparon las lágrimas, pero intentó sonreír.

—Lo sé. —Hacía pucheros mientras se limpiaba las lágrimas—. ¿Puedo hacer algo por ti?

A Rachel se le hizo un nudo en la garganta. Vaciló durante un largo y tormentoso minuto.

—Enciende una vela por mí.

Frannie, encantada con la idea, le dedicó una traviesa mirada y arqueó las cejas.

—¿Quieres que rece también para que aparezca en tu vida un guapísimo y alto moreno?

Aquella sugerencia recorrió el cuerpo de Rachel como una gota de agua congelada. Rotundamente no. «¿Y que vuelvan a fastidiarme la vida? Ni hablar», pensó.

—Preferiría saber qué número va a salir en la lotería, por favor —contestó.

Frannie le guiñó un ojo.

—Mucho mejor. Así te podrás comprar todos los muñecos hinchables que quieras.

Un relámpago brilló en el cielo advirtiéndole de la tormenta que se avecinaba.

Frannie le dio un último abrazo a su amiga, se despidió con la mano y volvió corriendo a su tienda. Tenía un trabajo, un lugar al que ir, clientes que atender.

Justo cuando algunas gruesas gotas de agua empezaron a golpear el coche, Rachel se deslizó tras el volante con la vista nublada por las lágrimas. La lluvia comenzó a castigar la tierra con fuerza. Rachel arrugó la nariz y se limpió algunas gotas de lluvia de la cara. No quería irse a casa. Aún no. Tampoco tenía prisa. Nadie la estaba esperando, excepto su gato Sleek. Y si sus platos de comida y agua estaban llenos tampoco él la echaría de menos.

Sintiéndose como una completa perdedora, Rachel se hundió en su asiento. Para ella, cerrar la librería no sólo suponía perder su fuente de ingresos, también significaba perder hasta el último céntimo que tenía.

¿Cómo llamaban a las jóvenes empresarias que no tenían dónde caerse muertas? ¿Jóvenes, aunque sobradamente preparadas?

Fracasadas.

—Fracasada, efectivamente —balbuceó—. Tal vez no tenga trabajo, pero aún tengo un título. Seguro que hay un montón de gente que se muere por contratarme. Me puedo ganar la vida trabajando en cualquier sitio.

Valientes palabras. En el fondo estaba muerta de miedo. Tenía el estómago revuelto; amarga bilis subía por su garganta. Se había vuelto a quedar en la calle con la nariz pegada a la ventana de la fortuna. Se sentía como si la vida la hubiera echado. Había sido desahuciada. ¡Otra vez!

Las lágrimas asomaron a sus ojos. Pestañeó y una de ellas resbaló por su mejilla. Otra la siguió. Limpiándose las, aporreó el volante con las manos.

—¡Maldita sea, tengo treinta y tres años! Soy demasiado vieja para volver a empezar.

El montón de facturas que ocupaba el asiento del pasajero atrajo su atención. Esbozó una mueca de dolor mientras las enumeraba mentalmente.

El alquiler, el agua, la luz, el gas, el teléfono, el seguro del coche... La Visa al máximo. La Master Card también. Casi mil dólares en facturas, sin contar los tres meses que aún debía del alquiler de la tienda. Había sido una auténtica estúpida y firmó un contrato que la comprometía a pagar el semestre entero, tanto si la tienda seguía abierta como si estaba cerrada. Tenía que pagar el maldito local hasta junio. Casi doce mil dólares.

Un gélido escalofrío le recorrió el cuerpo. «No tengo suficiente dinero.»

Rebuscó en el bolso y cogió el talonario. El balance era desmoralizador. Doscientos dólares en efectivo y otros ochocientos en ahorros. Después de pagar los novecientos dólares del alquiler le quedarían solo cien dólares. Y aunque pagara esos novecientos dólares, ni siquiera se acercaría a liquidar la deuda que tenía por la tienda.

—Brillante. —Tiró el talonario—. Eres un jodido genio con el dinero.

Empezó a deprimirse. La lluvia comenzó a golpear el parabrisas con más fuerza haciendo eco de los pensamientos que se agolpaban en su mente.

Rachel se frotó los ojos. Estaba exhausta. En ese momento deseaba poder evaporarse, dejar de existir. Su vida no había sido ni hermosa ni interesante. Ciertamente, nadie la iba a echar de menos. Hacía ya muchos años que sus padres habían muerto. Tenía algunas tías y tíos lejanos y algunos primos; personas que apenas conocía y que hacía años que no veía. Si desapareciese mañana, ¿la buscaría alguien?

—No.

Al pensarlo frunció el ceño.

Sola. Así es como estaba en la vida.

Cuidaba de sí misma. Punto. Y en ese momento cuidar de sí misma significaba encontrar otro trabajo.

Rápido.

—Así son las cosas. —Apretó los dientes con rabia—. A partir de ahora voy a pensar solo en mí.

Capítulo 3

Sentada frente a un periódico abierto en la página de clasificados, Rachel se tomaba un café con leche doble con nata batida: su capricho favorito. Aunque estuviera arruinada y no le quedase nada para comer en la nevera, no estaba dispuesta a renunciar a la única alegría que tenía en la vida. Sería capaz de dejar de comer a cambio del placer de poder seguir tomándose aquel café demasiado caro en una taza de diseño.

Bolígrafo en mano, marcó algunos anuncios de trabajos a los que quería optar. En la mayoría de ellos sólo se ofrecía el salario mínimo y eran puestos que estaban bastantes peldaños por debajo de los cargos que ella había ocupado. Ya había solicitado todos los puestos de dirección, secretaria y dependienta que estaban dignamente remunerados, incluso se había tragado el orgullo y había solicitado el puesto de segunda encargada en la librería del centro comercial. Pero la economía estaba por los suelos y la tasa de desempleo por las nubes, por lo que no era la única persona que buscaba trabajo. Los empresarios se podían permitir el lujo de elegir entre una gran variedad de candidatos.

Rachel no tenía tiempo suficiente para encontrar el trabajo que realmente quería. Aceptaría cualquier cosa para poder pagar las facturas hasta que surgiese algo mejor. Bueno, casi cualquier cosa. Por muy mala que fuera su situación, había cosas que eran inaceptables. Se negaba rotundamente a trabajar en establecimientos de comida rápida, y tampoco pensaba lavar coches o trabajar como conserje o auxiliar de enfermería. No había caído tan bajo. Aún.

Arrugó la nariz mientras abandonaba la sección de dependientas y echó una ojeada a los anuncios de alimentación. Justo cuando iba a pasar de largo, sus ojos se pararon en un anuncio.

Decía: «SE BUSCA AZAFATA. DISCOTECA MYSTIQUE. TAMBIÉN SE BUSCAN CAMARERAS Y PERSONAL DE COCINA. SE VALORARÁ MUY POSITIVAMENTE LA EXPERIENCIA.»

No leyó más; se quedó pensativa golpeándose la barbilla con el bolígrafo mientras decidía si marcaba el anuncio o no.

El Mystique era el mejor local al que ir de marcha. Era una discoteca de temática gótica que había abierto hacía más o menos un año. Atraía a una interesante mezcla de gente: desde personas normales que iban a tomarse una copa y a bailar, hasta psicópatas que parecían tener un problema con la realidad. Además de contar con un numeroso colectivo homosexual, Warren también albergaba una gran comunidad pagana. De día tenían trabajos normales como cualquier otra persona. Por las noches merodeaban vestidos de añil, fingiendo ser criaturas sobrenaturales.

—¿De verdad quiero trabajar en un sitio así? Rachel golpeó el anuncio con el bolígrafo rodeándolo de pequeños puntos rojos. Había algo en aquel anuncio que la atraía. ¿Trabajar en una discoteca? No era la clase de persona a la que le gustara estar en un local repleto de gente. El Mystique era un lugar ruidoso y salvaje, y atraía al tipo de personas

con las que ella no se mezclaba. Sin embargo, en la oficina de desempleo, había oído decir que las chicas que trabajaban allí ganaban bastante dinero. Una camarera podía ganar más de cien dólares en propinas en una sola noche. Tenía clarísimo que esa clase de ingresos no iba contra sus principios.

Utilizando las cifras que había escuchado en aquella conversación, garabateó unos cálculos rápidos en la esquina del papel. Esa clase de ingresos la ayudarían a zanjar la deuda más rápido. Volvió a golpearse la barbilla con el bolígrafo. Suponía que sería perfectamente capaz de aguantar a toda aquella gente que frecuentaba el club, a cambio de una cantidad decente de dinero. Ya había trabajado de camarera cuando iba a la universidad. Tampoco podía ser muy complicado llevar bebidas del punto A al punto B.

Sólo había un pequeño problema.

El dueño del Mystique únicamente contrataba a cierta clase de mujeres. Sólo las auténticas bellezas pasaban el exigente examen del jefe. Las chicas que trabajaban en el Mystique eran todas guapas, tenían enormes tetas, el culo firme, llevaban una estupenda permanente y fundas blancas en los dientes (eran actrices que pretendían llegar a Hollywood). La triste realidad era que la mayoría de ellas no tenía verdadero talento. De hecho, comparadas con algunas de ellas, las estrellas del porno parecían inteligentes. Normalmente, la mayoría de esas chicas acababan trabajando de prostitutas.

Vale, ella no tenía una larga melena teñida de rubio ni un enorme par de tetas. Ella tenía una copa B en la delantera y unas matadoras piernas larguísimas (la consecuencia más evidente de ser una jirafa de casi metro ochenta de estatura). Como no pretendía ser la próxima actriz en ganar un Oscar, tal vez trabajar en el Mystique la ayudaría a conseguir un equilibrio financiero hasta que pudiera encontrar una posición más estable.

El puesto de azafata no parecía estar del todo mal. Lo único que hacían aquellas chicas era pasear de un lado a otro, dar la mano a los clientes, asegurarse de que todo el mundo estaba contento, vigilar que nadie se llevase las propinas de las mesas y organizar mesas para grupos. No parecía necesitar muchas de sus neuronas para hacer esas cosas.

Estuvo un buen rato dibujando pequeños círculos alrededor del anuncio, luego se acabó rápidamente el café, metió la taza en el fregadero y tiró la servilleta a la basura.

—¿Por qué no?

El Mystique estaba en las afueras de Warren; era una de las últimas cosas que veía la gente cuando salía de la ciudad. El edificio representaba un castillo medieval, incluso tenía torres y puente levadizo. El puente, en lugar de estar sobre el agua, unía el edificio con el aparcamiento.

Rachel le echó un vistazo a su maquillaje y se arregló el pelo antes de salir del coche. No se molestó en cerrarlo. No tenía nada que le pudieran robar, sólo un periódico y un montón de tazas de café vacías. Se colgó el bolso del hombro y se dirigió a la entrada principal del club. Aquel lugar era impresionante incluso a plena luz del día. Rodeado de una arboleda de cuatro mil metros cuadrados, el terreno circundante estaba cubierto por un manto de hierba que siempre crecía verde y los setos estaban perfectamente podados; en realidad, era uno de los lugares más bonitos de la ciudad. El dueño no había reparado en gastos.

Eran las diez de la mañana y el aparcamiento estaba casi vacío. El club no abría las puertas al público antes del mediodía. Había los coches suficientes para que Rachel dedujese que algunos empleados ya habían empezado su jornada laboral.

Respiró hondo y se mentalizó para mostrar su mejor faceta «pública», alargó el brazo y abrió la puerta del club.

Estaba un poco nerviosa. Se había acostumbrado a estar al otro lado de la mesa durante las entrevistas; ya no recordaba cómo era que la entrevistasen a ella. Aquello aún le dolía, y no sabía si algún día superaría el profundo sentimiento de pérdida que tenía. A decir verdad, no le gustaba la idea de tener que trabajar para otra persona. Disfrutaba teniendo su propio negocio, siendo su propia jefa; le había encantado trabajar en su tranquila librería.

Al entrar se quedó atónita por la inmensidad del club, que la dejó sin aliento. Era un espacio enorme con varios niveles. No tenía una, ni dos, sino tres pistas de baile. El local era oscuro y estaba decorado con un estilo neogótico que recordaba a una especie de extraña edad medieval con cierto aire punk. Las paredes estaban cubiertas por enormes tapices de tela en los que se narraban escenas de infernal brutalidad; se podían apreciar con mayor claridad cuando las luces negras que tenían encima los iluminaban.

En el mundo del Mystique, el mal triunfaba sobre el bien, la noche vencía al día, y la muerte reinaba sobre la vida. Como si de un recuerdo de los calabozos de Torquemada se tratara, los oscuros rincones estaban decorados con instrumentos de tortura falsos. Del techo colgaban jaulas en las que bailaban chicas y había un anfiteatro con una cabina enorme para que el discjockey pudiera ver la pista de baile. El anfiteatro rodeaba todo el club, proporcionando una magnífica vista desde todos los ángulos. Una de las paredes estaba llena de espejos. Cuando el lugar estaba a pleno rendimiento, un elaborado sistema de iluminación proyectaba luces estroboscópicas al ritmo de la música. Era el sitio perfecto al que ir de marcha.

La zona de la barra, vacía, estaba tan silenciosa que resultaba espeluznante. Era extraño no verla llena de gente luchando contra el ensordecedor volumen de la música para pedir las copas. Rachel se imaginó que estaba andando por uno de los siete niveles del mismísimo infierno, perdida en las entrañas del purgatorio, de las que nadie conseguía regresar.

Era un pensamiento estúpido, pero Rachel tenía mucha imaginación.

En realidad, el bar estaba bien iluminado en ese momento. Había personas trabajando por todas partes, reponiendo las bebidas detrás de las barras, colocando bien las sillas y preparándolo todo para la noche. Supuso que probablemente las camareras no aparecerían hasta más tarde.

Detrás de ella, alguien llamó su atención.

— ¿La puedo ayudar señorita?

Rachel giró sobre sus talones.

De pie, detrás de la barra había un chico joven; vestía informal: unos vaqueros y una camiseta del Mystique. En la camiseta se veía a una vampírica hechicera succionando la vida a un hombre medio desnudo. Rachel sonrió. Las chicas al poder; sí, señor.

— Querría ver al encargado, por favor.

—¿Has venido a pedir trabajo? Rachel asintió con la cabeza esbozando la más generosa de sus sonrisas.

—Sí.

—Tendrás que rellenar una solicitud. —El joven pasó por debajo del mostrador y le llevó un impreso a Rachel. Colocó una silla junto a la mesa y le hizo un gesto para que se sentase—. Rellénala aquí, y cuando hayas acabado, me avisas.

A Rachel no le pasaron inadvertidos los impactantes ojos grises del chico y cómo le caía despreocupadamente un mechón de pelo sobre la frente. Era muy guapo. Pero joven, sí, demasiado joven para ella; era un cachorrito de veintiún o veintidós años. Ella suspiró. Hacía mucho tiempo que no había un hombre en su vida. Demasiado tiempo...

Rebuscó en el bolso hasta que encontró un bolígrafo y empezó a rellenar la solicitud. Escribió despacio, pero con precisión, con cuidado de no cometer ningún error para no tener que tachar lo que ya había escrito.

Cuando acabó, se levantó y colocó la silla en su sitio.

—¿Y ahora qué?

El la miró aburrido.

—¿Has acabado?

Típico. Guapo, pero sin cerebro. ¿Por qué iba a molestarle si no? Rachel sonrió.

—Sí. El tío bueno le hizo un gesto para que lo siguiera.

Rachel corrió tras él por toda la pista de baile; sus tacones resonaban sobre la madera pulida. La condujo hasta la parte trasera del edificio. Cruzaron una puerta y recorrieron lo que parecía una madriguera de pasillos que se entrecruzaban. La gente se cruzaba con ellos sin mirarlos dos veces, sin preocuparse de que una intrusa intentara infiltrarse en su organización. Ellos tenían un trabajo allí. Ella no. No suponía ninguna amenaza.

Se pararon delante de una puerta en la que había una placa: DIRECCIÓN. El joven llamó a la puerta, la abrió y asomó la cabeza en la habitación.

—Rosalie —dijo—. Aquí hay alguien que quiere verte.

—¿Quién? —Era la voz de una mujer con un tono áspero.

—Ni idea. Una chica que busca trabajo. Ha rellenado una solicitud.

El tono de la mujer se suavizó.

—Dile que entre.

El joven se apartó de la puerta para que Rachel pudiera entrar en el despacho. Ella examinó rápidamente la habitación: un armario archivador, un par de sillas y algunas láminas inocuas en la pared; una decoración bastante normal.

Detrás del escritorio, una mujer aporreaba el teclado y entornaba los ojos tras sus gafas para ver bien el monitor. Después de negar con la cabeza a lo que fuera que estuviera escribiendo, se quitó las gafas y se levantó tendiendo la mano.

—Soy Rosalie Dayton. ¿Y tú eres...?

Rachel le ofreció la mano al mismo tiempo que observaba secretamente a la mujer. Rosalie Dayton era una mujer imponente. Estaba tan gorda como una garrapata afincada en la oreja de un perro, tenía cara de bulldog y unos diminutos ojos, cuya fría mirada parecía derretirlo todo. Estaba claro que la belleza no era, ni había sido nunca, una de sus

cualidades. Tenía la piel arrugada y el pelo blanco; resultaba difícil adivinar si tenía cincuenta o sesenta años.

Era un durísimo perro viejo. No parecía fácil de impresionar ni tampoco una persona que se rindiera ante el encanto. Lo mejor que podía hacer era ser directa y tan dura como ella.

—Rachel Marks. Silencio.

Rosalie ni se inmutó. Rachel le entregó la solicitud. La mesa de la mujer estaba literalmente empapelada de solicitudes. Muchos de los impresos parecían haber sido rellenos por inframentales e idiotas. Con un poco de suerte, su pulcra caligrafía le haría ganar algunos puntos.

—He venido a solicitar el puesto de azafata que se anunciaba en el periódico —apuntó amablemente. Rosalie le dedicó una corta y sombría sonrisa.

—El señor Carnavorn ya ha cubierto ese puesto. No la disuadió.

—Vaya, qué lástima. —Rachel esbozó otra alegre sonrisa—. ¿Qué otros procesos de selección tienen abiertos?

—Lo único que nos queda por cubrir son puestos de camarera —dijo la vieja mujer—. Necesitamos contratar por lo menos a dos chicas más para reemplazar a las que se han marchado sin avisar.

Rachel se sintió aliviada.

—Estoy interesada.

—¿De verdad? —Rosalie recorrió el cuerpo de Rachel con su incisiva mirada—. No pareces dar el tipo. Ella se irguió, echó los hombros hacia atrás y se puso de pie. Incluso con un zapato plano era más alta que la mayoría. Era el momento de utilizar su estatura en su propio beneficio.

—¿Por qué? ¿No parezco una fulana? —contraatacó tranquilamente.

Para su sorpresa, aquella vieja hacha de guerra sonrió y asintió.

—Exacto.

—¿Qué imagen doy?

—Pareces una buena mujer que no trabaja en un lugar como éste.

Rachel suspiró decepcionada. Mierda. ¿Cuál era su problema? No la habían llamado para hacerle una oferta de empleo firme de ninguno de los puestos para los que se había entrevistado hasta entonces. ¿Parecía demasiado ansiosa, demasiado estúpida, demasiado desesperada?

—Entonces, ¿no me va a contratar?

—Yo no he dicho eso. Esa decisión depende del señor Carnavorn. —Rosalie bajó el tono de un modo que sugería que Rachel le estaba haciendo perder el tiempo.

—¿Voy a poder verlo o va usted a echarme a patadas por no haber venido vestida como una golfa? —Rachel, tajante, insinuó que ella tampoco estaba allí para perder el tiempo.

Una pequeña sonrisa asomó a los labios de la vieja mujer.

—Muy bien. —Jugueteó con las gafas que colgaban de la cadena que rodeaba su cuello—. Si insistes...

Una pequeña victoria. Chúpate ésa.

—Sígueme.

Capítulo 4

El despacho de Devon Carnavorn estaba en el segundo piso. El adjetivo enorme se quedaba corto para describirlo. Ocupaba una enorme suite; desde allí se podía ver perfectamente el primer nivel del club a través de los cristales de espejo que ocupaban casi una pared entera de la habitación. No había ningún armario archivador ni ningún otro artículo de oficina. Delante de su escritorio había dos sillas para las visitas. El suelo, de madera pulida, estaba cubierto por enormes alfombras de estilo oriental en encantadores tonos dorados, azules y rojos.

Carnavorn estaba en primer plano detrás de una enorme, cara y exótica mesa de madera oscura con incrustaciones de mármol en las esquinas. Estaba reclinado hacia atrás y tenía los pies apoyados sobre una de las esquinas de la mesa. Dejó a un lado los documentos que estaba leyendo y esperó a que las dos mujeres recorriesen la distancia que había que salvar hasta situarse ante su insigne presencia.

Rosalie Dayton no perdió ni un minuto.

—Devon, esta chica quiere hablar contigo sobre un trabajo —dijo dejando la solicitud de Rachel sobre el amplio escritorio.

Inclinándose con elegancia, Carnavorn estiró el brazo y la cogió. Sus ojos recorrieron rápidamente el papel y luego se centraron en Rachel.

—Señorita Marks, gracias por haber venido —su voz, teñida de un suave acento inglés, evocaba imágenes de cálido *toffee* y dulce chocolate negro. Delicioso.

Rachel asintió; se sentía un poco incómoda.

—Gracias.

Curiosamente, él no le ofreció la mano ni esbozó la más mínima sonrisa. Su mirada, sin embargo, estaba en todas partes: la recorría de pies a cabeza. La estaba desnudando con sus ojos gris acero.

«¿Qué estará mirando?», se preguntó.

Entonces se le ocurrió. Tal vez no era lo bastante guapa. Se había vestido muy sencilla: blusa blanca, una falda azul marino, medias marrones y unos tacones bajos azul marino.

Rachel recobró el aliento. Decidida a no dejarse abrumar por la evidente mirada sexual de aquel hombre, le devolvió la evaluación física.

Fingiéndolo que se quitaba una pelusa de la falda, echó una tímida mirada en su dirección. Era castaño y llevaba un carísimo corte de pelo. Sus ojos eran muy llamativos; tenían un tono gris oscuro que recordaba al color que adquiriría el cielo minutos antes de que se pusiera el sol. Una ligera barba de tres días cubría su recia mandíbula inferior. Su boca estaba hecha para besar, para devorar.

Era alto, por lo menos medía un metro noventa. Estaba segura de que aquel hombre le podría rodear toda la cintura sólo con las manos. Bajo aquel traje italiano hecho a medida, se intuía un cuerpo esbelto y robusto.

Devon achinó ligeramente los ojos y miró fijamente a Rachel.

—No suelen pasar por aquí muchas mujeres como usted, señorita Marks.

Una repentina ola de calor recorrió el cuerpo de Rachel; respiró hondo. Se le pusieron los pezones en alerta y empezó a sentirse incómoda al notar que se endurecían contra la suave seda de su sujetador. Una interminable serie de escenas lujuriosas empezaron a desfilar por su mente; imaginaba que Devon la cogía por las caderas y se introducía profundamente en su sexo.

Rachel se esforzó por dejar de pensar con la entrepierna y consiguió ofrecerle una respuesta.

—¿Eso es un insulto, señor Carnavorn?

Bajo su demoníaca mirada se dibujó una irónica sonrisa.

—Es un cumplido.

El rubor cubrió las mejillas de Rachel. Inspiró profundamente y se obligó a aguantarle la mirada. No podía dejar que el magnetismo personal de Devon la distrajese. Necesitaba el trabajo. Si tenía que permitir que el dueño se la comiese con los ojos, adelante. Si la quería mirar, estupendo. Eso no significaba que la pudiera tocar.

—Gracias por recibirme —dijo imprimiendo un tono formal a sus palabras—. Creo que tiene algunos puestos de camarera por cubrir y me gustaría entrevistarme con usted para optar a uno de ellos.

—Muy bien. —Dejó de mirar fijamente a Rachel y se dirigió a Rosalie—: ¿Podríamos ofrecerle a la señorita algo para beber?

La mujer, ligeramente molesta por estar recibiendo trato de personal de servicio, miró a Rachel.

—¿Café o té?

Ella se relajó un poco y negó con la cabeza. Su tensión disminuyó; lo volvía a tener todo bajo control.

—Nada. Gracias.

—¿Tú tomarás lo de siempre Devon? —preguntó Rosalie a su jefe.

—Por favor. —Él sonrió, pero no le dio las gracias. Obviamente, dio por supuesta la buena predisposición de su empleada.

Rosalie se dirigió con eficiencia a una esquina del despacho donde había una pequeña cocina americana muy bien surtida. Aparentemente, aquel hombre no se privaba de ningún lujo, incluso en el trabajo. En aquel despacho podía vivir cómodamente una familia de cuatro personas.

Carnavorn señaló una silla.

—Por favor, tome asiento mientras leo su solicitud.

Rachel se sentó; se alegró de tener un motivo para poder agachar un momento la cabeza y no mirarlo. Luchando contra los nervios, entrelazó las manos y esperó a que él tirase la primera piedra. Llegados a aquel punto, obligaría a ese hombre a utilizar dinamita para echarla de su despacho. Tampoco iba a dejarle que la pusiera nerviosa. Tenía cosas

más importantes en las que pensar que en aquel tipo extraño que la estaba desnudando con los ojos.

El se sentó y empezó a leer la solicitud. Después de pasar algunos minutos en silencio, se dirigió a ella.

—Aquí pone que ha dirigido su propio negocio. Hábleme de ello.

Rachel esbozó una sonrisa diplomática.

—Sí. El Rincón del Libro. En la calle Main. —No parecía que el nombre le sonase en absoluto. Por lo visto, no frecuentaba pequeñas librerías en la otra parte de la ciudad.

Rosalie volvió al ataque. Traía una taza de delicada porcelana china en una bandeja y aprovechó para aportar su granito de arena.

—He oído que muchos negocios están cerrando por esa zona —comentó secamente.

Rachel, un poco ofendida por su intromisión, se puso tensa. Su sonrisa desapareció. Creía que Rosalie se iría, pero estaba claro que la vieja no pensaba hacer tal cosa.

—El mío incluido —explicó Rachel—. El centro comercial me hundió.

Carnavorn, tomándose el té, tampoco aportó palabras de simpatía.

—Veo que tiene un poco de experiencia en hostelería...

Rachel, incómoda, cambió de postura. Venderse a si misma le estaba resultando bastante denigrante.

—Sí. En la universidad trabajé como camarera. Hace mucho tiempo, es verdad, pero creo que no tendré ningún problema con el trabajo.

Rosalie frunció el ceño. Le dirigió a Rachel una feroz mirada y negó ligeramente con la cabeza.

—Servir mesas en un club nocturno hoy día difiere bastante de haber servido mesas hace una década.

Aquellas secas palabras desinflaron a Rachel. Su seguridad desapareció y se encogió de hombros.

—Es cierto —le tembló levemente la barbilla y apretó los dientes—. Tengo muy poca experiencia como camarera.

¡Dios! Se sentía como una completa imbécil. Se le había escapado otro trabajo de entre las manos. Si se iba rápido, podría seguir buscando sin perder más tiempo. Puso las manos sobre los brazos de la silla y empezó a levantarse.

—Siento haberles hecho perder el tiempo...

Carnavorn le lanzó una incisiva mirada que la paralizó.

—Espere un momento.

Había esperanza.

Rachel se volvió a sentar.

El hizo una mueca con los labios.

—Aquí pone que está usted licenciada en dirección y administración de empresas. Para empezar, creo que está usted demasiado cualificada para el puesto de camarera.

Rachel esbozó una mueca. ¿Es que creía que no lo sabía? Se dirigía a ella como si se hubiera sacado la carrera por los pelos y no como si estuviera hablando con una de las mejores alumnas de su promoción. Rachel resistió el impulso de fundirlo con la mirada.

—Sé perfectamente lo que significa trabajar en un bar. No he estado escondida en una cueva todos estos años. Ya sé que el Mystique es el mejor club de la ciudad... y sé que aquí es donde viene más gente.

—¿Y cree que podrá manejar a tanta gente?

La ansiedad se empezó a adueñar de ella. No estaba segura, pero no tenía ninguna intención de admitirlo. Forzó una sonrisa competente.

—Aunque éste no es el camino profesional que he elegido, en este momento estoy buscando otras opciones laborales para poder mantenerme. En ese aspecto, no estoy demasiado cualificada. Sólo intento buscar un trabajo para poder pagar mis facturas.

Él arqueó una ceja.

—Entiendo su situación. —Cogió un caro y elegante bolígrafo y escribió algunas anotaciones en la solicitud—. Necesito urgentemente dos chicas y las personas que han venido últimamente dejan mucho que desear.

Rachel se sintió aliviada.

—Gracias.

La relajación no le duró mucho tiempo.

—Pero le voy a ser franco. Si va usted a aceptar el trabajo, tengo que advertirla que tendrá que lidiar con una incontrolada multitud de personas que se ponen hasta las cejas de alcohol y de lo que sea que se metan en el cuerpo.

Rachel asintió.

—Entiendo.

Carnavorn sacudió la cabeza y pasó los dedos por su estilizado corte de pelo. Este se volvió a colocar en su sitio como si no lo hubiera tocado.

—No creo que lo entienda. La gente empuja y se tambalea sin importarles que haya cerca una camarera con una bandeja llena de bebidas. Los hombres, y algunas mujeres, se dedican a sobar indiscriminadamente a cualquier chica que tengan a mano.

La aportación de Rosalie no fue más suave.

—Algunas chicas no aguantan ni una hora —dijo—. Y la mayoría no duran más de seis meses. Necesitamos gente en la que poder confiar y que aguante.

Después de escuchar semejante parrafada, Rachel decidió dar lo mejor de sí misma. Si creían que la iban a disuadir con aquellos argumentos, les demostraría que no podían estar más equivocados. No había duda de que aquellos dos no tenían ningún problema para pagar el alquiler a final de mes. Ella tal vez no podría. Aún estaba en números rojos y pasarían muchos meses antes de que pudiera pagar todas sus deudas.

—Me quedo con el trabajo.

Rosalie Dayton emitió un gruñido de disgusto. No le parecía lo suficientemente buena.

—¿Hasta que se le ponga a tiro un cómodo trabajo administrativo de nueve a cinco?

Rachel, palideciendo, negó con la cabeza.

—No estaría aquí si no quisiese trabajar. —Mentira. Mentira cochina. Si hubiera tenido alguna perspectiva mejor, no hubiera puesto los pies en ese asqueroso lugar. Rosalie siguió con su discurso.

—A mí no me engaña, señorita Marks. Va usted mejor vestida y está usted mucho más cualificada que las mujeres que suelen desfilas por mi despacho. Francamente, no la veo como una empleada a largo plazo—. Rachel estaba al borde de la exasperación y a punto de sufrir un ataque de pánico. Estaba entre la espada y la pared y sólo tenía una salida.

Se inclinó hacia delante. Ignorando a Rosalie colocó las manos con fuerza sobre el carísimo escritorio y se dirigió a Devon.

—¡Ya puedes atar a tu perro! —gruñó—. Una cosa es una entrevista y otra muy distinta es un interrogatorio. Si esta mujer está intentando asustarme, no lo conseguirá insultándome.

Arqueando las cejas sorprendido, Devon Carnavorn se inclinó hacia delante y apoyó los codos en la mesa.

—¿De verdad quiere usted estar aquí?

—¿Perdón?

—¿Cuántos días cree que pasarán antes de que tire la toalla y salga por esa puerta?

Rachel negó con la cabeza.

—No le entiendo.

—No creo que tenga lo que hay que tener para trabajar aquí —dijo tajante y directo al grano. Por lo menos no la había insultado.

Rachel se negó a desistir. Se obligó a mantener la calma para que él no descubriese lo cerca que estaba de echarse a llorar.

—Mire, le seré sincera. Éste no es el trabajo más deseable para mí. Ya sabe que por cada centro comercial que se abre quiebran y desaparecen diez pequeños comercios como el mío. La gente se queda sin trabajo y se asusta. Yo estoy asustada. Lo único que estoy pidiendo es una oportunidad para ganarme la vida decentemente.

Sus sencillas palabras parecieron causar impresión.

Se hizo un largo silencio. Demasiado largo.

Finalmente, Carnavorn asintió satisfecho.

—Por lo menos, parece usted una persona con carácter. —Ladeó la cabeza ligeramente y le hizo una señal a Rosalie Dayton. Dio la impresión de que hubiera chasqueado los dedos de buena gana, pero se contuvo—. Por favor, explícale a la señorita Marks cómo funciona todo esto. Dile a Gina que la incluya en el programa y que empieza mañana a las seis en punto.

Rachel, aliviada, suspiró en silencio; se alegraba mucho de no tener que empezar aquel mismo día. Por lo menos tendría veinticuatro horas para hacerse a la idea.

Seguía necesitando el trabajo. Prácticamente lo había suplicado. Ya no había vuelta atrás.

—Gracias.

La vieja mujer arrugó los labios, pero se guardó lo que pensaba para ella misma. Rachel estaba segura de que Devon Carnavorn escucharía pronto la opinión de Rosalie acerca de aquella última contratación. «Tendré que demostrarles a ambos que se equivocan», pensó.

Después de haber escuchado la descripción de las condiciones laborales, tenía la ligera sospecha de que trabajar en el Mystique era algo parecido a ser arrojada a los leones. Si no cuidaba de sí misma, se la comerían viva.

—Vaya con Rosalie, señorita Marks. Ella se ocupará de su contrato y le dará un uniforme.

—Claro. —Rachel asintió a su nuevo jefe. Su, terriblemente sexy, nuevo jefe. Alejó ese pensamiento de su mente.

La química sexual que había percibido sentada al otro lado de su mesa no significaba nada ahora que ella y aquel hombre estaban iniciando una relación laboral. La amarga experiencia le había enseñado a no tontear con hombres que tenían la paella por el mango económicamente hablando. «Donde tengas la olla no metas la polla», se recordó a sí misma.

—Gracias, señor Carnavorn.

Una respuesta suave.

—Llámeme Devon, por favor.

Rachel sonrió.

—Gracias, Devon. —Se sintió extraña al escuchar aquel nombre de sus propios labios, pero le gustó cómo sonaba—. No se arrepentirá de haberme contratado.

—Estoy seguro de que no —dijo él recorriendo su cuerpo con sus ojos grises, investigando y diseccionando cada centímetro visible. Una chispa iluminó las profundidades de sus ojos, sugiriendo que su mente escondía todo tipo de apetitos primitivos. Aquella mirada resultó más íntima que cualquier caricia física y Rachel sintió que la penetraba hasta lo más profundo de su ser.

Una fuerte sensación de conciencia sexual le recorrió las venas. Había algo en Devon, algo ferozmente masculino, que despertaba a la hembra animal que había en ella. Resultaba imposible ignorar su silenciosa llamada.

Rachel intentó borrar las lujuriosas imágenes que se proyectaban en su mente. No tuvo suerte. Su cerebro le ganó la partida y empezó a imaginar qué sentiría deslizándose los dedos por el musculoso cuerpo de Devon, a qué sabría su cálida polla si se la metiese en la boca... ansiosa, hambrienta. Cómo sería tener el cuerpo firme de Devon sobre el suyo; lo imaginó utilizando sus propias caderas para abrirle los muslos con una feroz demanda sexual.

Devon esbozó una sonrisa; parecía que podía leer la mente. A pesar del espacio que los separaba, se había establecido entre ellos una extraña y centelleante conexión.

La mirada de Devon se tornó caliente y sensual. La presión crecía a medida que aquella invisible intimidad aumentaba.

Rachel empezó a sentirse como si él hubiera tocado su piel desnuda con sus hambrientas manos y el clítoris le palpitó con más fuerza; sus bragas empezaron a humedecerse. De su cuerpo comenzó a emanar un calor imposible de ignorar. De repente, le pesaba la ropa; se sentía aprisionada y atada. Un extraño brillo le cubrió la piel.

La cabeza de Rachel empezó a girar. Tenía la sensación de estar envuelta por espirales de pura energía. Su visión era cada vez más borrosa, y tuvo que separar los labios para respirar. Empezó a temblar, sentía que se le fundía la espalda. La sensación de

calidez aumentaba en su clítoris, cada vez más hinchado. Apretó los dientes y tensó los muslos; tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no gemir cuando el clímax la recorrió con la fuerza de una avalancha.

De repente, aquellos segundos que habían pasado desaparecieron.

Devon habló de nuevo.

—¿Está usted bien, señorita Marks?

Rachel se esforzó por recuperar la sensatez. Tenía la mirada desenfocada y parpadeó para volver a la realidad. Inspiró con fuerza; se sentía como si la hubieran drogado, como si su cuerpo no le perteneciese.

—Estoy bien, gracias.

Aunque aseguraba estar bien, las sienes le seguían palpitando con mucha fuerza. ¡Madre mía! ¡Aquel hombre era capaz de follársela con sólo mirarla! Su sexo prácticamente goteaba.

Rachel se quedó de pie, colocándose bien la falda.

—Supongo que necesito otra buena dosis de cafeína para ponerme en marcha.

Se había estremecido con tanta violencia que se le había caído el bolso del regazo y no se había dado ni cuenta. Se agachó para recogerlo encantada de tener un minuto para esconder su vergüenza. ¡Oh, Dios! No se podía creer que hubiera alcanzado el clímax sólo mirándolo.

Devon se levantó y rodeó el escritorio; al andar transmitía mucha seguridad en sí mismo.

—Por supuesto. —Extendió la mano—. Bienvenida al Mystique, señorita Marks.

Rachel vaciló. El brillo que había en las profundidades de los ojos de Devon indicaba que no le había pasado por alto ni un solo segundo del delicioso placer que acababa de recorrer su cuerpo. Ella creía que si lo tocaba se derretiría, pero hubiera sido muy grosero por su parte rechazar su mano.

—Por favor, llámame Rachel —dijo ella. Acallando su deseo sexual, le estrechó la mano.

Aquellos fuertes dedos le envolvieron la mano como si fuera un guante; el tamaño de la mano de Devon prácticamente se tragaba la suya. La fuerza que imprimió a su despreocupado apretón de manos le debilitó las rodillas y le hizo un nudo en el estómago.

—Rachel, entonces. —En su boca, su nombre sonó igual que un sedoso ronroneo.

Rachel estuvo a punto de perder la compostura.

—Gracias por darme una oportunidad —su voz sonó más ronca que de costumbre.

Él sonrió.

—El placer, querida, es todo mío. Espero tenerte cerca durante mucho tiempo. —Sus palabras eran sencillas y seguras, pero seguía ardiéndole la mirada.

A Rachel le dio un vuelco el corazón. Hábilmente, se liberó del apretón de manos para ponerse la correa del bolso sobre el hombro. Aquella barrera física la ayudó a protegerse del increíble magnetismo de Devon.

El entendió la indirecta y dejó caer la mano. Si se sintió decepcionado, no lo demostró. Se volvió a dirigir a Rosalie Dayton.

—Asegúrate de no perder a esta chica.

Rosalie esbozó una mueca avinagrada.

—Claro, Devon.

Rachel tuvo la impresión de que si aquella mujer hubiera podido burlarse y resoplar lo hubiera hecho encantada. Seguro que a Rosalie no se le había pasado por alto cómo Devon se la comía con los ojos. ¡Prácticamente la había desnudado y se la había follado durante la entrevista!

Aunque no era la primera vez que un hombre la desnudaba con los ojos, en el fondo, tenía la ligera sospecha de que Devon Carnavorn desnudaba a las mujeres con los ojos del mismo modo que un alcohólico decide servirse otra cerveza helada. Automáticamente y sin pensarlo.

Claro que ella tampoco estaba interesada en su jefe. En la cola del paro también había oído más de un comentario despectivo acerca de sus inclinaciones sexuales. Se rumoreaba que devoraba a las mujeres igual que un elefante engullía los cacahuets. Probablemente, ella no era la primera a la que había mirado así y seguro que no sería la última.

Rachel hizo examen de conciencia mientras se daba la vuelta. Al margen de la atracción, y la atracción definitivamente existía, no pensaba convertirse en una más en su lista. Ella iba a trabajar para él y le mostraría el respeto que le debía como empleada. Nada más.

Porque... ¿podrían ser amantes?

«¡Eso es ridículo!»

Capítulo 5

Rachel observó el vestido negro que le había dado Rosalie Dayton.

Se lo puso sobre los hombros y se miró en el espejo de cuerpo entero de la puerta de su armario.

—La tela es finísima... —murmuró sujetándolo a contraluz.

El vestido era corto, el tipo de modelito que le encantaría a una vampiresa devora hombres. Lo examinó más detenidamente y se dio cuenta de que en realidad no era un vestido, se parecía más a un uniforme de animadora. Estupendo. Se dio cuenta de que con aquella cortísima falda no se podría agachar: sin un pantalón corto debajo le daría al mundo un estupendo primer plano de su coño.

El logotipo del Mystique estaba bordado sobre la sedosa tela del pecho izquierdo. Los trazos de la eme y de la te eran más largos: simulaban un par de colmillos de vampiro. Era una buena idea, pero muy poco original. En la etiqueta ponía que era una talla mediana, pero estaba segura de que era una talla pequeña. También le habían dado un delantal con bolsillos y una placa de identificación. Rosalie le había prometido que si se quedaba más de un mes, le darían más uniformes.

Sin embargo, de momento, se las tendría que arreglar con uno. El resto del uniforme, es decir, las medias y los zapatos, lo tendría que pagar ella. Le habían dicho que cuanto más alto fuera el tacón del zapato, mejor. Eso no tenía sentido, ¿cómo demonios esperaban que pasara toda la noche corriendo por el bar subida a un par de tacones altos? Afortunadamente, el barman le había aconsejado que diera más importancia a la comodidad que a la imagen, y le dijo que era mejor que se pusiera un tacón medio. Rachel tenía las piernas largas y no creía necesitar diez centímetros de tacón para conseguir una imagen más sexy.

Tenía ganas de probarse el vestido, así que lo dejó sobre la cama y empezó a quitarse la ropa hasta que se quedó en sujetador y bragas. Se embutió en el conjunto; estiró de la tela hasta que todo estuvo en su sitio y alisó las arrugas con la mano. Aquel maldito uniforme era muy ajustado y se le pegaba como si fuera una segunda piel. En aquel vestido no había espacio para meter ni un gramo de grasa de más y marcaba cada una de las curvas de su cuerpo. La tela tenía una generosa hendidura entre los pechos. Esbozó una mueca y se ahuecó el pecho. Tenía una copa B perfecta, ni demasiado grande ni demasiado pequeña. Era muy alta y había sido bendecida con una cintura pequeña, un vientre plano y unos muslos esbeltos.

El uniforme no le quedaba nada mal.

Frente al espejo, Rachel se miró por todas partes. Gracias a Dios, su culo no parecía un tren de mercancías.

—No está nada mal para una mujer de treinta y tres años.

Satisfecha, se volvió hacia la derecha y hacia la izquierda, imprimiéndole a la falda un ondeo suave muy sexy. Le gustaba como le quedaba el uniforme.

Hasta que vio la marca que tenía en el muslo izquierdo. El vestido tenía cortes a ambos lados de la falda y aquella horrorosa marca se veía perfectamente. Rachel arrugó la nariz.

—Mierda. Odio esta maldita cosa.

Aquella «maldita cosa» era una marca de nacimiento del tamaño de una moneda de cincuenta céntimos. Era de color burdeos y resaltaba mucho en su pálida piel; tenía una forma que recordaba una estrella de cinco puntas. Ella lo llamaba «la marca de Caín»; decía que era un estigma que la alejaba del resto de personas. Cuando era más joven, estuvo considerando hacerse un tatuaje encima para taparla, pero nunca llegó a decidirse. En realidad, tampoco le había supuesto nunca ningún problema, porque raramente llevaba faldas o pantalones lo suficientemente cortos como para que se viese. Sólo sus amantes sabían que estaba ahí, y la mayoría de ellos no había dicho nada al respecto; solían mostrar mucho más interés por otras partes de su cuerpo.

Intentó estirar de la falda para taparla, pero en cuanto se movía, la falda volvía a su sitio y la marca se veía otra vez. Entonces pensó que tal vez pudiera taparla con un poco de maquillaje. Cogió uno que tenía de un tono suave para que coincidiera con el color de su piel y, rápidamente, se bajó las medias y lo aplicó encima de la marca. Consiguió ocultarla un poco, pero el experimento estaba condenado al fracaso. En cuanto anduvo un poco, el roce de la tela de las medias con su piel eliminó el maquillaje. Bueno. No se podía hacer nada más.

«Supongo que si quiero el trabajo tendré que vivir con esta maldita cosa. Es un bar oscuro, nadie se dará cuenta. La gente no se quedará embobada mirándome las piernas. Estarán bailando y bebiendo, nadie estará pensando en la marca de mi muslo.»

Sintiéndose un poco mejor, se quitó el uniforme y lo guardó. Mañana empezaba a trabajar. Como no tenía que estar allí hasta las seis de la tarde, se podía quedar despierta hasta tarde y celebrarlo. Decidió darse un buen baño y luego relajarse tomando una copa de vino y leyendo un buen libro.

Se quitó el resto de la ropa, sacudió la cabeza y se pasó la mano por el pelo. Hacía muy poco que había decidido cortarse la larga melena que tenía y que le llegaba hasta la cintura; se había dejado el cabello a la altura de la barbilla. Se puso tan nerviosa intentando salvar su negocio de un hundimiento irremediable que se cansó de pelearse con aquel pelo tan largo. El nuevo corte de pelo enmarcaba su cara y le daba una imagen moderna y desenfadada. En un buen día podía aparentar fácilmente veinticinco años.

Le gustaba cómo le quedaba. Era la mejor decisión que había tomado en mucho tiempo.

Abrió el grifo, reguló la temperatura del agua hasta que estuvo a su gusto y se metió dentro de la bañera. Deleitándose en el cálido vaivén del agua que chocaba suavemente contra su piel, se enjabonó y empezó a lavarse. Comenzó por los hombros y fue bajando; hizo una pausa cuando llegó a los pechos. Se los cogió y les dio a ambos una larga y jabonosa caricia. De repente, la invadió el deseo.

Rachel se acarició las puntas de los pezones con las yemas de los dedos provocándose pequeñas y deliciosas sacudidas de placer. Se le arrugaron los pezones y luego, al retorcerlos suavemente, se endurecieron. El contacto era eléctrico. Se le escapó un gemido. El apetito carnal se apoderó de ella y se le endureció el clítoris.

Sentía un ligero picor que seguía necesitando alivio. Definitivamente, Devon había encendido un fuego en su interior aquella tarde y las llamas no se iban a extinguir con facilidad. A menos que ella tomara cartas en el asunto.

Apoyó la espalda contra la bañera y rozó las puntas de los pezones con las yemas de los dedos antes de pellizcarlos ligeramente. No había nada que le gustara más que un jueguecito agresivo para excitar sus pezones. Sentir los dientes de un hombre jugueteando con ellos la volvía loca.

Rachel los pellizcó de nuevo, deleitándose en la eléctrica sensación que le recorría la espalda. Sus pezones eran grandes y se endurecieron bajo las yemas de los dedos. Empezó a temblar y se le escapó algún gemido.

Con la respiración entrecortada, comenzó a deslizar las manos por su vientre y se detuvo a acariciar el contorno de las caderas; cada vez respiraba más deprisa. Presionó los talones contra la bañera de porcelana y abrió las piernas. Perfecto. Después del polvo mental de aquella tarde con Devon, necesitaba algo que fuera lo más cercano posible a la realidad. Por desgracia, su mano era lo único que tenía para satisfacerse en aquel momento. Tomó nota mentalmente de que debía acordarse de comprar pilas para su vibrador. Era muy posible que las necesitara. Pronto.

Se puso la mano sobre el monte de Venus y se metió un dedo entre los suaves labios vaginales. La carne hinchada agradeció su caricia; estaba húmeda y resbaladiza a pesar del agua caliente. Su clítoris era de los que necesitaba una estimulación lenta. Las caricias toscas y bruscas no daban buen resultado. Para alcanzar el orgasmo, precisaba largas y perezosas caricias seguidas de movimientos rápidos.

Cerró los ojos y presionó la yema del dedo sobre el pequeño capuchón. Una oleada de calor recorrió todas sus terminaciones nerviosas. Definitivamente iba por buen camino.

Rachel gimió mientras se acariciaba imprimiendo una suave y ligera presión, y sintiéndose maravillosamente fiera y lasciva, recorrió los labios vaginales apretando con suavidad la tierna carne entre los dedos.

Con la otra mano se acariciaba el pezón izquierdo, tiraba de él y lo retorció. Tembló al sentir cómo los músculos vaginales se flexionaban y se contraían. Su sexo ansiaba una polla larga y dura.

Tendría que utilizar un sustituto. Cerró los ojos. La realidad se fundió en negro.

Recordó la intensa mirada de Devon y se imaginó lo que podría haber pasado si hubieran estado solos. Si la hubiera desnudado en el despacho, habría encontrado sus firmes pechos escondidos tras un precioso sujetador blanco con encajes. Si le hubiera levantado la falda, habría visto cómo los pantalones realzaban cada centímetro de sus largas piernas.

Aquella mesa que tenía era perfecta para echar un polvo rápido. Le fue fácil imaginar que Devon la ponía encima de la pulida superficie y luego se situaba entre sus piernas abiertas tras bajarse la cremallera para liberar su miembro, largo y rígido.

Rachel, con Devon entre las piernas, podría sentir la presión de su erección, la punta de la polla palpitando contra su clítoris. Nunca se había sentido tan excitada.

La fantasía desbordaba su mente y se metió dos dedos, luego los sacó y se metió tres. Las suaves y rítmicas embestidas se volvieron más fuertes y más exigentes. Aunque eran sus propias manos las que daban placer a sus pechos y a su entrepierna, era a Devon a quien quería. Al único que deseaba.

De repente, aquella lasciva necesidad se tornó feroz ansiedad. Rachel, acercándose al clímax, metió los dedos más profundamente en su sexo. Su piel palpitó con un dulce temblor. Ella presionó de nuevo; se produjo una íntima convulsión y le empezaron a temblar las piernas.

Cuando alcanzó el clímax, una oleada de calor líquido la inundó al tiempo que la oscuridad que había en sus ojos se convertía en exquisitas cintas de brillantes colores. Sus pechos subían y bajaban y se arqueó contra la porcelana mientras un suave y discordante gemido surgía de lo más profundo de su ser.

Pareció tardar una eternidad en volver a la realidad.

—¡Joder! —jadeó Rachel, humedeciéndose los labios con la punta de la lengua. Tenía la garganta y los labios secos a causa de su pesada respiración. Un dulce hormigueo le seguía recorriendo el cuerpo cuando cogió una toalla del perchero y se envolvió en ella; luego cogió otra para secarse los brazos y las piernas—. Hacía años que no me sentía tan bien.

Sonrió.

Por lo visto, trabajar en el Mystique podía tener algunas ventajas.

Capítulo 6

Treinta minutos antes de que empezase su turno, Rachel aparcó el coche en la sección de empleados del aparcamiento y luego se dirigió a la puerta por la que entraba el personal, situada en la parte trasera del edificio. Se había puesto un suéter largo encima del uniforme porque le daba un poco de vergüenza lucir aquel vestidito tan corto por la calle.

La recibió Rosalie Dayton y la acompañó por un rápido recorrido entre bastidores: le enseñó la sala en la que los empleados hacían los descansos, le detalló el horario y le presentó a los bármans, a los ayudantes de los bármans y a las demás camareras. También recibió una rápida lección sobre cómo debía gestionar el dinero. Le daban cien dólares de entrada; con ese dinero pagaría las bebidas en la barra cuando las recogiese y luego cobraría a los clientes en la mesa.

Seis de la tarde. Empieza el espectáculo.

Y ni rastro de Devon.

Rachel salió a la pista detrás de su tutora, Lucille, que estaría pendiente de ella y la ayudaría si fuera necesario. El club estaba dividido en secciones y cada una de las chicas tenía asignado un grupo de mesas.

A pesar de que la noche acababa de comenzar y el club no se empezaría a animar hasta más o menos las nueve, el local ya estaba lleno. Un extraño olor flotaba en el ambiente, era una mezcla de sudor, perfumes, alcohol, incienso y humo de cigarrillo. Rachel se mareó. La música sonaba muy fuerte, las paredes retumbaban y el local estaba repleto de luces de colores que se movían al ritmo de la extraña mezcla musical de género góticotecno; los temas eran clásicos que resultaban curiosamente familiares. Para quien le gustara ese tipo de ambiente, el club no estaba del todo mal.

—Ésta es la zona en la que vas a trabajar —dijo Lucille, gritando para que pudiera oírla por encima de la música y el parloteo. Señaló una oscura hilera de mesas.

Rachel observó a la chica con atención. Era pelirroja y muy guapa; no debía de tener mucho más de dieciocho años. Tenía los ojos verdes y la piel muy pálida.

Lucille continuó:

—Ésta es tu barra y Alan es tu barman.

Rachel asintió de nuevo. ¿Qué diablos se suponía que podía decir? Estaba petrificada por tener que enfrentarse a un trabajo nuevo y mezclarse con gente extraña en aquel entorno tan extravagante. Ella estaba acostumbrada a trabajar en un lugar tranquilo y familiar. Y allí estaba ahora, intentando abrirse paso en un local en el que las personas estaban como sardinas en lata.

Lucille percibió que Rachel estaba incómoda y sonrió al mismo tiempo que le guiñaba el ojo con complicidad.

—Te acostumbrarás —dijo dándole una tranquilizadora palmadita en la espalda.

Rachel no estaba muy segura de ello. Un incipiente dolor de cabeza amenazaba con intensificar su fuerza.

—Hay mucho ruido. Casi no puedo pensar.

Lucille asintió con simpatía.

—Dejarás de oírlo cuando pase un rato. Tú límitate a mantener la cabeza bien alta, sonreír y llevar las bebidas a las mesas. Es todo lo que tienes que hacer.

Una vez dicho esto, mandó a Rachel a trabajar.

Cuatro horas después, Rachel entró cojeando en la habitación en la que descansaba el personal; sonrió débilmente a sus compañeros que estaban tan cansados que sólo conseguían asentir y murmurar alguna palabra. Sólo eran las diez de la noche y ya sentía la feroz necesidad de sentarse y descansar un poco.

Se sirvió un té helado y se dejó caer en una silla de metal. Luego se quitó un zapato y se masajeó los dedos de los pies.

¡Oh, Dios, los pies la estaban matando! ¿Cómo conseguían aguantar aquellas chicas día sí día no? Se había puesto unos zapatos totalmente planos y, sin embargo, tenía la sensación de que sus pies eran de plomo. Mañana iría a la farmacia a comprarse unas plantillas. Pensó que las chicas que se atrevían a pasearse por ahí con tacones de más de tres centímetros de altura debían de tener los pies de acero; de no ser así, seguro que estarían lisiadas cuando llegasen a los treinta años.

No le había pasado por alto el hecho de que era una de las camareras más mayores de la plantilla. Se sentía como una auténtica anciana en comparación con aquellas jovencitas que apenas tenían la edad legal para servir alcohol. Hasta el momento nadie le había pellizcado el culo o le había metido mano al agacharse para dejar las copas sobre las mesas. Pero no le cabía ninguna duda de que sucedería pronto. Sólo era cuestión de tiempo.

Un par de chicas, en cuyas placas identificativas se leía «TAMMY» y «DEBBIE», entraron y se sentaron. Las dos eran rubias y pechugonas, y le daban un nuevo significado a la palabra sexy, embutidas en sus minúsculos uniformes. Ya se había dado cuenta de que algunas de las chicas tenían una particular forma de inclinarse sobre los clientes, ofreciendo a los hombres un buen primer plano de sus tetas o de sus culos. Obviamente, esas chicas eran las que se iban a casa con las propinas más generosas; con la ayuda de aquellas maniobras conseguían fácilmente que los hombres les metieran en el escote billetes de veinte y hasta de cincuenta dólares.

Tammy le ofreció un cigarrillo mientras encendía uno para ella.

—¿Fumas?

Debbie cogió el que Rachel rechazó y lo encendió con el encendedor de plástico de Tammy.

Rachel se volvió a poner el zapato mientras negaba con la cabeza.

—Gracias, pero no fumo.

La mirada de Tammy recorrió minuciosamente el cuerpo de Rachel.

—¿Así que tú eres una de las chicas nuevas?

Rachel asintió.

—Sí.

Tammy exhaló el humo por entre los labios; los llevaba pintados de un intenso rojo brillante.

—¿Te gusta?

Rachel se encogió de hombros. No, no le gustaba. Pero de ningún modo lo iba a admitir en voz alta. Aquellos comentarios acababan llegando a oídos del jefe.

—Es diferente. Aún tengo que acostumbrarme.

Debbie, abandonando el voluntario estupor en el que se había sumido, intervino en la conversación.

—Me muero de hambre. Será mejor que coma algo antes de que se me acabe el descanso. —Se levantó y salió.

Tammy miró a Rachel.

—¿Tú quieres comer algo?

Ella negó con la cabeza. Había comida y refrescos para los empleados.

—Estoy demasiado nerviosa para comer. —Le dio un sorbo al té. Más adelante sacaría provecho de ello. Una comida gratis la ayudaría a reducir la cuenta del supermercado.

Tammy apagó el cigarrillo.

—La primera noche que trabajé aquí no paré de vomitar. Tienes suerte, por lo menos te ha tocado una noche fácil.

A Rachel se le escapó una risa incrédula.

—¿Esto es una noche fácil? —preguntó sorprendida.

—Oh, sí —contestó la chica.

Rachel se dejó caer en la silla, tapándose la cara con las manos y gimoteando.

—Genial.

Tammy le dio una amigable palmadita en la espalda.

—Cada vez es más sencillo. Aprendes a ignorar a la gente y a quedarte con el dinero.

Rachel suspiró.

—Por eso estoy aquí. —Dinero. La piedra angular básica para el funcionamiento del sistema de libre comercio. Gracias a él, puede uno tener un techo sobre la cabeza y comida en el plato. Aún no había tenido tiempo de contar sus propinas, pero ya tenía un buen fajo de billetes en el delantal y un montón de calderilla, principalmente monedas de veinticinco céntimos. Nadie contaba sus propinas delante de los demás. Si tenía suerte, se podía ir a casa con cien dólares o más.

Capítulo 7

Rachel, destrozada por el cansancio, se levantó y se dirigió a la puerta. Con la intención de irse a casa con un buen montón de propinas y apremiada por la necesidad, desempolvó su mejor sonrisa y salió de la habitación.

Cuando volvió a la pista, vio a su nuevo jefe dirigiéndose directamente hacia ella. Observó cómo se deslizaba entre la multitud; en lugar de andar, parecía que flotase entre la gente. Los clientes estiraban el brazo para darle la mano. Si él les ofrecía la suya, se convertían en elegidos. Si no, estaban acabados. Una vida como la suya era digna de envidia. Tenía dinero, poder, belleza... Todo.

Al principio, Rachel se puso nerviosa porque tenía miedo de haber hecho algo mal, pero la relajada sonrisa de Devon no ocultaba enfado alguno. Se paró solo para estrechar la mano de algunos clientes preferentes y, lentamente, se fue abriendo camino hasta donde ella estaba.

Para fingir que estaba ocupada, cogió la bandeja de uno de los ayudantes del barman y empezó a recoger los vasos que se amontonaban sobre una de las mesas. Se puso contentísima cuando vio que le habían dejado un billete de veinte dólares de propina tirado entre la porquería, los vasos vacíos y los ceniceros repletos. Aquella mesa la había ocupado un grupo muy numeroso, diez personas en total, y la habían tenido corriendo de arriba abajo durante casi dos horas.

Justo cuando se estaba metiendo el dinero en el bolsillo, notó que alguien le ponía la mano sobre el hombro. Se le erizó el vello de la nuca y tuvo la sensación de que la electricidad le recorría todo el cuerpo.

Se dio la vuelta sujetando los vasos con fuerza; el corazón le golpeaba el pecho salvajemente.

Rachel repasó el cuerpo de Devon centímetro a centímetro. Mientras observaba cómo el chaleco realzaba su estilizada figura, una intensa oleada de calor la recorrió. El modo en que se le ceñían los pantalones a la cadera no dejaba nada para la imaginación. Advirtió con envidia que ni un solo gramo de grasa enturbiaba su fibrosa figura.

—Rachel —la saludo alzando la voz por encima de la estridente música y acercándose a ella para que pudiera oírlo bien—, sólo quería saber qué tal te está yendo tu primera noche.

Ella luchó por mantener la compostura y eligió con cuidado las palabras.

—Bien, gracias —consiguió decir, intentando no chillar demasiado.

—Me alegro. —Devon deslizó los ojos por su cuerpo; su mirada era más íntima que curiosa. Finalmente, se fijó en los vasos que ella tenía en las manos, y una ligera sonrisa curvó la esquina de sus labios—. Deja que los ayudantes del barman limpien las mesas. Ese es su trabajo; se les paga para que lo hagan. Tu trabajo consiste en traer las bebidas a la

mesa. —Chasqueó los dedos para llamar la atención de una de las azafatas que paseaba entre los clientes—. Trae a alguien aquí para que limpie estas mesas. Ahora.

La azafata asintió y se apresuró para cumplir sus órdenes cuanto antes.

Rachel tragó saliva y volvió a dejar los vasos sobre la mesa. Todo cuanto a él se refería resultaba excitante. Su presencia, tan cercana, la hacía arder de pies a cabeza.

—Sólo intentaba mantenerme ocupada —tartamudeó.

Él sonrió.

—Tendrás muchas oportunidades de estar ocupada, Rachel. Disfruta de los momentos tranquilos. Suelen escasear por aquí.

Ella tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no abanicarse con la mano. De repente, se sentía tan caliente... —Lo recordaré.

Devon miró un momento a su alrededor, luego volvió a posar su inquietante mirada en el rostro de Rachel.

—Bueno, ahora que ya lo has probado, ¿crees que te gustará trabajar aquí?

En la cabeza de Rachel las palabras de Devon sonaban de la manera más sugestiva posible. «¿Probarlo?» Oh, sí. Le encantaría probarlo con él.

Con la cabeza llena de pájaros, Rachel cambió de postura y se apoyó en una silla. ¡Oh, Dios!, cómo le gustaría cogerle las manos, guiarlas por entre sus muslos y sentir sus largos dedos acariciando su húmeda pasión.

—Creo que sobreviviré.

Devon inclinó la cabeza hacia un lado, alargó la mano y acarició con suavidad su mejilla izquierda.

—Me alegro. Me gustaría tenerte por aquí durante mucho tiempo.

Después de decir eso, Devon no le quitó la mano de la mejilla. Rachel sintió el calor de su cuerpo; estaba muy cerca y tenía una actitud muy íntima. Un cálido rubor asomó a sus mejillas.

—Gracias —tartamudeó.

Los ojos de Devon se iluminaron. Todo a su alrededor se desvaneció. Su caricia transmitía deseo; sobraban las palabras.

—No me gustaría que nadie te alejara de mi lado —su profunda e intensa voz sugería un montón de placenteras posibilidades.

Rachel sintió que se quedaba sin aire en los pulmones; el corazón le palpitaba con mucha fuerza. Sus músculos amenazaban con derretirse bajo la maravillosa sensación de su caricia. Era imposible que estuviera seduciéndola en aquel bar repleto de gente... Con una única mirada confirmó sus sospechas. ¡Sí que lo estaba haciendo!

Rachel bajó la mirada hasta la entrepierna de Devon y se preguntó cómo sería empalmado. ¡Dios, cómo le gustaría desabrocharle los pantalones y explorar cada centímetro de su polla con la lengua! Se podía imaginar su propia mano buscando, encontrando, apretando y arrancándole un gemido de placer. La fruta prohibida era la más dulce. Sólo una vez.

Rachel se puso nerviosa de nuevo al pensar en cómo sería sentir la verga de Devon endureciéndose contra su vientre. La lujuria le nublaba los sentidos. Tragó con fuerza mientras se imaginaba haciendo el amor con él apasionadamente. Sentía dolor entre las

piernas; su clítoris, húmedo y palpitante, desprendía mucho calor. Se mordió la lengua para no gemir y cerró las piernas con fuerza. El deseo que él había conseguido provocarle simplemente estando de pie frente a ella amenazaba con volverla loca.

«Esto no puede estar sucediendo», se decía Rachel una y otra vez. El resentimiento que sentía hacia los hombres estaba entrando en conflicto con la creciente pasión que le provocaba la presencia de Devon.

Debía volver al trabajo. Quedándose ahí parada no ganaría ninguna propina. Solo le pagaban tres cochinos dólares por hora, y para ella era vital complementar esas ganancias con las propinas, pues de lo contrario volvería a casa con una paga muy pobre.

Deshaciéndose de la caricia de Devon, se alejó de la silla. El tacón de su zapato se enganchó en un pliegue de la moqueta y la hizo tropezar. Perdió el equilibrio y dio un traspié.

Cayó justo en los brazos de Devon. Él rodeó sus caderas con las manos impidiendo que se cayese. Rachel sintió el calor de sus enormes manos a través de la delgada tela de su uniforme.

—Cuidado —murmuró él, ayudándola a ponerse de pie. El peso del cuerpo de Rachel no le hizo perder el equilibrio. Era tan fuerte y estaba tan bien hecho... Sólo unos centímetros los separaban. El mundo de Rachel se detuvo. Su corazón. Su respiración. Su pensamiento. Estaba atrapada entre la necesidad de recostarse sobre su pecho y salir corriendo, pero fue incapaz de hacer ninguna de las dos cosas. La confusión se apoderó de ella. Hacía muchísimo tiempo que no la abrazaba alguien más grande y más fuerte que ella. Estaba tan excitada que no podía dejar de temblar, dejar de desear... Devon también tuvo que haberlo sentido. Se acercó más a ella. Inclino la cabeza hacia delante y..., ¡oh, Dios!, ¿realmente pretendía besarla? ¡Delante de todo el mundo!

Un pequeño gemido se escapó de los temblorosos labios de Rachel.

—Por favor —empezó a decir. Luego, como si de repente se hubiera dado cuenta de que estaba dudando, terminó la frase—, no.

Devon se echó inmediatamente hacia atrás con los ojos llenos de consternación. Rachel sintió el calor de su penetrante mirada.

—¿Por qué no?

Rachel tenía la cabeza a punto de estallar y era incapaz de pensar en un motivo coherente. Sólo se le ocurrió que mezclar trabajo y placer sería un error. Un gran error. Con total honestidad dijo:

—Yo no me tiro al jefe. —Su tono sonó seco; se debatía entre el miedo y la avidez carnal.

Devon arqueó una ceja mientras una sonrisa asomaba a sus labios.

—¿Ése es el único motivo que te detendría? —preguntó sin dejar de mirarla fijamente.

Se hizo un profundo silencio entre ellos.

—No. —A Rachel le empezaron a temblar las piernas; estaba a un paso de perder la determinación. El temblor se extendió por todo su cuerpo. Era mentira, pero no hacía falta que él lo supiera. Ningún hombre la había hecho sentir nunca como él. Devon la hacía sentir tan bien..., tan deseada... La bombardeaban emociones contradictorias. La lujuria le

destrozaba la libido, y la música, a todo volumen, parecía sonar al ritmo de los latidos de su corazón.

No sería difícil enamorarse de Devon. Nada difícil. Aquel hombre tenía los ojos más seductores que había visto jamás. Cuando se perdía en sus grises profundidades, se ablandaba automáticamente y empezaban a caerse, una a una, las piedras del muro que tanto le había costado construir para proteger sus emociones. Estaba cansada de las batallas de la vida, cansada de estar sola. Era muy fácil desear que él fuera su caballero de la brillante armadura. El tenía todo lo que se puede desear.

Ella... no tenía nada. Se había quedado sin la librería y estaba endeudada hasta las cejas, sólo poseía un coche, ropa y un gato negro escuchimizado. Todo lo demás no podía estar más hipotecado. Si perdiera su apartamento, se convertiría en una indigente. El desastre planeaba sobre su cabeza como un pájaro de mal agüero.

Al mirar a Devon por segunda vez lo vio menos atractivo. Entonces entendió perfectamente lo que él podía querer de una mujer como ella.

Sólo sexo.

Maldijo su propia ingenuidad e impulsivamente, cerró los puños y se clavó las uñas en las manos. Empezó a sentir náuseas y la vergüenza se adueñó de sus sentidos. ¿Cómo podía ser tan tonta? Allí había camareras para parar un tren, entraban y salían como si hubiera un surtidor en alguna parte. Ella no significaba nada especial en el mundo de Devon, nada nuevo. Sólo era un par de tetas y un buen culo. Nada más.

Entornó los ojos. Le bastaron unos segundos para entender perfectamente el motivo por el que él se había acercado a ella esa noche. ¿Acaso creía que por haber pasado un montón de horas de pie tendría más ganas de bajarse las medias y abrir las piernas?

Un azote de cólera la golpeó justo en el centro del plexo solar. ¿Por qué narices resultaba tan fácil tentarla? Devon podía tener a la mujer que quisiese. Una camarera de su bar no significaría para él nada más que un rollo. Mal, todo mal. Por mucho que deseara a ese hombre, aún conservaba los escrúpulos y la moral.

«No seas idiota. Lo único que quiere es echar un polvo rápido.»

La presencia de la multitud reapareció, empujaban y reclamaban atención. De repente volvieron las risas, el tintineo de los vasos y el hedor de los cuerpos demasiado pegados los unos a los otros. Todo el local apestaba a decadencia. La suciedad de aquel lugar la hacía sentir vulgar y barata. Cada vez sentía más náuseas y la sensación de tener tanta gente alrededor empezó a resultarle insoportable. No se podía creer que ella y Devon estuvieran compartiendo un momento tan privado en un lugar tan público. Por lo visto, a él no le importaba en absoluto que alguien pudiera ver cómo acosaba al personal.

Rachel se dio una ducha de agua fría mental y reculó hasta conseguir poner entre ellos un metro de distancia. Apenas había espacio, pero sería suficiente.

—No soy una mujer vulgar o fácil, señor Carnavorn —dijo mandándole una indirecta al no utilizar su nombre—. El hecho de que me des trabajo no significa que te puedas tomar libertades personales conmigo.

Devon frunció el ceño; lo había pillado con la guardia baja. Sus ojos, grises como el acero, dejaron de ser cálidos. Obviamente, la reacción de Rachel lo había sorprendido.

—¿Crees que es eso en lo que estoy pensando?

Ella se encogió de hombros. Apretaba los puños con fuerza y fruncía el ceño, desconfiada.

—¿No es así? —Reunió toda su fuerza de voluntad y le dirigió una mirada glacial especialmente diseñada para atrofiar testículos—. A menos que disfrutes con las denuncias por acoso sexual, te sugiero que mantengas las manos quietecitas.

Devon se quedó inmóvil, sin habla. Si le hubiera cogido por los huevos y se los hubiera colgado de un ventilador, no se hubiera sorprendido ni la mitad.

Rachel no le dio ninguna opción de rehacerse y lanzar un contraataque.

—Me voy a tomar un descanso —le informó secamente—. Por favor, intenta no estar aquí cuando vuelva.

Mientras se alejaba se preguntó si seguiría conservando el trabajo cuando llegase a la sala en la que descansaba el personal. Estaba sorprendida de su arrebato; nunca había sido una mujer violenta o agresiva. Estaba segura de que era una de las pocas personas que le había dicho que no a Devon.

Cuando entró en la sala de descanso, Rachel respiró hondo para intentar calmar su agitado corazón. ¡Mierda! No se podía creer lo que acababa de hacer. Cuando perdió la librería, se metió en la sartén. Después de haberle dicho a Devon que se fuera al cuerno, se había puesto sobre las llamas. Prácticamente podía sentir el calor tostándole el culo.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. No quería llorar.

«La soberbia precede a la caída», pensó.

No era un pensamiento nada reconfortante. La aterraba ese constante estado de incertidumbre en el que se encontraba por tener que estar siempre pensando si llegaría a final de mes o no.

Frunció el ceño otra vez y volvió a apoderarse de ella esa inquietante sensación de miedo.

—Ya me pondré a considerar las consecuencias que puede tener mandar a la gente a la mierda, cuando esté sentada en una acera con mis pertenencias en una caja de cartón.

Capítulo 8

—Debe pensar que soy un capullo —se dijo Devon esbozando una mueca de dolor.

Se quedó de pie ante el gran ventanal de su despacho y, con las manos enlazadas en la espalda, observó a la multitud que se agolpaba en el piso inferior. Aunque el club no estaba completamente lleno, había muchísima gente. Por la enorme ventana podía ver hasta el último rincón del club. Justo como a él le gustaba. No se le escapaba ni un solo detalle. Ni uno.

En especial, no se le escapaba ningún detalle referente a Rachel Marks.

Al verla trabajar, una punzada de penetrante anticipación le quitó el aliento. Estaba totalmente embelesado; parecía no poder dejar de mirarla. El ceñido uniforme que llevaba no dejaba espacio alguno a la imaginación. La sedosa tela del vestido estaba llena de lentejuelas que relucían cuando ella se movía y resaltaban los firmes pechos, las esbeltas caderas y las largas, elegantes y fibrosas piernas. Era atractiva y tentadora; una mujer con un cuerpo más sexy que el pecado y una boca hecha para chupar.

Kipling dijo en una ocasión que las mujeres no eran más que harapos, huesos y una larga melena. ¡Dios, no! Kipling se equivocaba. Las mujeres eran húmedas y succulentas. Y Devon sería capaz de vender su alma a cambio de poder disfrutar una sola noche de los atentos favores de Rachel.

Tenía los labios ligeramente separados y su respiración se aceleró. Se aflojó los botones del cuello de la camisa y suspiró con deseo. Al imaginar que aquellos preciosos muslos se abrían para dejar paso a su polla, una oleada de calor estalló en su ingle. Y cuando en su mente la vio dispuesta, un sudor frío le empapó el cuerpo.

La excitación aumentó aún más en algunas partes estratégicas de su cuerpo. Y más...

Gimió con suavidad y dejó caer la cabeza hacia delante; parecía que su cuello hubiera perdido la fuerza necesaria para mantenerla erguida. Desde el momento en que Rachel entró en su despacho, había acaparado hasta el último de sus pensamientos, ya estuviera despierto o dormido. ¿Se atrevía a pensar por qué? «No. Es imposible.»

Se pasó la mano por la frente para limpiarse el sudor e intentó alejar ese inquietante pensamiento de su mente. Pero no le iba a resultar tan sencillo: aquel sentimiento estaba clavado en lo más profundo de su ser. La pérdida de control que estaba sufriendo era tan intensa que resultaba hasta vergonzosa. No había vuelto a sentirse así por una mujer desde...

Una única palabra se le escapó de los labios, un nombre tan bonito que le costaba decirlo en voz alta.

—Ariel.

El parecido entre ellas era espeluznante, desde su pelo negro como el plumaje de un cuervo hasta sus plateados ojos azules. Con sólo mirar a Rachel Marks se le paraba la

respiración. Había sido incapaz de quitarle los ojos de encima desde el primer día que la vio.

Una instantánea y magnética atracción surgió entre ellos. Devon había sentido cómo aquella atracción se introducía en su cuerpo tan profundamente que llegó hasta sus huesos.

No le cabía ninguna duda de que ella había sentido lo mismo. La apasionada reacción física de Rachel envió un eléctrico mensaje a su mente. Su cuerpo había respondido a sus fantasmales caricias del mismo modo que respondería a las caricias físicas. Estaba seguro de que no se equivocaba. Debajo de esa apariencia distante se escondía el alma de una fiera que deseaba ser liberada.

Tentadora, misteriosa y erótica, Rachel se comunicaba con él como si de un enigmático sueño de exquisito encanto se tratara. La cara y el cuerpo de esa mujer ya eran lo suficientemente provocativos, pero su terquedad penetraba en Devon con tanta fuerza que no podía dejar de pensar en que tenía que conseguir probarla como fuera.

Quería más.

El deseo se erigía con fuerza. Cuando Devon ponía los ojos sobre una mujer, jamás se conformaba con un no por respuesta. Una negativa era una patada a su ego; era una sensación que no le gustaba en absoluto.

Suspiró profundamente, intentando acallar su creciente frustración sexual. En su mente se desplegaban todo tipo de fantasías eróticas. Notó que la erección amenazaba con romper las costuras de sus pantalones. La necesidad hervía bajo su calmada apariencia.

Devon se metió una mano en el bolsillo y empezó a acariciar la palpitante longitud de su miembro. Imaginó cómo le quitaría el uniforme a Rachel y cómo le separaría las esbeltas piernas para poder hundir su cabeza entre ellas y absorber su esencia. ¿Sabría dulce como el melón? ¿O sabría a chocolate amargo?

Justo cuando empezaba a pensar en meterse en el lavabo para dar rienda suelta a sus fantasías, se abrió la puerta de su despacho. Unos inoportunos pasos sonaron sobre la moqueta y se pararon justo detrás de él. El momento perfecto para interrumpir sus pensamientos más carnales.

«¡Pillado!» Lo habían pillado masturbándose en su despacho. Si hubiera dado una última buena sacudida a su erecto miembro hubiera provocado una erupción.

Rosalie Dayton se acercó al ventanal. Era una voluminosa y fornida mujer con aire inflexible y terriblemente controladora. Sólo se preocupaba por los negocios y no le gustaban nada las tonterías. Se decía que la tierra temblaba a su paso. Su semblante era pétreo y severo, y muchos estaban convencidos de que meaba hielo y comía gravilla.

Devon se volvió rápidamente para esconder la embarazosa evidencia de su apetito carnal. No tuvo mucha suerte. Su erección se mostraba majestuosa, de frente y centrada. Una cruda protesta escapó de sus labios.

—¡Por Dios, Rosalie! ¿Es que no sabes llamar a la puerta? —La humillación lo cortaba como una cuchilla.

La vieja mujer, con los brazos cruzados bajo el pecho, miró hacia abajo. Arqueó una única ceja con aire desaprobador.

—Acuérdete de la norma —dijo ásperamente—. No se puede acosar al servicio.

Lo habían pillado con las manos en la masa y la erecta polla de Devon se deshinchó precipitadamente. El bisturí verbal de Rachel ya había cortado algunos centímetros de su virilidad. Tal vez Rosalie querría cortar el resto.

—No estoy molestando a las chicas —su voz, profunda y gutural, apenas le resultó reconocible.

Rosalie se empujó firmemente la mejilla con la lengua.

—Sí, claro. Entonces, dime que no te he visto antes en la pista con Rachel. —Arqueó un poco la ceja e inclinó la cabeza ligeramente hacia abajo para mirarlo por encima de la gruesa montura de sus bifocales—. Me ha parecido que te ponías un poco pulpo con ella, Devon. —Frunció el ceño como una solterona frustrada—. Eso es un no rotundo y tú lo sabes.

Devon protestó en silencio. Rosalie estaba ya cerca de los setenta, pero el tiempo no había mermado ni un ápice sus capacidades mentales. Era como un sabueso siguiendo un rastro; no se le escapaba nada.

—Sólo estaba preocupándome por cómo le iba la primera noche de trabajo. —Se aferró a esa explicación y rezó para que sonase lógica.

Para nada. No podía sonar menos convincente.

La vieja mujer resopló.

—Eso es mentira y lo sabes. Sé reconocer muy bien cuando se te antoja una de las chicas. —Los ojos de Rosalie buscaron la fuente de la inmediata incomodidad de Devon y frunció el ceño—. Tú eres capaz de oler un coño joven y caliente a través de una pared de hormigón.

Una sombría sonrisa curvó los labios de Devon. Se sentía las mejillas rígidas y extrañamente tensas. Aún tenía el pulso acelerado por su reciente excitación y su piel parecía demasiado pequeña para dar cabida a su esqueleto.

—Es alucinante que siempre sepas lo que me pasa por la cabeza.

Rosalie, que no estaba precisamente de buen humor, ondeó un encorvado dedo en el aire.

—Pues a mí lo que me alucina es el número de veces que te tengo que recordar que no mezcles el trabajo y el placer. Una cosa es que vayas por ahí con todo tipo de gentuza impúdica en busca de una gatita. A nadie le importa el número de putas que te follas. Pero los negocios son los negocios. Ya deberías saberlo.

Devon asintió sin contestar. Tal vez así daría la impresión de estar prestando atención.

Rosalie, decidida a no dejarse ignorar, no se detuvo.

—El Mystique es lo único que te hace respetable, y no lo consigue demasiado. ¿Cuántas mujeres te follas a la semana? ¿Cuatro? ¿Cinco? ¿Más?

Devon no se molestó en discutir los números. Rosalie era una de sus únicas confidentes y sabía muy bien que él era un hedonista sexual que satisfacía sus caprichos incluso cuando no tenía que hacerlo. Se humedeció los labios antes de contestar.

—Tienes razón. Ya conozco las normas.

Rosalie eliminó el enfado de su tono.

—Entonces intenta actuar como si las recordases. —Se volvió a colocar bien las gafas sobre la nariz y observó el club por el opaco ventanal—. Esa chica es muy buena. Trabaja duro. Creí que no aguantaría ni una hora.

Devon también miró. Encontró fácilmente la figura de Rachel entre la multitud. Llevaba una bandeja llena de bebidas y se deslizaba por la pista con habilidad; si algún cuerpo errante tropezaba con ella, no perdía el equilibrio. Entrecerraba los ojos cuando algún hombre aprovechaba para tocarle los muslos al agacharse para servir las bebidas.

Los celos le hicieron sentir a Devon un nudo en el estomago. Algo se lo comía por dentro cuando veía cómo a los clientes habituales se les caía la baba con ella. Los hombres podían oler la carne fresca. Eran como una manada de perros de caza: probablemente, todos y cada uno de los hombres que había allí intentarían embaucarla para poder llevársela a la cama. Le dieron ganas de bajar a romperle todos los dedos de las manos a aquel tipo por haberla molestado.

Pero no fue necesario. Rachel sonrió y aplastó la mano de aquel hombre. Su mensaje fue claro y cristalino: si quieres mirar estupendo, pero las manos quietecitas.

—Tiene clase. —Rosalie sonó muy orgullosa de su propia observación; asintió satisfecha—. Sería una estupidez perderla. Se maneja muy bien. El cliente no se ha ofendido y probablemente la reacción que ha tenido le proporcionará una buena propina.

El descontento rugía en el interior de Devon. Él no estaba en absoluto de acuerdo.

—Ella no pertenece a ese mundo; no debería exponerse a que la sobe esa gentuza tan vulgar.

—Tienes razón. Ella está muy por encima del nivel de la mayoría de las chicas que tenemos aquí. Por cierto, me tomé la libertad de comprobar sus referencias. Realmente necesita el trabajo. Al perder su negocio lo ha perdido todo.

Devon apoyó una mano sobre el cristal de la ventana y se acercó más. La exigente palpitación que rugía en su pecho se negaba a aflojar.

—Yo podría cambiar toda su vida —murmuró suavemente—. Le podría dar cosas con las que nunca ha soñado.

Rosalie, como un perro protegiendo un hueso, lo miró con recelo.

—Estás albergando pensamientos muy peligrosos. Te aviso ahora: sea lo que sea lo que estás pensando, ¡no lo hagas! —Lo miró fijamente desafiándolo a contradecir su edicto. Ella era una leal y fiel centinela; su trabajo consistía en defender el de Devon.

Se hizo una larga pausa y entonces él dijo suavemente:

—Nunca haría nada que pudiera lastimarla.

—¿Por qué ella, Devon? ¿Por qué ella, y por qué ahora?

Otro silencio.

¿Cómo podía explicar la atracción que sentía por Rachel? No podía. Incluso aunque le explicase hasta el enésimo detalle, Rosalie no lo entendería. Los humanos podían conocer a los Kynn, pero no conocían realmente a los Kynn. Hasta que no entró en el reino de lo oculto, ni tan siquiera él comprendió aquel invisible mundo. Nadie podía. No había explicaciones suficientes. Sólo la experiencia podía explicarlo todo.

—Todo cuanto necesitas saber es que algún día será mía. Nada de lo que puedas decir importa.

Ella apretó los labios con fuerza.

—Me temía que dirías eso.

Devon esbozó una corta y molesta sonrisa.

—Parece que estés pensando que voy a atarla y violarla —dijo casi a media voz.

Se volvió a hacer el silencio entre ellos.

Finalmente, Rosalie le puso a Devon una amable mano sobre el hombro. A pesar de lo malhumorada que era por fuera, la mayor parte de su crispado semblante era pura fachada.

—Ya sé que no le harías daño, Devon. —Lo agarró con más fuerza; parecía querer imprimir mayor énfasis a sus palabras—. Pero a veces pienso que tu mundo exige mucho de nosotros, los pobres humanos. Si abres los ojos de Rachel a lo que realmente eres tal vez no le guste lo que vea. —El cariñoso aviso oscureció sus palabras.

Devon cogió las manos de la mujer entre las suyas y acarició la finísima piel que cubría sus venas azules. Los ojos de Devon se posaron entonces en el rostro de Rosalie. Recordaba perfectamente que hubo un tiempo en el que no se dibujaba ni una sola arruga en sus mejillas. El tiempo había pasado inexorablemente y él no se había dado cuenta.

Una horrible sensación de depresión y desesperación se adueñó de él por un momento. De repente, como si de un prisionero que cuenta los días que le quedan para alcanzar la libertad se tratara, se dio cuenta de que él no había estado viviendo. Sólo existiendo.

—Yo fui humano. —Su voz sonó ronca. La emoción amenazaba con hacerle un nudo en la garganta y tragó saliva—. Y no hace tanto tiempo como tú crees.

La dulce sonrisa de Rosalie vaciló.

—Entonces intenta recordar lo que es ser humano. Por favor, piénsatelo dos veces antes de arrastrar a Rachel a algo por lo que tal vez te odie toda la vida. Ella no se merece vivir un infierno...

Antes de que él pudiera replicar, Rosalie apartó la mano. Lo dejó allí plantado y se marchó sin mirar atrás. La puerta se cerró tras ella suave, pero firmemente.

Devon cerró los ojos y se frotó los párpados con fuerza. Se sentía expuesto, desnudo.

—Mierda.

No quería hacerle daño a Rachel. Jamás. Antes se cortaría el brazo derecho que causarle ni el más mínimo dolor de cabeza.

Pero al mismo tiempo, no quería olvidarse de ella. No. Le resultaba imposible mantener una distancia emocional con ella. Sobre todo porque estaba deseando cogerla entre sus brazos, apretarla contra su cuerpo y hacerle el amor larga y pausadamente mientras se sumergía en sus encantadores ojos.

El cansancio se apoderó de él.

No había dormido desde hacía días y apenas había comido. Tenía que comer, pero ya lo haría más tarde. En aquel momento su apetito lo había abandonado.

Se quitó la chaqueta y la puso sobre una de las sillas para las visitas que había frente a su mesa. Tenía un montón de papeleo por revisar. Se sentó y lo apartó a un lado. ¡De eso nada! Tendría que esperar.

Inclinándose hacia atrás apoyó los pies en el escritorio. Se desabrochó el incómodo último botón de la camisa y se aflojó la corbata. Se tocó la garganta con los dedos. La marca aún estaba allí; aquella pequeña cicatriz le cruzaba la yugular. No era un corte mortal, sólo lo justo para marcarlo.

«Puedo encontrarlo rápidamente incluso después de todo el tiempo que ha pasado.»

Tenía más cicatrices bajo la ropa, todas ellas evidencias de las veces que Ariel se había alimentado. Haberla dejado chuparle la sangre incluso cuando estaba dentro de ella fue una experiencia increíblemente espiritual. Cuando se unieron como pareja, él creyó que sería para siempre.

Resultó que ese «para siempre» no duró ni una década.

—Llevas solo demasiado tiempo —murmuró para sí mismo—. Eso no es natural para un Kynn.

Estar con un humano sólo tenía un propósito: saciar el apetito de energías físicas. Con una Kynn hembra, las sensaciones eran muy distintas. Podía hacer el amor dando placer al mismo tiempo que lo recibía.

Devon exhaló un tembloroso suspiro. El recuerdo de la caricia de Ariel aún lo obsesionaba. Había pasado tanto tiempo desde su asesinato que creía que se había acostumbrado a estar solo, que podía aceptar vivir sin una pareja de sangre. Cuando miraba a Rachel, no sólo aumentaba el vacío en su corazón, sino que también confirmaba una gran verdad: sin su alma gemela, su pareja de sangre, él era tan absurdo como un empapelador con un solo brazo.

Devon se desabrochó la camisa. Al abrirla, su pecho desnudo quedó al descubierto. Justo encima de su pezón izquierdo tenía una marca de nacimiento. Rachel Marks tenía una exactamente igual. En el muslo izquierdo. ¿Coincidencia?

El no creía que fuera una coincidencia. Del mismo modo que no creía que Ariel hubiera vuelto a él. Se le hizo un nudo en la garganta; la turbación corría libremente por sus venas. No, su magnífica señora había hecho mucho más que eso. Le había mandado una señal, un regalo... y su bendición.

«Sigue adelante —le estaba diciendo—. Vive de nuevo. Ama de nuevo.»

Había pasado mucho tiempo desde que se planteó por última vez introducir un humano al colectivo Kynn. Muy pocos le habían parecido lo suficientemente dignos como para recibir ese regalo.

Rachel le parecía digna de recibirlo. Era una mujer que emitía vibraciones de intensa sexualidad y tenía una poderosa fuerza vital. Una fuerza que estaba esperando que el hombre adecuado la hiciera estallar.

Devon levantó la barbilla con determinación.

—Yo seré ese hombre.

Capítulo 9

Cuando por fin acabó la noche, lo único que quería Rachel era irse a casa. Pero por lo visto no iba a ser tan sencillo.

Frunció el ceño e hizo girar las llaves por segunda vez. Con fuerza. El motor emitió un débil zumbido. Ni luces en el salpicadero, ni vida de ninguna clase. Nada. Mierda. Fantástico. Primera noche de trabajo y su coche decide morir en el aparcamiento.

Miró a su alrededor. Los demás empleados se dispersaban rápidamente.

Suspiró con frustración.

—Genial, supongo que me he quedado tirada.

Debería haberse imaginado que, tarde o temprano, se encontraría en esa situación. Últimamente, su camioneta (que arrastraba ya veinte años a sus espaldas) la había estado avisando. Al principio emitía quejidos y expelía todo tipo de gases, además la transmisión chirriaba a todas horas. Justo cuando más la necesitaba, aquella vieja tartana, a la que había apodado «la puta azul», finalmente pasó a mejor vida.

Rachel se inclinó hacia delante y apoyó la cabeza en el volante. Esbozó una mueca agria. «¡Qué suerte tengo!» No le quedaba otra salida que llamar a la grúa.

Esa idea la hizo palidecer. La factura de la grúa acabaría definitivamente con sus preciadas reservas económicas. No quería ni pensar en las reparaciones. Teniendo en cuenta la antigüedad del vehículo, probablemente arreglarlo sería más caro que el maldito cacharro entero.

Se sentía exhausta.

Alguien golpeó con suavidad la ventanilla.

—¿Está usted bien, señorita Marks? —Formal, seco y muy correcto, aquel tono de voz era inconfundible.

Rachel se sintió abochornada. «Los dioses deben odiarme.» Ni siquiera se planteó que tal vez los dioses sólo estaban sonriendo un poco. La única cosa que veía al final del túnel era un tren acercándose a toda velocidad.

Después de prácticamente haber mandado a Carnavorn a la mierda, había intentado mantenerse lo más alejada posible de él y había rezado todo lo que sabía para que no la hiciera subir a su despacho y la despidiera. Para su sorpresa, él también había estado manteniendo las distancias. Rachel dio las gracias a la Providencia: había conseguido acabar la noche conservando su trabajo intacto y, mientras salía por la puerta de atrás, esperaba poder escapar sin que él se diera cuenta.

Se incorporó y, rápidamente, se puso algunos mechones de pelo detrás de las orejas y se frotó los ojos: se le corrió el rímel. No le importaba en absoluto. Su maquillaje había perdido el brillo hacía ya muchas horas. Tenía la nariz aceitosa, las mejillas pálidas y el rímel hecho un pegote. Después de haber pasado ocho horas de pie en un local lleno de humo se podía decir que estaba hasta guapa.

Tampoco es que ese tema le importase en absoluto.

Le dolían los pies, la cabeza la estaba matando y sentía que se le iban a salir los ojos de las órbitas. Y, encima, su maldito coche la había dejado colgada. En su caso, la ley de Murphy estaba haciendo horas extras.

Rachel bajó la ventanilla. Sus ojos se encontraron con los de Devon, él la miraba con curiosidad, ella con cautela.

—Estoy bien. Sólo he tenido un ligero contratiempo. Mi coche no arranca. —Metió la mano en el bolso y sacó el teléfono móvil—. Sólo tengo que llamar a la grúa y todo solucionado.

En los labios de Devon se dibujó una irritante sonrisa.

—Pueden tardar mucho en llegar. ¿Por qué no me dejas que te lleve a casa?

Rachel negó con la cabeza; recordaba perfectamente lo que había sucedido entre ellos hacía sólo unas horas. Aunque no parecía que Devon le guardase rencor, quedarse a solas con él no parecía ser la opción más inteligente. Y no porque no confiase en él, sino porque no confiaba en ella misma. Aquel hombre, delgado, tonificado y con un cuerpo tan firme que parecía una estatua, era capaz de ponerla a cien con sólo rozarla. La primera vez había sido capaz de decir que no. Si ocurriese una segunda vez, no creía que pudiera rechazarlo.

Lo más inteligente que podía hacer era mantenerse fuera de su alcance. Le había hecho pensar en todos los placeres relacionados con el cuerpo de un hombre que se le ocurrieron (incluyendo algunos que se podía imaginar, pero que no había probado nunca). Hacía un año hubiera estado preparada, dispuesta y capacitada... Ahora se sentía como un cachorro asustadizo del que habían abusado. Tenía muchas dudas. Un guapísimo hijo de puta, muy atractivo y con una sensual sonrisa, había destruido y quemado todas sus emociones. Aquella experiencia había resultado devastadora económica y emocionalmente.

Y está claro que el gato escaldado del agua fría huye. La faceta más testaruda de Rachel salió a flote y negó con la cabeza.

—Mi coche seguiría estando parado aquí. Si me lo llevo a casa esta noche, podré llevarlo al mecánico a primera hora de la mañana. —Su coche era una auténtica basura, el parachoques trasero estaba abollado, tenía más óxido que pintura y el lado del copiloto tenía una inclinación muy peculiar como resultado de una reparación un poco chapucera.

El se encogió de hombros.

—Como quieras...

Cuanto antes solucionara aquel desastre, antes se podría ir a casa. Sola. Le dolían hasta las pestañas y lo único que quería era darse un largo baño caliente y apoyar la cabeza en una almohada.

Marcó el número de información y le dieron el teléfono de la grúa. Una voz femenina le informó de que podían mandar una grúa, pero que tendría que esperar por lo menos una hora, quizá más.

Cerró el teléfono y lo guardó.

—Ya están avisados. Tardarán una hora, tal vez más. Supongo que tendré que esperar.

Devon se inclinó sobre el coche.

—Esperaré contigo.

Rachel no sabía muy bien qué pensar o qué hacer. El club estaba cerrado y el aparcamiento era un desierto. Aunque estaba bien iluminado, estar a esas horas de la noche en un espacio tan abierto resultaba muy inquietante. Como el club estaba situado a las afueras de la ciudad, cuando cerraban, la gente se marchaba muy rápido.

Si alguien quería acosar a una mujer sola, no había allí nada que se lo impidiera. Miró a Devon. Un deseo líquido se deslizó lentamente entre sus piernas. «Y si alguien quisiera acosar a una mujer totalmente dispuesta, tampoco habría ningún impedimento.»

Rachel, decidida a no morder el anzuelo, sacudió la cabeza para aclarar sus ideas. Definitivamente no era algo en lo que debía pensar. Se pasó una mano por el estómago intentando aliviar la presión que sentía. No funcionó.

—Es muy amable por tu parte, pero no tienes por qué quedarte. —Esperaba que Devon entendiera la indirecta y se marchase. Echar al dueño de su propio aparcamiento no resultaba sencillo.

Él, preocupado, achinó los ojos.

—No puedo dejarte aquí sola... —empezó a decir.

Rachel seguía convencida de que se iría. Puso el seguro. En ese momento no tenía mucho sentido dado que la ventanilla estaba bajada, pero esperaba que no se quedase así mucho tiempo más.

—Puedo cerrar las puertas hasta que llegue la grúa. Y tengo mi teléfono móvil. Estaré bien. De verdad.

Las palabras de Rachel no lo hicieron ceder.

—En lugar de quedarte aquí sentada tú sola, ¿por qué no me dejas invitarte a una taza de café? —Señaló la carretera con la cabeza—. Hay una cafetería a menos de cuatrocientos metros de aquí. Podemos ir a comer algo y estar de vuelta para cuando llegue la grúa.

Justo en ese momento a Rachel le sonaron las tripas.

Hacía muchas horas que no comía nada, y una cremosa taza de café con azúcar le sentaría de maravilla.

Sin embargo, seguía dudando.

No confiaba nada en los hombres. Sobre todo en los melosos embaucadores con un aspecto tan devastador que podían hacer que cualquier mujer cayese rendida a sus pies.

—De verdad, no hay motivo por el que deba retenerte.

Devon se encogió de hombros.

—No tengo donde ir; nadie me echará de menos si no aparezco.

Qué curioso, ella podía decir exactamente lo mismo. Rachel esquivó ese comentario. No admitiría bajo ningún concepto que podía desaparecer tras una cortina de humo y nadie la echaría de menos hasta que hubiera que pagar las facturas. Estar sola era definitivamente una mierda, pero que te jodan la vida y luego te abandonen era mucho peor.

Si hubiera lanzado una moneda al aire para decidirse, hubiera preferido que ganara la opción de quedarse sola y que Devon se fuera. Si estaba sola nadie la decepcionaba,

nadie le mentía, nadie utilizaba indiscriminadamente su tarjeta de crédito y le robaba el portátil antes de desaparecer.

—Mmm..., me quedaré aquí.

Devon, sin desanimarse, se agachó. Estaba más cerca de ella de lo que lo estuvo en el club. La sutil esencia de su loción para el afeitado potenciaba el olor a piel de hombre caliente. Era un tentador aroma muy seductor.

¡Oh, Dios! Rachel agarró el volante con fuerza. Se puso a temblar y sus hormonas empezaron a amotinarse de nuevo. La fuerza de voluntad amenazaba con abandonarla.

—La verdad es que no debería. —Y entonces, para ser más correcta, añadió—: Pero gracias por el ofrecimiento.

Brillantes destellos de electricidad parecían bailar en las profundidades de los ojos de Devon, que no apartaba ni un momento su inquebrantable mirada de Rachel.

—Sólo una taza de café. Te prometo que volveremos antes de que llegue la grúa.

Ella, casi hipnotizada, parpadeó con fuerza. Maldita sea, se lo estaba poniendo muy difícil.

—Yo... —incapaz de continuar se humedeció los labios.

Antes de que pudiera acabar, Devon puso un solo dedo sobre sus labios y la hizo callar. La electricidad crepitaba entre su dedo y sus labios.

—¿Aceptarías si prometo no seducirte? —preguntó.

Capítulo 10

Rachel se sentó a una mesa que tenía bancos a ambos lados y colocó el bolso entre su cuerpo y la pared. Poder sentarse y relajarse después de haber pasado ocho largas horas de pie era más que un alivio, era una bendición. Tendría que acostumbrarse a estar despierta toda la noche. Normalmente, no se iba a la cama más tarde de las once. Trabajar en el Mystique significaba tener que estar atenta y preparada para mover el culo en cualquier momento.

Devon se quitó el abrigo. La camisa blanca que llevaba bajo el chaleco abrazaba sus anchos hombros. La tonalidad gris perla combinaba perfectamente con el tormentoso gris de sus ojos. Se aflojó la corbata y se desabrochó algunos botones de la camisa ofreciendo una imagen muy sexy de su pecho. Llevaba una barba de tres días que le oscurecía la mandíbula y le brindaba, a pesar de su elegante ropa, una imagen de chico malo. Estaba relajado y desprendía un aire informal.

Dejó el abrigo sobre el banco y se sentó frente a Rachel. Cuando se deslizó en el estrecho asiento, sus piernas rozaron las de ella.

Rachel le lanzó una mirada incisiva y se aclaró la garganta para llamar su atención.

—Disculpa.

—Perdona —dijo él esbozando una sincera sonrisa.

Ella lo miró. La mesa los separaba, pero no parecía haber distancia suficiente entre ellos. Aunque estaban rodeados de gente, tuvo la sensación de estar sola con él. «Tal vez sea porque soy sumamente consciente de su presencia», pensó Rachel.

Por educación, intentó devolverle la sonrisa.

—No pasa nada. —Nerviosa, dirigió su mirada hacia arriba. Alguien había lanzado un cuchillo al techo y allí se había quedado clavado. Como nadie se había molestado en quitarlo, imaginó que no sería peligroso.

Miró a su alrededor. El cuchillo del techo encajaba bastante bien con la decoración general de aquel bar de camioneros. El local formaba parte de una popular cadena de cafeterías; sobre las paredes blancas se dibujaban chillonas rayas naranja. Sólo a un ciego se le hubiera pasado inadvertido el parpadeante neón de la puerta, y resultaba imposible no escuchar los frenos neumáticos de los camiones que iban y venían sin descanso las veinticuatro horas del día.

Aquel lugar era para gente que estaba de paso. Tan pronto como un grupo de traseros desocupaba una de las mesas, otro grupo de traseros la ocupaba de nuevo, normalmente incluso antes de que se hubieran llevado los platos sucios. La limpieza era negociable y la clientela cuestionable, pero a nadie le importaba. El café se servía caliente, la comida era decente y las brillantes luces y el bullicio garantizaban que no se viesan cosas raras en el local.

No era ni de lejos el tipo de local que frecuentaría un elegante hombre inglés, era más bien un lugar en el que uno esperaba encontrar camareras con poca ropa.

Algunos de sus compañeros de trabajo estaban allí, y también había varios clientes habituales del Mystique. Aunque las horas de fiesta ya habían pasado, los merodeadores nocturnos eran reacios a finalizar la noche. Rachel se había puesto un suéter para cubrir su cortísimo uniforme y, sin embargo, había pillado a más de un camionero mirándole las piernas. Las medias color humo que llevaba no eran lo suficientemente tupidas y seguía sintiéndose desnuda.

Algunas personas saludaron a Devon. Él se los quitó de encima para poder centrar toda su atención en Rachel.

—En cuanto a lo que ha pasado antes...

Ella, intentando no hacer ninguna mueca extraña al recordarlo, hizo un gesto con la mano.

—Olvidémoslo.

Los ojos de Devon, de un profundo tono gris metalizado, se encontraron con los de ella.

—¿Estás segura de que eso es lo que quieres hacer?

¿Significaba eso que quería saber si iba a demandarlo por ser demasiado pulpo? Rachel lo consideró. Al recordar lo que había pasado, no le quedaba más remedio que admitir que Devon no había hecho nada que estuviera tan mal. No le había sobado el culo ni había hecho ningún comentario sexual desagradable. En realidad, sólo le tocó la mejilla y murmuró... «¿Qué?».

Apenas podía recordarlo. Qué curioso..., creía que había memorizado sus palabras. Ahora parecían haberse perdido en las profundidades de su cerebro. Cansada. Estaba tan condenadamente cansada... Mantener los párpados abiertos suponía para ella toda una batalla. Ya pensaría en eso mañana. También pensaría en la reacción que tuvo cuando él la tocó, en cómo se estremeció todo su cuerpo. El mero hecho de estar sentada frente a él ya la hacía sentir...

Un bostezo enorme la hizo reaccionar. Recordó las últimas palabras de Devon y retomó el hilo de la conversación.

—Se acabó. Ya está. Reaccioné así por los nervios. Primera noche, trabajo nuevo...

—¿Estás segura de que eso fue todo? —Su profunda voz escondía una secreta insinuación.

El corazón de Rachel se aceleró. ¡Maldita sea! La había vuelto a meter de lleno en el atolladero. Devon Carnavorn no parecía entender el concepto «complace al jefe para poder pagar las facturas». Rachel estaba empezando a enfadarse. Probablemente, él había nacido rico y no había tenido que trabajar ni un solo día en toda su vida. Por lo que había podido observar en el club, parecía que lo único que hacía Devon era pasearse alegremente por el local estrechando la mano de los clientes habituales. Si había alguien allí que trabajaba de verdad, ésa era Rosalie Dayton. Cuando la vieja sacaba el látigo, los empleados saltaban.

Rachel se tragó el nudo que se le estaba formando en la garganta.

—Por supuesto —contestó aguantándole la mirada—. No pasó nada. —Su gélido tono cerró el tema.

—Claro —dijo él. Luego repitió las palabras de Rachel como si quisiese reafirmarlas—. No pasó nada.

—Bueno, es verdad —insistió ella con el ceño fruncido.

El esbozó una astuta sonrisa.

—¿Estás segura?

Rachel rechinó los dientes. Devon flirteaba y eso le daba ventaja. Justo cuando a ella se le iba a escapar un desagradable comentario sobre su madre, llegó la camarera.

¡Gracias a Dios! Un descanso. Rachel no tenía ninguna intención de comer. Con una taza de café bastaría. Más tarde, cuando llegase a casa, ya comería algo. Cuanto menos tiempo tuviera que pasar con Devon, mejor. Aún no sabía si tenía ganas de pegarle o de besarlo.

El rubor le cubrió las mejillas. Por algún motivo que aún desconocía, todos los pensamientos que tenía sobre Devon estaban relacionados con el sexo. Tosió tapándose con la mano para esconder su vergüenza.

Una camarera pechugona que llevaba puestos unos ceñidos y modernos vaqueros y una camiseta aún más ajustada llegó a toda prisa con los menús. El logotipo del bar estaba bordado sobre uno de sus enormes pechos; era toda sonrisas y pelo rubio.

Dejó los menús sobre la mesa ignorando totalmente a Rachel y comiéndose a Devon con los ojos. Por lo visto, las mujeres también tenían carta blanca para babear ante un buen trozo de carne masculina. El parecía no darse cuenta de la hambrienta mirada de la chica.

—¡Devon, cariño! —La chica se inclinó sobre la mesa para ofrecerle una buena perspectiva de su culo—. Por Dios, ¿dónde has estado escondido? Hace mucho tiempo que no te veo por este tugurio.

El se encogió de hombros y echó una curiosa mirada al trasero de la chica. A la camarera no pareció importarle en absoluto.

—He estado trabajando, Jaye —respondió dirigiéndose a ella por el nombre que aparecía en su placa identificativa.

Ella sonrió nerviosa, puso la mano sobre el hombro de Devon de un modo muy familiar y le lanzó una indirecta.

—¿Y no tienes tiempo para jugar?

—Últimamente no.

Ella jugueteó con su chicle al mismo tiempo que se inclinaba hacia delante enseñando bien sus enormes tetas. Como si algún hombre pudiera olvidar el aspecto de semejantes atributos.

—Tendremos que hacer algo para solucionar eso. Y muy pronto, corazón. Ya sabes dónde estoy.

La mirada de Devon descendió hasta su deliciosa delantera.

—Claro, cariño.

¿Corazón, cariño? El jueguecito que se traían le estaba dando a Rachel ganas de vomitar. Mmmmm. ¿Así que los rumores eran ciertos? A Devon le gustaba flirtear con mujeres vulgares.

Rachel observó a la rubia. Sus muslos eran demasiado anchos y parecía que se había aplicado el maquillaje con una paleta; no le veía el atractivo por ningún lado. Si a Devon le

gustaban las mujeres pechugonas y descaradas, estaba claro que ella se iba directamente al banquillo. Rachel era alta y delgada; no se podía comparar con aquella chica.

Por un lado, se sintió aliviada, y por otro, decepcionada.

Mierda.

«Bueno, no es como si quisiese enrollarme con él», se recordó a sí misma. ¿Es que no había aprendido nada después de su pequeño escarceo con Dan Sawyer? Los hombres guapos utilizaban, abusaban y luego la tiraban a una a la basura. Había pasado un año y aún tenía secuelas de todos los líos en los que la había metido su ex novio.

Jaye sacó una libretita del bolsillo trasero de su pantalón.

—¿Qué va a ser, cariño? ¿Lo de siempre?

Devon cedió el turno a Rachel.

—Sólo café —dijo ella.

—Estoy seguro de que te gustaría tomar algo más sustancioso que un café —dijo él—. Tenemos tiempo suficiente para comer algo, y aquí la comida está bastante buena.

Jaye pareció advertir la presencia de Rachel por primera vez. Le lanzó algunos puñales con sus ojos verdes. Era obvio que le hubiera gustado ser ella la que estuviera sentada a aquella mesa, y vio en Rachel a una clara competidora.

—¿Trabaja para ti? —preguntó como si Rachel no estuviera allí para contestar.

Devon asintió.

—Es su primera noche.

—Deberías comer algo, querida. Ese sitio está especialmente diseñado para matar de hambre a cualquier mujer. —Volvió a mirar a Devon—. Yo tengo muy claro lo que querría comer...

Rachel apretó los labios.

—Sólo una taza de café, por favor.

—Y otra para mí —dijo Devon.

—¿No vas a tomar lo de siempre? —preguntó Jaye. Devon dio a Rachel un suave golpecito en la pantorrilla con la punta del zapato. Eso significaba que no estaba tomando en serio el flirteo de Jaye. Rachel pensó que tal vez debería relajarse y comer algo.

—Estoy muerto de hambre, pero odio comer solo. —Ella cogió la indirecta. La conciencia sexual la envolvió de nuevo. Decidió darle una pequeña réplica.

Le devolvió el golpecito con la punta del tacón y recorrió la pierna de Devon desde el tobillo hasta la rodilla mientras se aguantaba la risa. «Ya ves», pensó. Los dos podían jugar a hacer piecitos por debajo de la mesa. Cuando menos lo esperaba, el coqueteo adquirió una nueva dimensión; Rachel decidió permitirse esa pequeña licencia. «Tranquilo, Devon, tranquilo. Me puedes mirar, pero no me puedes tener.»

Abrió el menú y echó un vistazo a las propuestas. Un bar de camioneros no ofrecía mucha comida sana. La mayoría de platos estaban diseñados para saciar el enorme apetito de aquellos hombres. Si se comiese uno de aquellos bistecs o un plato de comida mexicana, reventaría las costuras del uniforme.

Sus ojos se pararon en las ensaladas. ¡Aleluya! La ensalada César era implantable, pero se podría comer un cuenco de queso fresco y pina.

—Ensalada de frutas.

Jaye, muerta de envidia, la miró de arriba abajo.

— ¿Grande o pequeña?

Rachel sonrió satisfecha mientras le devolvía el menú. El motivo por el que Jaye no trabajaba en el Mystique era obvio. No había uniformes de su talla.

— Pequeña —respondió dulcemente.

La mujer recogió los menús.

— ¿El número tres, cariño?

— Con una ración doble de tostadas a un lado. —Devon no había mirado su menú. Por lo visto, había estado allí las veces suficientes como para saber perfectamente lo que se podía comer.

Jaye garabateó lo que habían pedido en su libreta y desapareció. Volvió con dos tazas de café, agua fría y un cuenco lleno de envases individuales de leche en polvo. Lo puso todo sobre la mesa y luego añadió los cubiertos y las servilletas. Era eficiente, pero de repente ya no estaba tan habladora.

— La comida estará lista en un momento —les informó antes de irse corriendo a atender a otros clientes que apreciaban más sus atributos. Así que volvían a estar solos otra vez. Rachel empezó a jugar con su café sin saber qué decir. Le puso edulcorante y vertió dos raciones de leche en polvo. Al remover, el fragante aroma del humeante café caliente penetró en sus adormecidos sentidos. Dio un gran sorbo, paladeando su sabor.

Devon no le puso nada al café; se lo tomó sin azúcar y sin leche.

— ¿Te sientes mejor?

Ella asintió.

— Mmmm, mucho mejor. —Otro sorbo—. Dios, ¡cómo necesitaba un poco de cafeína!

El parecía satisfecho mientras se tomaba el café. Dio otro golpecito al tobillo de Rachel.

— ¿Algún hombre te ha dicho alguna vez lo bonitos que se ven tus ojos asomando por encima de una taza de café? —preguntó con una mirada lasciva.

El deseo también recorrió el cuerpo de Rachel. Ignoró el rugido de su propia sangre y niveló su mirada.

— No, por favor...

— Es verdad.

Ella suspiró y bajó la taza. Sus dedos seguían enroscados en ella; con las manos recogía el calor que desprendía el café.

— Hablaré de cualquier cosa menos de eso, Devon —dijo con firmeza.

Él le volvió a tocar el tobillo con el pie.

— Hablemos de ti entonces. ¿Cómo acabó en mi oficina una chica tan guapa como tú? Grrrr. Estaba claro que iba a hacer lo que le diera la realísima gana.

— Ya sabes la respuesta.

— Tu librería quebró.

— Sí, me encantaba tenerla. Se podría decir que era mi sueño hecho realidad. —Cuando era niña pasaba horas con la nariz metida en un libro; vivía a través de las vidas de los personajes que descubría en la letra impresa. Por aquel entonces, la lectura era la

única manera que tenía de escapar de la tristeza de su infancia y de unos padres que se emborrachaban y se peleaban tan violentamente como follaban.

Él dio otro sorbo a su café.

—Háblame de tus sueños.

Ella hizo una mueca. Si hubiera sabido que le iba a aplicar el tercer grado, se hubiera quedado en el coche.

—Han quebrado. Más o menos como toda mi vida.

—¿Por qué piensas eso? —le preguntó él mirándola fijamente con sus ojos grises.

Ella se encogió de hombros.

—Olvidalo. La vida es una mierda, y cuando te quieres dar cuenta, te mueres.

Devon hizo un gesto burlón con la mano.

—Eres demasiado guapa para ser tan cínica.

—Digamos que he tenido mucha práctica —contestó ella, dando golpecitos a la taza.

—¿Siendo guapa? —la provocó Devon con una mirada expectante.

Rachel negó con la cabeza.

—Lo estás haciendo otra vez.

El se puso serio y su sonrisa se desvaneció.

—Perdona. Es difícil controlarse. —La sonrisa reapareció—. Me gusta mirarte.

—Estaba esforzándose todo lo que podía, utilizando su sentido del humor para conseguir que ella bajara la guardia. Rachel tendría que ir con mucho cuidado. A poco que se descuidara, acabaría directamente en sus brazos.

Se sentía muy atraída por él y se puso más nerviosa. Se sacudió la tensión armándose mentalmente contra la tentación. No pensaba dejar que Devon rompiera su resistencia.

—Tengo una norma. —Sacudió la cabeza vigorosamente—. Ya no mezclo el trabajo y el placer.

—¿Ya no? —Preguntó él, levantando las cejas—. Entonces hubo un tiempo en que...

Como no quería hablar de su pasado lo cortó. En ese momento ya no quería hablar de nada. ¿Por qué no podía simplemente dejarla disfrutar de su café en silencio?

—Lo hice una vez; salió mal. Fin de la historia.

—Bien, pues cuéntame otra historia. Algo sobre tu vida.

Rachel respiró hondo y se puso las manos sobre el regazo.

—Eso también salió mal. —Miró su reloj esperando disuadirlo. Sólo habían pasado cinco minutos. Qué curioso, parecía que había pasado mucho más tiempo. La grúa aún tardaría unos cuarenta minutos más en aparecer.

«Cuarenta minutos es demasiado tiempo», pensó ella.

—¿Dónde está esa camarera? —En aquel momento prefería pelearse con la celosa de Jaye que dejar que Devon removiera sus emociones.

Él carraspeó para atraer su atención.

—Si necesitas llorar, te puedo prestar mi hombro.

Rachel percibió la ternura que escondían sus palabras; de repente, tuvo la total certeza de que aquel hombre podría volverla loca si se lo propusiera. Ella se quedó mirando fijamente su taza de café. Estaba vacía, no quedaba ni una gota. Qué irónico. Su vida estaba tan vacía como aquella taza.

Rachel se tapó los ojos con la mano; temblaba.

—Yo ya no lloro. —Respiró hondo de nuevo y soltó el aire despacio. La amargura se empezó a apoderar de ella—. Vale, ésta es la versión abreviada: nací, crecí.

Devon parecía dubitativo.

—Creo que prefiero la versión más larga.

Rachel se quitó la mano de la cara. Su expresión se endureció.

—Vale. Mi padre bebía. Mi madre bebía. Mi padre se fue cuando yo tenía siete años. Mi madre murió cuando yo tenía ocho años. Cuando tenía veintiún años, mi padre apareció o, mejor dicho, apareció su abogado. Mi padre había muerto, pero tenía un seguro de vida. Eso me dio el dinero suficiente para montar mi librería. Doce años más tarde estoy otra vez sin nada. Arruinada. —Se lo quedó mirando fijamente—. Así que cuando digo que prefiero ignorar mi pasado, lo digo en serio.

Devon se dirigió a ella con suavidad.

—Nunca encontrarás refugio en el olvido. Sólo dolor.

A Rachel se le escapó una sonrisa.

—¿Por qué los ingleses siempre tienen que recurrir a Shakespeare?

El sonrió intentando relajarla.

—Eso era de Wilde, creo.

Rozó de nuevo el tobillo de Rachel. Lenta, larga y persistentemente. Esta vez fue más íntimo.

—Y, como ya sabes, Wilde en inglés suena igual que la palabra salvaje. Algo que estoy convencido de que eres en la cama.

Rachel no sabía si pegarle o gemir. Lo miró con recelo. Sin querer, Devon había encendido un fusible emocional en ella, y Rachel sospechaba que estaba intentando apagarlo antes de que ocurriese alguna tragedia. Si su vida no hubiera sido un monstruoso desastre, seguro que se sentiría tentada de aceptar su oferta.

Sacudió la cabeza para aclarar sus ideas y ahuyentar las fantasías que él le provocaba con tanta facilidad. Era mucho mejor mantener su libido controlado. Devon era su jefe, ¡por el amor de Dios! Ese era motivo más que suficiente para guardar las distancias y mantenerse fuera de su alcance.

Había llegado el momento de acabar con el coqueteo.

—Eso es algo que no averiguarás nunca, listillo. El se puso la mano sobre el corazón.

—Me has hecho daño.

—Podría hacértelo. —Señaló el techo—. ¿Ves ese cuchillo?

Devon levantó la vista. Su astuta sonrisa tembló.

—Sí —dijo, y bajó la barbilla para mirar fijamente a Rachel.

Ella entornó los ojos, sólo un poco. Lo justo para que él se diera cuenta de que estaba hablando en serio.

—Podría conseguir que tu polla acabara ahí clavada.

Él hizo una mueca.

—Eso me ha dolido.

Llegó la comida y por un momento dejaron de hablar. Jaye, asiendo hábilmente una bandeja llena hasta los topes, dejó la comida sobre la mesa. También había traído la

cafetera y rellenó las dos tazas. Los dos centraron la atención en la comida y en la satisfacción de algo que ambos compartían: el hambre.

Rachel miró su plato. Un montón de queso fresco rodeado de pedazos de pina; todo regado ligeramente con sirope de pina. Su elección parecía raquítica comparada con la de Devon. A él le aguardaba un verdadero festín: huevos, salchichas, un montón de croquetas y una ración doble de tostadas de pan integral.

Ella se quedó boquiabierta viendo como él untaba una tostada con mermelada de fresa y luego ponía un montón de mantequilla y sirope de albaricoque sobre los creps.

—Debes de tener un agujero en el estómago.

Si ella se comiera todo eso a aquellas horas de la noche, no sólo sufriría una grave indigestión, sino que además engordaría diez kilos.

—No lo puedo evitar, guapa —contestó él sonriendo—. Me gusta comer. —Cortó los huevos a tiras usando el cuchillo y el tenedor y engulló el primer bocado.

Rachel pinchó un trozo de su aburridísimo queso fresco; ni la mitad de sabroso que la comida de Devon. No sabía a nada, pero serviría para matar el gusanillo. Observó a Devon mientras comía y sospechó que follaba de la misma manera. Con enorme entusiasmo y delicadeza. Se quedó mirándolo fijamente durante un minuto y luego dijo:

—No te entiendo.

El levantó la mirada del plato.

—¿No me entiendes?

Sin saber por qué, Rachel se puso nerviosa de repente. Se colocó el pelo detrás de las orejas.

—Eres una persona muy contradictoria. Me refiero a que no pareces el tipo de hombre al que le guste pasar la noche en un club gótico o que disfrute engullendo un desayuno a las tres de la madrugada en un bar de carretera.

El se rió sorprendido.

—Entonces, ¿qué es lo que debería estar haciendo? —respondió—. ¿Merodear por mi viejo castillo tomando té y pastitas?

Rachel asintió, pero sus pensamientos eran contradictorios.

—Algo por el estilo. Quiero decir..., ¿cuál es el atractivo de llevar la vida que llevaría un vampiro?

Devon le devolvió la mirada; le brillaban los ojos.

—Bueno, la respuesta es muy sencilla, Rachel.

—¿Ah, sí?

Él sonrió abiertamente.

—Yo soy un vampiro.

Capítulo 11

La cara que se le quedó a Rachel no tenía precio, era casi cómica. Arqueó sus torneadas cejas con incredulidad.

—¿Perdona? —Dijo entre trozo y trozo de queso fresco—. ¿Acabas de decir que eres un vampiro?

La intención de Devon no había sido la de admitirlo sin más. De algún modo, las palabras se le habían escapado de la boca. Ahora tendría que llegar hasta el final.

—Lo digo totalmente en serio.

Rachel se comió el último trozo de queso fresco y observó el desayuno de Devon, prácticamente acabado. Ella aún parecía hambrienta.

—Pensaba que los vampiros sólo bebían... —puso cara de asco— sangre.

El se rió entre dientes mientras cogía una tostada.

—Eso sería de lo más asqueroso. —Dio un bocado, masticó y luego tragó—. Los Kynn son vampiros sexuales. —Como aún no estaba preparado para compartirlo todo sobre su especie, se contuvo y no explicó que los Kynn sí que bebían sangre, pero sólo la necesaria para conseguir una conexión con la víctima elegida. En realidad, formaba parte del ritual de establecer una psiconexión; no lo hacían para alimentar una enfermedad como el hambre. Ya le explicaría los rituales más adelante. Debía ir despacio; los humanos solían ser aprensivos.

Se produjo una pausa incómoda. Un conocido destello iluminó las profundidades de la mirada de Rachel.

—¡Ah claro! —Se dio un golpecito en la frente con la palma de la mano—. Ya había oído hablar sobre tus... apetitos carnales. Eso lo explicaría todo sobre usted, señor Carnavorn. Yo pensaba que sólo eras un bastardo salido.

Rachel le seguía la corriente y a Devon le divirtió su actitud. Ella creía que le estaba tomando el pelo. «Si ella supiera...»

El interpretó una versión exagerada del clásico inglés remilgado.

—Por favor..., mis padres estaban legalmente casados. En cuanto a lo de salido, siempre estoy interesado...

—No lo dudo. —Rachel, reanimada por la comida y la segunda taza de café, le regaló una sonrisa. Esta vez fueron sus pies los que golpearon los de él—. ¿Y qué hay de ese tema del ataúd del que he oído hablar? ¿Es verdad que te tienes que llevar a casa la tierra de tu tumba?

Intentando ser diplomático, Devon se aclaró la garganta.

—Nada de eso es verdad. A pesar de haber pasado por la experiencia de la muerte, duermo en una cama; igual que tú.

Ese comentario hizo que Rachel volviese los ojos hacia el techo antes de mirarlo como diciendo: «No es posible que estemos teniendo esta conversación.»

Cambió de postura y metió las piernas debajo del banco en el que estaba sentada. Se acabó el coqueteo por debajo de la mesa. Mientras se tomaba el café, parecía estar dándoles vueltas a aquellas palabras.

—¿Experiencia de la muerte...? ¡Eso sí que es nuevo! —La curiosidad le hizo preguntar—: Entonces, tu vida mortal acabó y empezó tu vida inmortal. ¿Es así como funciona?

A Devon se le pusieron los pelos de punta. Nunca había explicado nada sobre los Kynn en voz alta, y desde luego, nunca a un extraño.

—Así es, tu señor se lleva tu vida mortal y la reemplaza por una existencia colectiva, una energía muy fuerte y poderosa que vincula a los Kynn entre sí.

La fija y descarada mirada de Rachel recorrió a Devon como una sacudida eléctrica.

—¿Colectiva? —Fingió considerar sus palabras profunda y seriamente—. Vaya, pensaba que eran los Borg los del colectivo. Ahora descubro que son los Kynn. Es muy útil saberlo.

Al escuchar sus palabras, Devon esbozó una reacia sonrisa.

—Creo que somos un «colectivo» porque el término «hermandad» ya lo estaban usando otros. Tal vez los Lycans. Tendría que comprobarlo.

Rachel se rió y sus ojos azules brillaron.

—Vale, pero si eres un vampiro, ¿dónde están tus colmillos, Devon? Si me quieres convencer tengo que ver unos caninos en condiciones. —Al sonreír, Rachel enseñaba sus perfectos dientes blancos.

El fingió estar avergonzado. Chasqueó los dedos como si hubiera olvidado algo.

—¡Maldita sea! Tengo que conseguir un par. Tendré que enviar una solicitud al consejo de vampiros para que me envíen unos.

Rachel cogió el cuchillo que le habían puesto para untar mantequilla y lo inclinó intentando ver en él el reflejo de Devon.

—Dime, ¿y qué clase de vampiro eres?

—Pues no soy un vampiro muy bueno, querida —dijo tras lanzar un suspiro. Luego se la quedó mirando fijamente, sobrecogido de nuevo por la inteligencia que había en su mirada y el brillo de su media melena negro azabache. Cuanto más la miraba, más cuenta se daba de que no era sólo su parecido con Ariel lo que lo atraía. Rachel tenía un particular brillo en su interior que parecía iluminarla desde dentro.

Ella le lanzó una mirada inquisitiva.

—¿Y qué es exactamente tan fascinante de la mística vampírica?

Esa pregunta lo dejó de piedra. Era difícil de explicar, pero lo intentaría de todos modos.

—¿Sabes la clase de gente que viene al club?, ¿los góticos hardcores que merodean por las sombras?

—¡Cómo no!

—¿Por qué crees que están allí?

—No lo sé —dijo moviendo la cabeza negativamente.

—Porque quieren un lugar donde estar, un lugar al que pertenecer. Quieren que la fantasía se haga realidad. —No mencionó que esos seguidores de la sub-cultura gótica pagaban sus facturas y lo habían convertido en un hombre rico muchas veces.

—¿Quieren ser vampiros?

—¡Por supuesto! Piénsalo. No hay nada más excitante que la idea de ser inmortal. Para muchas personas, la idea de conectar con un amante a través de la sangre es erótica y un poderoso afrodisíaco.

Devon se dio cuenta en ese momento de que no era en absoluto contrario a la idea de introducir a Rachel en el mundo de los Kynn. Una oleada de sangre caliente se precipitó hacia su ingle. La idea le endureció la polla deliciosamente. No sería esa noche, por supuesto. Ya llegaría la oportunidad. De eso no tenía ninguna duda.

Una sugestiva sonrisa asomó a los labios de Rachel.

—¿Erótica? —Preguntó entornando los ojos con mojigatería—. ¿Tú crees?

Devon dio un sorbo a su café, que ya estaba frío por la poca atención que le había prestado durante la conversación.

—Yo soy un Kynn.

Ella puso cara de interrogante.

—¿Kynn? —repitió—. Suena a reunión familiar.

Devon levantó lentamente la mirada hasta que se encontró con la de Rachel.

—Cuando te quitan la vida mortal, lo que la reemplaza es mucho más valioso que el alma humana.

Ella trató de comprender ese concepto.

—¿Y qué es?

Era difícil de explicar, pero lo intentó.

—El colectivo es la base de los Kynn como raza; una relación de elementos unidos en un todo. Sus propiedades no se pueden obtener de la simple suma de las partes. Beber la sangre de otro supone introducir en tu cuerpo la mismísima esencia de la creación. Rachel abrió mucho los ojos.

—¿Y cuál sería su punto de origen? ¿El cielo?

—Cuenta la leyenda que los Kynn tienen sus orígenes en el desafío que Lucifer hizo a Dios. Lucifer dijo que podría conseguir introducir más almas en el infierno que Dios en el cielo. Éste aceptó el desafío y expulsó a Lucifer y a sus hermanos. Al caer del cielo, no todos los ángeles completaron su conversión en demonios. Algunos dudaron porque no sabían qué lado elegir, y quedaron perdidos entre los dos reinos, sin pertenecer ni al cielo ni al infierno. Por tanto, la tierra se convirtió en su reino.

Rachel sonrió y acabó la historia.

—Y entonces, ¿todos se convirtieron en vampiros y vivieron felices para siempre?

Devon tuvo que reírse.

—Te estás dejando limitar por la definición de vampiro que te han contado en las películas y en los libros. En realidad, no tiene nada que ver con lo que tú te imaginas.

—¿Así que lo que estás diciendo es que los vampiros existen de verdad? —La duda arrugó su frente.

Devon no se atrevió a reír, aunque era lo que le apetecía hacer.

—¿Estás segura de que no existen?

Rachel parecía estar reflexionando sobre lo que Devon había dicho. Estaba muy seria.

—Por supuesto que no existen. —Un aire soñador asomó a sus ojos. Parecía estar considerando momentáneamente las posibilidades. Un segundo después suspiró y su mirada soñadora desapareció—. Si existiesen, me gustaría ser uno de ellos.

Justo las palabras que él quería escuchar, pero no era el momento ni el lugar de hacerle ver a Rachel lo que significaban. Aún no. Ya lanzaría su anzuelo y pescaría su pez. Tendría que recoger el sedal con cuidado para evitar perderla. Pero si conseguía introducir el concepto Kynn en su mente, tal vez ella querría explorarlo más a fondo. Jaye llegó con la cuenta.

—¿Os las lleno otra vez? —preguntó mirando las tazas de café vacías.

Rachel miró el reloj y luego puso la mano encima de su taza.

—A mí no. —Miró al otro lado de la mesa—. La grúa llegará pronto. —Cogió el bolso y se levantó de la mesa.

El tiempo había pasado volando y Devon no se había dado ni cuenta. Se lo había pasado muy (¿se atrevía a pensarlo?) bien. Hacía mucho tiempo que no pasaba el rato con alguien solo por el puro placer de su compañía.

—Nos tenemos que ir. —Miró el total de la cuenta y rebuscó en el bolsillo interior de su americana. Sacó la mano vacía—. ¡Oh, mierda!

Rachel escuchó la exclamación que él había murmurado.

—¿Hay algún problema?

La vergüenza lo inundó.

—Me parece que me he olvidado la cartera.

Y, efectivamente, se la había olvidado. Se acordaba muy bien: seguía sobre la mesa del despacho. Había salido del club con la cabeza llena de fantasías y los ojos llenos de estrellas, y se la olvidó. Y ahora mismo se sentía como un completo idiota. No llevaba ni un céntimo encima. Ni metálico ni tarjetas. No podía pagar.

—Escucha, Jaye... —empezó a decir—. Ya sabes que te pagaré.

La camarera hizo un gesto con la mano.

—Por supuesto, cariño. Me puedo fiar. —Le dio una palmadita en el trasero—. Tal vez me lo puedas devolver en especias algún día. —Le guiñó el ojo—. Me debes una.

Rachel se acercó. Aún llevaba puesto el delantal; metió la mano en el bolsillo y sacó un montón de billetes. Sus ojos se ensancharon un poco cuando vio su tesoro. Había unos cuantos billetes de diez y de veinte. Dejó un billete de veinte sobre la mesa; era más que suficiente para pagar la cuenta y dejar una buena propina.

—Ya pago yo —dijo en voz baja.

Devon intentó devolverle el dinero. Sintió el calor de la firme mano de Rachel bajo la suya.

—No es necesario, de verdad. —Rachel se había dejado el culo para ganarlo. No pensaba permitir que pagase la cuenta.

Ella recuperó su dinero e inclinó la cabeza hacia atrás. Lo miró con sus preciosos ojos de largas pestañas.

—Simplemente llévame hasta mi coche y estaremos en paz. —Le dio el dinero a Jaye—. Quédate con el cambio, por favor.

La mujer sonrió; sabía reconocer cuando alguien había sido más astuto que ella.

—Supongo que esto significa que él te debe una a ti, amiga. —Le guiñó un ojo y se alejó contoneándose.

Devon tragó con fuerza y se humedeció los labios. Mierda. La mayoría de mujeres no hubieran tenido ningún problema en dejar las cosas como estaban.

—No hacía falta que hicieras eso... —empezó a decir.

Ella lo cortó mientras se colgaba el bolso del hombro.

—Ha valido la pena pagar el desayuno a cambio de disfrutar de tu compañía.

Ahora el sorprendido era él.

—¿Ah, sí?

Rachel se rió.

—Nunca había visto a un hombre mentir como lo haces tú. Tengo que admitirlo, tienes estilo. —Sin esperar, se volvió y empezó a caminar hacia la salida. Cuando andaba, sus caderas se balanceaban de un modo muy tentador.

Una mano dio una palmadita sobre el hombro de Devon.

—Será mejor que la cojas, Devon —dijo Jaye—. Creo que se marcha con tus pelotas. Y efectivamente así era.

No le quedaba más remedio que seguir adelante.

El trayecto de vuelta al aparcamiento del Mystique fue demasiado rápido. Antes de que Devon se diera cuenta, ya estaban otra vez donde habían empezado. El viejo coche de Rachel aún estaba allí, solo y desamparado. La grúa no parecía haber venido.

Rachel refunfuñó, se desplomó en su asiento y se tapó la cara con las manos.

—No ha venido. —Cogió aire, sus pechos se elevaron y luego cayeron bajo la sedosa tela de su uniforme. La hendidura que tenía el uniforme entre los pechos se abrió y en la mente de Devon se desencadenaron una multitud de imágenes eróticas—. Mi suerte llega terriblemente tarde.

En realidad, él estaba contentísimo de que la grúa no hubiera llegado. Aquello le dio una excusa perfecta para ofrecerse a llevarla a casa y poder estar un poco más con ella.

Devon tenía la mirada clavada sobre el exquisito cuerpo de Rachel y se preguntaba cómo sería cogerle un pecho y apretarlo con suavidad mientras le acariciaba el erecto pezón con el pulgar y se inclinaba poco a poco sobre...

Incapaz de resistir la tentación ni un minuto más, alargó el brazo y acarició una de las mejillas de Rachel con ternura.

Cuando ella recobró el aliento, volvió la cabeza para mirarlo directamente a los ojos. La conexión entre ellos era electricidad pura; era tan fuerte que parecía que alguna fuerza magnética intercediera para atraer sus cuerpos.

Una espiral de luz se desplegó ante los ojos de Rachel.

—Tus caricias me hacen sentir tan viva. Desearía... —Una irónica sonrisa asomó en sus labios y dejó de hablar.

Devon le apartó el pelo de la cara con la mano.

—¿Qué?

—Nada. —La pelea entre el miedo y el deseo cubría sus palabras de plomo.

El deslizó los dedos por su rostro y le acarició la barbilla. Encontró sus labios y recorrió con el dedo sus húmedos pucheros. Tocarla le provocó una explosión en la ingle. Su polla se erigió palpitante, dispuesta.

—Dime.

Ella temblaba y forzó una triste y pequeña mueca.

—Ya no me queda nada que desear.

Devon se acercó hasta que sus labios quedaron a pocos centímetros de la oreja de Rachel. Olió el calor y el deseo sexual que irradiaba su cuerpo. Un escalofrío de expectación le recorrió la espalda. Ella quería sucumbir, dejarse llevar y disfrutar de todo lo que él tenía que ofrecer. Pero el miedo la inmovilizaba; su muralla interior seguía firmemente en pie. El tendría que encontrar algún modo de atravesarla.

Devon se acercó más y sintió el calor de su aliento. Un segundo más y sus labios seguro que deberían encontrarse.

—Creo que sé lo que deseas.

Ella jadeó y se apartó. Puso los dedos sobre la barbilla de Devon. No lo estaba apartando, pero tampoco estaba preparada para dejarle seguir adelante.

—No. Prometiste no seducirme...

El no se movió. Sus sentidos rebosaban de deseo insatisfecho. Nunca había deseado a ninguna mujer de aquel modo. Ni siquiera Ariel le había provocado un deseo tan profundo. Se quedó quieto un momento, deleitándose en su caricia. Deseaba que ella hiciera más, pero sabía que no lo haría.

«Esta noche no —se advirtió a sí mismo—. Paciencia.»

Devon le cogió la mano y le besó las yemas de los dedos.

— ¿Yo he dicho eso?

Rachel tragó con dificultad.

—Sí.

—Era mentira.

Capítulo 12

Cuando entró en casa, Rachel cerró la puerta y se apoyó en ella. Tenía que hacerlo. Mantenerla cerrada significaba que no se sentiría tentada de abrirla y dejar entrar a Devon...

Una sonrisa se dibujó en sus labios.

Y follárselo como una loca.

Cuando escuchó el motor de su coche alejándose calle abajo, se relajó. Bien, se había ido. Había conseguido resistir la tentación ¡por los pelos!

Para asegurarse del todo, echó un vistazo fuera. La calle estaba vacía. No había ni un alma. Miró el reloj. Tampoco es que fuera muy habitual que alguien merodease por allí a las cuatro menos veinte de la mañana. Para ella, seguía siendo muy raro estar por ahí a esas horas. Y sin coche.

Observó el lugar en el que debería haber estado aparcado su auto, pero no estaba. Devon le había prometido que se ocuparía de él por la mañana. Llamaría a la grúa para que lo llevase al taller más cercano.

Sin embargo, la factura seguiría siendo cosa suya. Devon se había ofrecido a pagar la reparación, pero Rachel se había negado a aceptar que él le adelantase el dinero. Su lema debía mantenerse firme: no aceptaría nunca favores de los hombres. Estaba segura de que si lo hacía querrían algo a cambio. Nunca fallaba.

Cerró la puerta con llave y se aseguró dos veces de que estaba bien cerrada y de que la cadena estaba puesta. Suspiró. Los hombres eran todos unos cerdos; lo mismo daba que vistiesen piel o caros trajes de seda.

—Todos lo son, maldita sea.

Cuando estuvo segura en el interior de su pequeño dominio, se quitó los zapatos y comprobó que sus pies no estaban destrozados y sus zapatos no estaban llenos de sangre. No lo estaban, pero seguía sintiéndose como si lo estuvieran. Después de haber pasado toda la noche de pie, las pantorrillas le dolían muchísimo y le pesaban tanto las piernas que tenía la sensación de que eran tan grandes como troncos de árbol. Incluso entonces seguía sintiendo cómo le latían los músculos sobrecargados. «Al parecer tengo los músculos atrofiados —pensó haciendo una mueca. ¡Dios! Le dolía todo el cuerpo. Demasiado trote para haber pasado los últimos años sentada detrás de un mostrador—. Así es como se siente una cuando trabaja para ganarse la vida.»

Hablando de trabajar para ganarse la vida, ¿cuánto había ganado en propinas aquella noche? Aún no había contado su botín.

Estaba demasiado emocionada para irse a dormir y decidió sacar una botella de vino de la nevera. Fue al salón y prácticamente se derrumbó sobre el sofá. Beber a aquellas horas de la madrugada no encajaba para nada con su forma de ser, pero necesitaba relajarse y una copa de vino la ayudaría.

Le quitó el tapón a la botella y bebió un largo trago. El vino con burbujas era refrescante y devolvió un poco de energía a su exhausto cuerpo. Tomó otro sorbo, dejó la botella a un lado y empezó a sacar los billetes y las monedas de su delantal. En pocos segundos tenía casi un tesoro en su regazo. Emitió un suave silbido.

—¡Madre mía! Creo que aquí hay más dinero del que ganaba en una semana en la librería. —Con las manos medio temblorosas por la excitación, contó el dinero, alisando los billetes y colocándolos en pequeños montones. Mientras contaba, sacaba ligeramente la lengua de la boca levantándose el labio superior.

Doscientos setenta dólares.

—Esto es alucinante. —No le importaba en absoluto estar hablando sola. Estaba demasiado emocionada por haber ganado tanto dinero fácil en una sola noche.

Bueno, no tan fácil.

Le dolía todo el cuerpo, pero suponía que podría soportar el dolor siempre que fuera a cambio de semejante cantidad de dinero. ¡Demonios! Había trabajado una sola noche y casi podía cubrir todos los gastos de una semana. Cuando trabajaba en la librería apenas se podía asignar un sueldo de quince mil dólares al año. En California, eso rozaba el umbral de la pobreza. Para poder mantener a flote su negocio, había tenido que aprender todos los trucos para ahorrar, comer barato, conducir un coche viejo y vivir sin seguro médico u otros beneficios sociales.

Mientras miraba todo el dinero que tenía en las manos, hizo algunos cálculos rápidos. Si trabajaba en el Mystique durante uno o dos años, ganaría el dinero suficiente para saldar todas sus deudas y tal vez incluso podría abrir una cuenta de ahorro. La perspectiva era muy emocionante. Por fin había encontrado una forma de salir del agujero.

Tal vez esa luz que veía al final del túnel no era un tren acercándose a toda velocidad.

Pero ¿tendría la energía suficiente para aguantar ese ritmo cinco noches a la semana? Aquella noche se había sentido emocionada, complaciente, había sonreído, flirteado... No siempre se sentiría así, no siempre llevaría igual de bien que la trataran como a un trozo de carne. En ese sentido, se sentía como una puta; se estaba dedicando a enseñar un poco las tetas y los muslos cuando servía las bebidas. Observando a las demás camareras había aprendido a inclinarse más de la cuenta para complacer a los clientes.

Sin embargo, el dinero la seguía tentando. No tendría que hacerlo siempre, sólo el tiempo necesario para pagar sus deudas. Cuando hubiera superado el bache, dejaría el Mystique y se buscaría algún trabajo administrativo más cómodo.

Los ojos empezaban a picarle debido al cansancio y dejó el dinero sobre la mesa. Volvió a la cocina y tiró el resto del vino por el fregadero. La sobresaltó un extraño ruido en la ventana. Se apresuró hasta ella y miró hacia fuera.

—¿Sleek?

El gato no estaba. Como no veía nada, abrió la ventana. Aquella era la entrada habitual de su mascota y no había cortina. La noche era fría; una ligera niebla procedente de las nubes de lluvia se había posado sobre el suelo formando capas que parecían esponjoso algodón. El viento frío y transparente le acariciaba la piel.

Se agarró al marco de la ventana y se asomó fuera.

—¿Sleek? —Lo llamó de nuevo—. Venga, gatito. Entra en casa de una vez.

Una presencia. Una presión. Algo se deslizó a través de la ventana. Era tan silencioso como la brisa, tan sutil como la caricia del más diestro de los amantes. Acarició brevemente la parte posterior del cuello de Rachel y se deslizó por su espalda; le rodeó los pechos, bajó hasta su plano vientre y siguió por entre sus muslos hasta llegar a sus piernas. Ella cerró los ojos y se dejó llevar por aquella maravillosa sensación que la rodeaba como un cálido y cariñoso abrazo.

Un golpe sordo en el alféizar de la ventana la despertó del extraño sueño en el que la había sumido aquella encantadora sensación. Casi se le sale el corazón del pecho del susto que se dio.

—¡Joder, Sleek, me has un susto de muerte! —Se olvidó de la placentera sensación que acababa de experimentar y cogió al esquelético gato para dejarlo en el suelo. Llenó sus platos de agua y comida, apagó la luz de la cocina y subió al piso de arriba mientras se iba desabrochando el uniforme.

Se acabó de quitar la ropa en el baño. Metió las medias y las bragas en el cesto de la ropa sucia y colgó el uniforme en la barra de la cortina de la bañera para que el vapor del agua caliente le quitase las arrugas y el olor a humo. Se sentó en una esquina de la bañera, abrió el agua y la reguló hasta que estuvo todo lo caliente que su piel podía soportar.

Mientras se llenaba la bañera, metió lentamente sus doloridos pies en el agua. ¡Oh, Dios, qué placer!

Cuando la bañera estuvo llena, se metió dentro del agua que estaba casi hirviendo y la piel se le empezó a poner roja; parecía una langosta dentro de una olla. Se quedó allí hasta que el agua se enfrió y la piel se le hubo arrugado como una pasa.

Salió de la bañera a desgana, se secó y se lavó los dientes. Luego se quitó las lentillas. Después de una noche como la que había pasado, parecía que las tenía soldadas a los ojos.

Entró desnuda en la habitación. Su nuevo trabajo la había dejado exhausta. La cama era una imagen borrosa ante sus ojos, un oasis tentador que la invitaba a dormir.

Las sábanas estaban frías y apetitosas. Justo lo que necesitaba.

Se deslizó bajo ellas y apagó la luz de la lamparita de noche que tenía junto a la cama. Se dejó llevar por la persuasiva noche y cerró los ojos. El cansancio la venció y cayó en los brazos de Morfeo.

Sólo llevaba unos cuantos minutos dormida cuando volvió a sentir aquella extraña presencia, la misma que había experimentado cuando dejó entrar al gato.

Aquella ligera presión se posó sobre sus caderas. Una deliciosa ola de calor se deslizó por todo su cuerpo.

Rachel, perdida en las profundidades de su sueño, se entregó a la deliciosa fantasía. Casi se podía imaginar que estaba entre los brazos de un hombre. Las vibraciones eran tan intensas que tenía la sensación de que cuando abriera los ojos se encontraría un firme cuerpo masculino encima de ella.

«¡Dios, sí!»

Aquella suave presión se movía sobre su piel, deslizándose por sus costados, por debajo de sus brazos, por encima de sus pechos... La caricia era suave y sensual. La inundó una ráfaga de calidez sexual. Sus pezones se endurecieron. La extraña sensación continuó,

sentía como si se dibujasen círculos sobre sus rosadas areolas. Un momento después aquellas invisibles manos descendieron. Se deslizaron por su vientre y alcanzaron la húmeda entrepierna.

Se le escapó un claro gemido de entre los labios. Su clítoris palpitó y los jugos de su excitación empezaron a humedecer su sexo. Aquella caricia entre sus piernas le provocaba un placer casi tormentoso. Las yemas de aquellos dedos invisibles pasaron muy suavemente por encima de sus labios vaginales. Sus pechos anhelaban ser besados, lamidos.

La respiración de Rachel cada vez era más profunda y desigual. Fuera lo que fuera lo que le estaba pasando, ¡era maravilloso! Tembló bajo la avalancha de sensaciones sexuales que acariciaban su piel. Una caliente excitación la inundó. Sus terminaciones nerviosas hormigueaban. La humedad palpitaba entre sus muslos; estaba muy caliente, húmeda y dispuesta.

Una sombra sin rostro se alzó ante ella y se estiró sobre su cuerpo. El aire tembló a su alrededor. Un delicioso escozor la recorrió como un aura de poder y resplandeciente calor. Sintió como si una polla presionase sus labios vaginales y la penetrara. Aquella invisible erección estaba tan dura que Rachel se estremeció. Las paredes de la habitación empezaron a girar y a cerrarse a su alrededor.

Su cabeza, sobre la almohada, se volvía de un lado a otro. Levantó los brazos por encima de su cabeza y se agarró al cabezal de la cama. La presión que palpitaba entre sus piernas la embestía, se retiraba un poco y la embestía de nuevo. Finalmente, el ritmo que la sombra imprimía en su carne se fusionó con el suyo y una ráfaga de vibraciones sónicas la invadió. La presión se aceleró; cada vez era más profunda. La transportó más allá de los límites del placer hasta que el clímax la estremeció. Perdió el control y emitió un grito de placer que parecía un quejido gutural.

Pasaron varios minutos hasta que la invisible presión desapareció. Se fue del mismo modo como había llegado, desvaneciéndose tras las clandestinas sombras. Rachel abrió los ojos y vació los pulmones.

Tenía los sentidos placenteramente turbados y en su mente flotaban los pedazos de un sueño demasiado breve.

Se humedeció los labios.

—Dios, ha sido muy intenso.

Si no hubiera tenido la absoluta certeza de que estaba dormida, hubiera jurado que alguien acababa de hacerle el amor. Esbozó una débil sonrisa. Imposible. Estaba completamente sola.

Era gracioso. No se sentía sola. Se incorporó y observó las sombras que había en la habitación. Un ligero movimiento llamó su atención. Tenía la sensación de que había otra presencia en la habitación. Las intensas sensaciones la envolvían. Se le erizó el vello de la nuca.

Se sentó en la cama y encendió la luz de la lámpara de la mesita. Entornó los ojos. Todo a su alrededor parecía borroso y amorfo. Sin lentillas o gafas no era capaz de ver más allá de unos centímetros. ¡Maldita sea! Se las había dejado en la repisa que había sobre el

lavabo. Nunca llevaba gafas en público; especialmente, delante de un hombre. Aquella montura de pasta negra no la favorecía nada.

Un ruido sordo aterrizó a los pies de la cama.

—Sleek.

Al parecer, el misterioso intruso no era más que un producto de su hiperactiva imaginación.

Sleek se instaló en su lugar favorito a los pies de la cama y se acurrucó. Emitió un ronroneo de satisfacción.

Ella suspiró.

—Me alegro de que alguien esté contento por aquí.

Rachel se pasó las manos por la cara, se acurrucó junto al gato y se colocó una almohada entre las piernas. Lo que había pasado hacía sólo un momento le había despertado un increíble apetito sexual. Anhelaba estar entre los brazos de un hombre y sentir el peso de su cuerpo sobre ella mientras la penetraba profundamente con la polla.

Pasó la mano por el lado vacío de la cama. Sería bonito tener a alguien con quien irse a dormir cada noche y junto al que despertarse. Hacía mucho tiempo que el cuerpo de un hombre no yacía junto al suyo. Nadie ocupaba el espacio vacío. La soledad era la peor enfermedad del mundo. Se le comía el corazón como un ácido corrosivo.

Su nuevo jefe apareció en su mente. El deseo la invadió de nuevo.

Devon Carnavorn. Incluso su nombre sonaba majestuoso.

Rachel recordó cómo la había mirado cuando estaban comiendo, cómo la desnudaba con los ojos y cómo se había sentido cuando él le tocó la mano. Una electricidad había recorrido su cuerpo. Nunca había experimentado nada parecido en toda su vida.

Suspiró profundamente. Acéptalo. Necesitaba echar un buen polvo. Necesitaba una buena ración de sexo salvaje y sudoroso. Su último pensamiento racional llegó mientras el sueño se apoderaba dulcemente de ella.

—¿Me quieres conseguir, Devon? —Susurró a su amante en sueños—. Sedúceme.

Capítulo 13

Devon se quitó el aterciopelado albornoz y lo dejó caer al suelo. Estaba de pie en su habitación; por su piel aún resbalaba alguna gota de agua que le daba un aspecto limpio y fresco. Cuando pensaba en Rachel, sentía siempre una familiar ráfaga de calor que se dirigía a su ingle. Su miembro, como si tuviera vida propia, dio un pequeño respingo. Él sonrió, satisfecho.

Ah, Rachel, una encantadora criatura digna de contemplar. Tenía un cuerpo espectacular: sus pechos eran redondos y firmes; su cintura, pequeña, y tenía un culo con unas curvas preciosas. Era tan delicada como una muñeca de porcelana; tenía un cuerpo para seducir, provocar y complacer.

Una sombra se movió detrás de él y se volvió; al hacerlo se vio a sí mismo en el espejo de cuerpo entero. Un ligero vello castaño le cubría el pecho y los brazos, y su pene se acurrucaba cómodamente en un nido de rizos púbicos. Su cuerpo, esbelto y sólido, estaba deliciosamente musculado. Era la envidia de cualquier hombre y lo que deseaba cualquier mujer.

Los Kynn eran criaturas muy sexuales. Necesitaban sexo. Ansiaban el sexo del mismo modo que los seres humanos necesitaban el aire para respirar. Cuando no estaba teniendo relaciones sexuales, sólo pensaba en tenerlas. En ese momento estaba pensando en cómo conseguir que Rachel se abriera de piernas para él.

Bajó la mano y la cerró alrededor de su creciente erección. Sintió su polla palpitante, caliente y aterciopelada. Incluso flácida, era una imagen impresionante; llenaba sus pantalones y daba a las mujeres algo por lo que suspirar. Cuando estaba erecta, tenía una longitud impresionante, y era gruesa y torneada. Cerró los ojos y empezó a masturbarse. Respiraba entrecortadamente.

Aunque había poseído a muchas mujeres a lo largo de su vida, en aquel momento fantaseaba con aquella que había elegido para que se convirtiese en su pareja.

Rachel. ¡Ah! Se había mostrado tímida con él, pero detrás de aquella actitud y su fría mirada hervía una pasión que esperaba ser desatada. Él lo sentía, lo sabía por el modo en que ella paseaba los ojos por su cuerpo y por cómo se recreaba en su entrepierna. Tenía ese brillo en la mirada que destilaba curiosidad, duda y deseo. Oh, sí, ella era definitivamente curiosa.

—Pronto serás mía, Rachel —susurró.

Hacía sólo unas horas que la había visitado; había aprovechado para colarse en su casa cuando ella abrió la ventana para dejar entrar al gato. Una de las muchas habilidades de los Kynn consistía en poder desplazarse utilizando el viento sin que nadie pudiera verlos u oírlos.

Se presionaba con la intensidad adecuada y se masturbaba con movimientos rítmicos. La imagen de Rachel le inundaba la mente. En su fantasía, ella estaba de rodillas

y lo miraba con fuego en los ojos. Estaba ansiosa por poseerlo y sacaba la lengua para chuparle el prepucio. El sabor salado la excitaba y gemía suavemente; se metía su polla en la boca centímetro a centímetro y la chupaba muy despacio para aumentar su excitación. Se imaginaba cómo guiaría la cabeza de Rachel mientras se follaba su cálida boca.

Su respiración se tornó pesada y discordante. Se masturbó con más fuerza, no se dio ni un respiro. Deseaba a esa mujer; la deseaba con tal ansia que casi la podía ver desnuda frente a él con los pálidos muslos abiertos para él. ¡Cuánto deseaba deslizar su lengua por su clítoris, chupar su néctar mientras movía la lengua rápidamente y lamía sus delicados pétalos rosáceos!

Aumentó la fricción sobre su erección; cada vez era más caliente.

Juguetearía con ella. La prepararía... primero con un dedo, luego con dos. Ella se excitaría y emitiría un gemido al ver su erecta virilidad, aquella furiosa bestia de conquista sexual. Pero él la tranquilizaría con suaves susurros y delicados besos. Ella probaría su propio sabor a hembra de los labios de él y enredaría su flexible lengua con la suya. Cuando se metiese dentro de su cuerpo de una única embestida, ella chillaría y se arquearía. Le arañaría la piel y gritaría su nombre.

—Mmmm, no hay nada más agradable que ver cómo tu amo se masturba.

Devon, con la polla en la mano, sonrió ligeramente. Se dio la vuelta mordiéndose el labio inferior con los dientes. Julián Wickham, su último protegido, estaba de pie detrás de él. Acababa de salir de la ducha. Llevaba puesta una diminuta toalla en la cadera y aún tenía la piel salpicada de gotas de agua. Le caían unos negros tirabuzones sobre los hombros y la cara. Su joven y esbelto cuerpo estaba muy bien torneado y tan bien definido y firme como una escultura de Miguel Ángel.

—Será mucho más agradable cuando te esté utilizando a ti para darme placer.

—Devon sonrió—. Espero que estés preparado para una buena enclada, chico. Esta noche estoy particularmente hambriento.

Julián lo miró por debajo de sus largas pestañas.

—Estoy preparado para complacerlo, señor.

Devon se dirigió hacia su joven amante. Desde que se había enamorado de Rachel no deseaba más carne femenina que la de ella. Quería hacer el amor con ella única y exclusivamente. Sin embargo, seguía necesitando satisfacer su apetito. Un hombre le iría de maravilla para conseguir tal propósito. Con un hombre las energías sexuales eran igual de fuertes que con una mujer, incluso más intensas.

Deslizó la mano por el musculoso abdomen de Julián.

—Eso espero. —Paseó la mano hasta su cadera y luego la volvió a subir hasta su pezón. Sus dedos examinaron el oscuro círculo—. En todos los sentidos. —Devon siempre era el agresor; no importaba que estuviera con un hombre o con una mujer.

Los Kynn no veían la copulación homosexual como una amenaza. Cualquier práctica sexual era bienvenida e incluso se fomentaba, no importaba que fuera entre dos hombres o entre dos mujeres. Como hombre, tenía la ventaja de poder extraer energía de cualquiera de los dos sexos. Las hembras Kynn sólo se podían alimentar de las energías de los hombres.

Ciertas partes del cuerpo se debían encontrar y penetrar (o ser penetradas) para que se completase la conexión.

Devon, que había sido escolarizado en prestigiosos pero sombríos internados ingleses en los que sólo había chicos, había aprendido a una edad muy temprana de su educación sexual a apreciar los placeres del cuerpo masculino. Muchos chicos se entregaban a la sodomía libremente durante su adolescencia.

Julián era uno de sus favoritos, era un joven muy guapo, con un brillo especial en los ojos y muchas ganas de triunfar en la vida. En un principio, lo contrató como barman en el Mystique, pero pronto se ganó la benevolencia de Devon al dejarle claro que estaba dispuesto a vender su cuerpo para complementar su sueldo. Poco menos de un mes más tarde, Julián se había abierto paso, no sólo hasta la cama de Devon, sino también hasta el estilo de vida Kynn.

La respiración de Julián se aceleró. Le vibraba todo el cuerpo y se endureció. Empezó a emanar calor.

—Me moría por tus caricias —murmuró con los ojos soñolientos. La lujuria impregnaba el aire que rodeaba a aquel joven semental. Su interior palpitaba con impaciencia carnal, definitivamente esperaba conseguir lo que deseaba.

Devon se humedeció los labios mientras su respiración se aceleraba. Con una simple caricia sintió cómo aumentaba la energía interior de Julián. Su eléctrico pulso lo dejó boquiabierto.

—Te voy a follar de todas las formas posibles —le dijo jadeando.

Julián, deleitándose en aquellas palabras, cerró los ojos mientras Devon le quitaba la toalla que llevaba anudada a la cadera. La dejó caer y pudo ver la gruesa polla del chico anidada en un manojo de vello tan oscuro como el de su cabeza. Se le escapó un profundo gemido. Julián esperó sensualmente para someterse complacido a su amo.

Devon deslizó los dedos de ambas manos por los contornos de su cuerpo, y luego se inclinó hacia delante y presionó sus labios contra los del chico para dar inicio a un enredo de lenguas y pollas a medida que sus cuerpos se acercaban. Cogió a Julián por las caderas y lo guió hasta la gruesa alfombra que tenían a los pies. Por algún motivo sentía que no tenía tiempo suficiente para llevarlo hasta la cama.

El joven gimió mientras los labios de Devon abandonaban los suyos para dirigirse a su pecho.

Asumiendo la postura dominante, Devon comenzó a lamer y mordisquear uno de los pezones de Julián.

—Sé que te gusta el dolor. —Al decir esto se chupó los dedos y luego retorció con fuerza el otro pezón del joven.

Éste emitió un quejido y enredó los dedos en el pelo de su señor para acercarlo más a su cuerpo. Su polla, endurecida, palpitaba a causa de la excitación.

—Mi cuerpo fue creado para complacerle, amo.

—Y lo haces muy bien. —Devon jugueteaba con él mordisqueándole los pezones, primero uno y luego el otro, dibujando círculos con la lengua alrededor de cada uno de ellos...—. ¿Quieres que pare? —su provocativa voz era casi un susurro.

Julián entrecerraba los ojos, muerto de deseo.

—Quiero más —murmuró—. Ser, pertenecer. Tal como me prometiste. —Buscó el miembro de Devon y cerró la mano sobre su creciente longitud.

Devon, poniendo suavemente los límites, le apartó la mano.

—Pronto llegará tu momento —dijo con cierta brusquedad.

Después de decir esto, se inclinó hacia delante y arañó con fuerza las puntas de los pezones de Julián retorciéndolos sin compasión. El joven se estremeció.

—Sí, señor.

Devon deslizó las manos por su liso abdomen. Sus dedos fueron encontrando y recorriendo las numerosas pequeñas cicatrices que había dejado en la flexible piel del chico para alimentarse. Tenía muchas ganas de que llegase la noche en la que por fin introduciría a Julián en el reino Kynn, pero él sólo tenía veintiún años; aún era demasiado joven. Necesitaba crecer un poco, madurar.

Por el momento, Devon necesitaba probar aquel firme culito.

Se puso de pie y se dirigió a la mesita que había junto a la cama. Del único cajón que había sacó una cuchilla y un tubo de lubricante. Le quitó el envoltorio a la cuchilla y tiró el cartón a una papelera que había cerca.

Julián se puso automáticamente a cuatro patas. Su ano, tentador, estaba preparado para ser penetrado.

Devon se humedeció los labios. No había nada que le gustara más que meter la polla en un agujero bien estrecho. Le daba igual si el culo que sodomizaba pertenecía a un hombre o a una mujer. No había nada comparable a la sensación de los sedosos músculos anales rodeando con fuerza su rígida erección.

—Ponte de espaldas —le ordenó.

Julián sonrió y obedeció.

—Sus deseos son órdenes para mí.

Devon se puso lubricante en las manos y se colocó de rodillas entre los musculosos y fuertes muslos abiertos del muchacho. Ya podía sentir la palpitación de la energía de Julián en la boca. Su mano buscó y encontró su polla, gruesa, dura y caliente. Gotas de líquido preseminal brotaban del glande púrpura; su amante estaba preparado.

Devon le acarició el miembro de arriba abajo imprimiendo un ritmo lento.

—Me encanta que estés tan duro.

Julián gimió. Su respiración se aceleró.

—Si me sigues tocando así no aguantaré mucho —le advirtió apretando los dientes.

Devon retorció ligeramente la erección de su amante.

—Tú no te correrás hasta que yo diga que puedes hacerlo.

Julián emitió un grito sofocado por el dolor.

—Sí, señor.

Devon siguió acariciándolo mientras se deleitaba en las sensaciones feroces que emanaban de ambos cuerpos. Hacía dos días que no practicaba sexo y necesitaba recargar sus células de energía.

La necesidad azotaba a Julián con fuerza. Luchaba contra las imparables sensaciones que amenazaban con desbordarlo demasiado pronto y hundió los dedos con fuerza en la alfombra. Jadeaba sin parar y un gemido escapó de sus labios.

Devon, que seguía acariciándolo con tortuosa lentitud, guió a Julián para que doblase las rodillas. Él respondió subiendo las caderas, anticipándose a la entrada.

Devon deslizó los dedos lubricados por la raja del culo y presionó sobre aquella suave calidez.

El ano de Julián se contrajo y luego se abrió. Con el cuerpo enrojecido por el calor sexual, luchó para contener sus gemidos de placer.

—¡Dios, sí! —dijo—. Más adentro.

—Mmmm, el placer es mío. —Devon introdujo el dedo hacia dentro y sintió una agradable presión alrededor de su piel.

Julián emitió un suave gemido y empezó a balancear la cadera entregándose al placer.

Devon sacó el dedo un segundo y a continuación le embistió con dos. No se esforzó por ser suave o delicado; Julián pedía a gritos ser dominado.

El muchacho se estremeció; ansiaba una penetración más completa y profunda.

—Te quiero dentro de mí.

Devon tragó con fuerza e intentó mantener su respiración constante y controlada. Una ráfaga de electricidad le recorrió el cuerpo mientras los músculos internos de Julián se contraían con poderosa impaciencia sexual. Aquella oleada de brutal placer era demasiado intensa para poderla resistir durante mucho tiempo. Tenía la polla dura y preparada, y la necesidad de llegar al orgasmo se apoderó de su ingle con fuerza.

Devon necesitaba establecer la conexión. Necesitaba alimentarse. Sacó los dedos del húmedo núcleo de Julián y le cogió las nalgas desnudas con las manos. El cuerpo del muchacho vibró y su ano se abrió por completo para permitir la entrada de la polla de su amo.

Julián inspiró con fuerza y sus caderas se retorcieron ante la invasión.

—¡Oh, Dios! Eres tan grande... —susurró debatiéndose entre el placer y el dolor.

Devon se paró sólo un momento y luego empujó con fuerza. A continuación sacó su miembro moviendo la cadera con deliberada lentitud, y justo cuando apareció el glándulo, volvió a embestirlo incluso con brutalidad.

Julián gimió y, presa del deseo, se abrió por completo a él. El instinto lo empujó a levantar las caderas; se ofrecía, insinuando a Devon que no le satisfaría con facilidad. El éxtasis se dibujaba en su rostro; se estaba deleitando en el apasionante dolor que le recorría el cuerpo. Un dolor que se proyectaba en el propio cuerpo de Devon. La primera conexión ya se había establecido. Ahora la segunda.

Enterrado hasta los testículos, Devon se inclinó sobre Julián. Aguantando su peso con los brazos extendidos, cogió al muchacho por los hombros. Sus cuerpos estaban totalmente unidos, estaban prácticamente cara a cara.

Julián jadeó y se arqueó bajo Devon, al que dirigió una mirada que destilaba cruda y prohibida lujuria. En sus ojos centelleaba un fiero apetito y se retorció con urgencia para darlo todo. Su polla palpitó alimentada por la fricción entre ambos cuerpos.

Devon encontró la cuchilla que había dejado olvidada.

—¿Dónde quieres que te corte? —murmuró esbozando una diabólica sonrisa.

El joven echó la cabeza hacia atrás para ofrecerle el cuello.

—Aquí, señor. —No vaciló ni un segundo—. Bebe de mi cuerpo y de mi espíritu para que puedas vivir.

Y así lo haría.

Devon deslizó rápidamente la punta de la cuchilla por la piel de Julián. La sangre, empujada por el latido de su corazón, brotó de inmediato. Agachó la cabeza y un segundo después el dulce sabor de la sangre inundó su boca.

Bebió. Sus sacudidas aumentaron en potencia y velocidad. Embestía el ano de Julián sin compasión, introduciendo con fuerza la polla, sacándola y metiéndola de nuevo hasta lo más profundo.

Las respuestas de Julián eran cada vez más acaloradas y febriles. Agarraba a Devon por los hombros y, a medida que las energías de su interior aumentaban, su hambriento cuerpo ardía más intensamente.

Devon, liberándose del abrazo, se puso de rodillas. Cogió al muchacho por la cadera y lo acercó más a su cuerpo. Con la otra mano rodeó la erecta polla de Julián; el palpar de aquel sedoso acero parecía ir al ritmo de las sacudidas de su propio miembro. Apretó los dientes y le ordenó:

—No te corras aún.

La cadera de Julián se agitó; estaba al borde de la desesperación. Su respiración sonaba entrecortada y discordante mientras suplicaba:

—¡Por favor, déjame...!

—No. —Devon achinó los ojos y se concentró para centrar sus pensamientos en permitir que su cuerpo extrajese la energía del cuerpo del chico. Masturbó a Julián mientras introducía la polla en su ano.

La tensión eléctrica crepitó alrededor de los dos cuerpos.

Devon sintió cómo las conocidas sensaciones lo invadían mientras su hambriento cuerpo se alimentaba con impaciencia de las fuerzas vitales de Julián. Aumentó la velocidad del movimiento de su cadera. Empezó a masturbar a Julián con más fuerza. Una palpitante fuerza vibró alrededor de él. Cegado por el deseo, sintió el crepitar de la energía en estado puro.

Devon cerró los ojos y se deleitó en la avalancha de poder que inundaba sus sentidos.

—Córrete —ordenó—. Dámelo todo.

Julián obedeció y rugió cuando un feroz orgasmo lo inundó. Movía la cabeza de un lado a otro y su piel se cubría de sudor; un olor amargo inundó el ambiente como consecuencia de aquel encuentro homosexual.

Justo cuando Devon estaba convencido de que no podía alcanzar un plano superior de éxtasis, llegó la segunda parte, tan violentamente que él también rugió azotado por un magnífico placer primitivo. El placer tronó justo en el centro de su espina dorsal. Alejó la cadera del culo de Julián y de su polla brotó el cálido semen.

Devon se cogió la verga con la mano y se masturbó hasta que salió de ella la última gota. Jadeó, intentando recobrar el aliento y peleando por devolver un ritmo normal a su respiración. El aroma de su semilla inundó el ambiente.

Los dos hombres se quedaron tendidos uno al lado del otro, estremeciéndose aún por las réplicas de placer que recorrían sus cuerpos.

Llamaron a la puerta y la atención de Devon volvió al presente. Tenía invitados aquella noche; invitados muy importantes. La introducción de un nuevo miembro al colectivo Kynn requería por lo general una reunión con el canciller del clan local. Como Devon era canciller, pretendía anunciar su intención de elegir una pareja de sangre.

Claro que aún no le había dicho a Rachel que había sido elegida...

—¿Señor? —La voz de Simpson era un poco impaciente—. ¿Necesita ayuda para vestirse?

Devon, con la boca seca, se pasó la lengua por los labios.

—Estoy bien —dijo imprimiendo un tono seco en su voz—. Creo que soy perfectamente capaz de vestirme solo.

—Si está usted seguro, señor... —contestó Simpson—. Los invitados de esta noche están empezando a llegar.

Devon, más relajado gracias al atractivo joven que tenía al lado, se levantó. Aún tenía el sabor de la sangre de Julián en los labios. Normalmente, no se alimentaba a aquellas tempranas horas de la noche, pero ver al chico cubierto sólo con una pequeña toalla era una tentación difícil de resistir. Se tendría que volver a duchar, pero rápido. Apremió a Julián.

—Vístete, perezoso. Ya me has entretenido bastante esta noche.

El chico bostezó y se desperezó antes de brindarle una lánguida y cristalina sonrisa.

—Prefiero quedarme desnudo —dijo haciendo pucheros. Deslizó la mano por su propio cuerpo y se cogió la polla para darse una larga caricia.

Devon se sintió estremecer. Se agachó y cogió a Julián por el pelo. Puso al chico de rodillas y le acercó la cadera.

—Si te quedas desnudo —le avisó— te follaré otra vez... repetidamente.

Julián lo miró con sus astutos ojos color avellana.

—Eso espero —contestó cogiéndole la verga. Le pasó los labios por la piel aún dolorida y luego hizo lo mismo con la lengua mientras le chupaba hasta el último centímetro.

Devon agarró a Julián por el pelo y maldijo en voz baja. Su cuerpo se puso ferozmente rígido mientras la lujuria amenazaba con robarle de nuevo el aire de los pulmones. Su cadera se movía con determinación desafiando a su cerebro.

¡Maldita sea!, iba a llegar tarde a su propia reunión.

Se le escapó un suave gemido. Mierda, ¿por qué Julián tenía que chuparla tan bien?

Tampoco es que le importara en absoluto llegar tarde.

Capítulo 14

Devon estaba perdido en sus pensamientos cuando alguien llamó a la puerta con suavidad. Miró el reloj que había en su escritorio. Las dos y diez de la madrugada. Le había pedido a Rosalie que mandase a Rachel a su despacho cuando acabase su turno.

—Adelante.

La puerta se abrió. Rachel entró en la oficina; parecía una niña a la que iban a castigar. Llevaba los zapatos en la mano y andaba descalza.

En su rostro se dibujó una tímida sonrisa.

—¿Querías verme? —No vaciló ni un instante y no dejó de mirarlo fijamente. Llevaba los labios pintados de rosa pálido y le brillaban un poco. Se le marcaban los pezones a través de la finísima tela del uniforme. Parecían rogar que los acariciasen, que los lamieran.

La electricidad recorrió las venas de Devon. La temperatura de su cuerpo se disparó y apretó los dientes. Se humedeció los labios mientras se preguntaba a qué sabría la boca de Rachel si la besase en aquel preciso instante. ¿A fresa? ¿A canela? Le dolía la polla. El deseo que sentía por ella era innegable. El apetito. La necesidad. Eran el ácido que erosionaba sus sentidos.

Le hizo un gesto con la mano.

—Sí, quería verte.

Ella se encogió de hombros y se acercó a la mesa.

—Vale. —Los labios de Rachel estaban un poco separados, húmedos y succulentos—. Por cierto, gracias por ocuparte de que la grúa recogiese mi coche y lo llevase al taller.

—Espero que no fuera nada importante.

Ella emitió un pequeño ruidito.

—El maldito cable de la batería estaba suelto. Sólo me costó diez dólares arreglarlo.

Devon unió sus temblorosas manos.

—Estupendo. Me alegro de que no fuera nada más grave.

Rachel sonrió con pesar.

—No siempre será tan fácil de arreglar, pero de momento me alegro. —Cruzó los brazos y al hacerlo sus pechos dejaron de ser visibles—. Bueno, ¿y qué es lo que me querías comentar? —Su tono era despreocupado, distante.

Una distancia que Devon quería reducir.

—Sólo quería hacerte una pequeña proposición. —Las palabras salieron de sus labios antes de que supiera exactamente lo que iba a decir.

Rachel arqueó sus torneadas cejas.

—¿Una proposición?

Decir eso había sido una mala idea. Tenía la cabeza hecha un lío y estaba hecho un manojo de nervios; parecía que le estaba saliendo todo al revés. Levantó las manos.

—Una proposición laboral —aclaró—. Sé que estás cansada, así que seré breve.

Rachel sonrió avergonzada. Su mirada se dulcificó.

— Por supuesto. —Señaló una de las sillas—. ¿Puedo sentarme?

Devon se aclaró la garganta. De momento su estrategia de seducción iba... muy mal.

—Qué mal educado soy. Por favor, siéntate.

Rachel se sentó pasándose la falda por debajo de las piernas. Se cambió de postura, incómoda, intentando esconder la marca que tenía en el muslo.

—Es una marca de nacimiento —explicó—. Es muy fea ¿verdad?

Sus inocentes palabras golpearon justo en la base del cuello de Devon. A él se le hizo un nudo en la garganta. La marca de Rachel era tan parecida a la suya que tenía que ser algo más que una mera coincidencia.

—Para nada. De hecho, pensaba que era un tatuaje bastante interesante. Muchas chicas los llevan. Ella se relajó.

—Pues, en realidad, yo he pensado varias veces en quitarme esta marca de alguna manera. Nunca me ha gustado.

El reprimió un gemido. Oh, ella no sabía ni la mitad del tema.

—No lo hagas. Es algo poco corriente. Te diferencia del resto.

—Nunca me lo había planteado de esa manera. Gracias. —Hizo una pausa y luego preguntó—: Bueno, ¿y que habías pensado proponerme?

Devon se inclinó hacia delante apoyando los codos sobre la mesa y entrelazando los dedos; era su mejor imitación de la clásica postura de negocios.

—Es bastante sencillo. Gina, quien como ya sabes es la jefa de camareras, acaba de presentar su dimisión; nos deja hoy mismo. Necesito cubrir su puesto cuanto antes. Considero que tú estás debidamente cualificada, así que me gustaría ofrecerte el trabajo.

Rachel abrió los ojos incrédula. Sacó la punta de la lengua y la pasó por el labio superior. Un gesto de lo más sensual. El deseo volvió a encenderse. Se le escapó una pequeña carcajada.

— ¿De verdad?

A Devon se le contagió su risa. El aumento del color en las mejillas de Rachel y cómo se le iluminaron los ojos mientras se dejaba caer hacia atrás en la silla le parecieron gestos evidentes de que estaba encantada con la oferta.

—Sí. Creo que manejarás muy bien las responsabilidades que conlleva. Trabajarás con Rosalie coordinando los turnos, la ayudarás a pagar las nóminas y supervisarás a las chicas cuando estén en la pista. Como ya has dirigido tu propio negocio, doy por hecho que te habituarás rápidamente a nuestra manera de funcionar.

Rachel tragó saliva; su delgado cuello se contrajo.

—Por supuesto. No habrá ningún problema. —Sonrió encantada.

Devon se esforzó por mantener un tono de voz firme.

—Empezarás cobrando sesenta mil más incentivos, que variarán en función de cómo hagas tu trabajo. Cuanto más tiempo te quedes conmigo, más dinero ganarás.

— ¿Sesenta mil? ¿Dólares?

—Asquerosa divisa americana —confirmó—. Nada de pesos ni yenes. Ni tampoco francos. Auténticos dólares americanos. Te darán un buen fajo según me han contado.

Rachel parpadeó. Su expresión transmitía lo que no podían expresar las palabras: una profunda sensación de agradecimiento.

—Gracias. Te agradezco mucho que hayas pensado en mí para cubrir ese puesto.

Devon tuvo que ser sincero.

—Eres la persona más cualificada que tengo en plantilla en estos momentos —dijo intentando centrarse en sus propias palabras y no en los atractivos labios de Rachel—. Así me ahorro tener que poner un anuncio y hacer un montón de entrevistas.

—Hablando de cosas que cambian para mejor...

—Parece que tu suerte está cambiando.

Ella sonrió encantada.

—Gracias a ti —dijo suavemente.

Devon sonrió con pesar y miró el reloj. La tensa cuerda con la que trataba de controlar la atracción que sentía por Rachel había empezado a aflojarse de nuevo.

—Sé que es tarde, debería dejar que te fueras a casa...

La impaciencia encendió los ojos de Rachel.

—¿A qué hora tengo que venir mañana?

—Nadie viene a trabajar los domingos —contestó él sonriendo.

Ella se ruborizó mientras se reía tontamente.

—Claro. Se me había olvidado. Entonces, el lunes.

Devon se puso de pie. Rachel también se levantó de la silla.

—Menuda vista que tienes desde aquí —dijo refiriéndose al enorme ventanal de su despacho.

—Echa un vistazo —la invitó él—. A partir de ahora podrás disfrutar de ella a menudo.

Rachel se acercó al cristal que permitía que las personas que estaban en la oficina pudieran observar lo que sucedía en el piso de abajo sin que nadie los viese.

—Esto es increíble —dijo entusiasmada—. No hay ni una sola esquina que no se pueda ver.

Él se colocó detrás de ella.

—Es una medida de seguridad. Necesitamos poder ver todo lo que está ocurriendo en todo momento. Si hay cualquier problema, queremos poder solucionarlo de inmediato.

—Entiendo. —Rachel bostezó; se frotó los ojos que se le estaban cerrando—. Perdona. Supongo que estoy un poco cansada. Me quedé despierta hasta tarde ayer por la noche.

—No fue gracias a mí. —Devon puso las manos sobre los hombros de Rachel. Le masajeó el cuello con suavidad. La suave fragancia afrutada que desprendía su cuerpo invadió los sentidos de Devon. Incluso después de pasar toda la noche trabajando en un local lleno de gente, Rachel parecía estar tan limpia y fresca como un recién nacido.

Para la sorpresa de Devon, no se sobresaltó al sentir su caricia, ni se alejó dirigiéndole palabras de indignación. Suspiró y se reclinó sobre él como si quisiese que la rodease con sus brazos.

Devon le murmuró al oído.

—¿Te gusta? —Siguió masajeándole los hombros deslizando los pulgares hacia su nuca y dibujando lentos círculos. Un pequeño temblor recorrió el cuerpo de Rachel.

—Mmmm, sí. No me importaría que me dieran un buen masaje ahora mismo.

Devon rodeó su cintura con los brazos. No la cogió demasiado fuerte; sí se sentía incómoda se podía liberar fácilmente. Entre ellos surgió una conexión, una extraña electricidad que parecía crepitar en el aire.

El bajó la cabeza. Le dio un tierno beso en la nuca, justo donde acababa su corta melena. Su mirada se posó en la curva que había entre su nuca y sus hombros. Se moría de ganas de pasar sus labios por allí.

—Devon yo...

El sabía lo que ella iba a decir. Pero no lo quería escuchar.

Le dio la vuelta y cogiéndola entre sus brazos la besó. Sabía a cereza, acida y madura.

Sus lenguas se encontraron y se enzarzaron en una ardiente lucha. El invadió la barrera de sus labios con la lengua y consiguió adentrarse en su boca. Le quería dar placer en todos los sentidos.

Rachel reprimió un gemido y rodeó la cintura con los brazos para luego deslizar las manos por su espalda. Su caricia fue como una droga en las venas de Devon. Adictiva, pero satisfactoria. Vendería su alma para poder poseerla.

Las manos de Devon, ansiosas por corresponder a Rachel, tenían ideas propias. Le cogió los pechos y rodeó sus pezones con los pulgares hasta que se pusieron duros. Su polla se endureció contra el vientre de ella. La empujó contra el gran ventanal, le cogió el culo con las manos y le abrió las piernas.

La apasionada reacción de Rachel disminuyó. Dejaron de besarse.

—Yo... Devon... —dijo su nombre casi sin aliento.

Él le pasó la yema del dedo por los labios. Lo que sintió al tocarla volvió a acelerar su respiración. Sólo tenía que mirarla para que se encendieran las brasas de necesidad que ardían en su interior.

—¿Devon qué? —su voz era más caliente que la lava.

Rachel se estremeció y suspiró contra su boca.

—¿En qué estoy pensando? —Puso las manos sobre el pecho de Devon y lo apartó.

El se negó a ceder.

—No pienses. —La cogió de nuevo—. Sólo actúa. —«Cómo hiciste la otra noche», pensó, recordando la madrugada que se deslizó en forma de brisa en su casa y pudo apreciar la pasión que hervía bajo su frío exterior.

—Tenemos que parar.

Rachel pasó por su lado. Sus palabras fueron un auténtico cubo de agua fría.

Devon se volvió.

—¿Por qué? Ella le contestó con una pregunta:

—¿Me has ofrecido el trabajo para poder acostarte conmigo?

Se miraron fijamente a los ojos. Él vio la llama de la pasión en su mirada. Ella lo deseaba. No había ninguna duda. Rachel sacó ligeramente la lengua y se humedeció los labios.

Devon se metió las manos en los bolsillos. Su corazón latía con mucha fuerza.

—No pretendo utilizar mi posición como jefe para acostarme contigo. —Negó con la cabeza imaginando lo poco sincero que debía estar sonando lo que estaba diciendo—. Mis intenciones como hombre...

—Me gustaría mantener mi trabajo separado del placer —lo interrumpió ella—. Su voz, casi inaudible, era seca. Destilaba angustia... y lujuria.

Devon inspiró con fuerza. Un ligero temblor le recorrió el cuerpo y empezó a transpirar. Su corazón ardía y la frustración se adueñó de él; tenía tantas ganas de poseerla que le resultaba doloroso. Al haber percibido un ligero aroma a sexo femenino, su polla insistía en permanecer incómodamente dura dentro de sus pantalones. Hasta el último de los ligamentos de su cuerpo seguía rígido, eran como cables de alta tensión de pura lujuria.

—¿Eso es lo que quieres?

Rachel dudó y luego levantó la barbilla. En su mente la decisión ya había sido tomada.

—Es mejor así. Es menos complicado. —Su cuerpo no estaba de acuerdo. Sus pupilas estaban dilatadas y respiraba con dificultad. Sus pezones seguían erectos; se habían convertido en pequeños, puntos duros de deseo.

Aquellas no eran las palabras que Devon quería escuchar.

—Tienes razón.

—¿Sigo trabajando aquí? —preguntó ella.

El se puso una mano sobre el corazón.

—Por supuesto. Espero que aún sigas queriendo trabajar con un viejo lobo como yo.

—¿No querrás decir un viejo vampiro? —preguntó ella, sacando a relucir la confesión que él le había hecho en el bar de camioneros. Obviamente, no lo había olvidado.

Devon asintió esbozando una sonrisa forzada. Justamente era lo último que le apetecía hacer.

—Viejo vampiro.

Rachel inspiró con fuerza.

—Bueno, se está haciendo tarde y debería irme a casa.

—¿Sale usted corriendo, señorita Marks?

Ella negó con la cabeza. Su mirada no flaqueó ni un momento.

—¿Quién dice que voy a correr?

Cuando cerró la puerta del despacho de Devon, Rachel se apoyó en la pared y se dio un suave golpe en la cabeza. Tardó unos diez minutos en estabilizar su respiración y dejar de temblar. ¡Vaya! Cómo la había tocado... El mero hecho de pensar en ello le provocaba escalofríos. Se pasó los dedos por los labios. Seguía sintiendo el hormigueo que Devon le había provocado con sus besos. Su clítoris palpitaba salvajemente entre sus piernas.

—Te dije que no correría —dijo susurrando—. Si me quieres, ven a por mí.

Aunque sabía que la podrían pillar en cualquier momento, se deslizó la mano entre las piernas. Se frotó por encima de la sedosa tela del uniforme del mismo modo que le hubiera gustado que lo hiciera Devon. ¡Oh, sí...!

Cerró los ojos y disfrutó de las sensaciones; sintió cómo se le humedecía el coño y se le mojaban las medias y las bragas. Se presionó el clítoris deseando poder meterse el dedo en el sexo. Las medias no se lo permitían.

Sin embargo, seguía necesitando un alivio rápido. Aumentó la presión con los dedos y su cuerpo tembló cuando una larga oleada de calor la recorrió. Cerró los ojos y se deleitó en el clímax.

Cuando escuchó los pasos que se acercaban, abrió los ojos. Recuperó la compostura y se puso bien el uniforme y la falda. Inspiró con fuerza justo cuando Rosalie Dayton giraba la esquina.

—Estás aquí —dijo la mujer—. Me acaban de dar la noticia. Devon me ha dicho que has aceptado el trabajo. Enhorabuena.

Rachel sonrió.

—Bueno, gracias. Espero que trabajemos a gusto juntas.

Rosalie miró hacia el techo.

—Estoy muy emocionada por poder trabajar por fin con una mujer inteligente y no con otra de las putitas de Devon. Créeme, estoy cansadísima de todas las modelos en potencia que desfilan por aquí sólo para que él se pueda acostar con ellas.

Al escuchar estas palabras Rachel sintió que se le caía el alma al suelo.

—¿Así que se acuesta con muchas mujeres? —No era que no hubiera escuchado los rumores. Los había oído. Simplemente había elegido ignorarlos.

Hasta ahora.

Un brillo de complicidad iluminó los ojos de Rosalie.

—No se acuestan exactamente, cariño. Este hombre aún no ha conseguido meterse una en el saco que ya está buscando la siguiente. —La vieja mujer alargó el brazo y le dio una palmadita en el hombro—. Pero tú pareces una chica sensible. Ya tienes una edad. No pareces el tipo de mujer con la que Devon pueda tontear.

Información procedente de la fuente más fidedigna. ¿Podía estar más claro?

Rachel intentó mantener una expresión neutral. Durante los últimos tres días había estado fantaseando con acostarse con Devon, y al final le habían destrozado las ilusiones en un minuto.

—Gracias. —«Supongo», pensó. Rachel se tragó el nudo que se le había hecho en la garganta. No hacía ni veinte minutos que Devon la había manoseado como si fuera un trozo de carne de primera. Además, ella había estado a punto de dejarle seguir adelante. Gracias a Dios que no se había dejado llevar. Si él le hubiera dicho que se la quería follar, le hubiera faltado tiempo para quitarse la ropa.

—De nada —Rosalie le dio un suave codazo en las costillas—. Enhorabuena otra vez, querida. —Se alejó caminando con la energía que podría tener una mujer con la mitad de años que ella.

Rachel clavó la mirada en la puerta del despacho de Devon. El éxito era como encontrarse un trozo de carbón en los zapatos el día de Reyes. Le dieron ganas de entrar y tirarle el ascenso a la cara.

Dios. Su propio comportamiento le daba ganas de vomitar. Había estado a punto de comportarse como una perra en celo frotándose contra su pierna.

Rachel tenía la sensación de haber evitado un gran error. Gracias a Dios, Devon nunca sabría lo cerca que había estado de dejarse llevar. Todo cuanto a él se refería parecía tan perfecto... Y, sin embargo, cuando lo analizaba con precisión se daba cuenta de que todo estaba mal. Para un hombre como Devon, ella no significaría más que una breve distracción. Hasta que se encaprichase de la siguiente chica.

Aquella idea cayó de pleno sobre el mayor de sus temores. No sólo se sentía barata, sino también fácil. Y desechable.

—Estúpida, estúpida, estúpida.

De repente, no soportaba seguir en el club.

Descuidando sus tareas laborales, se fue corriendo hasta su coche. Se sentó tras el volante y cerró las puertas.

Se golpeó la cabeza contra el volante. Últimamente parecía ser su forma preferida de autocastigarse. Era una lástima que no lo hiciera más a menudo. Tal vez así conseguiría adquirir un poco de sensatez.

—¿En qué diablos estaba pensando? —Sólo había desayunado con él y ya estaba soñando con una fantástica aventura. Más le valía tener cuidado con Devon; era un peligroso demonio carnal disfrazado de hombre atractivo. Casi había conseguido embaucarla para que se metiese en su cama con su provocativa mezcla de sofisticación y misterio. La lujuria era una droga terrible; resultaba imposible alejarse de ella o resistirse. Aún sentía un hormigueo en todas las partes del cuerpo que Devon le había tocado.

Levantó la cabeza y miró sus ojos en el espejo retrovisor.

—Mantente alejada de ese maldito hombre. Sólo te traerá problemas.

Se estremeció mientras luchaba contra las lágrimas. Era un consejo fácil de dar.

«Difícil de seguir cuando estás enamorada.»

Capítulo 15

Rachel era consciente de que cada vez había menos luz en la calle. El perfil de la ciudad se desdibujaba lentamente a medida que el cielo cambiaba su color azul por el gris y finalmente se cubría de un sombrío y oscuro tono tan negro como el hollín. La ciudad se llenaba de luces. En aquellas horas antes del anochecer, ella estaba sola de nuevo.

Perdida en la tristeza, también se sentía marchitar, como si estuviera cayendo en una oscuridad de la que nunca podría volver a salir. En lugar de haber aceptado la deliciosa oferta de Devon, la había rechazado. El dejó bien claro que la deseaba. No había ninguna duda respecto a eso. Ella había conseguido encontrar la fuerza para resistirse a él aquella noche o, más bien, le había faltado la suficiente confianza en sí misma para seguir sus instintos. «¿Por qué?»

¿Era porque le habían hecho daño hacía poco? Una bocina sonó en el interior de su mente. No era una excusa lo bastante buena.

¿Era porque tenía miedo? Caliente, caliente... ¿Tal vez era porque creía que ella no era lo suficientemente buena para un hombre como Devon? Bingo. Rachel se frotó los ojos.

—Estoy cansada de no ser lo suficientemente buena —murmuró—. Estoy cansada de ser yo. Las lágrimas volvieron a asomar a sus ojos. —Seré una solterona. Viviremos mi gato y yo solos, compartiendo comida para gatos. —Esta idea la deprimió. ¿Había alguna sorpresa más para ella en la vida o estaba condenada a sentirse como un pez fuera del agua para siempre?

Alguien llamó a la puerta y se sobresaltó. Miró hacia la puerta con mala cara y maldijo.

—¡Maldita sea! ¿Quién demonios puede ser? —Nadie la visitaba los domingos, excepto el chico que repartía los periódicos, y ya le había pagado el mes entero a aquel mocoso mal educado.

Tal vez eran los testigos de Jehová que venían biblia en mano para salvar su alma. Definitivamente, no necesitaba ese tipo de salvación. Esperaba que no fueran los baptistas. Su iglesia estaba sólo a unas manzanas más arriba. No la habían educado para pertenecer a ninguna organización religiosa y siempre había sentido más atracción por lo oculto. Se sentía más identificada con el pensamiento del Wicca: prefería creer en la fuerza de la naturaleza y sus elementos que en un Dios que creó al hombre a su imagen y semejanza. Si eso era cierto, entonces Dios había elegido una imagen muy pobre en la que basar su creación. «¡Mete tus panfletos en el buzón y vete!»

El timbre sonó otra vez.

—Ahora no —murmuró en voz baja. Estaba sentada a oscuras, así que tal vez quien estaba llamando pensaría que no estaba en casa y se iría. Se quedó sentada muy quieta, en silencio, aguantando la respiración.

Llamaron otra vez. Y otra vez. Estaba claro que allí había alguien decidido a no dejarse ignorar.

—Mierda. —Era evidente que aquellos malditos demagogos bíblicos sabían que estaba en casa. Su coche estaba aparcado en la puerta.

«Eres un jodido genio, Rachel.»

Cuando el timbre sonó por sexta vez ya estaba histérica.

Encendió la lamparita que tenía junto al sofá y se dirigió a la puerta armándose de valor para decirles a aquellos pretenciosos freaks adoradores de Jesús que se fueran ya. Giró el picaporte y abrió la puerta enérgicamente.

—¡Os dije que me dejarais en paz!

Cuando vio quien era la persona que estaba ante su puerta, su furia desapareció. Se calló de golpe y se quedó paralizada, mirando fijamente al hombre que esperaba fuera.

Oh, perfecto. Eso era justo lo que menos necesitaba en ese momento.

—Bueno, Rachel —dijo Devon despacio—, si insistes, supongo que no me queda elección. —Como no estaba en el club se había vestido más informal: pantalones, camiseta y chaqueta deportiva. Pulcro e imaculado.

Rachel gimió por dentro.

—¿Qué... qué haces aquí? —tartamudeó, fracasando estrepitosamente al intentar mantener la compostura. De repente, se dio cuenta de que su aspecto debía dar miedo. Tenía los ojos rojos de haber estado llorando, su cara estaba hinchada, y llevaba puesto un chándal viejo y unas zapatillas.

Desde luego en ese momento estaba muy alejada del tipo de belleza sexy que encandilaría a Carnavorn.

—Espero que no te importe que me haya presentado sin avisar —dijo Devon—. Pero contestabas el teléfono.

No respondía porque el teléfono estaba desconectando. Cuando estaba en medio de una buena depresión, no le gustaba tener que contestar si alguien llamaba.

—Yo... Bueno, no es un buen momento. —«No fastidies, Sherlock.»

Él la miró de pies a cabeza.

—Ya veo. —Arqueó una ceja—. ¿No me vas a invitar a pasar? —Sin esperar a que ella respondiera, cruzó el umbral y entró en el salón como si hubiera estado allí mil veces.

En el apartamento predominaban los colores oscuros, básicamente azul marino y marrón. No era la clase de mujer a la que le gustaban los estampados floreados y coloridos, ni tener las ventanas siempre abiertas para que entrase la luz del sol. Prefería tener las persianas bajadas; era su manera de mantener la distancia con el mundo exterior. Su casa era su santuario, era un pequeño pedazo del mundo sobre el que tenía absoluto control. La decoración era una ecléctica mezcla entre macizos muebles de roble y los electrodomésticos más modernos.

Rachel era aficionada a hacer punto de cruz. Tenía algunos cuadros de escenas fantásticas. En las paredes y cuidadosamente enmarcados, colgaban cuadros de hadas, unicornios, guapas hechiceras y atractivos magos a los que daba vida con hilos de colores gracias a su diestro uso de la aguja. La mayoría los diseñaba ella misma y los cosía a partir de los bocetos que dibujaba directamente sobre la tela. Aquella diversión tan simple era la

manera que tenía de evadirse y conseguir seguir adelante con su aburrida y mundana existencia. Devon miró a su alrededor; no se le escapaba ni un solo detalle.

—Un apartamento muy bonito, Rachel. Encerrado en sí mismo. Como tú. Me gusta.

Ella lo seguía por el salón mientras digería sus comentarios y pensaba en qué hacer. No podía echarlo de su apartamento, y estaba convencida de que no podía llamar a la policía para que sacaran a su jefe de su casa.

Pasándose la mano por el pelo despeinado, se encogió de hombros.

—Gracias. Me alegro de que te guste. Mmmm, ¿puedo ofrecerte algo para beber?

El sonrió, por fin una luz al final de aquel oscuro túnel. A Rachel le flaquearon las rodillas alarmanamente.

—Una copa de vino sería estupendo, si tienes.

Una segunda oportunidad. Esta vez Rachel no pensaba fastidiarla.

—En realidad, sí que tengo. —Ella también se tomaría una copa. Era malo beber solo. Así tenía compañía.

Cuando llegó a la cocina, se lavó la cara con agua fría. Después de secarse con un trapo, sacó una botella de vino blanco de la nevera. Le había costado unos tres dólares.

No era el mejor vino del mundo y probablemente estaba muy alejado de las carísimas reservas que él estaba acostumbrado a beber. Pero era todo lo que tenía. Le quitó el tapón a la botella y llenó dos copas. Las llevó hasta el salón y le ofreció una a Devon.

El la cogió mientras recorría las facciones de Rachel con la mirada para finalmente centrarse en sus ojos.

—Has estado llorando —observó preocupado—. ¿Alguien te ha disgustado?

Al escuchar aquellas palabras, toda la ira, la frustración y la confusión que había sentido las últimas semanas se apoderaron de ella y la desbordaron. Quería gritar, chillar, dar patadas de rabia, pero todo cuanto podía hacer era ver con impotencia cómo la habitación se tornaba borrosa mientras las lágrimas brotaban de sus ojos.

Sacudió la cabeza y se dejó caer en el sofá.

—No es nada. —Sorbió, enjugándose las lágrimas—. Sólo estaba celebrando una fiesta de autocompasión.

Él le dio un sorbo a la copa de vino.

—Creo que todos tenemos momentos así de vez en cuando.

Ella suspiró.

—Yo he tenido muchos desde que cerré la librería. Me siento como una perdedora. Cerrarla ha acabado conmigo —decirlo en voz alta no la ayudó a sentirse mejor. Seguía sintiendo un fuerte dolor en el centro del pecho. Ese dolor provocado por el fracaso. Y por la soledad.

El se encogió de hombros.

—Sólo es dinero, Rachel. No significa nada.

—Es muy fácil decirlo cuando el dinero te sale por las orejas, Devon.

El se rió.

—Es verdad que tengo mucho dinero. Pero no me sirve para sentir que mi vida es más completa. Ya sabes, el dinero no puede comprar el amor.

Ella negó con la cabeza discrepando.

—Ya, pero puede comprar muchas cosas. —Rachel se bebió el vino de un solo trago—. Y las cosas te hacen feliz. —Los bancos no te pisan los talones y se quedan hasta tu último céntimo.

—Tengo muchísimas cosas —dijo él lentamente—. Pero sigo sin ser feliz. No lo soy desde hace mucho tiempo. —Aquella frase parecía absurda.

Por algún motivo, Rachel no creyó que estuviera bromeando. Silencio.

Ella notó que Devon la miraba, la estudiaba. Él se acercaba a ella muy despacio, como un depredador merodeando alrededor de su presa.

Rachel se puso tensa. Estaba preparada para responder cuando él dejó su copa de vino y se sentó junto a ella. Ella tenía la esperanza de que la abrazase y la besase febrilmente... Y por un momento deseó que la cogiese, la tirase al suelo y se la follase hasta que se derritiese.

—Eres demasiado guapa para ser una mujer infeliz, Rachel.

Ella sorbió y cogió un pañuelo de papel.

—Sí, y los halagos te abrirán todas las puertas.

—No he venido a halagarte. —Devon entrelazó sus dedos con los de ella. Rachel no dijo nada, sólo arqueó una ceja interrogativa al mismo tiempo que miraba la mano de Devon y luego lo miraba a los ojos—. He venido para hacerte una pregunta.

Rachel se incorporó y empezó a abrir la boca. Él no tenía que preguntar nada; ella ya lo sabía.

Devon puso un dedo sobre los labios de Rachel.

—¿Qué te parecería si nos viéramos después del trabajo?

Rachel, un poco desconcertada, luchó por guardar para sí misma todo lo que pensaba sobre su proposición. Si estaba intentando pillarla en un momento de debilidad para seducirla, bueno, era evidente que había elegido el momento perfecto. Se sentía vulnerable... y deseaba que la engañasen. El recuerdo de la conversación que había mantenido con Rosalie Dayton volvió inevitablemente a su cabeza: «No ha conseguido meterse una en el saco que ya está buscando la siguiente», le había dicho.

Rachel intentó no perder el tacto.

—Ya te dije —empezó a decir— que yo no...

La incisiva mirada de Devon seguía clavada en sus ojos.

—¿Mezclas el trabajo con el placer? —El sonrió ligeramente—. Sí, ya lo sé. Y quiero que sepas que yo tampoco me acuesto con mis empleadas. Es una norma que Rosalie me hace respetar religiosamente.

Ella notó un nudo en la garganta.

—Entonces, ¿por qué estás aquí?

El sonrió abiertamente.

—Para hacerte cambiar de opinión y romper una norma. —La miró larga e intensamente. Estaba tenso, tal vez esperaba que ella destrozase sus esperanzas.

Devon entornó los ojos. Ella percibió que él estaba a punto de hacer algo.

—¿Y cómo pretendes hacerlo?

—Así.

Devon se inclinó hacia delante y la besó recreándose en sus labios. Paseó las manos por su cuerpo. Cuando le acarició los pechos, un placentero escalofrío trepó por la espalda de Rachel.

Con la respiración entrecortada, ella se apartó.

—Devon, esto está mal. —Sus labios decían que no, pero su cuerpo tenía ideas propias. La sangre corría por sus venas a toda velocidad y le aporreaba las sienes con un ritmo furioso; escuchaba un rugido en los oídos, era como una furiosa ola empujada por el viento. Estaba segura de que le saldría por las orejas si empujaba con más fuerza.

Devon estiró el brazo para acariciarle la cara.

—No estoy de acuerdo contigo. —Su mirada brillaba de necesidad—. Desde el primer día que te vi he sentido cómo tu cuerpo llama desesperadamente al mío. Yo sólo quiero complacerte, Rachel. —Una pequeña y sexy sonrisa le curvó los labios—. Incluso en este momento puedo leer tus pensamientos.

Pensamientos muy traviesos. Ella casi se olvidó de respirar.

—¿Pu... puedes hacer eso?

El tragó con fuerza, su tono de voz cada vez era más profundo.

—Estás pensando en mis caricias. En mis manos sobre tus caderas, trepando por tu cuerpo para acariciarte los pechos y agarrarlos con fuerza. —El se inclinó hacia delante y le susurró al oído—. ¿Sientes ese familiar hormigueo entre tus piernas y cómo se propaga el calor a través de tu clítoris? Eres una mujer cuyos deseos se mueren por ser liberados. Yo puedo hacer eso por ti; puedo ayudarte a vivir tus más profundas fantasías sexuales.

A Rachel se le secó la boca. Casi se le para el corazón.

—¡Oh, Dios mío! —Apretó los muslos con fuerza. Definitivamente, escuchar cómo Devon la seducía con sus palabras la excitaba muchísimo. Sintió que su sexo goteaba y le humedecía la entrepierna.

La expresión en sus ojos era imposible de resistir. Intentó esforzarse por levantarse, por decirle que estaba comportándose como un tonto, pero era incapaz de encontrar las palabras o el valor para decirlas. Tampoco podía rechazarlo. Sus palabras le habían incendiado la mente.

Rachel reprimió un gemido.

—Yo también te deseo. —Aquella no era la tímida Rachel Marks. Aquella era una picara descarada que sabía lo que quería e iba derecha a por ello.

Le podía costar perfectamente un trabajo. Podía encontrar trabajo en otro sitio. Pero estaba segura de una cosa: no volvería a encontrar otro hombre como aquél. Practicar sexo con él se estaba convirtiendo en una obsesión cada vez mayor. Cuanto más pensaba en él, más lo deseaba.

Devon la cogió por la barbilla y se inclinó hacia ella.

—Bien.

Rachel aceptó la presión de su boca, suave, tal como esperaba que fuera.

El beso se hizo más profundo y la lengua de Devon rompió la barrera de los labios de Rachel para explorar su boca. Era un maestro. El mejor beso que le habían dado jamás.

Devon la empujó hacia atrás hasta que consiguió que se recostase sobre los suaves cojines del sofá y metió una mano por debajo de su jersey para acariciar las suaves curvas

de sus pechos. Como ella no protestaba, él siguió avanzando en sus caricias y le frotó el pezón con el dedo índice y el pulgar. Ella se arqueó contra el duro pecho de Devon disfrutando de la sensación de tener aquel firme cuerpo pegado al suyo. Era tan sólido, tan masculino... Su olor era una mezcla de almizcle y sudor masculino que le resultaba muy agradable y azotaba con fuerza sus femeninos sentidos. La mano de Devon abandonó sus pechos y descendió por su plano vientre hasta que se internó por los pantalones para encontrar el monte de Venus. Le acarició el sexo con el dedo corazón.

Esta vez ella no pudo reprimir el gemido.

—No tienes ni idea de cómo me gusta.

Devon sonrió con malicia; se cambió de postura y la colocó sobre su regazo de manera que quedó sentada encima de él.

—Oh, sí que lo sé. —Su voz era tan seductora.

Rachel suspiró de placer cuando la estiró encima de él para poder deslizarle los labios por el cuello. Sus tetas, duras y erectas, chocaron contra el pecho de Devon. No se había molestado en ponerse sujetador cuando se vistió. Sus pezones estaban duros y anhelaban ser mordisqueados.

Ella le cogió una mano y la guió hasta sus pechos.

—Quiero que me aprietes los pezones con fuerza —dijo suspirando—. No hay nada que me guste más que sentir una polla dentro de mí y una boca caliente chupándome los pezones. —Cierto. La alternancia de sensaciones entre sus pechos y su clítoris le hacían perder la cabeza. Nunca dejaba de llegar al clímax.

Lo que resultaba más desconcertante era el hecho de que ella le hubiera explicado cómo volverla loca de placer. Esta, definitivamente, no era la tímida Rachel. Había algo en aquel hombre que liberaba a la puta que había en su interior. Y a ella le gustaba.

Automáticamente, Devon hizo rodar la punta del pezón de Rachel entre el pulgar y el índice.

—Lo tendré en cuenta. —Se detuvo y se retiró el tiempo suficiente para quitarle la sudadera. Tenía la piel de gallina.

Rachel jadeó cuando él se inclinó para meterse su pezón izquierdo en la boca; jugueteó con él utilizando los dientes y la lengua. Aquella exótica sensación le provocó una familiar calidez. El latido de su corazón martilleaba en sus oídos y sus propios suaves gemidos avivaban el fuego que despertaba entre sus muslos.

La erección de Devon le presionó la entrepierna. Las expertas manos de su jefe se movieron por su espalda para agarrarle el culo mientras sus labios serpenteaban por el valle que había entre sus pechos. Un momento después la aventurera boca de Devon encontró el otro pezón y dibujó círculos con la lengua alrededor de él volviéndola loca de deseo.

Rachel jadeó mientras deslizaba los dedos por la espesa cabellera de Devon y se frotaba con su erección que había quedado atrapada debajo de su cuerpo.

—A la mierda con eso de no mezclar el trabajo con el placer —susurró ella quitándose las zapatillas—. Creo que ha llegado el momento de que nos traslademos a un sitio más adecuado.

La hambrienta mirada de Devon se encontró con la de Rachel.

—Estaba deseando que dijeras eso.

Capítulo 16

Devon cogió a Rachel en brazos y la subió por las escaleras; no pesaba más que un niño dormido. Cuando llegó al final del pasillo, abrió la puerta del dormitorio con el pie. Para la sorpresa de Rachel, evitó el dormitorio y se dirigió al baño. Parecía estar familiarizado con la habitación; conocía cada rincón.

Rachel tenía la cabeza oculta en su cuello y rezaba para que Devon no se cayera y se mataran los dos.

—¿Qué estás haciendo?

Sin vacilar, Devon la dejó de pie en el suelo.

—Te voy a dar los mimos que te mereces.

—¿Me vas a mimar? —Rachel buscó a tientas el interruptor de la luz. Parpadeó cuando se encendió—. No como a un bebé, espero...

Él negó con la cabeza. Se inclinó sobre la bañera y abrió el grifo. Reguló la temperatura y dijo:

—Tiene usted una curiosa concepción del sexo si está esperando que le ponga pañales, señorita Marks. Lo que yo tenía en mente implica un buen baño seguido de un largo y relajante masaje.

Rachel se abrazó a sí misma.

—¿Un buen baño y un masaje? ¡Dios mío! Creo que acabo de morir y estoy en el cielo.

El la miró y le dedicó una sonrisa que le paró el corazón.

—A pesar de mi dudosa reputación, no aparezco y empiezo a follar.

Ella lo estudió durante un momento. Aquella era una imagen que jamás hubiera esperado ver: Devon sentado en el filo de su bañera, dispuesto a bañarla. No pudo evitar acordarse del deseo que su amiga Frannie pidió para ella: un moreno alto y guapo que la hiciera caer de culo.

Parece que por fin había funcionado uno de sus hechizos.

El único problema era que aquel moreno alto y guapo tenía algunos inconvenientes.

—He oído decir que tienes una buena reputación entre las chicas.

—Sé honesta. Probablemente has oído decir que me follo a muchas mujeres.

Rachel cruzó los brazos para taparse los pechos desnudos y lo miró.

—¿Es cierto?

El la miró a su vez y contestó con sinceridad:

—No veo que haya ningún motivo por el que deba mentirte, Rachel. Es verdad. Pero no hay nada emocional en todo ello; son relaciones puramente sexuales.

La sonrisa de Rachel se tornó más delgada y cínica.

—¿Y yo también seré una relación puramente sexual, no?

Como era de esperar, Devon se puso tenso.

—No, tú eres más que eso —contestó con suavidad—. Mucho más. Sólo te pido que me des una oportunidad para demostrártelo.

—¿Por qué yo? —preguntó ella.

Devon la miró de reojo con sigilo.

—¿Por qué no?

Rachel negó con la cabeza despacio.

—Porque yo no quiero ser otro polvo fácil. Una mujer más de las de usar y tirar.

Cuando la bañera estuvo llena, Devon cerró el grifo. Se puso de pie y se acercó a ella. Estaba muy excitado y la necesidad le sonrojaba el rostro.

—Tú eres mucho más que un polvo fácil, Rachel. Dame una oportunidad y te lo demostraré.

—Convénceme.

—¿Así, por ejemplo? —Devon alargó la mano y le descruzó los brazos con suavidad. Deslizó un dedo por su pecho izquierdo; primero le rodeó la areola y luego le pellizcó el erecto pezón.

La respiración de Rachel se aceleró. La recorrió un placentero escalofrío.

—Dios, sí —dijo jadeando—. Resulta muy convincente.

—Me alegro. —Devon deslizó las manos hasta su culo y la atrajo hacia su polla erecta. Bajó la cabeza y la besó mientras le quitaba los pantalones y las bragas con habilidad. Cayeron al suelo.

Rachel, un poco incómoda por estar totalmente desnuda, sacó los pies de la ropa que había caído. Devon no se había quitado absolutamente nada.

—Estás preciosa —dijo sonriendo. A ella se le escapó una sonrisa de incredulidad.

—¿Yo?

Devon la guió hasta el espejo del baño.

—Míralo tú misma.

Rachel se tapó los ojos con las manos.

—Oh, no. Estoy hecha un desastre.

Él, desde atrás, la obligó a bajar las manos con suavidad.

—Yo veo a una mujer preciosa.

Rachel se miró. A primera vista veía dos generosos pechos, un vientre plano y unas caderas que sobresalían ligeramente sobre unas piernas bien torneadas. Tenía los ojos dilatados e iluminados por la expectación, y sus labios estaban algo hinchados a causa de los hambrientos besos de Devon. A pesar de que tenía los ojos enrojecidos y el pelo hecho un desastre, por primera vez ella pensó que tenía un aspecto... Bueno, en realidad, se veía resplandeciente.

De pie detrás de ella, la mirada de Devon se encontró con la suya en el espejo.

—Ahora tú ves lo mismo que veo yo. —Sus grandes manos se posaron posesivamente sobre sus hombros—. Ahora ves lo que yo quiero.

Rachel se puso colorada y bajó la mirada.

—Todo a su tiempo —la tranquilizó.

Rachel pasó una pierna y luego la otra por encima del borde de la bañera y se metió en el agua. La temperatura era perfecta: estaba lo bastante caliente para relajar sus tensos

músculos. Devon había elegido un largo baño caliente: el remedio perfecto para aliviar su confusión emocional. Definitivamente, aquel hombre sí sabía cómo cuidar a una mujer.

Rachel se echó hacia atrás y se apoyó en la bañera, hundiéndose hasta que el agua le llegó al pelo.

—Mmmm..., qué bien. —Ella miró a Devon de reojo—. ¿Estás seguro de que no quieres quitarte la ropa y venir aquí conmigo?

El, buscando una esponja y unas cuantas toallas esponjosas, negó con la cabeza.

—Me encantaría, pero esta noche es sólo para ti. —Apiló las toallas en el suelo, se arrodilló y se arremangó—. Alcánzame el jabón, por favor.

Rachel le dio el frasco de plástico; era su favorito, un exuberante mejunje tropical. Devon le quitó el tapón y percibió su olor.

—¡Ah!, ahí está ese olor. Todo este tiempo me había estado imaginando que era algún perfume exótico. Ella sonrió, contenta de que lo hubiera notado. —Agua y jabón. Y un arsenal de aerosoles corporales... Me encantan las esencias afrutadas.

—Van muy bien contigo. —Devon metió la esponja en la bañera y luego le echó un chorro de jabón—. Siéntate y empezaré por tu espalda. Ella se inclinó hacia delante.

—Hace mucho tiempo que nadie me frota la espalda.

Devon comenzó por la base de su cuello y luego fue dibujando pequeños círculos por toda la espalda.

—Entonces deberías encontrar a alguien que lo hiciera. —La suave presión que se extendía por su espalda le tiraba ligeramente de la base del cuello. Aquella caricia era deliciosamente pecaminosa.

—El trabajo es tuyo, si quieres. Mmmm..., es maravilloso.

El se rió entre dientes mientras metía la esponja en el agua para enjuagarla.

—Gracias. El brazo, por favor.

Ella le ofreció el brazo.

—Relájate, tú no tienes por qué estar tan rígida como yo...

—¿Cómo quieres que me relaje mientras me tocas? —le preguntó volviéndose para mirarlo.

Él reflexionó.

—Piensa en otra cosa. —Hizo una pausa—. Nunca acabamos la conversación que empezamos la otra noche. ¿Por qué no me hablas sobre tu infancia?

Las sensaciones eróticas desaparecieron. Pensar en su infancia no le provocaba precisamente pensamientos pasionales. Más bien irritantes. Amargos. Y tristes.

—Ya lo hice. La odio. ¿No te acuerdas? —contestó ella frunciendo el entrecejo.

Cogiéndole el otro brazo, Devon intentó seguir otra técnica.

—Tenemos que ir conociéndonos —le explicó con paciencia.

Un hosco puchero.

—No hay nada que saber —dijo ella sin disimular su tono hostil.

El mordisqueó las puntas de los húmedos dedos de Rachel.

—Hagamos un trato. Por cada cosa que me expliques tú, yo te contaré otra sobre mí, ¿de acuerdo?

Devon pasó la esponja por cada uno de sus dedos.

—Bien, ¿dónde te criaste?

Rachel suspiró.

—En el orfanato estatal. No tenía parientes que me adoptasen, así que me crié sola. ¿Y tú?

El se trasladó hasta el otro extremo de la bañera, metió la mano en el agua y sacó uno de los pies de Rachel.

—En una enorme y lúgubre mansión en Inglaterra, y luego en escuelas aún más frías e internados aún más lúgubres.

—¿De verdad? —preguntó ella echándose a reír. Frotó los dedos de sus pies y sus tobillos hasta que salió espuma.

—De verdad.

Cambió de pie y repitió sus esponjosas caricias.

—Bien, ¿tu cumpleaños es...?

—El diecisiete de marzo. El día de San Patricio.

Devon sonrió.

—Una chica irlandesa. —Metió la mano bajo el agua e introdujo la esponja entre las piernas de Rachel parándose justo cuando llegó al punto de unión entre sus muslos.

Ella abrió las piernas; una súplica silenciosa para que siguiera en esa dirección.

—Y probablemente no haya ni una gota de sangre irlandesa en mí. ¿Y el tuyo?

Él resistió la tentación y pasó a la zona del vientre. Dibujó espumosos círculos alrededor del ombligo. El agua hacía desaparecer las burbujas tan rápido como se formaban.

—El veintitrés de julio. —Ascendió hasta sus pechos.

Rachel quedó hipnotizada por el resbaladizo recorrido que él dibujo alrededor de sus pechos y su respiración se aceleró ligeramente. Estaba excitada. Su cuerpo respondía a aquella húmeda e inocente caricia. Y no es que la manera en que él la tocaba se pudiera considerar inocente. Cada una de las suaves caricias de sus dedos hacía florecer la energía erótica de Rachel.

—¿Cuántos años tienes?

Devon le pellizcó un pezón con sus resbaladizos dedos.

—Tengo dos edades: la edad física y la edad Kynn. Según la edad humana, tengo treinta y cuatro años. Si tenemos en cuenta la edad Kynn, tengo ciento cuarenta y seis años.

Rachel no le creyó ni por un segundo, pero le gustaba el modo en que él mantenía la fantasía. Demostraba tener sentido del humor y gusto por lo extravagante. Y también imaginación. Esperaba que fuera tan creativo entre las sábanas como lo era con sus elaboradas historias.

No pudo resistir tomarle un poco el pelo.

—Entonces, eres un poco viejo para mí, ¿no crees?

Él arqueó una ceja con aire lascivo.

—Cuanto más viejo es el violín, mejor suena, querida.

En el estómago de Rachel se agolpaban todo tipo de sensaciones. Sentía un hormigueo sobre la piel, caliente y colorada.

—Algún día me gustaría poder escuchar cómo sueñas.

La sonrisa de Devon era una promesa.

—Ya lo escucharás. —Se levantó y se colocó en el extremo de la bañera—. Ahora echa la cabeza para atrás y coloca el cuello sobre el borde, por favor.

Rachel obedeció.

—¿Qué vas a hacer?

Devon le quitó el pelo de la cara y de la frente y cogió el gel exfoliante de albaricoque del estante que había en la bañera.

—He prometido mimarte de pies a cabeza.

—¡Caramba! Así que cumples lo que prometes... —dijo ella sonriendo.

Devon se puso un poco de gel en la mano y sonrió a Rachel.

—Te quiero complacer.

Ella cerró los ojos mientras él extendía el abrasivo producto alrededor de sus ojos, luego por encima de su nariz y finalmente rodeando su boca.

—Es increíble lo fea que se tiene que poner una mujer para conseguir una imagen atractiva.

Utilizando sólo las yemas de los dedos, le masajeó la cara dibujando suaves movimientos mientras extendía por su cutis aquellos granitos que parecían de arena.

—Tú estarías fantástica sin la necesidad de todo esto.

Ella se rió.

—Dices eso porque me tienes desnuda y a tu disposición.

—Querida, ¿me estás acusando de tener intenciones impuras? —preguntó él mientras deslizaba los dedos por la barbilla y la mandíbula. Rachel abrió un ojo.

—Espero que sí. —Se le escapó otro suspiro cuando el relajante masaje facial llegó a un lugar especialmente receptivo—. Tú nunca me has hablado de tu infancia, Devon. No es justo que no me hables un poco de ella.

El suspiró.

—Privilegiada, pero reprimida. Aburrida y formal. En mis tiempos se veía a los niños, pero nadie los escuchaba.

—¿Y? —pinchó ella.

—Esperé hasta que murió mi tío —explicó frunciendo el entrecejo—. Aquel viejo tacaño me asignaba una paga muy pobre. Lo odiaba. Decidí hacer mi propia fortuna.

—¿Y entonces creaste el Mystique? Devon negó con la cabeza.

—En realidad, no. Se podría decir que el Mystique fue inspirado por una mujer. Ariel.

—Precioso nombre.

—Preciosa mujer. Ariel me introdujo en el erotismo y el misterio de los Kynn. Yo quería ser Kynn, pertenecer a la comunidad. Ella me guió y me ayudó a introducirme en ella.

Rachel, dentro del agua caliente, se estremeció. Abrió total e intencionadamente los ojos y miró a Devon.

—Hablas como si fuera real.

El la miró fijamente.

—Para mí, es real. Nunca lo dudes, Rachel.

A ella le picó la curiosidad. Debido a los años que había pasado trabajando al lado de una pitonisa, había desarrollado algo más que un ligero interés por el mundo de lo oculto. El concepto del vampirismo sexual la intrigó.

—Algún día me tendrás que enseñar tu mundo. Devon recuperó la esponja y le quitó el gel exfoliante de la cara.

—Eso pretendo. —Hizo una pequeña pausa—. ¿Te sientes mejor?

Rachel se frotó la cara con las manos. Había eliminado la piel muerta de su rostro y ahora tenía las mejillas tan suaves como el culo de un bebé. Un hormigueo le recorría toda la piel, se sentía fresca y limpia.

—Sí. Esto es mucho mejor que lloriquear a oscuras.

Devon se puso de pie y buscó una toalla. No cogió una de las toallas delgadas y deshilachadas que Rachel usaba habitualmente. Cogió una de las que tenía reservadas para las visitas, suave y esponjosa. La desdobló y la invitó a salir del agua.

—Tú no estabas lloriqueando. Sólo necesitabas desconectar un poco.

—A veces me gustaría tener más tiempo para estar desconectada antes de tener que enfrentarme de nuevo a la realidad.

Él le lanzó una mirada inquisitiva.

—Espero no haber estropeado ningún buen momento de desconexión —dijo suavemente.

—Esta noche tú eres una red de seguridad —contestó ella sonriendo—. Algo que no he tenido nunca.

Rachel quitó el tapón de la bañera. Le parecía increíble que un poco de agua y jabón pudieran llegar a revitalizar tanto los sentidos. Aunque no era tan raro si un hombre de ensueño te daba un erótico masaje por todo el cuerpo. Nunca había estado tan limpia.

Se envolvió en aquel capullo de suavidad. Seguía húmeda y goteaba; estaba envuelta por el abrazo del hombre con el que había estado fantaseando: eso sí que era un sueño hecho realidad. Nunca había creído en los cuentos de hadas ni en los finales felices. Seguramente, él le rompería el corazón. Tenía que pasar así.

La ley de Murphy. Era cuestión de suerte. Tal vez de mal karma.

«Tal vez se acabe pronto —pensó ella—. Pero estoy completamente segura de que lo disfrutaré mientras dure.»

—Un hombre que sólo hace tres días que conozco me ha desnudado y me ha bañado —pensó en voz alta—. ¿Eso me convierte en una mujer facilona?

El recorrió el cuerpo de Rachel con la mirada mientras consideraba la respuesta.

—Predispuesta —la corrigió—. En una mujer predispuesta.

Se puso roja.

—No demasiado predispuesta, espero.

Devon arqueó una ceja mientras recorría su húmeda piel con la toalla.

—Predispuesta a estar conmigo, sí. Predispuesta a estar con otros hombres, no. —Le secó cada centímetro de su piel. Primero por delante y luego por detrás—. Te quiero toda para mí solo. —Le daba un beso juguetón en cada lugar que secaba. No se le escapó ni un solo centímetro.

¡Honestamente! Es el clásico pensamiento masculino. Primitiva posesión masculina. Él podía tener diez docenas de mujeres metidas en la cama y no significaba nada. Si una mujer tenía un amante, tal vez dos, era una puta.

Sin embargo, a Rachel le gustaba la idea de que la quisiese para él solo. Eso implicaba compromiso.

Algo que ella no se atrevía ni a desear.

Y no era porque no pensara en ello muy a menudo. Una oleada de necesidad golpeó su vientre con fuerza cuando Devon pasó las manos por sus caderas. Se estremecía cada vez que sentía esas manos por encima de su piel.

—En este momento creo que has cubierto cada uno de los centímetros de mí piel. — Rachel habló con el mismo tono de voz que adoptó aquella mañana que desayunaron juntos; una voz profunda y sensual.

Devon, con las palmas de las manos en su cintura, se inclinó hacia delante para mordisquearle el húmedo cuello.

—Soñaba con poder hacerlo.

El deseo galopó por las venas de Rachel. La palpitación en su entrepierna aumentó cuando él pasó las manos por debajo de sus brazos, le cogió los pechos, los apretó y retorció los pezones.

Rachel se arqueó contra él y se quedó sin aliento. La polla de Devon se endureció contra su culo. Podía sentir toda su longitud. Cada largo, grueso y palpitante centímetro.

—Dámelo todo —susurró ella. Devon frotó lentamente su cadera contra su trasero y le mordisqueó la oreja. Si se desabrochase los pantalones podría...

Se esforzó por olvidar su propia necesidad y se apartó de ella.

—Creo que es mejor que vayamos a la habitación. —Sus músculos se flexionaron cuando la volvió a coger en brazos.

Rachel, desnuda y deseosa, no tenía duda alguna de cuál sería su próximo destino.

Ahora sus nervios estaban a flor de piel; deseaba que él tomara el control de su cuerpo.

Capítulo 17

Devon la acostó en la cama y recorrió todo su cuerpo con una mirada descarada, recreándose en sus pechos y luego en su sexo. Una sonrisa le curvó los labios.

—Rachel —murmuró— eres exquisita.

Ella le sonrió; sabía que su cuerpo estaba muy alejado de ese concepto, pero se alegró de que él hubiera utilizado esa palabra de todos modos. Sin maquillaje y con el pelo hecho un desastre distaba mucho de parecer una mujer hermosa. Pero el modo en que él la miraba la hacía sentir sexy, deseada, hembra.

Estaba acostada y totalmente desnuda. Ver a Devon vestido delante de ella no la ayudaba a mantener sus pensamientos puros. Todas las imágenes que le venían a la cabeza lo recreaban desnudo y muy sudado.

—Apuesto a que les dices lo mismo a todas las chicas.

El negó con la cabeza.

—En este momento no existe ninguna otra mujer en el mundo.

Para su sorpresa, Devon no se desvistió rápidamente para atacarla. Se sentó a un lado de la cama y empezó a deslizar la mano sobre su vientre. Le dio un tierno beso.

—Te he prometido un masaje.

Rachel buscó con la mano la prominente erección de Devon y gimió.

—Prefiero practicar sexo contigo. —Como pudo, le acarició el pene de arriba abajo por encima de la ropa. Irradiaba calor y cada vez crecía más. Definitivamente, allí había longitud más que suficiente para complacerla.

El placer y el deseo se dibujaron con toda facilidad en la cara de Devon, que emitió un profundo gemido. Sus ojos grises irradiaban fuego.

—Es jodidamente tentador.

—Entonces, ¿a qué estás esperando?

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Devon antes de que el deseo desapareciese de su mirada y adoptase una actitud más seria. Tragó con fuerza y la miró a los ojos.

—Quiero tomármelo con calma contigo, Rachel. Quiero que estés cómoda con lo que estamos haciendo. —Con suavidad, le apartó la mano de su entrepierna.

Ella se moría de ganas de recorrer su espalda con las manos mientras él le acariciaba las piernas; miró hacia el techo y dijo:

—Oh, créeme, Devon, estoy muy cómoda. Hace un año que no practico sexo. Si me haces esperar mucho más, voy a explotar.

Él se aclaró la garganta.

—La paciencia es una virtud —le recordó. Rachel apretó los dientes con frustración.

—Un polvo salvaje también tiene sus recompensas.

—¿Por qué ha pasado tanto tiempo entre un amante y otro? —Con suavidad le acarició un pezón con los dedos y luego lo pellizcó ligeramente.

La respiración de Rachel se aceleró y se le humedeció la entrepierna. Inspiró hondo e intentó pensar.

—Estaba esperando al príncipe azul, supongo.

El sonrió burlón.

—¿Servirá el séptimo conde de Hammerston? —la pellizcó con más fuerza.

Ella agarró con fuerza el edredón.

—Perfectamente.

Devon se inclinó hacia delante y acarició los labios de Rachel con los suyos.

—Pues date la vuelta y te demostraré lo perfecto que soy.

—¿Es una orden, señor? —preguntó ella adoptando un falso acento inglés. Después le mordió el labio inferior a Devon.

Él le devolvió el jugueteo con los labios.

—Es una petición, mi señora —contestó con un tono de voz suave.

—Entonces no me puedo resistir...

Rachel se acostó sobre su estómago y cruzó los brazos bajo su barbilla, preguntándose con qué la sorprendería Devon. El deslizó los dedos por entre los dedos de los pies de Rachel y los masajeó uno a uno. Cuando acabó con los dedos, pasó a la almohadilla de la planta del pie y masajeó la suave y vulnerable carne con sus pulgares antes de seguir hacia el tobillo y luego subir por las pantorrillas. La sugestiva calidez de su caricia recorría el cuerpo de Rachel: le hervía la sangre y no pudo evitar dejar escapar un pequeño suspiro de placer al tiempo que flexionaba los dedos de los pies.

—¿Te gusta? —la voz de Devon era tan dulce como la nata, y la presión de sus dedos era firme y segura.

Rachel suspiró de nuevo y cerró los ojos; se deleitó en la sensación que le provocaba sentir aquellas manos sobre la parte posterior de sus muslos. Devon le masajeó la parte interior de los muslos; se acercaba poco a poco al punto en el que se unían sus piernas, pero no lo tocó. Cuando por fin rozó su sexo con los dedos, Rachel sintió que la electricidad recorría todo su cuerpo provocándole una agradable sensación de conciencia sexual. Su clitoris empezó a palpar; se moría por ser acariciado, chupado...

Ella intentó cerrar las piernas y capturar la mano de Devon entre ellas, pero él la sacó rápidamente; posponía el momento, la torturaba.

—Aún no.

—¿Cuándo? —gimió ella.

—Pronto.

Devon subió las manos por su cuerpo y le acarició lánguidamente los glúteos antes de centrarse en la base de su espalda. Recorrió la zona con las manos presionando en la espina dorsal, las costillas, los hombros; la sentía a través de sus enormes manos como lo haría un hombre ciego.

Rachel sintió cómo deslizaba los dedos por su nuca y luego recorría el mismo camino con los labios. La mordisqueó con suavidad y luego besó y lamió su suave piel.

—Date la vuelta —le susurró al oído. La expectación se adueñó de Rachel y se dio la vuelta.

—Encantada.

Devon continuó con el masaje. Empezó por los hombros y siguió por la clavícula hasta que los rígidos músculos de Rachel empezaron a relajarse. Entonces comenzó a bajar las manos hasta llegar a los pechos.

La acarició con los dedos, pero no le tocó los pezones. Luego pasó las manos sobre su vientre liso y firme. Su caricia la hizo estremecer.

—Maldito seas —murmuró ella mientras gemía—. La espera me está volviendo loca.

Devon finalizó su sensual masaje acariciándole las piernas y volviendo a la punta de sus pies; acabó justo donde había empezado.

—La espera está a punto de acabar. Cuando acabó, se acostó junto a ella y se apoyó sobre el codo. Posó sus ojos sobre el excitado pulso que latía en la base de la garganta de Rachel. Ella tenía una extraña y rígida expresión en el rostro; era una expresión entre alegre y cautelosa.

—¿Qué? —preguntó ella sonriendo.

—Estaba pensando en lo guapa que estás —susurró. Rachel tragó saliva, abrumada por el cumplido. Le llegó al corazón de un modo que él no podía ni sospechar.

Ella estiró los brazos y lo cogió por la nuca. Percibió el espléndido aroma de su loción para el afeitado cuando él se inclinó hacia ella buscando sus labios con la boca. Ella los separó esperando la mordaz invasión de su lengua. El la besó minuciosamente; guiaba los labios de Rachel con los suyos y con su lengua prometía otra clase de invasión. Ella se arqueó cuando él le cogió un pecho con la mano.

Devon rompió el beso y se deslizó hacia abajo para meterse uno de los pezones en la boca y succionarlo larga y perezosamente. Rachel gritó y arqueó la espalda para sentirlo más cerca. Dios, estaba loca de ganas de sentirlo dentro de ella; anhelaba fundirse con su cuerpo hasta alcanzar el éxtasis.

Mientras movía la lengua sobre el sensible pezón, Devon utilizó la mano que tenía libre para conseguir, sin mediar palabra, que Rachel abriera las piernas para él. Deslizó los dedos sobre los hinchados labios que rodeaban su clítoris. La conciencia de sus propios fluidos y la presión que imprimía Devon sobre su sexo casi le hacen perder el control por completo.

Un primitivo gemido escapó de los labios de Rachel mientras merodeaba en las puertas del clímax, tratando de no saltar al vacío sola.

—Por favor... —susurró levantando las caderas.

—Relájate —la avisó él—. Tenemos toda la noche —dijo, y aumentó el ritmo de su caricia, penetrando en su sexo mientras le chupaba el pezón.

Rachel sollozó su nombre cuando apoyó los pies en el colchón para poder levantar el cuerpo. Devon la provocaba con un dedo, pero enseguida introdujo un segundo dedo, y mientras lo hacía, acariciaba el clítoris con el pulgar.

Rachel sintió una violenta sacudida cuando el orgasmo explotó en su interior; su cuerpo se sacudía como si un demente titiritero estuviera moviendo los hilos. Cuando acabó, se desplomó sobre la cama, jadeando, intentando recuperar el ritmo normal de su respiración. Un hormigueo recorría su cuerpo empujado por las réplicas del orgasmo. Pero no era suficiente. Quería su polla.

De repente, Devon se levantó de la cama. Dejó vacío el espacio junto a ella y se cambió de sitio para situarse entre las piernas abiertas de Rachel. Se puso de rodillas y recorrió su desnudez con la mirada.

Rachel, preparándose para rendirse a un buen polvo a pesar de que Devon no se había quitado ni una sola prenda de ropa, pasó las manos por encima de la cabeza y se agarró a la cabecera de la cama.

—Te quiero dentro de mí. —El lascivo dolor que la atormentaba creció y amenazaba con desbordar sus sentidos.

Devon esbozó una sexy sonrisa mientras se deslizaba hacia abajo.

—Poco a poco, amor. Quiero esperar hasta que llegue el momento perfecto para que nos unamos. No será esta noche..., pero será pronto.

Dibujó círculos con la lengua sobre uno de sus rosados pezones, provocando oleadas de delicioso tormento por todo el cuerpo de Rachel. Le mordisqueó los dos pezones por igual y luego empezó a bajar moviendo las manos posesivamente sobre sus caderas.

Besó la cálida superficie de su caja torácica, su tripa, la piel que cubría su dolorido monte de Venus y luego la parte interior de sus muslos.

Rachel cerró los ojos y suspiró de puro placer. No sabía si quería que parase o que continuase. Sólo sabía que estaba en el cielo.

—Cómo me gusta...

Los labios de Devon quemaban la superficie de su abdomen como el fuego recorriendo una pradera.

—Intento complacerte todo lo que puedo. —Deslizó los dedos por el suave vello que cubría su sexo y le separó los labios vaginales para dejar al descubierto su sedoso clítoris. Entonces trazó un ardiente itinerario, pasando su lengua varias veces por la palpitante carne. El deseo arponeó cada centímetro del cuerpo de Rachel. Un desesperado gemido precedió al grito:

—No pares... —Chispas carmesí centelleaban ante sus ojos cerrados y la sangre corría furiosa por sus venas. Tembló mientras sus temerarios apetitos deseaban complacer a Devon tanto como él la estaba complaciendo a ella.

Él tenía el control total y no daba señal alguna de querer renunciar a él. Le separaba los muslos con las manos para hacerla más vulnerable a sus lametazos y tener libertad para chupar y mordisquear el palpitante clítoris. A medida que aumentaba la fricción, las reacciones de Rachel eran cada vez más y más acaloradas.

Se volvía y se retorció; agarraba con fuerza el edredón y su cabeza se movía de un lado a otro presa del éxtasis. Su cadera seguía el ritmo que él marcaba con los dedos, aceptando cada embestida. Egoístamente, se perdió en las dulces glorias de un creciente orgasmo.

Su respiración era entrecortada, arqueaba la espalda, se sacudía y se estremecía. Gritaba descarada y ferozmente de placer. Guiada por Devon, su necesidad animal interior se precipitó hasta un abrasador clímax. A medida que el placer aumentaba, su cuerpo se arqueaba con más violencia. Sus sensaciones resplandecían temblorosas al ritmo de la sangre en sus venas, del latir de su corazón en sus orejas. Sus sentidos explotaron en

una armonía de espectaculares y cegadores colores: brillantes, luego oscuros, luego brillantes otra vez... Un estallido de éxtasis sin fin.

Rachel, sin fuerzas, se dejó llevar por las corrientes del clímax perfecto. Se había olvidado del tiempo, pero no le importaba. Una luz la inundó por completo; una brillante telaraña de delicados hilos ondeaba a su alrededor y la recorría.

—¡Oh, sí!

Capítulo 18

Rachel bostezó y se estiró. Se dio la vuelta en la cama y se puso boca arriba. Las cortinas del sueño seguían cerrándose en su mente.

Volvió a cerrar los ojos, se puso las sábanas sobre la cabeza y se deleitó en el pequeño mundo que había creado. Calentito. Seguro. ¿Quién quería levantarse de la cama?

Especialmente después de aquella noche.

Los recuerdos se agolpaban en su cabeza; en su mente se proyectaban lánguidas y eróticas escenas.

Esbozó una soñolienta sonrisa. Se recorrió la piel con sus curiosos dedos. Encontró sus pezones y se los acarició. Sacó un poco la lengua y la paseó por los labios. Se estiró suavemente de los pezones deseando que la boca de Devon estuviera jugueteando con ellos. «¡Oh, ayer por la noche...! Mmmm... ¡Cómo me tocó...!»

«Joder, estoy tan caliente...»

Sin pensar, separó las piernas; aún estaban pegajosas debido al calor de la pasión. Deslizó las manos por encima de su estómago y se acarició el monte de Venus. Su sexo seguía húmedo. Se pasó los dedos suavemente por encima de los labios vaginales y luego los separó para acariciarse el clítoris y se volvió a excitar.

«Joder...»

Se metió un dedo dentro y disfrutó de las sensuales sensaciones que la recorrían. Se imaginó a Devon encima de ella abriéndole las piernas con las suyas, jugueteando con su abertura con la punta de su polla erecta.

Quería tocarle lo necesitaba desesperadamente; se dio la vuelta hacia el lado de la cama en el que estaba Devon. Vacío.

«Se ha ido.»

Miró la almohada vacía. En ella no había ni la más mínima huella de su cabeza. No le sorprendía en absoluto.

Devon Carnavorn sólo se había quitado el abrigo aquella noche. Tampoco se la había follado de la manera tradicional. Se contuvo y no practicó sexo con ella. Le provocó orgasmo tras orgasmo, pero no satisfizo sus propias necesidades.

Recordaba con claridad cada detalle. Cómo se había sentido él y cómo se había sentido ella entre sus brazos. ¿Qué se sentiría despertando junto a él, sintiendo su musculoso cuerpo? Se imaginó cómo lo despertaría, tocándole la polla, sintiendo cómo se endurecía entre sus manos... Le acariciaría suavemente y luego se deslizaría bajo las sábanas para acabar de despertarlo del todo.

Pero estaba sola.

«Típico de los hombres. Ni siquiera se ha esperado a darme un beso de despedida.»

Ansiosa por levantarse, echó la ropa de la cama a un lado. Anhelaba ver a su nuevo amante más que nada en el mundo; quería persuadirlo para que se quitase la maldita ropa

y se metiese en la cama con ella. Lo que él había hecho la pasada noche fue maravilloso, pero no era suficiente.

Quería más.

No le importaba ser otra fulanita descartable. Era adulta, soltera, podía tomar sus propias decisiones y elegir con quién se quería acostar. Probablemente, Devon se la tiraría y la abandonaría. ¿Tan malo sería eso? ¿Quién dijo que una mujer se tenía que involucrar emocionalmente con el sexo? ¿Por qué no podía buscar el placer como ella quisiese? Resultaba muy halagador que un hombre como él la hubiera puesto en el primer lugar de su lista de preferencias.

Se dirigió descalza al baño. «Disfruta de la experiencia», se dijo.

Se dio una ducha rápida, se vistió y bajó las escaleras. En la cocina se preparó unas tostadas y se tomó un vaso de leche desnatada; luego dejó salir a Sleek.

Desayunó sobre una bandeja mientras veía las noticias en la televisión. Como de costumbre, en el mundo pasaban más cosas malas que buenas. La economía apestaba, la guerra en Iraq continuaba sin tregua y no había ningún alivio para el planeta. Parecía imposible vivir en un mundo cuerdo y en paz. En lugar de nadar, había que luchar para no hundirse.

Justo cuando Rachel se tomaba su último bocado, llamaron a la puerta. ¿Quién diablos podía ser? Se limpió las migas de pan de los dedos.

Cuando abrió la puerta, se encontró delante del mayor ramo de rosas que había visto en su vida. Era tan bonito que quitaba la respiración.

—¿Señorita Marks? —preguntó el mensajero.

Ella asintió estupefacta.

—Son para usted —le dio las flores—. Firme aquí, por favor.

Dejó el enorme ramo sobre la mesa y escribió su nombre rápidamente.

—Gracias. —Cogió algunas monedas y algún dólar del cuenco que tenía sobre la mesa—. Lo siento, no tengo más.

El chico sonrió, se tocó la gorra y se metió la propina en el bolsillo.

—Buenos días, señora.

Rachel cerró la puerta cuando el chico se fue. Miró las flores. Una tarjetita colgaba del fragante ramo. Abrió el diminuto sobre y la sacó.

Ponía: «No dejo de pensar en lo de anoche. Quiero más.» No estaba firmada.

—Devon. —Se inclinó sobre las rosas para percibir su delicado olor y una sonrisa se dibujó en sus labios. Sí, la pasada noche fue increíble. Ella también quería más.

Capítulo 19

Una hora más tarde Rachel dejaba su coche en la sección de empleados del aparcamiento del Mystique. Comprobó su maquillaje en el espejo retrovisor una vez más, cogió el bolso, salió del coche y se dirigió a la puerta por la que entraba el personal. Algunos ayudantes y camareras holgazaneaban en la puerta trasera mientras se fumaban un cigarrillo y dejaron de hablar cuando ella se acercó.

Uno de los chicos alargó el brazo y le abrió la puerta.

—Buenos días, señorita Marks —la saludó sonriente.

Los ojos de Rachel, protegidos tras unas oscuras gafas de sol, buscaron su placa identificativa. Por alguna razón que desconocía aquel día estaba más sensible de lo normal a luz del sol. El soleado día le estaba provocando dolor de cabeza; suponía que sería un síntoma de la pasa de gripe que había en la ciudad.

Ella sonrió.

—Hola, Rusty —contestó despreocupada. ¡Dios, qué bien le sentaba estar trabajando...!, sobre todo ahora que ocupaba una importante posición. Mantener a las camareras a raya y en orden la ayudaría también a mantenerse alerta.

—Hoy estás muy guapa —respondió Rusty tímidamente.

Rachel sonrió. Estaba mucho más que guapa, y ella lo sabía.

Como ya no se tenía que poner el uniforme de camarera, se había vestido para matar. Se había dejado aconsejar por Gina, quien según Rachel, se vestía demasiado extravagante para aquel puesto, y había elegido un traje gris marengo. La falda tenía un corte en uno de los lados y era lo suficientemente corta como para ser provocativa sin resultar ordinaria. Se había dejado un par de botones de la camisa sin abrochar, lo que permitía entrever un poco su escote y el encaje del sujetador.

Rachel se paró sólo para coger una taza de café y recorrió el laberinto de pasillos saludando con la cabeza y dedicando algunas palabras a los empleados con los que se iba encontrando. Se dirigió al despacho de Rosalie Dayton.

La mujer abandonó su lectura y levantó la cabeza.

—Me alegro de que ya estés aquí —la saludó mientras tecleaba en su calculadora—. Gina dejó los turnos hechos un desastre y el pago de las nóminas de las camareras sin hacer.

Rachel le dio un sorbo a su café; le había puesto leche y azúcar, pero tenía un sabor fuerte.

—¿Dónde se ha ido?

Rosalie se encogió de hombros.

—No lo sé. Tiene el teléfono desconectado, así que es imposible contactar con ella. En realidad, no me interesa en absoluto saber dónde demonios se puede haber metido. Aún tengo trabajo por hacer.

Rachel dejó su taza a un lado.

— Explícame lo que tengo que hacer y me pondré a trabajar.

Rosalie le dedicó una agradecida mirada.

— Estupendo. Primero tenemos que pagar las nóminas. La gente se enfada cuando no tiene la nómina preparada. — Le dio los turnos de las dos últimas semanas—. Suma las horas y yo calcularé el sueldo.

Rachel echó un vistazo a la tabla de turnos. Era muy fácil calcular los totales.

— Ya hago yo también el cálculo de los sueldos, si quieres.

— Si eres capaz de hacerlo, adelante. No vas a herir mis sentimientos. — Rosalie le señaló el pequeño escritorio que había delante de ella—. Esa será tu mesa. Tendrás que compartir este espacio conmigo. Pronto tendremos un despacho más grande; espero. Está en proyecto. Hasta entonces, nos las tendremos que arreglar aquí.

Rachel asintió, cogió la taza de café y se sentó en su nuevo puesto de mando.

— No parece que Gina trabajara mucho. — No quiso hacer un comentario malicioso, simplemente pretendía describir un hecho objetivo.

— Para nada — contestó Rosalie sarcástica—. Lo único que hacía era pasearse por ahí perdida en su pequeño mundo. Drogas, creo. Lo que desconozco es por qué Devon la dejó seguir por ese camino durante tanto tiempo. Ese hombre es un trozo de pan. Siempre le quiere dar una oportunidad a todo el mundo. Rachel sonrió y en sus mejillas aparecieron hoyuelos.

— Tal vez se estaba acostando con ella...

Rosalie frunció los labios; estaba disgustada y al mismo tiempo sentía envidia.

— Se supone que Devon no se puede acostar con el personal. Aunque seguro que, si no ignora la norma por completo, se la ha saltado algunas veces.

Rachel sintió remordimientos de conciencia. «Glups, la norma se ha roto», pensó.

— Dime, Rosalie, si tuvieras la oportunidad, ¿te acostarías con él?

Sobresaltada por la pregunta, la mujer tosió tapándose la boca con la mano.

— ¿Acostarme con Devon Carnavorn? Mmm... Es una pregunta difícil. Sabiendo, como sé, que se acuesta con cualquier cosa que lleve falda y que se follaría una serpiente si alguien le sujetara la cabeza, ¿querría ser la siguiente mujer de su lista? — La pregunta parecía hipnotizarla y rescatar recuerdos demasiado dulces para poderlos saborear.

Rachel se aclaró la garganta.

— ¿Y bien?

— Si tuviera cuarenta años menos, creo que sí.

La joven arqueó las cejas. No era la respuesta que esperaba que diera aquella impasible mujer.

— ¿Incluso aunque supieras que probablemente luego se olvidaría de ti?

Rosalie arqueó una ceja con aire desenfadado.

— Sólo se vive una vez, querida. Cuando la juventud se va, se va para siempre. Disfrútala mientras la tienes. No volverá nunca.

Rachel asintió con la cabeza a mil por hora.

— Sí, supongo que es cierto.

Rosalie tenía razón. A Rachel le quedaban sólo siete años para llegar a los cuarenta. Tras los cuarenta llegaban los cuarenta y cinco y luego los cincuenta. Sesenta. Setenta.

«Quiero disfrutar ahora.»

Rosalie puso los ojos en blanco.

—Es obvio que estás enamorada. Tú y él habéis estado flirteando a escondidas desde el primer minuto.

Rachel suspiró; apoyó los codos en el escritorio y la barbilla en sus manos.

—¿Parezco muy colgada?

Rosalie se rió a carcajadas. No se anduvo con rodeos.

—Más que colgada.

Rachel sonrió.

—Mierda.

La mujer se quitó las gafas y las limpió con un pañuelo de encaje que sacó de su abundante pechera.

—Si te vas a acostar con Devon, adelante; pero sé discreta.

—Buen consejo.

Rosalie se volvió a poner las gafas, se centró de nuevo en el teclado de su ordenador y animó a Rachel para que se pusiera también a trabajar. Aún tenía que ganarse la vida.

Cogió una calculadora que encontró en un cajón y empezó a calcular las nóminas de las camareras. Conocía bien los impuestos estatales y federales a los que debía ceñirse, así que le fue fácil hacerlo. Mientras sumaba y restaba, paraba de vez en cuando y golpeaba la libreta con el lápiz.

«Sé discreta.»

Era más fácil decirlo que hacerlo.

Capítulo 20

Devon estaba apoyado en el marco de la puerta del despacho de Rosalie. Normalmente se iba inmediatamente después de que el club cerrase las puertas; prefería que sus encargados se ocupasen de las tareas del cierre. Esa noche se estaba recreando. Mirando a Rachel.

Se sentó junto a Rosalie y la ayudó a contar el dinero para el depósito nocturno. Las dos mujeres, junto con otro de los encargados, Fred Hawks, guardaban el dinero en maletines. Todos trabajaban con eficiencia; eran conscientes de la presencia de Devon, pero no le prestaban atención.

El tragó con fuerza. Cuando miraba a Rachel, se encendían mil fuegos en su interior. Se le nublaba la vista y se le aceleraba el pulso. Su único deseo era hacerle el amor sin ninguna restricción. No pensaba en otra cosa.

Inspiró con fuerza y emitió un silencioso gemido. «Despacio —se recordó a sí mismo—. Pronto llegará el momento en que podrás poseerla.» Todo había cambiado desde que la conoció. Ahora estaba planeando una nueva vida..., una vida junto a Rachel.

Rosalie advirtió que aún seguía allí y le lanzó una fría mirada. Obviamente, no aprobaba su presencia.

—¿Necesitas algo, Devon?

El se avergonzó, pero se mantuvo en su sitio. Necesitaba muchas cosas, pero no podía poner las manos sobre ellas en ese preciso momento. Estar tan cerca de Rachel y no poder tocarla le parecía un infierno. Estaba a punto de explotar.

—Sólo pasaba por aquí antes de irme a casa. —Fingió desinterés—. He venido para asegurarme de que todo está bajo control antes de irme.

La vieja mujer resopló. Lo atravesó con la mirada como si fuera un trozo de celofán.

—Por supuesto, Devon. Pero ¿por qué no iba a estar todo controlado?

Rachel levantó los ojos y le dedicó una mirada de complicidad.

—Creo que podemos arreglárnoslas —dijo, y siguió contando dinero. Informal y desdeñosa al mismo tiempo.

La respiración de Devon se aceleró. Apretó los dientes con fuerza intentando frenar las imágenes que se proyectaban en su mente... Veía a Rachel desnuda y excitada mientras él la complacía. El trabajo se interponía en el camino de su creciente tensión sexual. Tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no cruzar la habitación, dar la vuelta a la silla de Rachel y morder sus rojos labios.

Por supuesto, no podía hacer eso. Por un momento se planteó tirar por la ventana los modales y las convenciones y dejar que sus empleados vieses como se olvidaba de su faceta de persona reservada y proclamaba públicamente que aquélla era la mujer que deseaba. Pero no hubo esa suerte.

Fred Hawks le hizo una señal a Rachel para que le alcanzase el maletín.

—Ya he acabado y todo cuadra. Ya nos podemos ir.

Ella le dio el maletín.

—Ha sido bastante fácil.

—Sí, no hace falta haber estudiado ingeniería de caminos para hacer esto. —Fred metió el dinero en el maletín y lo cerró—. Me voy al banco.

Devon lo detuvo.

—¿Ya le has explicado a Rachel cómo se hacen los depósitos nocturnos?

Rosalie negó con la cabeza mientras lo miraba incisivamente.

—No. Ésta es su primera noche como encargada...

Devon tomó una decisión directiva.

—Necesita saberlo. Yo lo enseñaré.

Todos lo miraron como si le hubiera crecido una segunda cabeza. Normalmente, él no se preocupaba por esa clase de menesteres.

Rosalie lo miró fríamente mientras arqueaba las cejas por encima de la montura de sus gafas.

—¿Eh? —aquella expresión hablaba por sí misma. Obviamente, desaprobaba que Devon se metiese en sus dominios y cambiase las normas.

Él le devolvió la mirada inquisidora. Le mandó una silenciosa señal. «No pienso ceder —le estaba diciendo—. ¡Deja de meterte en mis asuntos!»

Rosalie finalmente se dio por vencida.

—¡Oh, por Dios bendito, llévatela!

Fred le dio el pesado maletín.

—Aquí tienes el dinero, chico rico.

Devon cogió el maletín.

—Y cada vez más rico —se dirigió a Rachel—. ¿No te importa venir conmigo, verdad?

Ella se irguió, echó los hombros hacia atrás y levantó la barbilla. Lo miró con remilgo por debajo de sus largas y sedosas pestañas y contestó muy seria:

—Claro que no.

El no dejó que su sonrisa asomase a sus labios. El lenguaje corporal de Rachel la delataba: estaba encantada de que él se las hubiera arreglado para que se quedasen a solas. La cubría una evidente capa de nerviosismo; su piel parecía temblar como un gato al que han despertado de la siesta de repente.

—Estupendo, pues vámonos.

Cuando salieron del club, Devon le pasó una mano por encima del hombro y la llevó hasta su coche. Ella no protestó ante aquel gesto, pero tampoco hizo señal alguna de que la complaciese. Andaba tan pegada a él que Devon podía sentir el calor que irradiaba su cuerpo.

—Es éste.

Devon se las arregló para que ella tuviera que rozar su cuerpo al alcanzar la puerta del pasajero. Raquel pasó con elegancia por delante de Devon sólo para que él cerrase la puerta cuando ella ya se había sentado en el coche. Luego lo siguió con la mirada mientras

él rodeaba el coche por delante; la sombra cubría la mitad de su rostro y éste era totalmente indescifrable. Devon se sentó tras el volante y le dio el maletín a Rachel.

Ella acarició el asiento de piel; estaba impresionada por el coche: un Porsche nuevo. Era el último juguete de Devon. Un vehículo ágil, estable y hecho para correr.

—Vaya. Qué bonito. Este coche está a millones de kilómetros de mi viejo cacharro.

—Su voz no destilaba ni un ápice de envidia; era una simple apreciación.

Devon sabía que Rachel había tenido problemas económicos desde que cerró la librería, pero ahora ganaba un buen sueldo. Él no era la clase de hombre que acosaría a una mujer amenazándola con dejarla sin trabajo si no accedía a sus deseos. Hacía muchos años que había aprendido a no acostarse con una mujer que trabajara para él.

Rachel era la única excepción. Pretendía sacarla de la oficina y meterla en su cama en cuanto le fuera posible. Estando junto a él, nunca se tendría que preocupar por trivialidades como la falta de dinero.

Metió la llave en el contacto y encendió el motor, que rugió con fuerza al ponerse en marcha y luego se suavizó lentamente.

—Me alegro de que te guste. —Dio marcha atrás y pasó por delante de los demás coches que aún había en el aparcamiento.

—Sí que me gusta. —Mientras se dirigían al banco, Rachel dejó de mirarlo y se dedicó a observar por la ventana la parte más moderna de la ciudad.

Cuando él sacó la caja de seguridad del banco, ella no se quedó quieta esperando. Cogió la llave, abrió la caja y metió el maletín dentro. Luego la cerró y volvió al coche.

—Ha sido muy fácil. —Tenía los labios algo separados y jadeaba, aún había en ellos un brillo muy sexy. Sus pechos se elevaban y volvían a caer por debajo de su camisa. Sus pezones se marcaban por debajo de la tela.

Devon quería alargar la mano, arrancarle la camisa, cogerle los pechos y chuparle los rosados pezones.

—Eso es todo lo que hay que hacer —dijo intentando mantener el desgarró del deseo alejado de su voz—. Si haces algún otro depósito en el futuro, siempre irás con otra persona. De ese modo tendrás un testigo o alguien que te ayude por si intentan robarte o acosarte.

Ella se puso roja y lo miró; una sonrisa de complicidad se dibujó en sus labios.

—¿Acosarme?

El espacio que había entre ellos en el coche parecía encogerse a medida que aumentaba la conciencia que Devon tenía de la presencia de Rachel. Ella había adoptado una actitud remilgada y tenía las manos sobre el regazo; eran pequeñas y delicadas, y lucían una cuidada buena manicura. Aunque su vestimenta era muy profesional, él sabía que el cuerpo que había bajo aquella ropa era perfecto en todos los sentidos.

Ansioso, recordó cómo lo había explorado la noche anterior. Bajo sus caricias ella era muy suave y se había mostrado muy dispuesta e impaciente. ¿Cómo reaccionaría si la tocara en ese momento?

Inspiró profundamente. El olor del sutil perfume de Rachel aún se aferraba a su pálida piel: suave, afrutado y fresco. El se imaginó acostado junto a ella, piel contra piel.

—Acosada, como cuando alguien pretende hacer el amor contigo —dijo sonriendo.

Rachel fingió inocencia y abrió mucho los ojos como si estuviera escandalizada.

— ¿Por qué? ¿Quién querría hacer algo así con una pobre chica como yo? —respondió juguetona con un tono infantil.

—Yo. —Devon pasó los dedos por la suave mejilla de Rachel, bajó hasta su barbilla y luego los deslizó muy lentamente por su cuello. Sintió el suave pulso de la sangre en sus venas. Aguda conciencia sexual deslizándose por cada una de las terminaciones nerviosas de su cuerpo; notó una instantánea carga sexual tan intensa que hasta resultaba dolorosa.

Rachel, hipnotizada por su caricia, cerró los ojos y se recostó en el asiento. Tenía un aire frágil y delicado, su piel era tan pálida que parecía de porcelana.

—Pues entonces no pares...

—En cuanto a la otra noche... —empezó a decir él.

Un suave escalofrío recorrió el cuerpo de Rachel.

—Lo sé —murmuró—. Quieres tomártelo con calma.

El se puso tenso.

— ¿No quieres que lo haga? —Le dolió preguntar eso.

Rachel suspiró y se le hizo un pequeño nudo en la garganta. El deseaba ferozmente poder presionar sus labios sobre su cuello, probarla.

—Quiero más —admitió ella despacio—. Pero no quiero que me dejes abandonada cuando hayas acabado de follarme.

Devon le dedicó una cruda mirada.

— ¿Crees que yo haría eso? ¿Irme y dejarte abandonada?

Rachel entrelazó las manos sobre su regazo.

— Sé cómo eres con las mujeres, Devon. Rosalie me lo dejó muy claro cuando me dijo que te follarías una serpiente si alguien le sujetara la cabeza.

El rodeó el cuello de Rachel con las manos y se inclinó hacia ella.

—Será diferente contigo —le susurró al oído—. Te deseo como no he deseado jamás a ninguna otra mujer. —Devon se asustó del instantáneo placer que sintió tras haber dicho esas palabras. Le gustaba cómo se había sentido al pronunciarlas.

Rachel, testaruda, apretó los pies contra el suelo del coche.

—Los hombres dirían cualquier cosa para meterse debajo de las bragas de una mujer. Devon tuvo que reírse.

—Yo te quité las bragas anoche, ¿te acuerdas? Y no me fui a casa con ellas puestas.

Ella se enfadó y puso los ojos en blanco.

—Ya sabes lo que quiero decir. —La expresión de Rachel se tornó más seria—. Te deseo, Devon —dudó—, pero no quiero que me duela cuando te vayas.

El la cogió por la barbilla y deslizó el pulgar por su labio inferior; era cálido y suave... Tocarla era como completar la otra mitad de su alma.

— ¿Quién dice que me voy a ir? —Antes de que Rachel pudiera contestar, Devon la besó con fuerza. Su sabor y su olor inundaron su conciencia mientras metía la lengua entre aquellos labios suaves.

Rachel gimió y unió su creciente pasión a la de Devon. Él le pasó la lengua por los labios y luego se la volvió a meter en la boca. Después le mordisqueó el labio inferior y le

chupó la boca hasta que los labios de Rachel estuvieron húmedos e hinchados. Entonces metió la mano por debajo de su blusa; necesitaba tocarle la piel.

Rachel se echó hacia atrás.

—¿Aquí? —sonrió sorprendida—. ¿En el aparcamiento de un banco, besuqueándonos como adolescentes?

Devon vaciló con el corazón acelerado. Nervioso, se aclaró la garganta.

—¿Quieres que te vuelva a llevar al club?

—No. —Ella le cogió la mano y entrelazó sus dedos con los de él—. Ya se han dado cuenta de lo que andabas buscando... Y yo también.

Devon la miró a los ojos; quedó atrapado por su ardiente mirada. A él le latía tan fuerte el corazón que le pareció imposible que ella no lo oyese. La sangre palpitaba en sus oídos y lo ensordecía mientras intentaba ignorar el dolor que sentía en la polla atrapada dentro del pantalón.

—Entonces, ¿qué quieres que hagamos?

—Simplemente conduce —dijo ella.

—¿A cualquier parte? —Giró la llave y arrancó el motor.

—A cualquier sitio que quieras. —Ella alargó la mano y le acarició el muslo acercando la mano peligrosamente a su palpitante miembro.

Devon se sobresaltó a causa de la inesperada caricia y casi perdió el control del coche. Trazó un rápido giro y a punto estuvo de chocar contra un poste de hormigón mientras conducía hacia la salida del aparcamiento. Más le valía tranquilizarse o acabaría destrozando el coche.

—Ten cuidado —le avisó ella sonriendo—. ¿No querrás estropear la pintura del coche?

«Me importa una mierda la pintura del coche», pensó él.

Capítulo 21

Devon cruzó toda la ciudad y se dirigió a la autopista en dirección al valle. En treinta minutos habían llegado a su destino. La ciudad de Warren poseía uno de los mejores parques que se podía encontrar en varios kilómetros a la redonda. Una inmaculada y cuidadísima arboleda rodeaba unas verdes colinas que encerraban un cristalino lago. A lo largo de todo el parque había pequeñas zonas de descanso, además de barbacoas y mesas de picnic, para que las familias pudieran disfrutar del parque.

Devon pasó de largo y se dirigió hacia las zonas más privadas del parque densamente rodeadas por árboles. Era el sitio perfecto para aparcar de noche y... jugar. La noche era clara y cálida, y el cielo no estaba cubierto por la clásica niebla que siempre flota sobre las grandes ciudades. Las estrellas que brillaban en el cielo se veían tan grandes que parecía que se pudieran tocar con los dedos. Devon paró el coche sobre la hierba y apagó las luces y el motor.

Rachel dejó caer la cabeza sobre el reposacabezas del asiento.

—Mmm... ¡Qué bonito! —Cerró los ojos y bostezó—. Creo que podría incluso dormir aquí.

—No te duermas ahora. —Devon salió del auto y lo rodeó. Abrió la puerta del pasajero, alargó la mano y la sacó del coche tirando de ella hasta que estuvo entre sus brazos.

—Sexo ahora —dijo él besándola con fuerza—. Dormir después.

La quería poseer allí, en medio de la nada, sin que nadie, salvo las criaturas de la noche, los pudiera interrumpir. Quería acariciar cada tormentoso centímetro de su cuerpo, follársela hasta que estuviera tan cansada que no pudiera moverse.

La besó una y otra vez, y con las manos rodeó su esbelta cintura para cogerle el culo y apretar su firme carne mientras presionaba su cuerpo contra el de ella. Le palpitaba la polla; luchaba por liberarse de los pantalones. Le dolía de necesidad.

Intentó desabrochar los botones de la blusa de Rachel con torpeza. Normalmente, no era ni tan torpe ni tan ansioso, pero había algo en ella que lo incitaba a correr para poder tocarle la piel cuanto antes. Cuando vio que no podía desabrochar los botones todo lo rápido que él quería, cogió la blusa con las dos manos y la abrió de un tirón haciéndolos saltar.

Rachel emitió un grito sofocado.

—¡Oh, Dios mío!

La respiración de Devon era discordante.

—No quiero esperar más. —Dio un paso atrás para observar el hipnótico movimiento que dibujaban los pechos de Rachel al subir y bajar. Cubiertas por un sujetador con encajes, aquellas preciosas curvas ansiaban ser acariciadas.

Rachel sacó un poco la lengua y posó la punta sobre su labio superior; un gesto muy sexy y completamente atractivo.

—Entonces no esperes más. Devon la cogió por los hombros y la atrajo hacia él para besarla. Ella aceptó el beso y no opuso resistencia cuando él abandonó su boca para deslizar la lengua por su barbilla y luego por su cuello. Le mordió la yugular con suavidad y con cuidado y chupó aquella vulnerable zona, deleitándose en su sabor. Si quisiese podría dominarla fácilmente; podría hacerle un corte en la carne y beber su sangre para luego poseer su ansioso sexo.

Devon se contuvo. Él quería que ella se entregase a él de forma voluntaria; que tomara la decisión de unirse al colectivo Kynn libremente. Cuando llegase el momento adecuado, le explicaría la verdad sobre la marca que tenía en el muslo..., aquella estrella de cinco puntas, aquel símbolo mágico que demostraba que ella le pertenecía.

—No voy a ser suave contigo. —La rodeó con los brazos, cogió la parte de atrás de la blusa desgarrada y la sacó de la falda para poder deslizar las manos debajo de la tela y acariciarle la piel.

Rachel gimió y presionó su cuerpo contra el de Devon.

—No lo seas. —Ella había metido las manos dentro de sus pantalones y sujetaba la rígida polla. La acarició de arriba abajo con la experiencia de una mujer que sabe cómo debe tocar a un hombre—. Tócame —susurró.

El sonrió.

—Te estoy tocando.

—Por todo el cuerpo.

Devon la empujó contra el coche, le desabrochó el sujetador y se lo quitó; también le quitó la blusa, dejándola completamente desnuda de cintura para arriba. Se inclinó hacia delante y rodeó uno de sus pezones con los labios.

Rachel se puso rígida y lo agarró por los hombros como si fuera a empujarlo hacia atrás. Pero en lugar de eso, le cogió la cabeza para guiarlo. Un momento después él cambió de lado para proporcionar a ambos pechos la misma atención. Ella emitió un suave sonido: estaba entre la risa y el jadeo. Lo único que le importaba a Devon en ese momento era darle placer.

—¡Oh, Devon...! —Gimió ella, ruborizándose por el calor—. ¡Qué ganas tenía de que llegase este momento!

—Quiero darte placer. —La expectación se amotinó en las venas de Devon; la sangre palpitaba con un extraño ritmo en sus sienes y en su miembro erecto. Una llamarada de deseo explotó en sus testículos, que se contrajeron. Sus manos encontraron y jugaron con los pezones de Rachel, que parecían cerezas sobre montañas de vainilla; estaban para comérselos... Cuando ella lo miró, sus ojos rebosaban pasión. Un escalofrío de deseo cruzó el rostro de Rachel.

Devon sonrió. Había conseguido que ella se rindiera tan fácilmente como un gato ante un platito de leche. Su polla palpitaba con furia anticipándose al contacto de los carnosos labios de Rachel.

—Quiero ser tuya —dijo ella entre jadeos—. Sólo tuya.

—No te haré daño, Rachel —murmuró mientras le acariciaba los tiernos pezones y dibujaba círculos alrededor de sus areolas—. Si me pides que pare, lo haré. —Le costó muchísimo pronunciar aquellas palabras, pero formaba parte de la seducción.

Ella jadeó.

—No pares, por favor.

Devon sonrió y la cogió por la cintura. Volvió a tomar uno de sus duros pezones con la boca. Se lo besó y lamió, y luego hizo lo mismo con el otro.

Rachel apretó los ojos con fuerza. La respiración de Devon se entrecortaba debido al sensual movimiento de su boca. Con los dedos y la lengua dibujaba lánguidos círculos en sus pechos; evitaba a propósito tocarle los sensibles pezones. La vulnerable expresión en los ojos de Rachel pronto dio paso a una mirada de lascivo deseo.

El acarició uno de sus pechos con la mano hasta que ella emitió un suave gemido. Devon se moría de ganas de abrirle las piernas y encontrar aquel lugar que anhelaba tan desesperadamente sus caricias.

Los ojos de Rachel descendieron hasta el duro bulto que había en sus pantalones. Devon siguió su mirada y le cogió la mano para guiarla de nuevo hasta su erección.

—Acaríame —le dijo él con la voz teñida de necesidad—. Desliza tu mano arriba y abajo.

Rachel asintió y obedeció mientras lo miraba.

—Haré todo lo que me pidas.

Devon se desabrochó los pantalones y liberó su verga. Dura, sensible y erecta. Se dejó el botón de arriba abrochado; no quería que se le bajaran los pantalones hasta los tobillos. Era muy humillante. No dejaba de pensar en la posible vergüenza que podía estar sintiendo Rachel por estar medio desnuda.

Ella rodeó la polla con la mano imprimiendo la presión justa.

—Está..., mmmm..., muy dura. —Deslizó la mano por toda la polla—. Eso tiene que doler.

Devon apretó los dientes. ¿Sabría Rachel cómo lo estaba excitando?

—Más fuerte. —Colocó su mano encima de la de ella—. Cuanto más fuerte mejor —dijo, y entonces empezó a guiarla para que se pusiera de rodillas.

La espalda de Rachel se puso rígida sólo un momento, pero luego se agachó hasta quedarse frente a su entrepierna.

—Ninguna mujer se sentiría decepcionada con lo que hay aquí abajo.

Devon, a punto de perder el control por completo, dijo:

—Métetela en la boca, Rachel. Chúpame la polla.

Puso las manos en la cabeza de Rachel, tal como había fantaseado, y le guió la boca hacia su erecto pene. Ella había cerrado la boca; introducirse entre sus labios fue como meterla en el cuerpo de una virgen.

Rachel, juguetona, se resistía.

El presionó con más fuerza.

Finalmente, ella cedió.

El metió la punta de la polla en su boca. Ella jugueteó con los dientes sobre su parte más íntima, añadiendo al placer un poco de dolor para alimentar los deseos más carnales de Devon.

El dejó caer la cabeza hacia atrás y movió con suavidad las caderas hacia delante para follar su boca. Ya no necesitaba guiarla.

Ella le chupó como una puta experimentada: movía la lengua por encima de la punta y luego se la metía en la boca hasta que él notaba el final de su garganta. Rachel había rodeado su polla firmemente con la mano y utilizaba su propia saliva para hacerla resbalar mejor.

Le había cogido el escroto con la otra mano y apretaba, pellizcaba y manoseaba sus testículos.

A Devon se le escapó un gemido.

—Joder, ¡qué bien lo haces!

Ella rompió el contacto un momento para responder.

—Gracias. —Luego sonrió—. Tengo mucho material con el que recrearme.

Devon había llegado casi al límite de su autocontrol. Si no se controlaba, en pocos segundos llegaría al éxtasis y vertería un chorro de caliente y cremoso semen dentro de la boca de Rachel.

Apretó los dientes. ¡Agonía, oh, agonía...!

—Me alegro de que estés contenta. —Se sentía como si se le fuera a derretir la polla; un maravilloso desfallecimiento se arrastraba por su cuerpo, aliviando su cerebro, pero agudizando sus otros sentidos. Lo único en lo que podía pensar era en tener el predispuesto cuerpo de Rachel debajo del suyo.

Devon se alejó de sus hambrientos labios y la puso de pie.

—Se acabó la espera —jadeó con la voz discordante. Su boca buscó la de ella y se unieron en un largo y hambriento duelo de lenguas mientras él le cogía los pechos con las manos.

—Devon —gimió ella.

El la cogió por las caderas, la puso sobre el capó del coche e intentó abrirla las piernas. Le subió la falda y maldijo los pantis que llevaba.

—Dios, ¿por qué llevas esto?

Rachel levantó la cabeza y lo miró fijamente.

—Para comprobar lo decidido que eres.

Devon encontró la goma de los pantis en su cintura y se los bajó. Tuvo que parar un momento para quitarle los zapatos que salieron volando por los aires.

—Por fin.

Deslizó la mano por encima de sus caderas y le dio un suave beso en el vientre. Quería chupar, lamer y probar cada centímetro de su piel mientras ella planeaba en un estado de excitación sexual absoluta. La rodeaba un aire pegajoso y perfumado provocado por el centelleante calor del crudo deseo.

Devon deslizó las manos por la cara interior de sus muslos. Se adentró en los gruesos rizos de su monte de Venus y deslizó los dedos por el clítoris para acariciarlo.

—Me alegro de que por fin lo hayas conseguido —bromeó ella.

—Justo a tiempo.

Devon metió un dedo dentro del sexo de Rachel y lo hizo girar. Notó la calidez líquida que brotaba de él. Le separó los labios vaginales con gran habilidad, utilizando el pulgar y el dedo índice, y encontró el tierno botón. Movié entonces su dedo índice por encima de él iniciando un placentero jugueteo sexual.

Rachel echó la cabeza hacia atrás y gimió de placer.

—Te vas acercando.

—Estoy entrando. —Devon deslizó un dedo dentro. Los músculos vaginales lo absorbieron y se contrajeron. Estaban lubricados, calientes y preparados...

Rachel cada vez acogía las embestidas con mayor fervor; sus salvajes necesidades aumentaban espoloneadas por aquellos movimientos en el interior de su vagina. Su clítoris palpitaba contra la piel de Devon y sus jugos le humedecían la mano.

El se agachó y empezó a lamer aquellos pétalos rosas, despertando en ella una fiera pasión. Su polla se arqueó más, endureciéndose y emanando calor. El se acarició el pene con la otra mano, dándose placer mientras se la follaba ferozmente con el dedo. Cuando en lugar de dos dedos introdujo tres, el sexo de Rachel se abrió más.

Ella, temblando de deseo contenido, apretó las piernas y capturó su mano con fuerza. Tembló violentamente y luego llegó al orgasmo; su vagina palpitaba con avidez alrededor de los dedos de Devon.

Rachel arqueó el cuerpo cuando la recorrió el primer orgasmo; sus pechos subían y bajaban al jadear. Arañó el capó del coche y notó el frío metal en su piel.

—Te odio por haber conseguido que yo me corra primero.

El se rió entre dientes.

—No te preocupes —murmuró—. Conseguiré que te corras una y otra vez. —Hundió aún más los dedos.

Ella estaba tumbada sobre el capó con la falda por encima de las caderas.

—No puedo esperar más. —Una ferocidad lasciva le hizo temblar la voz.

La necesidad de Devon era salvaje, el ritmo aumentaba a medida que la sangre palpitaba en sus venas y lo ensordecía. Su excitación amenazaba con estallar como un volcán escupiendo lava.

Tenía que poseerla, probarla, establecer la conexión antes de tomarla y experimentar su propio clímax. Ya había ido más lejos de lo que pretendía, pero no había podido resistirse.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó una pequeña cuchilla; era una cuchilla que salía y se escondía de la boca de un lagarto. Le cabía en la mano, era pequeña, silenciosa y estaba mortalmente afilada. Para sacar la cuchilla sólo debía apretar un botón.

Deslizó la mano por el esternón de Rachel y la cogió por la nuca. En los ojos de la joven apareció reflejado el miedo al ver aquella cuchilla en su mano.

—¡Devon!, ¿qué...?

El la sujetó con más fuerza. Ella empezó a forcejear, pero él era más fuerte. El miedo de Rachel era palpable. Devon sintió cómo su sangre palpitaba por debajo de su piel, cómo el salvaje latir de su corazón conducía su miedo y cómo se le aceleraba la respiración.

—No te resistas, Rachel —intentó tranquilizarla con un tono suave.

—Por favor —jadeó ella—. ¡No me hagas daño!

—No te haré daño. —Él aflojó la mano que tenía en su cuello—. Confía en mí para que podamos unirnos.

Ella asintió despacio con los ojos muy abiertos y los labios separados; sus pechos se elevaban y caían. Él se dio cuenta de que el peligro la excitaba.

—Necesito probarte, beber de ti para saciar mi apetito —susurró él. Silencio.

Lentamente, Rachel asintió.

—Vale.

Devon sacó la cuchilla y le hizo un corte rápido y pequeño. Un líquido carmesí brotó de la herida, resbalando por su pálida piel.

Un pequeño quejido escapó de los labios de Rachel, pero no opuso ninguna resistencia cuando él pasó las manos por debajo de su espalda y la guió hasta que estuvo sentada.

Él recorrió su carne con su lengua y chupó su sangre. Presionó sus labios sobre la suave y palpitante herida y bebió de ella, introduciendo la vida del cuerpo de Rachel en el suyo. El líquido que le llenaba la boca era dulce y cálido.

Los minutos pasaban lentamente; sólo el sonido de las criaturas de la noche rompía el suave susurrar del viento.

Devon, reacio, se retiró; debía tener cuidado de no excederse. Sintió la calidez de la sangre de Rachel en sus labios.

La miró a la cara asombrado por su belleza. Entre las sombras, podía ver el rubor en sus pómulos. Y su boca. Cada vez que la miraba sentía la necesidad de besarla una y otra vez. Se imaginaba aquellos labios posándose sobre su carne y succionando su sangre; se imaginaba llenando de vida el cuerpo de Rachel.

«Cuando eso ocurra, seremos uno y ella me pertenecerá por completo», pensó.

El dirigió la boca hacia la de Rachel.

—Quiero que te pruebes a ti misma.

Devon la besó, profundamente. Cuando su beso acabó, colocó dos dedos sobre el corte que le había hecho en el cuello y murmuró unas palabras sanadoras. Cuando los apartó, el corte se había curado y sólo quedaba una pequeña cicatriz.

Rachel se estremeció mientras se lamía los labios.

—Eso ha sido muy intenso.

—Mmm... ¿Te ha gustado? —El apetito de Devon sólo estaba medio saciado. Necesitaba algo más de ella.

Ella inspiró profundamente.

—Sí, mucho.

Él inclinó la barbilla de Rachel hacia atrás.

—Hay más. Muchas más cosas que quiero compartir contigo.

Ella se rió deslizándose las manos entre su cuerpo y el de Devon. Cerró una mano alrededor de la polla y la acarició de arriba abajo.

—Eso espero.

Devon, que estaba entre las piernas de Rachel, deslizó las manos por su cuerpo. La cogió por las caderas y la penetró de una única sacudida.

Rachel apartó la camiseta de Devon y pasó sus frías manos por encima de sus hombros.

—Sabía que encajaríamos.

Devon sacó la verga de su cuerpo hasta ver asomar ligeramente la punta y volvió a embestir.

—A la perfección.

Echó la cadera hacia atrás y embistió de nuevo. Los sedosos músculos de Rachel lo envolvían con fuerza.

—Muy agradable.

Rachel era por dentro tal como había imaginado que sería; su interior encerraba su polla como una boquita voraz.

Ella le rodeaba la cintura con las piernas.

—La palabra agradable no define ni de lejos lo que está ocurriendo aquí. —Le golpeó el culo con los pies—. Y no hemos llegado ni a la mitad.

«Cierto», pensó él.

Devon adoptó un ritmo medio y empujaba su cadera contra la de Rachel con deliberada lentitud.

Ella dejó caer la cabeza hacia atrás mientras un nuevo orgasmo se empezaba a extender por su cuerpo.

—No podré aguantar mucho más —le dijo a Devon.

—Pues no lo hagas —contestó él e inclinó la cabeza hacia delante para, hábilmente, lamerle un pezón. La reacción fue instantánea. El gemido de placer de Rachel alimentó su propio deseo hasta el punto que no hubiera sido capaz de decir dónde acababa su cuerpo y empezaba el de ella. Era incapaz de respirar, incapaz de pensar, sólo podía sentir las centelleantes contracciones del hambriento coño que se movía maravillosamente alrededor de su polla.

Devon la embistió por última vez mientras notaba que se le contraían los testículos como si alguien los apretase. El orgasmo lo inundó, un violento remolino de increíble fuerza y velocidad. Sintió cómo explotaba con salvaje furia y su cálido semen entraba en Rachel. Se quedaron con los cuerpos pegados por la cadera y ninguno de los dos se movía. Parecía que, si uno de los dos se apartaba, se rompería el hechizo mágico de aquella increíble experiencia.

Finalmente, y aunque le dolió en el alma, Devon se retiró y se puso bien la ropa. La noche a su alrededor era oscura, silenciosa y tranquila.

—¿Rachel?

Ella se estiró lánguidamente, se sentó y se acurrucó contra su pecho, apoyando la cabeza sobre su hombro como una niña.

—¿Mmm?

—¿Estás despierta?

—No —Bostezó soñolienta—. Quiero quedarme para siempre entre tus brazos.

La garganta de Devon se encogió. Mierda. El también quería. Para siempre.

Capítulo 22

Rachel no estaba preparada para afrontar las sensaciones que la sorprendieron cuando se sentó en la cama. La cabeza le daba vueltas y tenía la vista nublada y el estómago revuelto. Se sentía débil, agotada, como si alguna criatura le hubiera hundido los colmillos en la carne y le hubiera absorbido la energía.

Se presionó la frente con las manos y volvió a tumbarse sobre el colchón. Tenía la piel enrojecida, caliente, febril. Jadeaba y sentía cómo se le revolvía el estómago y se le retorcían las tripas. Si se movía, vomitaría. «Oh, mierda, ahora no —pensó—. Espero no estar cogiendo una gripe o algo así.»

Volvió la cabeza sobre la almohada y paseó la mirada por la oscura habitación. Afortunadamente, las persianas estaban bajadas y no dejaban entrar la luz del sol. La luz que entraba por las esquinas le hería los ojos. Incluso hasta el más pequeño de los rayos de luz le parecía demasiado deslumbrante.

Cerró los ojos y se puso las manos sobre la cara. Las náuseas empezaron a desaparecer poco a poco y su cuerpo se estabilizó hasta conseguir un estado cercano a la normalidad. Le dolía la cabeza; se sentía como si alguien le hubiera golpeado en ella con una barra de metal y le hubiera borrado todos los recuerdos.

Se frotó la sien izquierda con una mano temblorosa. No tenía ningún cardenal ni ningún chichón, sin embargo, sentía como si se le fuera a partir el cráneo por la mitad. El corazón le golpeaba el pecho con fuerza y la sangre recorría sus venas como una manada de búfalos salvajes. Tenía la cabeza hecha un lío y los recuerdos de la pasada noche estaban envueltos por una turbia neblina.

«¿Qué demonios hice ayer por la noche?» Sabía que había ido a trabajar. Eso estaba claro. Su ropa estaba tirada en el suelo; era la manera habitual que tenía de desvestirse después de una noche de trabajo duro. Sin embargo, después de eso no recordaba nada. No se acordaba de haberse desnudado y haberse metido en la cama y mucho menos cómo había llegado a casa. Frustrada, arrugó la frente intentando recordar algo de la noche anterior.

Algunas imágenes empezaron a abrirse paso desde lo más profundo de su mente. Devon. Sí, ahora se acordaba. Le había enseñado dónde tenía que hacer los depósitos bancarios nocturnos. Bien. Iba por buen camino.

Los recuerdos empezaban a ser mucho más claros. Después de ingresar el dinero se habían ido a algún lugar con el coche. Árboles. Hierva. Un despejado cielo nocturno. Devon besándola con fuerza, con urgencia; rompiéndole la blusa y deslizando las manos por su cuerpo. Al recordar aquel abrazo, notó que la temperatura de su cuerpo aumentaba.

Rachel cambió de postura. Estaba totalmente desnuda bajo las sábanas. Ella no solía dormir desnuda. Cuando estaba sola, siempre se ponía bragas y un camisón; sólo si

pasaba la noche con alguien, dormía desnuda. Le encantaba sentir el roce de la piel de su amante contra la suya.

«¿Hicimos el amor ayer por la noche?» Rebuscó por todos los rincones de su cerebro, pero sólo recordaba que se habían metido mano a lo bestia. Según sus recuerdos no habían llegado hasta el final.

«Bueno, eso es asquerosamente malo.» Tal vez no hubieran llegado más lejos porque ella se había sentido enferma. Devon debió de llevarla a casa y la habría metido en la cama. Al pensar que él le habría quitado la ropa y la habría visto desnuda, un cálido rubor empezó a trepar por su rostro.

Fantástico, había estado desnuda con un hombre muy atractivo y demasiado enferma como para hacer nada con él. «¡Qué suerte tengo! Qué gran momento para pillar la gripe...»

Se le volvieron a retorcer las tripas, pero esta vez para producirle una sensación más agradable. Hambre. Tal vez podría asentar su estómago con algunas tostadas de pan de trigo y un té caliente. Sintió una familiar presión en la vejiga, se sentó en el borde de la cama y luego se levantó. Le temblaban las piernas, pero pudieron aguantar su peso. Podía perder todo el día en la cama poniéndose enferma o podía seguir adelante con su vida. Era hora de levantarse y ponerse en marcha. No había nada que pudiera hacer para remediar la gripe, excepto atiborrarse de medicamentos. Tendría que llamar al trabajo para decir que se encontraba mal. No podía ir a trabajar en aquel estado.

Comió algo y consiguió asentar un poco el estómago. Cuando dio el segundo mordisco, ya se sentía mejor. Estaba recuperando la fuerza y empezaban a desaparecer aquellos extraños temblores, que, por lo general, precedían a una enfermedad. Rápidamente, la segunda tostada dio paso a una tercera y luego a una cuarta. Les puso un montón de mantequilla y mermelada de albaricoque; también se tomó un vaso de leche y dos tazas de café muy cargado con leche y azúcar. «He comido demasiado para estar enferma.» Lavó los platos y las tazas que había utilizado para desayunar y los guardó. Cogió el café y subió a darse una ducha. Justo cuando se estaba quitando el albornoz, llamaron a la puerta.

—Pero ¿quién diablos puede ser? —maldijo en voz baja; se puso una bata y bajó. Tal vez era Devon que venía a ver cómo estaba. Si era él, estaba preparada para decirle que se encontraba perfectamente bien y lo invitaría a meterse en la ducha con ella. Pero para su decepción, no era él. Era Ginny. Su antigua empleada llevaba entre las manos una bandeja de galletas de canela caseras.

—Como no has venido a verme, he venido yo —dijo alegremente con una gran sonrisa en los labios.

Rachel suspiró disimuladamente y pasó los dedos por el pelo despeinado.

—Hola, Ginny. —Era la última persona que hubiera querido ver en aquel momento, pero hubiera sido grosero pedirle que se fuera.

Le ofreció una triste sonrisa y se hizo a un lado.

—Pasa.

La mujer cogió la bandeja con una sola mano y alargó el otro brazo para rodear con él a Rachel que aceptó el abrazo casi de mala gana y se apartó de ella rápidamente. Un

escalofrío le recorrió la espalda. Dios, a veces simplemente no le gustaba nada que la tocara. Era como si percibiese que las vibraciones que emitía el cuerpo de la otra persona le ensuciaban la piel. Tal vez la enfermedad la hacía estar demasiado sensible.

Llevó las galletas de canela a la cocina.

—¿Cómo estás?

Ginny la siguió frunciendo un poco el ceño; parecía que hubiera notado la actitud distante de Rachel.

—Estoy bien, querida. Cuando cerró la librería, empecé a trabajar en la tienda que hay en mi misma calle.

Rachel sirvió una taza de café y se la ofreció a Ginny.

—¿No te resulta muy pesado estar detrás de un mostrador todo el día?

La mujer cogió la taza.

—Sí, pero ya sabes que me gusta conocer gente nueva. Me gustaría que la librería siguiera abierta.

Rachel se sirvió más café. Se tomaría otra taza. No podía pasar el día sin su dosis de cafeína. Por la manera en que Ginny estaba actuando, no parecía que tuviera mucha prisa en irse. Tampoco pasaba nada si le daba un poco de margen a aquella vieja mujer.

Se sentó a la mesa de la cocina y señaló una silla vacía.

—A mí también me gustaría, pero...

Ginny se sentó.

—¿No vas a probar una de mis galletas? —preguntó cogiendo la leche y sirviéndose un poco.

Rachel negó con la cabeza mientras se tomaba el café.

—Me encantaría, pero ahora no tengo hambre. Las guardaré para luego. ¿Tú quieres una?

—Oh, no, cariño, son para ti.

—Gracias por habérmelas traído. Estoy segura de que me encantarán, a mí y a mis caderas. Ginny la recorrió con la mirada. —Te veo un poco delgada, cielo. ¿Comes bien? Estás tan pálida...

Rachel jugueteó con la cuchara mientras miraba el café y observaba el humo que salía de la taza.

—Es porque tengo un poco de gripe, eso es todo. Además, como ahora trabajo por la noche, no me da mucho el sol.

Un interrogante se dibujó en el rostro de la anciana.

—¿Por la noche?

—En el Mystique.

—¿El club nocturno?

—Sí. Soy la supervisora de las camareras y las azafatas. Me contrataron hace unos días. El sueldo es muy bueno. Intentaré cancelar las deudas de la librería en un par de años. Creo que lo podré conseguir si invierto hasta el último céntimo en pagar facturas.

—He oído decir que es un sitio poco... recomendable, Rachel.

La expresión «poco recomendable» no se acercaba ni de lejos a la realidad.

—Tiene sus inconvenientes, pero me gusta. Se produjo un incómodo silencio. De repente Rachel se dio cuenta de que ahora que ella y Ginny ya no trabajaban juntas ya no tenían nada en común. Sus vidas habían tomado nuevas direcciones. Ella ya no tenía que preocuparse por cómo mantener la librería abierta y cómo lograr pagar las facturas.

Para variar, su suerte parecía estar cambiando.

Ginny, por otro lado, peleaba por llegar a fin de mes; era una mujer de sesenta años que no tenía una familia a la que cuidar o de la que depender.

Rachel sintió lástima por ella. Estaba en una situación en la que ella jamás querría verse: vieja, sola y buscando compañía.

La voz de la mujer interrumpió sus pensamientos.

—¿Has tenido noticias de Dan? Rachel negó con la cabeza.

—¿Te refieres a si ese capullo se ha molestado en devolverme el portátil? No

—pronunció las palabras con enfado—. Me jodió bien.

Rachel le lanzó una estrecha mirada a su amiga.

—No era una buena persona —le recordó—. Lo único que hizo fue utilizarme y robarme. Ginny le dio un sorbo a su café.

—Es una lástima.

Rachel, enfadada, agarró tan fuerte la taza de café que se le pusieron los nudillos blancos.

—Sí, es una lástima. —Dan pertenecía ahora al pasado.

Ginny la miró un momento y luego negó lentamente con la cabeza.

—Es que no quiero que acabes sola —le empezó a temblar el labio inferior y vaciló un momento antes de acabar la frase—, como yo.

Cuando vio aquella imagen de abandono en la cara de la vieja mujer, el enfado de Rachel desapareció. ¿Cómo se podía enojar con alguien que estaba tan sola que buscaba la compañía de una antigua jefa?

Ella y Ginny nunca habían sido amigas íntimas. Dios, si ni tan siquiera había estado en casa de aquella vieja mujer. Todo cuanto sabía de ella era por las conversaciones que habían mantenido los días que había habido poco trabajo en la librería.

Rachel se frotó la cara con las manos; se había dado cuenta de que estaba tan absorta en sus propios problemas que había ignorado totalmente los del ser humano que tenía al lado. ¿Podía haber sido más superficial? Enfrente tenía la realidad de la soledad de una vieja mujer que se hundía lentamente en su propio futuro.

Empezó a pensar en muchas cosas, pero nada parecía tener demasiado sentido. El dolor que sentía en el pecho aumentaba con cada segundo que pasaba. Cómo deseaba poder hacer un gesto con la mano y lograr que los problemas del mundo desapareciesen por arte de magia.

Personas desesperadamente solas, emociones frágiles, vidas diminutas... Todos daban vueltas y vueltas corriendo hacia ninguna parte como hámsteres en su rueda. ¿Dónde narices estaba Dios? No podía estar sentado tranquilamente en su cielo porque en el mundo muchas cosas no iban bien.

—Tú no estás sola, Ginny. Ya sabes que siempre me tendrás a mí —se escuchó decir a sí misma—. Te prometo que tan pronto...

El timbre de la puerta la interrumpió por segunda vez aquel día.

Rachel se disculpó ante Ginny.

—¿Se puede saber cuándo me he convertido en la señorita Popularidad?

En la puerta había un mensajero. Esta vez no eran flores. Era un pequeño paquete muy bien envuelto y atado con un lazo.

De Devon.

Rachel, olvidando por completo la presencia de Ginny, rompió el elaborado envoltorio. Era una caja que contenía una joya.

Casi se le para el corazón. Le temblaban las manos y le costaba mucho respirar; abrió la caja. Dentro, un collar descansaba sobre una superficie de terciopelo azul. Lo sacó de la caja. Era una delicada cadena de oro con un colgante. Reconoció aquel extraño diseño; era el mismo que había en el anillo de sello que llevaba Devon. Rápidamente abrió la pequeña tarjeta. «Mi otra mitad —decía misteriosamente—, pronto seremos uno...»

Leyó la tarjeta otra vez.

—Vaya, creo que esto me gusta.

—¡Qué bonito! —dijo Ginny por detrás—. ¿Te lo ha regalado el nuevo hombre que hay en tu vida?

Ella sonrió.

—Sí.

—¿Quién es?

Rachel admiró su nuevo tesoro.

—Devon Carnavorn.

Ginny arrugó la frente.

—¿No es el dueño del Mystique?

—Sí.

La mujer hizo una mueca con la boca.

—¿Qué?

—Nada.

Rachel frunció el ceño.

—Dime.

Ginny parecía incómoda.

—Bueno, sólo son rumores, pero he oído decir que es bastante popular entre las chicas... Ya sabes a lo que me refiero.

Rachel lo sabía perfectamente.

—¿Quieres decir que se acuesta con muchas mujeres?

—Eso y otras cosas que he escuchado. Dicen que organiza orgías en su casa, esa que tiene en las afueras de la ciudad, y que practica extraños rituales, magia negra.

Rachel entornó los ojos y miró hacia el techo.

—Oh, bueno, supongo que no te creerás eso...

El timbre de la puerta sonó por tercera vez interrumpiendo la conversación.

Cuatro paquetes. Grandes, rectangulares y también muy bien envueltos.

Rachel se abalanzó sobre ellos como un niño en Navidad. Le quitó el envoltorio al más grande y abrió las capas de papel de seda blanco que había en el interior. Un vestido.

No era un vestido cualquiera, era un vestido de uno de los mejores diseñadores. Provenía de la tienda de ropa más cara de la ciudad, un lugar por el que ella no se podía permitir ni pasar y mucho menos entrar.

Lo sacó de la caja y se lo puso por encima del cuerpo. El vestido era impresionante. El atrevido diseño realzaba los pechos y los muslos. Era rojo, casi escarlata, y estaba hecho de seda pura.

Abrió la tarjeta que venía con el vestido. Era más grande que la anterior y más directa: «Tienes la noche libre. Un coche te recogerá a las ocho. Deberás estar preparada.»

En el segundo paquete había un par de zapatos a juego. Justo de su número. En el tercero había lencería: un sujetador, un tanga, un ligero y unas medias.

«Ponte esto», decía la nota que había dentro.

El cuarto paquete era el más sorprendente. Dentro había una capa. Era toda de piel gris. Debía de haber costado una pequeña fortuna.

Aunque no era muy amiga de llevar pieles de animales salvajes, Rachel se sentía halagada por el hecho de que Devon hubiera invertido su tiempo en elegir lo mejor para ella.

Flores, un collar, un vestido y una capa. Todo era abrumador. Se preguntó si sería así como Devon trataba a todas sus mujeres. Intuyó que no. Ya le había dejado claro que ella era mucho más que un ligue de una noche.

Ginny miró todos aquellos regalos con una agria mirada en el rostro.

—Parece que tu joven pretendiente va en serio contigo.

Rachel intentó dar poca importancia a todos los regalos que había esparcidos por el salón. Imposible. Estaba demasiado emocionada.

—Realmente espero que sí.

—Creo que no deberías aceptarlos. Rachel lanzó a su amiga una incisiva mirada.

—¿Por qué no?

—Parece que esté intentando dominarte —dijo Ginny, señalando los regalos—. Que te vistas del modo que él quiere.

Rachel se burló.

—Eso es una tontería. —Volvió a envolver la carísima capa y la metió en su caja—. Sólo está siendo generoso.

Ginny no estaba de acuerdo.

—Te está comprando, Rachel. Está intentando convertirme en algo que no eres.

Ella se enfadó y olvidó sus modales.

—Tal vez es algo que sí quiero ser.

En cuanto pronunció aquellas palabras, se arrepintió de haberlas dicho. La cara de Ginny daba a entender que aquel comentario le había sentado como una bofetada.

—Gracias por el café, querida —dijo mientras abría la puerta principal.

Rachel, sintiéndose como una completa imbécil, corrió para hacer las paces con ella.

—Lo siento, Ginny. No te vayas.

La anciana le regaló una triste sonrisa.

—Me tengo que ir. Pronto empiezo a trabajar.

—Iré a verte —gritó Rachel.

Demasiado tarde.

Ginny ya se había ido y había cerrado la puerta al salir.

Rachel corrió hasta la ventana y subió las persianas justo a tiempo de ver a Ginny doblando la esquina.

Suspiró y miró el reloj. ¿Ya eran las cinco? Sería mejor que se diera prisa si quería estar lista para cuando el coche fuera a recogerla.

Un pequeño escalofrío le recorrió la espalda.

¿Qué más habría preparado Devon para aquella noche?

Capítulo 23

El coche apareció a las ocho en punto. No era un coche cualquiera, era un Rolls Royce plateado. Era magnífico; parecía que acababa de salir de la tienda.

Un chófer elegantemente uniformado salió del coche y la guió desde la puerta hasta el coche.

—Acompañeme, por favor, señorita Marks.

—Gracias.

Rachel, que se sentía como si perteneciera a la realeza, se agarró su capa como si la piel fuera a cobrar vida y a salir corriendo. Definitivamente, Devon le estaba enseñando todo lo que tenía. Gusto. Encanto. Dinero. Si estaba intentando impresionarla, desde luego lo había conseguido.

El conductor abrió la puerta de atrás y la ayudó a entrar en el coche. En el asiento trasero, que estaba separado del conductor por un panel ahumado que le daba privacidad, había espacio para seis personas.

Rachel no pudo evitar deslizar la mano por la superficie del asiento. Era de piel y tan suave y flexible como el culito de un bebé. Muy bonito. El vehículo tenía todos los complementos que podía necesitar un ocupado ejecutivo para mantenerse en contacto con el mundo exterior y para entretenerse dentro del coche: teléfono móvil, televisión en color, reproductor de discos compactos y un pequeño minibar, bien surtido, en el que no faltaban las botellas en miniatura de los vinos y whiskies más populares.

Sobre el asiento la esperaba otro regalo. Una docena de rosas de color rosa pálido.

Casi se pellizca para asegurarse de que estaba despierta y no perdida en las profundidades de algún sueño derrochador.

—Joder, creo que me he muerto y estoy en el cielo. El chófer se dirigió a ella.

—¿Necesita algo, señorita? Rachel negó con la cabeza rápidamente.

—No. Todo está perfecto. Gracias.

—No hay de qué.

Rachel se reclinó en el asiento para disfrutar del trayecto y cogió una única rosa. Era preciosa. No tenía ni una imperfección. Se acercó la flor a la nariz e inhaló su embriagador aroma. ¡Dios!, se sentía como una princesa de camino al palacio de su príncipe. Cuánto lujo.

«Podría acostumbrarme a que me trataran así», pensó; luego frunció el ceño. ¿Cuánto durará? ¿Cuánto tiempo pasará antes de que Devon ponga sus ojos en una mujer más joven y más guapa y se vaya tras su nuevo premio? ¿Algunas semanas? ¿Un mes? ¿Seis? ¿Sería lo suficientemente afortunada como para poder disfrutar de él un año entero? Rachel no lo sabía.

Pero había una cosa que tenía clara. Pensaba disfrutar de aquel viaje e ir hasta dondequiera que la llevase. Una oportunidad como aquélla sólo se presentaba una vez en la vida. Carpe diem. ¡Aprovecha el momento!

Capítulo 24

El corazón de Rachel latía con fuerza por la emoción justo cuando el Rolls se paró ante una enorme verja de hierro que había en un muro de piedra de dos metros de altura.

El conductor bajó la ventanilla y presionó el botón del interfono. Unos segundos después sonó un timbre. Las puertas de la verja se abrieron de par en par como el mar Rojo para dejar entrar al coche y a su única pasajera.

Mientras el vehículo se dirigía a la casa principal de la finca, Rachel, ansiosa por ver la mansión en la que vivía Devon, se inclinó hacia delante. Dos años atrás Carnavorn había hecho construir aquel lugar desde la primera piedra y no permitía la entrada de cámaras dentro de los muros que encerraban su residencia privada.

Se rumoreaba que construir aquel lugar había costado nueve millones de dólares y que se llamaba Hammerston por el estado que se suponía que él poseía en Inglaterra.

Rachel no sabía si se trataba de un título familiar o si lo había comprado con su fortuna. Ella pensaba que la llevaría a un buen restaurante o al club. No pensó que la llevaría a su residencia privada. Allí no se permitía la entrada de extraños. Si no entrabas con invitación, simplemente no entrabas.

Su mirada se paseó por los cuidadísimos jardines de frondosos árboles, arbustos y todo tipo de plantas que aquel año habían florecido antes de lo habitual. Era una noche para susurrarse, para besarse..., para dejar que floreciese el amor. Cerca de allí había un templete de madera. Estaba envuelto en sombras, silenciosas centinelas que jamás revelan los secretos entre amantes.

La casa, si es que se podía llamar casa a un edificio tan imponente como aquél, estaba en medio de la vasta extensión de césped verde. Era de piedra marrón y las numerosas torretas abovedadas que había en el tejado le daban un aire medieval que otorgaba una apariencia feroz a los tres pisos del edificio. Parecía que en cualquier momento iba a aparecer un caballero con su armadura montando un valiente corcel.

El Rolls se detuvo frente a la entrada principal. El conductor salió del coche y lo rodeó rápidamente para abrirle la puerta a Rachel. Le ofreció la mano y la ayudó a salir.

Ella subió por la ancha escalinata de piedra que conducía a la entrada cogida del brazo del conductor.

Por la fuerza que hacía el hombre al cogerla del brazo, parecía que estuviera intentando retenerla, vigilando que no saliese corriendo. Aquella silenciosa intensidad la hacía sentir incómoda. Además, tenía el estómago lleno de mariposas. A pesar de que aparentemente estaba tranquila, por dentro era un manojo de nervios.

Cuando subió el último escalón, se dio cuenta de que el escudo de armas de la familia Carnavorn estaba forjado en hierro sobre la puerta.

No hizo falta llamar para entrar.

Un mayordomo perfectamente ataviado abrió la puerta. Cuando vio a Rachel, le dedicó un ceremonioso saludo.

—Bienvenida, señorita Marks —dijo con un ligero acento inglés—. Lord Carnavorn la está esperando.

Antes de que ella entrase, el anónimo conductor prácticamente la empujó hasta el umbral. Se sentía como una mosca que acababa de ser atrapada por la tela de una araña.

Rachel le regaló una ligera sonrisa e inclinó la cabeza.

—Gracias. Estoy encantada de estar aquí.

El mayordomo no esbozó ni la más mínima sonrisa.

—Por favor, sígame —dijo.

Rachel se presionó el estómago con la mano para intentar calmar sus nervios.

—Claro.

Siguió al hombre hasta el vestíbulo principal. Resultaba intimidante: estaba cubierto de paneles de madera y carísima cerámica. Al internarse en sus voluminosas profundidades, Rachel echó un vistazo a las pinturas que colgaban de las paredes.

Carnavorn era un coleccionista apasionado y había llenado la mansión de una impresionante selección de arte: había algunos retratos familiares, pero también poblaban las paredes algunas obras de auténticos maestros como Poussin, Bourdon y Vouet. No había duda de que los muebles eran de la más alta calidad, una prueba inequívoca de su más alta posición social y financiera en el mundo de la jet set.

Sus altísimos tacones de aguja hacían mucho ruido mientras andaba; intentaba que no se notase la prisa que tenía por encontrarse con Devon. Se pasó los dedos por su indomable pelo negro.

El mayordomo se paró ante unas puertas cerradas y las abrió. Se quedó fuera y se apartó para dejar que Rachel entrase sola en la habitación.

Se irguió y se deslizó en el interior del salón principal. Paseó la mirada por la habitación. La sala era espaciosa y cómoda, y tenía unos enormes ventanales desde los que se podía disfrutar estupendamente del paisaje. El suelo estaba cubierto por alfombras de enorme belleza. Cada una de ellas se había elegido minuciosamente.

Su presión sanguínea aumentó cuando advirtió que toda la decoración giraba en torno a un mismo tema: personas haciendo el amor en distintas posturas. Era un Kama Sutra virtual de estatuas, pinturas y otros objetos de arte; todos recreaban el mundo del sexo.

La habitación estaba llena de gente.

Y no estaban precisamente hablando y tomándose una copa; se encontraban en distintos niveles de desnudez. Se tocaban los unos a los otros y algunos hacían el amor mientras los demás, a su alrededor, miraban.

Haces de luz psicodélica se paseaban por las paredes, por el suelo y por el techo otorgando a la habitación una atmósfera ultramundana; parecía que estuvieran flotando por el espacio en una nave alienígena. El incienso cubría el ambiente de una ligera bruma.

Rachel era incapaz de contar el número de cuerpos que había allí.

«¡Dios santo! ¿Dónde me he metido?»

Inspiró con fuerza y se esforzó por no parecer totalmente conmovida, pero no podía dejar de mirarlo todo. Hombres con mujeres, mujeres con mujeres y hombres con hombres... Devon no la había invitado a una velada íntima. La había invitado a una orgía.

De repente, aquellas personas dejaron lo que estaban haciendo y empezaron a mirarla y a susurrar.

A Rachel casi la supera el impulso de irse inmediatamente. Empezó a abrir la boca para protestar, pero algo en su interior la acalló. En lugar de sentir rechazo, la imagen que había ante sus ojos la fascinaba. Percibió la energía sexual que había en la habitación, la probó, la olió, se empapó de toda aquella atmósfera decadente.

Su piel estaba caliente y rígida, y sus sensibles pezones se habían endurecido contra el sujetador de seda que llevaba. En su estómago se desató lo que parecía una pequeña danza como muestra de apreciación de los preciosos cuerpos que estaban estirados por la habitación. No importaba que fueran hombres o mujeres, todos ellos eran personas con una apariencia espectacular. Exquisita.

Su curiosa mirada se dirigió al centro de la habitación.

Devon, como si de un raja entre sus concubinas se tratara, estaba acostado en un sofá, con dos mujeres medio desnudas a sus pies, que sujetaban sendas copas de vino y se acariciaban la una a la otra mientras se daban largos besos.

Devon arqueó sus oscuras cejas cuando la vio. Una sonrisa curvó la esquina de sus labios. Chasqueó los dedos y aquellas mujeres se apartaron para permitir que él se pusiera en pie. Caminó por entre aquel mar de cuerpos.

Devon la miró; estaba contento de que se hubiera vestido como él quería.

—Estás soberbia. Justo como yo creía que estarías. —La cogió de la mano, la atrajo hacia él y añadió alzando una ceja endiablada—: Estás para comerte.

—Gracias —contestó ella, que advirtió que él sólo llevaba unos pantalones y una especie de chaqueta de terciopelo; no llevaba camisa.

Devon deslizó las manos por las curvas de su cuerpo y las pasó por debajo de la capa de piel para acariciarle la espalda y apretarle el culo por encima de la seda del vestido.

—Tenía ganas de volver a verte.

Rachel, totalmente descontrolada, se puso nerviosa. Se pasó la lengua por los labios.

—¿Quiénes son todas estas personas? —Ni en sus más salvajes fantasías hubiera imaginado que los rumores sobre las fiestas privadas de Devon eran reales. ¿No eran ilegales las orgías en California? Tal vez eso explicaba los altos muros de piedra que rodeaban la mansión. Así era más difícil que los ojos curiosos pudieran ver lo que ocurría al otro lado.

Devon la atravesó con la mirada. Sus ojos tenían un tono más metálico que gris.

—Son miembros del colectivo y sus parejas. Por desgracia, nuestro número de integrantes ha disminuido. Ya solo quedan algunos cientos de Kynn. Los Amhais...

Más confusión.

—¿Los qué?

Él le quitó la capa de los hombros y se la tiró al mayordomo.

—Olvida lo que he dicho. Esta noche quiero que mires y disfrutes.

Las puertas se cerraron detrás de ella.

Rachel tragó saliva. El rubor le enrojecía las mejillas.
«Ya no hay vuelta atrás», pensó.

Capítulo 25

Devon la cogió de la mano.

—Ven, siéntate. Únete a la fiesta.

Rachel vaciló un momento. Nunca había estado en ninguna orgía. Para ella, aquélla era una nueva experiencia. Y muy excitante. Se sentía muy atraída por ese concepto de libertad sexual desenfrenada.

—¿Estás seguro de esto?

Devon se rió.

—Pues claro que sí. Si no pensase que estás preparada, no te habría traído al círculo encantado.

Rachel se rió con timidez.

—¿No te parece más un trenecito?

Él la cogió por la barbilla y le echó la cabeza hacia atrás.

—Éste es mi mundo. Quiero que lo entiendas. Que formes parte de él. Si te sientes incómoda, le pediré a mi chófer que te lleve a casa. —Le apretó un poco más fuerte la mano—. Pero te aviso, no te volveré a pedir que vuelvas.

Se hizo un profundo silencio.

Rachel ya sabía lo que iba a responder antes de que se formase la palabra en su cerebro. La idea de que Devon la pudiera desterrar de su vida le dolía demasiado. La manera que él tenía de tocarla, de mirarla... la llevaba hasta el límite. Era un lugar peligroso, pero también una experiencia muy excitante.

A Rachel no le cabía ninguna duda de que él hablaba muy en serio. Tal vez seguiría conservando el trabajo, pero... ¿no tener a Devon? Eso sería como una operación a corazón abierto sin anestesia.

Demasiado doloroso como para considerarlo siquiera.

Lo miró a los ojos y vio compromiso en ellos. Si ella pudiera ser... Si ella pudiera pertenecer... Irresistible.

No había más desconfianza. No más dudas.

Rachel separó los labios y dejó salir sus ásperas palabras:

—Me quedaré.

Su respuesta agradó a Devon.

—Estupendo.

La cogió por el brazo y la guió por entre los cuerpos que se retorcían en el suelo. La gente dejaba de hacer el amor el tiempo justo para sonreír a Rachel y murmurar palabras de bienvenida; luego volvían a retomar sus actividades.

Ella murmuraba respuestas más absurdas que sociales y era incapaz de recordar los nombres. En realidad, no importaba. Estaba más concentrada en seguir vestida. En más de

una ocasión, extrañas manos se alargaron para acariciarla: una mano le tocó la pierna, otra un muslo, otra el culo...

Una de las mujeres que estaba sentada a los pies de Devon abandonó a su pareja. Sirvió una copa de vino y se la dio a Rachel.

—Gracias —dijo ella sonriendo educadamente. Probó el vino. Un delicioso caldo afrutado se deslizó por su lengua. Bebió otro sorbo. La calidez inundó su estómago. La tensión de sus músculos se alivió un poco.

Devon estiró de su brazo para que se sentase junto a él en el sofá; era como un rey dominando a sus súbditos.

—Gracias, Jade.

—Siempre es un placer, señor —contestó la mujer con una sonrisa.

La segunda mujer le sirvió una copa de vino a él.

—Tenga, señor, apague su sed.

Devon aceptó el ofrecimiento.

—Muchas gracias, Gia —dijo. Sintió la incomodidad de Rachel y deslizó la mano por encima de sus piernas cruzadas—. Relájate.

Ella se sentía como un turista que aún no ha aprendido el idioma nativo; reclinó la cabeza sobre el hombro de Devon.

—Lo estoy intentando. —Sonrió de nuevo nerviosa—. No me esperaba esto en absoluto. El dio un sorbo a su copa de vino. —Nadie se lo espera al principio, aunque muy pocas personas llegan a ver esta parte de mi mundo.

Rachel, con los ojos muy abiertos, intentaba no mirar directamente a las personas desnudas que había en la habitación, pero no lo podía evitar. Aquellos cuerpos eran imanes que atraían su curiosa mirada. Vio cómo un hombre le practicaba delicado sexo oral a una mujer. Los miembros de otra pareja estaban entrelazados en la clásica postura del 69 perdidos uno en las delicias del sexo del otro. Era una imagen hipnótica; tuvo la sensación de que no podría apartar los ojos de ella.

A Rachel le tembló la mano. Su cuerpo se calentó; el calor de la intensa excitación le humedeció la entrepierna.

—Me siento alagada —dijo agarrando la copa de vino con más fuerza mientras pensaba que esperaba no romperla de lo nerviosa que estaba.

Devon le pasó un brazo por la cintura.

—Llevo todo el día esperando poder tocarte. —Pasó la mano por encima de su hombro y la deslizó por debajo del tirante de su vestido para invadir la barrera de su sujetador y acariciarle el pecho. Las dos mujeres retomaron su juego amoroso sobre la alfombra de piel sintética que había a los pies de Devon y Rachel.

La respiración de Rachel se aceleró.

—¡Oh, Dios mío!

Él le cogió el pezón y lo hizo rodar entre el pulgar y el índice.

—Dios no tiene nada que ver con esto. —La pellizcó con más fuerza.

Un aguijonazo de puro calor fue directo al corazón de Rachel.

—Sigue haciendo eso y me correré como una loca —le avisó.

Devon sonrió.

—Lo sé. —Le retorció el pezón con más fuerza—. Sólo escucha la música y déjate llevar...

«¿Música?»

Rachel volvió la cabeza hacia un lado. Por primera vez escuchó la extraña música erótica que se oía de fondo, sonaba a un volumen demasiado bajo, por eso no la había oído. Era una extraña melodía; no era una música que se pudiera silbar o cantar, era un sonido que parecía encajar con el ritmo de la sangre en sus venas.

La bruma del incienso y el olor a vino se mezclaban con la transpiración proveniente de aquellas desinhibidas relaciones animales.

Devon le acarició el pezón con más fuerza.

—¡Oh, Dios...! —gimió ella.

Aunque Rachel jamás lo creyó posible, se dio cuenta de que ver cómo follaba aquella gente la excitaba. No sentía rechazo. Estaba relajada. Se había puesto muy nerviosa pensando en aquella noche y ahora se sentía calmada, tranquila.

Se sentía cálida y confortable observando el extraño arco iris de luz que se movía por encima de los cuerpos desnudos como las suaves olas del océano. Se dio cuenta con repentina claridad de que ella pertenecía a aquel lugar, junto a Devon.

Descruzó las piernas y bebió vino antes de apoyarse en los hombros de Devon para facilitarle el acceso a su cuerpo. ¿Qué más tenía que hacer?

Nada.

Antes de que se diera cuenta, volvieron a llenar la copa de vino. Una vez. Dos. Tres veces.

Rachel siguió bebiendo hipnotizada por las interminables prácticas sexuales, sin advertir que los minutos pasaban muy lentamente. Escuchaba voces, pero no podía entender lo que decían. Parecía que estuvieran muy lejos. La conversación dio paso a un cómodo silencio. Estaba segura de que no podía ser tan interesante como lo que estaba ocurriendo ante sus ojos.

Más que sexo, allí parecía estar celebrándose algún extraño ritual. Muchas de las personas que estaban allí tenían cuchillos. Hacían pequeños cortes en la carne de sus parejas y chupaban la sangre que brotaba de ellos.

En lugar de sentir repulsión, Rachel observaba con fascinación cómo aquello parecía incrementar el disfrute sexual de la «víctima». Nadie protestaba. Al contrario, parecían estar complacidos, y más de uno ayudaba a guiar la cuchilla. Las lenguas lamiendo, los labios chupando y la imagen del color carmesí deslizándose por las pálidas pieles blancas: todo era tan excitante...

Devon se cambió de postura para ponerse frente a ella.

—Eres una mujer especial. —Le bajó los tirantes del vestido y luego el sujetador, y sus pechos quedaron al descubierto—. Y quiero que formes parte de mi vida.

Rachel, a quien la cabeza le daba vueltas a causa del vino, se escuchó decir a sí misma:

—Yo también quiero formar parte de ella.

Devon sonrió.

—Bien.

Sus labios se unieron a los de Rachel y luego los deslizó por sus mejillas, por su barbilla y por la base de su cuello, donde podía sentir su pulso. La estaba tocando muy lentamente.

Rachel se reclinó sobre los almohadones y cogió la cara de Devon con las manos para guiar su boca hasta su erecto pezón. Por encima de su cabeza, vio a una pareja que bailaba desnuda; el uno absorbido por el cuerpo del otro. Era una imagen tan dulce. Tan tierna.

Tan natural.

—Únete a nosotros esta noche —le susurró Devon al oído.

Ella asintió sin saber muy bien de lo que estaba hablando hasta que notó que una de las mujeres que estaba estirada a sus pies alargaba el brazo y le acariciaba la pierna. Aunque en otro momento su primera reacción hubiera sido apartarse de aquella caricia extraña, no lo hizo.

Devon asintió y se echó hacia atrás. La mujer a la que había llamado Jade se inclinó hacia delante y empezó a deslizar los labios por el tobillo de Rachel. Luego pasó por encima de los tacones de aguja y besó su pierna y paseó su lengua por las medias color carne. Jade fue subiendo por las piernas de Rachel y, con habilidad, se las abrió para besar la cara interior de sus muslos.

Rachel jadeó. La habitación empezó a girar. Aquella mujer la estaba tocando de un modo tan mágico que no quería que se detuviera. Nunca había hecho el amor con otra mujer, ni había sentido el deseo de hacerlo. Pero había algo que la atraía cuando pensaba en la idea de que una bella mujer cubriese todas sus necesidades sexuales.

—Antes de esta noche no existías —le susurró Devon al oído—. Esta noche volverás a nacer y lo harás en mi mundo.

Ella lo miró; temblaba a causa de las caricias que los labios y las manos de Jade le proporcionaban.

—¿Esto es lo que quieres? —le preguntó intentando encontrar las palabras en medio de aquella niebla que empezaba a envolver su mente.

Como respuesta, él le desabrochó el sujetador y lo dejó caer al suelo.

—Tú sólo déjate llevar por las sensaciones —dijo, y se rió suave y profundamente. Era una risa sexy. Sus ojos ardían con una pasión que ella aún no podía comprender.

—Devon... —empezó a decir, pero fue incapaz de acabar la frase. La segunda mujer, que recordaba vagamente que se llamaba Gia, estaba delante de ella y la cogía de las manos para ponerla de pie. Le bajó el vestido con habilidad y lo dejó caer al suelo.

Rachel se quedó desnuda; sólo llevaba el ligero, el tanga y las finas medias. Jade la guió hacia la alfombra. Rachel quedó acostada entre las dos mujeres, que comenzaron a acariciarle el cuerpo, rígido por la excitación sexual.

Sintió cómo unos suaves labios se posaban sobre los suyos. Abrió la boca, cerró los ojos y se deleitó en el sabor de un largo y potente beso con sabor a mora. Las manos de Jade acariciaban sus brazos, sus hombros, sus pechos... Y ella acogía con agrado cada sensación.

Cuando la mujer dejó de besarla, Rachel suspiró.

La mujer le sonrió.

—¿Te gusta? —le preguntó Jade sonriendo.

—Nunca había estado con una mujer —contestó ella tragando saliva.

—Entonces te vas a llevar una grata sorpresa —le adelantó Devon, que seguía sentado en el sofá.

—Pero... —empezó a decir ella.

Gia puso un dedo sobre sus labios.

—Sólo déjate llevar y disfruta —dijo, y deslizó sus labios por el sensible cuello de Rachel; su cálida boca tomó luego su pezón erecto y lo chupó con suavidad.

Rachel, gimiendo, se retorció de placer y agonía. Era vagamente consciente de que Jade le estaba quitando el ligero y las medias.

Como un gato merodeando ante su presa, la chica se situó entre sus piernas y empezó a acariciarle la cara interior de los muslos; sus manos y su boca comenzaron a ascender hacia su palpitante coño.

Jade dibujó lentos y suaves círculos con las yemas de los dedos y presionó las húmedas profundidades de su sexo. Luego bajó la cabeza y empezó a lamerle el clítoris. Manipulaba aquel pequeño y sensible botón imprimiendo la presión justa y provocando oleadas de calor que recorrían el cuerpo de Rachel.

Gia hizo el primer corte, pequeño, en el pecho derecho de Rachel. Luego presionó sus labios sobre la blanda montaña y con la lengua alivió el dolor mientras saboreaba su sangre.

Rachel, perdida en las placenteras sensaciones que la recorrían, empezó a responder a las caricias de las dos mujeres con un ritmo instintivo. Sus pestañas se agitaban, se mordía un labio como si estuviera chupando y luego abría la boca para dejar escapar otro gemido que brotaba de lo más profundo de su cuerpo. Estaba absolutamente perdida en las caricias de aquellas manos, de aquellas bocas, y era incapaz de comprender la multitud de sensaciones que la dominaban. Los besos, el modo en que aquellas mujeres la acariciaban, los lugares donde la estaban tocando... Todo formaba parte de un baile al que había estado esperando unirse toda su vida, ese mundo desconocido que había estado esperando que se desplegara ante sus ojos. Sólo le había hecho falta encontrar a la persona que le mostrase el camino. Su mente giraba y giraba; su cuerpo vibraba gracias a la presión con la que aquellas manos la acariciaban, lentamente y con determinación. Siempre había creído que se hubiera sentido avergonzada, vulnerable e incluso un poco aterrorizada dejando que la tocara una mujer desconocida.

Pero nada de eso enturbiaba su mente en aquel momento. ¡Se sentía pletórica!

Gia le chupaba los pechos, parándose de vez en cuando para darle largos y lentos besos. Entre sus piernas, Jade le practicaba un devastador cunnilingus, deslizando la lengua por su clítoris una y otra vez.

Entonces aparecieron dos atractivos hombres y levantaron a Rachel del suelo. La llevaron hasta el centro de la habitación y la acostaron sobre una chaise longue.

A continuación, se pusieron de rodillas como si le estuvieran rindiendo un silencioso homenaje y cada uno de ellos se ocupó de uno de sus pechos, lamiéndolo, besándolo y chupando la tierna punta de su pezón.

Rachel les sujetaba la cabeza y sonreía acogiendo con agrado sus atenciones. Aquellas personas se amaban las unas a las otras con tranquila aceptación. Al igual que

habían hecho Jade y Gina, empezaron a explorar su desnuda piel y a hacer pequeños cortes para chuparle la sangre como si fueran gatitos lamiendo leche.

Recorrieron cada centímetro de su cuerpo con los labios, las manos y los dedos. Era una danza increíblemente física, espiritual e instructiva. Aquellas atractivas personas estaban manteniendo increíbles relaciones sexuales y ella estaba justo en medio de todo, era la diosa a la que veneraban.

Mientras se alimentaban de ella, Rachel se sentía poderosa, viva, vital, la fuente de la creación. Nada de lo que había experimentado antes se podía comparar con ese momento.

Uno de los hombres le metió su palpitante polla en la boca.

Rachel acogió complacida y chupó la gruesa erección.

El segundo hombre se arrodilló entre sus piernas y se las abrió para exponer totalmente su clítoris. Se inclinó hacia su coño y empezó a pasear la lengua por los labios vaginales y a mordisquear con suavidad la sedosa carne rosa.

Rachel abrió un poco más las piernas. Necesitaba con locura que la follaran. El ritmo de la música había cambiado, ahora era más lento, más erótico; era como el latido de un corazón humano.

Abrió los ojos y buscó a Devon con la mirada. Quería que se acercara a ella y que la follase delante de toda aquella gente, que la reivindicase como suya.

Gia estaba entre las piernas de Devon. Le había bajado la cremallera de los pantalones y tenía en sus manos su erecta polla. Bajó la cabeza y empezó a lamer y acariciar su longitud.

Él miró a Rachel fijamente; no estaba avergonzado de que sus curiosos ojos lo viesen en plena recreación sexual. Una pequeña sonrisa curvó los labios de Devon.

Quería que él viese cómo ella tomaba el control de sus deseos; se sentó y empujó al hombre que tenía entre las piernas hasta el suelo. El quedó tendido sobre el suelo esperando a que ella dispusiera de él. Una silenciosa comunicación surgió entre ellos. El joven era suyo y lo podía utilizar a su antojo.

Rachel, lamiéndose los labios y sintiéndose como una zorra cachonda, se puso de rodillas y se colocó sobre la cadera del atractivo desconocido.

Deslizó las manos por el pecho de su nuevo amante, las pasó por encima de su abdomen y luego las fue bajando lentamente, tomándose el tiempo necesario para excitarlo. Una polla dura recompensó sus esfuerzos. Perfecto.

—Dame todo lo que tienes —le dijo sonriendo Y lo hizo. Más de una vez.

También lo hicieron todos los demás.

Capítulo 26

Rachel, medio dormida y aturdida, luchaba por despertarse. Abrió los ojos en una tenue y desconocida habitación. Se dio la vuelta sobre la almohada y siguió luchando contra aquella extraña desorientación.

«¿Dónde estoy?»

Miró a su alrededor. «No estoy en casa», pensó.

La habitación en la que estaba era muy bonita y había sido minuciosamente decorada; era el dominio de una mujer. La cama estaba cubierta por un dosel carmesí con detalles en oro y marfil; combinaba con las gruesas cortinas corridas ante las ventanas, que protegían la habitación de la luz exterior. Había jarrones con flores frescas colocados estratégicamente sobre varias mesas y su suave fragancia flotaba en el ambiente.

Después de entrar en el coche que Devon mandó a su casa, había perdido la conciencia del tiempo. Resultaba bastante terrorífico levantarse sin saber exactamente lo que había hecho la noche anterior.

Por debajo de las sábanas y el suave edredón, un hormigueo le recorría el cuerpo.

Se sentó y retiró las sábanas revelando su desnudez. Llevó las piernas hacia un lado de la cama y se puso de pie. La cabeza le latía con tanta fuerza que apenas podía ver. Se la cogió con las manos intentando frenar aquella agonía.

— ¿Cuánto vino bebí ayer?

Tenía la sensación de que alguien le golpeaba la cabeza con un martillo: pum, pum, pum. Estaba agotada, tan vacía como una de las muchas copas de vino que se había tomado la noche anterior.

La noche anterior.

Devon. La orgía. Hizo el amor hora tras hora con hombres y mujeres desconocidos. Imágenes de sí misma, desnuda, desinhibida, bailando un sensual ballet con otros cuerpos. No quedó nada para la imaginación.

La noche anterior había practicado todas las posturas sexuales posibles. Le dolían los músculos de las piernas de haberlas tenido tan abiertas; se sentía como si su cuerpo hubiera sido amasado por las manos de docenas de cocineros.

Deslizó las manos por él y se observó: a su cabeza volvió el recuerdo de cómo la habían succionado y lamido. Su pálida piel estaba cubierta de pequeños cortes, rojos e hinchados; los tenía por todas partes: por los pechos, por el abdomen y por los muslos.

Dejó resbalar las manos por su vientre para investigar con las yemas de los dedos los cortes que tenía en la piel. En realidad, no le dolían nada. La habían bañado a conciencia y le habían masajado con un aceite ligeramente perfumado.

Cerró los ojos e inspiró con fuerza. Su olfato aún estaba embotado por la mezcla de olor a incienso, a semen y al almizclado aroma de sus propios jugos sexuales.

¡Oh, no! Presionó sus fríos y húmedos dedos sobre las doloridas sienes; quería que el dolor se marchase, deseaba que todo aquello no fuera más que una pesadilla. Se sentó de nuevo en el borde de la cama e intentó reunir las piezas de lo ocurrido la noche anterior para conseguir que adquiriesen un poco de sentido.

«¡Oh, Dios!, ¿de verdad hice todo eso?»

Hizo un gran esfuerzo por mantener la calma a pesar de que las imágenes de lo que le había pasado la noche anterior la estaban poniendo enferma. ¿Cómo había dejado que Devon la mezclase en semejante libertinaje? El resentimiento y la furia inundaron su mente. ¿Tan fácil era para él manipularla? ¿Qué le estaba haciendo ese hombre? ¿Estaba intentando hacerle daño? ¿Humillarla? Se llevó una mano a la boca.

Se puso tensa.

—Está intentando hacerme las dos cosas, quiere hacerme daño y humillarme.

Luchó contra el pánico y se obligó a levantarse para buscar su ropa. Estaba cuidadosamente colocada a los pies de la cama.

Se puso las bragas y el sujetador. En aquel momento odiaba todos aquellos adornos; deseaba haberse puesto un chándal y no aquel maldito vestido que le había regalado Devon.

«¿Cómo iba yo a saber lo que iba a pasar?» Se puso el vestido y se colocó bien los finos tirantes por encima de los hombros, luego intentó subirse la cremallera, pero no pudo.

Estaba tan enfadada que no oyó cómo se abría lentamente la puerta detrás de ella, ni las suaves pisadas de Devon entrando en la habitación. Sólo se dio cuenta de que él estaba allí cuando la abrazó.

—Rachel —le murmuró delicadamente al oído, no quería que te despertaras sola.

Ella lo apartó.

—¡No me toques! Lo que me hiciste anoche es imperdonable.

Siguió vistiéndose. Se puso el sexy ligero, las medias y los zapatos; maldijo aquellos tacones de aguja cuando dio algunos pasos y se torció un tobillo.

—¡Mierda! —Las lágrimas brotaron de sus ojos y se deslizaron por sus mejillas. Cerró los ojos con fuerza y trató de convencerse a sí misma de que tenía la fortaleza suficiente para irse de allí. Pero era débil, muy débil... Lo único que quería hacer era enroscarse en aquella cama y morir.

Devon se acercó a ella por detrás y le puso las manos sobre los hombros.

—No hice nada que tú no quisieses hacer, querida.

Rachel se alejó de sus manos con repulsión.

—Bebí demasiado vino. No sabía lo que estaba haciendo, y tú y esos pervertidos os aprovechasteis de mí. —Sus palabras sonaron poco convincentes. Sabía perfectamente que estaba mintiendo, que no se había resistido a participar en la orgía. Había estado más que dispuesta a unirse a ellos, incluso se había sentido ansiosa por hacerlo. Le había resultado muy excitante sentirse tan libre sexualmente, tan desinhibida.

Los ojos de Devon se oscurecieron; Rachel nunca los había visto así. Era un tono peligroso.

—Yo no me aproveché de ti —contestó defendiéndose. Su incisiva mirada exploró las curvas del esbelto cuerpo de Rachel—. Te podías haber ido en cualquier momento.

—Pero no pude —contestó ella—. Yo estaba... perdida... —Se puso rígida—. Me siento violada.

Devon la cogió por la barbilla y le levantó la cabeza para poder mirarla a los ojos. Su presión era tan vigorosa, tan segura que ella le dejó hacer sin protestar.

—No se puede violar a alguien que lo desea, mi amor. Y tú lo deseabas tu cuerpo pedía a gritos el placer sexual. —Una pequeña sonrisa curvó sus labios—. Yo quería que entrases en mi mundo, Rachel, pero no existe una manera suave de hacerlo.

Ella le lanzó una furiosa mirada. No quería sus caricias.

—¿Entrar en tu inundo? —repitió secamente—. ¿En rituales de libertinaje y degradación? —Quería gritarle que era un ladrón, una sanguijuela que acosaba a las personas y se aprovechaba de sus debilidades sexuales—. Has cogido algo de mí que jamás podré recuperar, Devon. Te has llevado mi confianza.

Él liberó su enfado.

—Anoche me pareció que participabas muy activamente de lo que ahora parece repugnarte tanto. ¿Te sentiste obligada a hacer algo que no quisieras hacer?

Ella dudó un momento.

Se armó de valor. Tenía que ser fuerte. Resistir. Mantener el coraje. Su corazón latía con mucha fuerza y notaba un nudo en el estómago.

Se bajó la parte delantera del vestido y le enseñó el pequeño corte que tenía entre la clavícula y el pecho.

—¿Cómo explicas esto? —preguntó ella—. Por el amor de Dios, ¡me cortaron la piel y se bebieron mi sangre!

Devon le puso la mano en el cuello y ella pensó que la iba a estrangular. Pero él sólo deslizó los dedos por debajo de su mandíbula y luego por encima de su yugular.

—Yo también he bebido de ti, he probado tus esencias —contestó él—. ¿Recuerdas cómo hicimos el amor, cómo bebí de ti, cómo te tomé? —Su voz no era más que un susurro que la atormentaba; se llevó por delante las telarañas de los rincones más oscuros de su mente y evocó unos recuerdos casi demasiado intensos para saborearlos.

Multitud de recuerdos inundaron la mente de Rachel, un torrente de pasión, deseo y, finalmente, consumación. Se vio de nuevo en aquel parque. Ahora lo recordaba con más claridad; habían aparcado en un camino sin salida y se habían amado entre las frías sombras de la noche.

Rachel, temblando, se tocó el cuello. No necesitaba ver la pequeña cicatriz de su garganta para saber que estaba allí, que Devon había tomado su sangre al mismo tiempo que tomaba su cuerpo.

Sacó la lengua y se la pasó por los labios. Recordó los deliciosos besos que él le había dado y cómo ella había probado su propia sangre de los labios de Devon después de que él hubiera bebido de la fuente de su vida. Al hacerlo se excitó; había probado el néctar prohibido y deseó más. De repente sintió frío y se dio cuenta de que había formado parte de un ritual.

Devon la cogió entre sus brazos; la tenía cautiva en su fuerte y musculoso cuerpo.

—Pude sentir perfectamente lo mucho que deseabas que nuestros cuerpos se uniesen. —Con ternura, deslizó sus largos dedos por sus hombros hasta llegar a la curva de sus pechos. Los tomó en sus manos y la provocó frotándolos por encima de la suave y reveladora tela del vestido.

Ella dejó caer la cabeza hacia atrás. Sus pezones se pusieron erectos.

—¡Oh, Dios! Deja de hacer eso... No..., para. —Quería alejarse, pero sabía que no podría.

Rachel cerró los ojos y se escuchó jadear mientras él deslizaba la lengua por su cuerpo provocándole una adormecedora sensación de languidez.

La boca de Devon buscó la suya con calculada lentitud y acabó con sus débiles protestas. Ella abrió ciegamente los labios y enroscó los brazos alrededor de su cuello. La besó hasta que le temblaron las rodillas. Rachel se dejó llevar por aquellas sensaciones; en aquel estado cualquier pensamiento racional era imposible.

Cuando Devon cogió el tirante de su vestido y lo bajó, ella no puso ninguna objeción. Deslizó sus provocativos y sensuales dedos por debajo del sujetador e hizo rodar la punta de su pezón entre los dedos índice y pulgar. Su caricia provocó sacudidas eléctricas que recorrieron cada centímetro de su cuerpo.

Antes de que se diera cuenta de lo que él estaba haciendo, le había quitado el vestido, que estaba a medio abrochar, y había dejado caer al suelo el sujetador. La sedosa tela del vestido se desmayó alrededor de sus pies.

—No puedes luchar contra tu propia naturaleza —susurró él adoptando un tono de voz deliberadamente provocativo y mirándola con necesidad y lujuria.

Con sorprendente facilidad, la cogió en brazos y la llevó hasta la cama. Ella se quitó los zapatos y sintió cómo se contraían los músculos de Devon cuando la dejó sobre las sábanas; luego se acostó a su lado.

Devon paseó su mirada por el cuerpo de Rachel con deliberada lentitud, recreándose en sus pechos y luego en la uve sombreada que había entre sus muslos y que estaba cubierta sólo por el sedoso y fino encaje. Las profundidades de los ojos de Devon ardían de deseo. El bajó la cabeza y empezó a chuparle la sensible punta de los pezones.

Rachel se mareó. «Madre mía, no me puedo creer que le esté dejando hacerme esto otra vez», pensó.

Devon deslizó la mano entre sus piernas y le separó los muslos. La estaba tocando donde ella deseaba que lo hiciera. El encontró y estimuló terminaciones nerviosas de su clítoris que ella no sabía ni que existían. Rachel se humedeció, se excitó, se moría de ganas de sentir su polla dentro de ella.

—Te deseo, Devon —se escuchó decir a sí misma. Su cuerpo también lo deseaba y se arqueaba contra él. La prueba de la necesidad de Devon presionaba su cadera.

—Todo a su tiempo, amor —murmuró él sobre la palpitante vena del cuello.

—Por favor —suplicó Raquel—, hazme el amor. —No se podía creer que aquellas palabras estuvieran saliendo de sus labios, pero no podía evitarlo.

Él le acarició la mejilla con los dedos.

—Para tomarte, debo beber de ti. —Su tono era más grave y profundo. Había adquirido un matiz hipnótico.

Rachel abrió los ojos y buscó los de Devon. Su mirada parecía más oscura, estaba llena de extrañas sombras que no le permitían ver lo que estaba pensando.

—¿Mi sangre? —susurró ella. Le temblaba un poco la voz—. ¿Por qué?

Él inspiró con fuerza.

—Te quiero llevar a mi mundo, Rachel. ¿Te rendirías a mí? ¿Confiarías en mí?

Había algo en su voz que la advertía de que no estaba bromeando, que estaba hablando completamente en serio sobre la intención de volver a beberse su sangre. La idea le produjo un escalofrío.

Ella se sentó de repente y apartó las manos de Devon de su cuerpo.

—Estoy intentando entenderte, Devon, pero ¿no crees que esta tontería de la sangre está llegando demasiado lejos?

Él le tocó la mejilla.

—No es ningún juego, Rachel. Beber sangre es la manera que tenemos de conectar con nuestros amantes. —Inspiró con fuerza y, adoptando un tono más serio, continuó— ¿Recuerdas que te hablé de mi especie, los Kynn? —La observó con atención esperando su reacción.

Rachel lo escuchaba, pero no acababa de entenderlo. Sacudió la cabeza incrédula.

—Pensaba que bromeabas, que esa historia formaba parte de tu juego de seducción. Por Dios, nunca pensé que hablastes en serio...

Con miedo, se alejó de él. Ahora sus caricias la molestaban. ¿Cómo podía haber disfrutado al sentir los labios de Devon sobre los suyos o con las caricias de sus manos? ¡No era un hombre! Era un psicópata que acosaba a las mujeres y utilizaba el deseo sexual para saciar sus apetitos antinaturales.

Rachel pensó que se iba a desmayar hasta que consiguió no sentir otra cosa que ira. La ira la mantenía consciente, fuerte, alerta.

—Si se trata de una broma, Devon, es de muy mal gusto y está llegando demasiado lejos.

La reacción de Rachel cogió a Devon desprevenido.

Se puso tenso. Buscó la mano de Rachel y se la cogió, apretándola con fuerza.

—Hablo completamente en serio cuando te digo que soy un Kynn. Tú tienes que elegir si aceptas o no los regalos que te puedo ofrecer. No te voy a obligar a cruzar al otro lado. Se supone que debes venir por tu propia voluntad; creer en lo que somos y desear unirte a nosotros.

Rachel se estremeció al escuchar el rugido que había en la voz de Devon.

—¿Unirme a vosotros? —Repitió incrédula—. ¿De dónde sacas la idea de que yo quiero ser una mujer vampiro?

La respuesta de Devon la dejó atónita.

—Tú naciste para ser uno de los nuestros.

Ella lo miró con recelo.

—¿Cómo lo sabes?

—Tienes la marca, la marca que creía que era imposible que tuviera otra persona en el mundo. —Le acarició la pierna con la mano.

Rachel siguió su mano con la mirada. Se había posado sobre la extraña marca de nacimiento que tenía en el muslo.

— ¿Esto? Esto no es una señal divina. Sólo es una marca de nacimiento.

A Devon se le dibujó una pequeña sonrisa en los labios.

— Piensa lo que quieras. Para mí es una señal. Tú naciste para ser mía, para convertirte en mi alma gemela, en mi pareja de sangre. Creo que es el destino. —Le acarició el muslo.

Ella tembló y apartó la pierna.

— Estás loco —en cuanto dijo aquellas palabras se arrepintió de haberlo hecho. ¿En qué estaba pensando al insultar a aquel psicópata? Se sentó tensa junto a él; sabía que si él se lo proponía la podía dejar sin sentido cuando quisiese. Estaba segura de que nadie iría a socorrerla si chillase pidiendo ayuda.

El negó con la cabeza.

— En el fondo de mi corazón, sé que es cierto. Puedo sentir tus apetitos y la angustia que has pasado porque siempre has sentido que no pertenecías al mundo de la gente común. Siempre has tenido la sensación de que mirabas algo que no podías tener, ¿verdad? Envidiabas aquello que otros tenían y tú no. Yo te puedo dar el hogar que nunca has tenido. Puedo hacer que por fin sientas que perteneces a un lugar.

La voz de Devon retumbaba en sus oídos. «Que nunca has tenido...»

— No —tragó saliva. Tenía la boca inexplicablemente seca. De algún extraño e inquietante modo, las palabras de Devon parecían tener sentido. Pero aquello era imposible. Eso que él aseguraba que era, un vampiro, simplemente no existía. Iba contra toda lógica y contra la mismísima naturaleza.

Devon se aflojó los botones del cuello de la camisa para mostrarle la cicatriz de su cuello. Cogió la mano de Rachel y la obligó a deslizar los dedos por encima de ella.

— Siempre es difícil aceptar la verdad sobre nuestra especie, pero nunca te he mentado. Te he explicado hasta donde he creído que podías entender.

Rachel intentó retirar la mano, pero él no la soltó.

— No me lo explicaste todo. — Su tono era gélido y se le escapó una risa seca—. Pero tampoco me importa. — Estiró el brazo con más fuerza y lo obligó a soltarle la mano—. Me pueden joder una vez, pero dos no.

Él se aclaró la garganta e intentó explicarse.

— Hace mucho tiempo yo era como tú. Mortal. Estaba atrapado en las debilidades de la carne. Pero te puedes escapar de esa prisión, liberarte de sus limitaciones. Yo te puedo ofrecer la verdadera eternidad. Todo lo que tienes que hacer es creer en mis palabras y aceptar lo que eres.

Rachel resbaló lentamente de la cama y quedó fuera del alcance de Devon. Aunque era un poco tarde, la sensatez y una firme determinación volvieron a ella. No le gustaba que la engañasen, no importaba la intención que se escondiera tras el engaño.

— El problema es que no creo en ellas. — Esbozó una pequeña sonrisa. Las lágrimas resbalaron por su rostro—. Lo siento. No puedo jugar más a este perverso juego.

Devon se apoyó en un codo.

—Rachel —suplicó alargando la mano hacia ella—, por favor, ten en cuenta que yo jamás te haría daño...

Ella se rió. Sintió que le iba a explotar el pecho por el amargo dolor que atenazaba su corazón.

—Si no quieres hacerme daño, olvídate de mí. Mantente alejado de mí. No puedo vivir en tu perverso mundo fantástico.

Devon se levantó bruscamente. Las palabras de Rachel lo enfurecieron. Con cierto aire despectivo, volvió la cabeza y se rió. El sonido de su risa clavó astillas bajo la piel de Rachel. Su mirada de acero se endureció y sus ojos se achinaron siniestros.

—Me perteneces, Rachel —dijo arrastrando las palabras—. Eres sólo mía. Puedes huir ahora, pero no podrás escaparte de mí para siempre. Un día no muy lejano iré a buscarte. Y cuando lo haga, te unirás a mí voluntariamente.

Ella sacudió la cabeza como si quisiese salir de un trance.

—¡No! ¡Tú eres prisionero de tu maldito pequeño mundo, pero yo no! ¡Jamás me uniré a ti! ¡Jamás!

Sus afirmaciones eran tan afiladas como la hoja de un cuchillo. Tenía la amarga intención de herirlo, de marcarlo del mismo modo que él la había marcado a ella. En realidad, si Rachel hubiera tenido un cuchillo en la mano, lo habría hundido en aquel duro cuerpo que la tentaba con tanta facilidad.

Durante el tenso silencio que prosiguió a su histérica reacción, parecía que todo se había quedado suspendido, incluso los latidos de su corazón.

La estudiada pausa de Devon parecía diseñada para desequilibrarla. Entre ellos se abrió un profundo abismo y ella se dio cuenta de que él la podía abrumar fácilmente, podía inundar sus sentidos si lo deseaba.

—¿Tanto te asusto? —preguntó él con perspicacia y con una fría y cruel sonrisa en los labios. En realidad, no era una sonrisa, más bien era una mueca burlona.

¡Valor!

Rachel, decidida a romper el extraño pacto que habían sellado, no dejaba de pensar en las cosas horribles y degradantes a las que él la había expuesto.

Sus mejillas enrojecieron; le ardía el rostro. La misteriosa e impenetrable mirada de Devon parecía disfrutar de su lucha interna. El tinte de acero en su tono de voz la podría haber matado si hubiera sido un objeto tangible. El corazón de Rachel latía con una fuerza salvaje. ¿Podía él darse cuenta de lo aterrorizada que estaba? Si se acercara a ella, estaba segura de que se desmayaría y moriría. Estaba segura de que no podría soportar sus caricias una tercera vez.

«Lucha contra él», se dijo. Si no luchaba contra él, Devon la vencería, la tomaría y haría con ella lo que quisiera. «Eso es lo que está intentando hacer. Controlarme. Poseerme.»

—No quiero oír ni una palabra más. Sólo quiero salir de este maldito lugar. — Aquella crispada y agresiva voz apenas parecía la suya.

Cogió el vestido del suelo y se lo puso rápidamente; sabía que debía irse o caería presa de los deseos de Devon. Tenía que escapar; lo maldecía por el demonio en el que la quería convertir. Le quería quitar la voluntad y el alma.

Rachel, medio desnuda, huyó de la habitación. Corrió ciegamente por el vestíbulo y luego descendió por un largo y curvado tramo de escaleras. No tenía ni idea de dónde iba o de lo que iba a suceder a partir de aquel momento.

Capítulo 27

La alta figura de Devon, envuelta en sombras, merodeaba delante del apartamento de Rachel. No había ningún coche aparcado por allí; él no necesitaba de tan primitiva forma de transporte, en lugar de eso prefería tomar la forma de viento invisible. Los Kynn habían aprendido a comunicarse con la naturaleza y manipulaban los elementos con facilidad. Podían viajar como pájaros y moverse por las corrientes de aire como cometas.

Desde que Rachel lo dejó, se había sumido en un permanente estado de intranquilidad. Se estremeció y volvieron a él las siniestras preocupaciones que lo habían atormentado desde que se sinceró con ella: temía que ella lo rechazase, a él y a su especie. Había puesto tanta fe en que ella lo aceptaría que la sorpresa y el enfado de Rachel lo pillaron totalmente por sorpresa.

Se maldijo a sí mismo en silencio. «Tendría que haber ido más despacio, haberle dado más tiempo y habérselo explicado con más claridad.»

En lugar de hacer eso, la había introducido en el colectivo a toda prisa y, al hacerlo, la había perdido.

Le picaban los ojos de no haber dormido. Frunció el ceño y echó otra mirada hacia las ventanas cerradas de Rachel; había bajado las persianas para aislarse del mundo exterior.

Estaba encerrada en casa. Tras su marcha, Devon había vivido algunas de las horas más negras de su vida desde que los Amhais le arrebataron a Ariel.

«Y ahora he perdido a Rachel.»

Su mente estaba envuelta por una niebla invisible. No había satisfacción ni alegría en su corazón, no se sentía vivo; se había convertido en un ser que vagaba perdido por los siglos, al igual que muchos humanos pasaban sus días sin rumbo. Sin una auténtica pareja, la existencia se le antojaba demasiado larga, apenas valía la pena vivir. Ante él se extendía un infinito vacío y sin amor.

Lo peor era que la había perdido sin haber llegado a poseerla de verdad. Él creía que ella se enamoraría de él, pero por lo visto eso no había sucedido. Miró en el interior del alma de Rachel y pensó que ella estaba destinada a ser su pareja de sangre, pero al parecer había cometido un terrible error.

Rachel no quería tener nada que ver con él.

La desesperación se apoderó de Devon. Incluso en aquel momento, el hecho de que Rachel estuviera tan cerca y él no pudiera tocarla lo frustraba hasta límites insospechados. Se había planteado eliminar los recuerdos que Rachel tenía de todo lo que había sucedido, borrarlos de su mente del mismo modo que lo había hecho la primera noche que la poseyó por completo.

Pero quería que ella lo recordase, quería que pensase en lo que había sucedido entre ellos. Tal vez, con el tiempo, llegaría a ver todo el asunto de otra manera. De lo contrario,

él tendría que aceptar que se le había escapado de entre los dedos por culpa de lo torpe que había sido.

Miró hacia las ventanas de Rachel. Seguían cerradas. Ni siquiera había dejado salir al gato.

—No aceptaré perderte, Rachel —murmuró—. Si algún día me quieres, estaré aquí; me da igual que tardes un día o un siglo.

Incluso en aquel momento sabía que el alma de Rachel se había metido dentro de la suya para siempre, y sentía los apetitos interiores que ella nunca llegó a comprender. Ella estaba enfadada y frustrada por el giro que había dado su vida. Había intentado conformarse. Intentaba fingir que sentía lo mismo que cualquier alma infeliz del mundo.

Pero estaba equivocada. Lo que ella estaba buscando iba mucho más allá de las batallas del día a día, más allá de la mismísima humanidad. El apetito de Rachel no se podía saciar con lo que la vida cotidiana ofrecía a los humanos (él mismo había vivido esa misma existencia antes de su propia conversión).

Devon inspiró con fuerza, pero no se sintió mejor ni más fuerte. Se sintió tentado de cruzar la calle, llamar a su puerta y suplicarle que le diera otra oportunidad. Una voccecita en el interior de su cabeza lo avisó de que eso sería lo peor que podría hacer. Ya había arriesgado demasiado al revelarles el mundo al que pertenecía, y muchísimo más al haberla dejado marchar con todos los recuerdos intactos.

Un rayo cayó en medio de la penumbra y Devon dirigió su llorosa mirada hacia el cielo.

Al este, el alba se abría paso en el horizonte. Dentro de una media hora el sol regaría la tierra con su luz y los de su especie tendrían que volver a refugiarse en las sombras; ése era su lugar mientras era de día.

Devon no se podía exponer a la luz durante mucho tiempo. La exposición prolongada podía resultar mortal. Si se quedaba bajo los rayos del sol, su sangre empezaría a arder. A medida que la luz invadiera cada uno de sus poros, el fuego crecería por debajo de su piel y lo quemaría como si fuera un viejo trozo de papel.

Devon negó con la cabeza, abatido. Inevitablemente, la noche debía llegar a su fin y sabía que eso significaba que su secreta vigilia debía terminar. Sin embargo, aquélla no sería la última noche que iría a la puerta de su casa. Si era necesario, iría noche tras noche. Esperaría, vigilaría. Finalmente, Rachel se entregaría a él. De momento, ella había levantado una barrera emocional entre ellos. Hasta que esa barrera no desapareciese, él no podría abrirse paso hasta su corazón.

Devon suspiró.

—Si desaparece algún día...

No sabía por qué se sentía así respecto a Rachel. Sólo sabía que ésos eran sus sentimientos. Lo que experimentó al hacerle el amor fue completamente distinto a lo que había sentido con otras mujeres.

Los besos de Rachel, la manera que ella tenía de tocarlo, los lugares en los que lo tocaba... Todo parecía formar parte de los pasos de un baile que sus cuerpos conocían a la perfección.

Inspiró con fuerza.

—No puedo hacer que me ames, Rachel —farfulló con el corazón encogido a causa del dolor que sentía por haberla perdido—, pero no me olvidarás jamás.

Tras pronunciar aquellas palabras, se desvaneció en los últimos retazos de la oscuridad de la noche.

Capítulo 28

Rachel estuvo llamando al trabajo para decir que estaba enferma durante una semana hasta que reunió el valor suficiente para dejarlo. Aunque se sintió tentada de hacerlo por teléfono, se dio cuenta de que huir como un cachorro asustado no le haría ningún bien a su autoestima. Tenía que ir en persona.

Lo que tenía claro era que quería evitar a toda costa ver a Devon, así que fue al club a una hora en la que, normalmente, él nunca estaba.

Mientras conducía en dirección al club se dio cuenta de que ése sería el último día que vería aquel lugar y se sintió triste. Realmente disfrutaba de su trabajo y le gustaba la gente con la que trabajaba. Era una pena que todo tuviera que acabar por culpa de su relación con Devon. Debería haber sido fiel a su norma. No tirarse al jefe. Especialmente si está loco.

Aparcó y salió del coche.

—He aprendido la lección de la manera más dolorosa.

Se dirigió al despacho de Rosalie Dayton. En unos minutos habría dejado el trabajo mejor pagado que había tenido en su vida. Estuvo considerando intentar quedarse en el Mystique y continuar como si no hubiera pasado nada entre ella y Devon.

Pero eso no sólo resultaría incómodo, sino que sería imposible.

En aquel momento, lo único que quería era olvidarse de todo aquel maldito asunto. La culpa no era sólo de Devon. Ella se había metido de pleno en la trampa. Con los ojos bien abiertos. Él era atractivo, rico y, desde luego, un amante excelente. Pero ella dudaba de que pudiera sobrellevar su peculiar estilo de vida durante mucho tiempo. Tarde o temprano, él se pasaría de la raya y alguien moriría. Un juego como aquél era peligroso.

Durante algunos días, Rachel estuvo pensando en llamar a la policía. Pero no tuvo el valor suficiente. ¿Qué les iba a contar exactamente? ¿De qué podía acusar a Devon? Ella era una mujer adulta y nadie la había obligado a nada. Aunque estaba un poco avergonzada, debía ser honesta y admitir que había disfrutado de la experiencia.

Incluso se había sentido tentada por la proposición de unirse al mundo de Devon.

Pero debía ser sensata y mantener la cordura. Y eso era justamente lo que estaba intentando hacer. Suponía que le sería mucho más sencillo si los recuerdos y el deseo de volver a estar con él no se le clavasen al corazón como un enjambre de abejorros.

—Ya era hora de que volvieses —dijo Rosalie cuando la vio aparecer por la puerta—. Espero que te encuentres mejor.

Rachel sonrió con tristeza.

—Estoy mejor, gracias —mintió—. Pero no he venido a trabajar. —Le dio a Rosalie la carta de dimisión que había escrito.

La mujer se quedó perpleja.

—¿Qué es esto?

Rachel se aclaró la garganta.

—Oh, es mi dimisión. Dejo el Mystique.

—¿Cuándo? —preguntó Rosalie, que se había puesto pálida de repente.

Rachel tragó con fuerza.

—Inmediatamente.

Rosalie se quitó las gafas y jugueteó con ellas.

—¿Te importaría decirme por qué? —quiso saber la mujer.

Rachel negó con la cabeza.

—No puedo. —¿Cómo podía explicar tranquilamente que no sólo se había acostado con el jefe, sino que también se había acostado con su camarilla de groupies y que todos y cada uno de ellos habían bebido sangre de su cuerpo?

Al considerarlo a plena luz del día, la idea de que los vampiros existiesen (o Kynn, como los había llamado Devon) era totalmente imposible de aceptar. Si no tuviera el cuerpo lleno de cicatrices para demostrarlo, no se lo creería ni ella. En realidad, no estaba segura de creérselo del todo. La teoría del juguito fetichista era una explicación que parecía mucho más plausible, especialmente en una sociedad en la que la extravagancia estaba a la orden del día.

Sin embargo...

¿Cómo podía explicar que no tuvo el recuerdo de haber practicado sexo con Devon hasta que él le «permitió» recordarlo? ¿Y qué pasaba con la pequeña cicatriz que tenía en el cuello? El había bebido de su sangre la noche anterior. Ella nunca había tenido una cicatriz ahí. Lo hubiera recordado. Normalmente, uno no se cortaba en el cuello y luego lo olvidaba. ¿Cómo se había curado tan rápido? Los cortes que le habían hecho los otros no habían cicatrizado tan rápido. Si fuera tan lejos como para creerse sus palabras...

No, no; de eso nada. No estaba preparada para aceptar que entre los humanos vivían seres sobrenaturales, y mucho menos que ella tenía algún tipo de señal sagrada en el muslo que la predestinaba a ser la mujer de Devon. En las novelas fantásticas tenían cabida ese tipo de criaturas, pero esto era la vida real. Las cosas ya eran lo suficientemente complicadas como para que también la acosasen personas que fingían ser vampiros.

«Y si existen, que el cielo nos ayude. La humanidad no tiene ninguna posibilidad.»

Rosalie se encogió de hombros. La expresión que se dibujaba en su rostro daba a entender que no estaba sorprendida.

—Bueno, en realidad éste no es mi lugar —dijo finalmente Rachel.

—Debo admitir que es una lástima que te vayas después de tan pocos días. Creo que tienes cualidades para el puesto.

Rachel se apresuró a explicarse; se sentía bastante culpable por dejar a Rosalie en la estacada. Devon se sentaba en su despacho y observaba complacido, pero Rosalie Dayton era quien hacía el trabajo sucio.

—No tiene nada que ver con el trabajo. Tengo un problema personal. Desgraciadamente, creo que afectaría a mi capacidad de trabajo.

Rosalie jugueteó con sus gafas.

—Vaya, Rachel, siento mucho escuchar eso. Pero no soy ciega, ¿sabes? Sea lo que sea lo que ha pasado entre tú y Devon no es de mi incumbencia, pero lamentó que vuestra aventura haya acabado costándote el trabajo. Si crees que debes irte, lo entiendo.

Rachel se sintió aliviada.

—Gracias.

Rosalie arqueó una ceja y le lanzó una significativa mirada.

—Yo no he sido siempre vieja, ¿sabes? Sé perfectamente que ciertas... atracciones pueden poner toda tu vida patas arriba y hacerte infeliz durante el proceso. Deduzco por tu mirada que no eres feliz. No hay motivo alguno por el que debas conservar este trabajo si es así.

—No soy feliz —dijo Rachel con gratitud—. Soy más infeliz de lo que crees.

—Te sorprenderías de las cosas que sé —comentó la mujer secamente.

¿Le habría comentado algo Devon?

¿O ya sabía Rosalie lo de sus otros pasatiempos?

—No creo que debas darme pistas —dijo Rachel lentamente—. Sólo quiero volver a empezar.

Rosalie asintió.

—Claro.

Rachel tenía una última petición.

—Si pudieras escribirme una carta de recomendación, sería estupendo. —Luego se apresuró a decir—: Aunque no espero que lo hagas, teniendo en cuenta que me voy de esta manera.

No creía que pudiera esperar que Devon le diera buenas referencias. «Oh, me voy porque me chupaste la sangre. ¿Me podrías escribir una carta de recomendación?»

Al pensar en preguntárselo se moría de ganas de reírse como una loca.

Rachel se mantuvo seria y luchó contra las extrañas imágenes que le venían a la cabeza. ¿Cómo se las iba a explicar a su nuevo jefe? ¿Mostrándole las cicatrices? Sí, claro.

Rosalie asintió.

—La escribiré encantada. ¿La quieres ahora o te la envió por correo electrónico?

—Envíamela por correo electrónico, por favor —contestó Rachel—. Mándame también mi último sueldo si no te importa. No espero que sea mucho dado que he trabajado tan poco.

Rosalie hizo algunos cálculos rápidos.

—Será... adecuado.

Rachel no pudo evitar suspirar. «Adecuado... Tengo que buscar otro trabajo. Pronto.»

—Gracias —dijo—. Te lo agradezco mucho.

—No hay problema.

Al día siguiente le llegó un gran sobre de manila.

Rachel lo abrió y sacó la carta que había dentro. Leyó rápidamente el contenido de la página. A pesar del poco tiempo que había trabajado en el club, la carta de recomendación estaba llena de elogios.

«Bueno, es un principio. Ahora ya no tengo que escribir al principio de mi currículum que soy una fracasada ex propietaria de una librería.»

Había otro sobre dentro. Rachel lo abrió: era su necesitadísimo salario.

Al ver la cifra le empezaron a temblar las manos. Apenas podía creer lo que veía.

Parpadeó. ¿Lo había leído correctamente? No podía ser tanto.

Pronunció los números de nuevo y contó los ceros.

—Ciento cincuenta mil dólares. —Más del doble del salario anual. La nota que había dentro estaba escrita por Devon. *Sueldo final más bonificaciones.*

Vaya. Muchas bonificaciones.

Rachel se sentó con el talón en la mano. Sabía perfectamente lo que era aquello en realidad. Un soborno. Devon la estaba sobornando para que mantuviera la boca cerrada, para que no explicase lo que había pasado. En aquel momento se le ocurrió que podría haber contratado un abogado y haberle demandado por daños y perjuicios y cualquier otra cosa más que el picapleitos hubiera querido añadir. Si se hubiera hecho bien, podría haber sido un caso millonario.

Señaló el talón.

—Esto lo haces para salvarte el culo, señor Carnavorn —meditó—. Poco importa quién seas; si tienes debilidad por lo perverso, te toca pagar.

Ciento cincuenta mil dólares. ¿Era suficiente dinero para que mantuviera la boca cerrada?

Rachel miró el talón otra vez. Si gestionaba bien ese dinero podría liquidar sus deudas y vivir cómodamente durante un par de años sin tenerse que preocupar por trabajar.

Mmm. Suficiente.

Estupendo. Así que, además de una mujer fácil, era barata.

Todo el mundo tiene un precio, especialmente cuando se tenía el talón en la mano. Tampoco ganaría la carísima demanda de todos modos.

Se consoló a sí misma pensando que aquello era mejor que nada. Coge el dinero y corre. Con semejante cojín en su cuenta bancaria se podría tomar el tiempo necesario para encontrar un trabajo que le gustara. Tal vez incluso podía volver a la universidad. No era una mala idea.

Un nuevo comienzo.

Era justo lo que necesitaba.

Se sentía como si hubiera ganado la lotería. Estaba muy aliviada ahora que sus problemas financieros estaban resueltos. Miró el reloj. Eran más de las tres. Demasiado tarde para ingresar sus inesperadas ganancias. No importaba. Lo primero que haría la mañana siguiente sería cobrar ese talón e ingresar la mitad en su cuenta de ahorros y la otra mitad en la cuenta corriente. No dudaba en absoluto de su autenticidad.

Devon Carnavorn jamás le daría un cheque sin fondos.

Lo escondió cuidadosamente bajo el tapete de la mesita y acabó de revisar el correo del día. Facturas, por supuesto. Algunos descuentos para la pizzería local. Más correo basura. Luego empezó a leer el periódico del día. Ahora no tenía la necesidad de ir directamente a la sección de empleo. En realidad, se iba a permitir el lujo de empezar por la portada.

Leyó por encima los titulares. El ayuntamiento había emitido alguna ordenanza sobre los impuestos. Aburrido. Segunda historia. Una mujer tiroteada en un robo. Normalmente, también hubiera pasado aquella noticia por alto, pero un nombre le llamó la atención. Se trataba de la tienda Shop-N-Sack de la Quinta Avenida. De repente, las palabras parecieron saltar hacia ella como piezas de un puzzle gigante.

Ginny Smithers, sesenta y dos años, tiroteada en un robo... El sospechoso sigue suelto... La víctima se encuentra en estado crítico en el hospital Saint Peter.

Eso fue todo cuanto pudo leer. Las lágrimas le nublaron la vista y empezaron a resbalar por sus mejillas. Las manos se le enfriaron y se le aceleró la respiración.

El periódico resbaló de sus débiles dedos y las páginas cayeron a sus pies.

—¡Oh, Dios mío! —Farfulló a través de sus entumecidos labios—. Ginny no. ¡Oh, Dios, no!

Sin pensarlo ni un minuto más, cogió el bolso y las llaves. Ni siquiera se preocupó de cerrar la puerta cuando salió a la calle.

—¡Oh, Dios!, sabía que era demasiado peligroso que una mujer de su edad trabajara en un lugar como ése.

Rachel condujo hasta el hospital saltándose varios semáforos en rojo y deslizándose por el tráfico de la tarde como una loca. Tardó veinte minutos en llegar al hospital y otros diez en encontrar un sitio para aparcar porque el aparcamiento estaba lleno hasta los topes. No pudo encontrar una plaza cerca de la puerta y acabó dejando el coche encima de un bordillo.

Maldiciendo, fue a buscar el maldito tique.

Rachel corrió hasta la entrada principal; el ruido de sus tacones resonaba contra el asfalto. Fue rápidamente hasta la ventanilla de información y aporreó el mostrador con las manos para llamar la atención de la mujer que estaba sentada tras el cristal.

—¿Dónde está la UVI? ¡Por favor, tengo que ir ahora!

Al ver su mirada de pánico, la mujer respondió:

—Coja el ascensor hasta la cuarta planta y luego gire a la izquierda.

Sin esperar más instrucciones, Rachel corrió hacia el ascensor y apartó bruscamente a la gente para poder presionar el botón.

—¡Venga, deprisa! —maldijo en voz baja, ignorando las curiosas miradas de la gente.

Obviamente, muchos de ellos comprendieron su situación y la dejaron entrar primera y elegir el piso al que quería ir.

—Perdón —dijo Rachel apretando el botón de la cuarta planta—. Tengo que llegar muy rápido.

«Cuarta planta y a la izquierda», se repitió mentalmente.

Cuando salió del ascensor, prácticamente atropello al personal mientras intentaba llegar a la zona de enfermeras.

—Ginny Smithers —dijo a las enfermeras que había allí—. ¿Dónde está?

Una de las enfermeras la cogió del brazo.

—Cálmese, por favor.

Rachel sacudió el brazo para que le quitase la mano de encima.

—He venido a ver a Ginny Smithers. Por favor. ¿Dónde está?

Una segunda enfermera, en cuya placa identificativa se leía «Terry», consultó los archivos.

—Lo siento, pero sólo la familia directa puede ver a la señora Smithers.

Rachel mintió sin dudar un momento.

—Soy su sobrina. —Conocía lo suficientemente a Ginny como para fingir ser familia suya. Podría responder a cualquier pregunta que le hicieran. Sabía cuáles eran los medicamentos que tomaba para la presión y lo que comía para controlar su diabetes—. Por favor, necesito verla. ¿Dónde está?

Satisfecha con su respuesta, el rostro de Terry se suavizó.

—Lo siento, pero está muy grave.

—¿Puedo verla?

Terry apretó suavemente los labios y vaciló.

—Tal vez no debería. No podemos ser muy optimistas.

Rachel suspiró con fuerza.

—No me importa. Por favor, quiero estar con ella. No la puedo dejar sola.

La primera enfermera asintió.

—Adelante.

Rachel siguió a Terry hasta una habitación cercana. Sintió el olor a hospital. Antisépticos, sábanas sucias y, lo peor de todo, el intenso olor a cuerpos enfermos. A enfermedad. A muerte.

Ginny estaba en la habitación número seis, tras una gruesa pared de cristal. Las cortinas estaban descorridas para que las enfermeras la pudieran controlar a cada segundo.

Rachel se acercó al cristal y miró la habitación.

Ginny estaba acostada sobre una cama de hospital y tenía la cabeza vendada. Llevaba un camisón de hospital y tenía todo tipo de monitores conectados al cuerpo, que ahora parecía aún más pequeño y marchito. Rachel recordó vagamente lo que leyó en el periódico: la habían golpeado y luego le habían disparado en la cabeza.

¿Y todo por qué? Por los cincuenta dólares asquerosos que quedaban en la caja cuando cerraban. ¿Qué clase de persona era tan sádica como para atacar a una anciana? Seguro que Ginny no opuso resistencia. No era su forma de ser. Les habría dejado que se llevasen el dinero. Era reemplazable. Pero una vida humana no.

Rachel se tragó la amarga bilis que trepaba por su garganta.

—¿Puedo entrar?

Terry asintió.

—Espere aquí. —Un minuto después volvió con una bata de hospital y una máscara—. Póngase esto. —Ayudó a Rachel a ponérselas. Cuando estuvo vestida, la enfermera abrió la puerta de la habitación.

—Puede quedarse veinte minutos.

—Gracias.

Cuando estuvo junto a la cama, Rachel miró a su amiga.

—Oh, Ginny —susurró—. Lo siento. Debería haber llegado antes.

Rachel, enjugándose las lágrimas, cogió la pequeña y fría mano de Ginny. Estaba inconsciente y seguía viva sólo gracias a las máquinas que la ayudaban a respirar y mantenían el latido de su corazón. En la habitación sólo se escuchaba el suave siseo de las máquinas. Todos aquellos monitores y luces rojas que rodeaban la cama parecían buitres. Esperando. Contando los segundos que quedaban para que el pobre cuerpo de Ginny dejara que su fantasma y su alma la abandonasen.

Rachel no necesitaba ser médico para saber que no había esperanza. Una bala alojada en la cabeza de una persona no solía ir acompañada de un diagnóstico esperanzador. Y aunque Ginny sobreviviese, lo cual parecía muy improbable, quedaría inválida, viviría como un vegetal.

Apretó su mano.

«Ella no querría vivir como un vegetal. Yo tampoco querría vivir así. Yo desearía que alguien tuviera el valor suficiente para desenchufar esa máquina.»

Allí de pie junto a su amiga, Rachel se encontró cara a cara con el espectro con el que aún no se había tenido que enfrentar de cerca en su corta vida.

La muerte.

A su edad, la muerte era algo que las personas sólo consideraban de una manera fugaz. A fin de cuentas, ella era joven y estaba sana. Cosas como accidentes de coche, romperse una pierna, enfermedades, crímenes... se suponía que les pasaban a otros, a desconocidos.

Frente a frente con la guadaña de la muerte por primera vez, adoptó una actitud egoísta y se puso a analizar su propia mortalidad.

¿Qué es la vida?

De pie junto al cuerpo inconsciente de Ginny, la hostilidad se adueñó de su corazón. El cinismo que había en su interior reapareció y recorrió su conciencia como un toro enfadado. Naces y te tocan unos padres que no puedes elegir. ¿Luego qué? Pasas toda la infancia siendo ignorado y después, cuando cumples los dieciocho, te lanzan a un mundo asqueroso.

Si no tienes un montón de dinero, la necesidad de trabajar viene inevitablemente después. Así era para ella y para millones de personas. Trabajo, trabajo y más trabajo. Estaban obligados a trabajar un montón de horas al día para poder llegar a fin de mes. ¿Matrimonio? ¿Amor? ¿Realmente existían? Normalmente, era algo que se echaba a perder por culpa del inconstante corazón humano. ¿Sexo? La atracción física disminuía a medida que tu joven y firme cuerpo se marchitaba.

La vida. Era todo o nada, un ataque sin fin. Física, mental, espiritual y emocionalmente, te acaba destrozando. Y al final no te quedaba nada; todo se escapaba como la arena entre los dedos. Personas desesperadas con sus pequeñas e insignificantes vidas; todos terminarán en un agujero, en una caja de madera que alberga un cuerpo que se convertiría en comida para gusanos.

Con ese pensamiento amargo y deprimente, Rachel era incapaz de escapar del sombrío destino que algún día le tocaría vivir.

Fe. Esperanza. Creer que todo saldría bien. En aquel momento su corazón no podía albergar ninguno de esos sentimientos, y tampoco podía ponerse de rodillas y rezar a un

Dios que no creía que existiese. ¿Qué clase de deidad permitía que disparasen como a un perro a una mujer que nunca le había hecho daño a nadie?

Rachel estiró el brazo y acarició la barbilla de Ginny. Como tenía toda la cabeza vendada, era la única parte del rostro que se le veía.

—Desearía poder hacer algo por ti.

De repente sonó una alarma y Rachel olvidó sus pensamientos. Antes de que fuera capaz de entender lo que había sucedido, un aluvión de enfermeras y doctores la echaron de la habitación.

Rachel los vio trabajar a través del cristal. Aporreó frenéticamente el frío cristal pronunciado palabras incoherentes. Los médicos se gritaban los unos a los otros mientras pasaban las manos por encima del pobre y frágil cuerpo de Ginny. Aunque estuvieron con ella durante varios minutos, dio la sensación de que sólo habían pasado unos pocos segundos. Y luego todo acabó. En los monitores sólo se veían ahora líneas rectas y ceros.

Se acabó.

Ginny había muerto.

Rachel se dio cuenta porque toda la actividad que había en la habitación se detuvo de repente; los médicos negaban con la cabeza y fruncían el ceño. Un minuto viva, al siguiente, muerta. No hubo música, no sonaron campanas y silbatos, no se pronunció ningún comunicado... Sólo era un alma que había abandonado su caparazón físico.

Ginny Smithers se fue en paz y tan discretamente como había llegado al mundo...

Rachel detuvo al primer médico que salió de la habitación.

—¿Qué ha pasado?

Él sacudió la cabeza.

—Paro cardíaco —dijo simplemente—. Su corazón ha dejado de latir. Lo siento. No hemos podido hacer nada. —Apretó el hombro de Rachel suavemente y se fue. Ya había hecho su trabajo. No tenía por qué quedarse allí.

Ella se quedó mirando fijamente la estela blanca que dejó el médico al marcharse. Dejó caer los brazos, abatida.

Una de las enfermeras se acercó a ella rápidamente.

—¿Es usted familia de la señora Smithers?

Rachel asintió paralizada.

La enfermera le puso un formulario entre las manos.

—Firme aquí, por favor. ¿Se ocupará usted de los últimos preparativos?

Ella asintió de nuevo.

—Sí —murmuró—. Me ocuparé de todo.

Rachel firmó los papeles sin tan siquiera ser consciente de que tenía el bolígrafo entre las manos.

Por Dios santo, ¿no le iban a dar ni unos minutos para llorar su muerte? ¿Necesitaban la cama con tanta urgencia que se deshacían del cuerpo antes de que estuviera frío? En aquel momento dos celadores pasaron a toda prisa con una camilla y se llevaron el cuerpo de Ginny cubierto por una sábana a la morgue del hospital.

—Lamento su pérdida. —La enfermera le dio una palmadita en el brazo—. En realidad, sólo estábamos manteniéndola con vida. Estaba cerebralmente muerta cuando llegó.

—Nunca tuvo una oportunidad, ¿verdad?

—Me temo que no. Pero hicimos todo lo que pudimos para que estuviera cómoda.

—Estoy segura de que han hecho todo lo que han podido —dijo Rachel débilmente. ¿Qué narices iba a decir? Cuando se escribía la última palabra en la página de la vida de una persona, el final era el mismo para todos: morían.

Cómo y cuándo no importaba. Nadie se iba de este mundo con vida.

Capítulo 29

Tres horas más tarde, Rachel salía del hospital. Totalmente desfallecida fue en busca de su coche. Como era de esperar, había un papelito rosa en el parabrisas: una multa por haber aparcado donde no debía.

Arrugó el papel mientras maldecía en voz baja. «Ahí van otros ciento cincuenta dólares.» Bueno, por lo menos no se lo había llevado la grúa.

Se encerró en el interior del vehículo y apoyó la cabeza en el volante. Se había pasado las dos últimas horas hablando con el supervisor de la casa de acogida en la que vivía Regina, la hermana de Ginny.

Regina no sólo no se podía hacer cargo de un funeral, sino que tampoco podía reclamar las pertenencias de Ginny. Acordaron que Rachel se encargaría de recoger el apartamento de Ginny, que vendería lo que pudiera y se quedaría con el resto.

Rachel recordaba vagamente que Ginny había mencionado que tenía un seguro de vida. Si era así, supondría una carga menos para la única hermana que le quedaba con vida.

A menos que Ginny tuviera un testamento en el que especificase otras instrucciones, Rachel ya había decidido que la incineraría y le daría un servicio religioso. No sólo porque era más barato, sino porque era mucho más sencillo. Ginny nunca había creído en largos y elaborados funerales.

—Las flores son para los vivos —decía a menudo—. Es una estupidez cortarlas para ponerlas en una tumba. La gente debería regalártelas cuando aún estás viva y puedes disfrutar de ellas.

Rachel estaba de acuerdo.

Suspiró y levantó la cabeza para mirar al cielo. Estaba empezando a anochecer; la tierra se comenzaba a cubrir de un suave tono añil. La oscuridad parecía tan tranquila, tan apacible...

Nadie debería envejecer y morir.

El corazón de Rachel se tornó amargo, oscuro y duro. Sin embargo, vivimos en esta jungla urbana plagada de crimen, fealdad y odio, donde hay personas capaces de matar a una anciana.

—¡Cómo odio vivir aquí! —murmuró—. Si hubiera alguna forma de escapar, lo haría sin pensarlo dos veces.

Ojalá.

Rebuscó en el bolso hasta que encontró las llaves y arrancó el coche. Mientras se dirigía a la salida del aparcamiento, pensó en ir al apartamento de Ginny y empezar a poner sus cosas en orden.

Justo cuando estaba a punto de tomar la salida que la hubiera llevado a la ciudad, cambió de idea. Hizo un giro no permitido en medio del tráfico y tomó una dirección distinta.

Sabía a quién tenía que ir a ver.

Y sabía perfectamente por qué.

Cuando llegó al Mystique, Rachel inspiró con fuerza. ¿Estaba realmente tan loca como para tomar en consideración lo que le había ofrecido Devon? ¿Tan desesperada estaba que creía que lo que le había ofrecido era real?

Si era así, tendría que aceptar que lo que él le había dicho era verdad: que los vampiros existían. «Estás hecha para mí, para ser mi pareja de sangre —le había dicho Devon señalando la extraña marca de su muslo izquierdo—. Es la elección del destino.»

«La elección del destino es mi inocencia perdida», pensó ella.

Emitió una risilla tonta.

—¿Por qué estoy pensando en esto? —se preguntó a sí misma—. Es una estupidez.

Rachel estaba pensando en todo aquello porque tenía miedo. Tenía miedo de que la muerte llamase a su puerta algún día, miedo de morir sola y sin amor, de acabar como una vieja arrugada pudriéndose en alguna casa de acogida o, peor aún, víctima de la ira de algún maniaco.

«Yo te puedo ofrecer la eternidad —le había dicho—. Lo único que tienes que hacer es aceptar y creer.»

¿Podría hacerlo?

Rachel arrugó la frente y recordó cómo Devon había mirado dentro de su alma y había visto su infelicidad. ¿Sería porque él también había sentido lo mismo en algún momento de su vida? ¿Se habría sentido alguna vez como un intruso, siempre demasiado alejado de los otros como para sentir que formaba parte de algo? La soledad y la sensación de no haber pertenecido nunca a ningún sitio hicieron que sintiera un nudo en la garganta; era un dolor tan profundo que amenazaba con romper su frágil corazón en mil pedazos.

«El tiene razón —pensó—. Nunca he formado parte de este mundo, nunca he sido como los demás.»

Por primera vez se dio cuenta de que amaba a alguien. A Devon. Desde el primer momento en que lo vio supo que había algo diferente en él, algo que la atraía de un modo que jamás había sentido con ningún otro hombre. Y, al igual que ella, él estaba en la periferia de la raza humana, porque tampoco era como ellos.

Rachel salió del coche y corrió hasta la entrada del club. Se abrió paso entre la gente para poder entrar. La noche del miércoles no era la más ajetreada de la semana y, sin embargo, había un buen número de personas.

Pasó por la barra principal y cortó camino por la pista de baile. Cuando vio a una de las camareras dirigirse hacia ella, la saludó con la mano.

—¿Dónde está Devon? —preguntó sin aliento.

Tammy se encogió de hombros.

—No lo he visto. —Cuando advirtió la cara de preocupación de Rachel, le preguntó rápidamente— ¿Sucede algo?

Rachel suspiró con fuerza, las palabras prácticamente escapaban de entre sus labios.

— ¿Sabes si ha pasado por aquí hoy?

Tammy negó con la cabeza.

— Como ya te he dicho, no lo he visto, pero le puedes preguntar a Rosalie.

Rachel negó con la cabeza.

— No. Es privado. Tengo que hablar con él de algo importante.

— ¿Has ido a su casa?

— No, pero lo haré. Gracias.

Rachel suspiró, le dio una palmadita en el hombro a la chica y se fue.

Parecía que la eternidad se le estaba escapando de entre los dedos.

Capítulo 30

Exhausta, aparcó el coche en el solitario camino sin salida en el que ella y Devon hicieron el amor por primera vez.

Cuando salió del club, estuvo conduciendo durante horas preguntándose si debía o no ir a buscarlo a su casa. Al final decidió no hacerlo. Tenía los ojos borrosos y enrojecidos de lo mucho que había llorado aquel día. No se sentía con fuerzas para irse a casa y tampoco para ir al apartamento de Ginny.

De algún modo, volver a aquel parque parecía ser la mejor opción.

Apagó las luces y el motor y salió del coche. A su alrededor el aire era fresco y acogedor. Una ligera brisa mecía los árboles, le acariciaba suavemente las mejillas y movía su ropa. Se oían los grillos y los pájaros nocturnos entonaban sus misteriosos cánticos.

Echó la cabeza hacia atrás y se sintió sobrecogida por la vastedad del cielo, parecía infinito. «Si pudiera volar, ¿cuánto tiempo necesitaría para llegar al final del universo?», se preguntó.

Cruzó los brazos.

—A mí también me gustaría ser libre.

Rachel se estremeció.

Sintió cómo unas manos se posaban suavemente sobre sus hombros y la atraían hacia un cuerpo duro. Una conocida voz le susurró al oído:

—Yo te puedo dar esa libertad.

—¿Devon? —Rachel no había oído ningún coche, no había oído pasos acercándose por detrás y, sin embargo, sentía la solidez de su cuerpo detrás de ella. Se sentía tan bien, era una sensación tan familiar... No quería que su abrazo terminase. Jamás—. ¿Cómo me has encontrado?

El le acarició la nuca y se rió suavemente.

—Te dije que te encontraría, amor. Sólo estaba esperando a que me llamasen.

Ella temblaba; estaba convencida de que si no fuera porque Devon la estaba rodeando con sus fuertes brazos se caería al suelo.

—¿Sabías que te estaba buscando?

—Sí. —Su acento sonaba suave y sexy—. Sentía que me necesitabas con cada una de las fibras de mí ser, percibía tu búsqueda... Estás a punto de encontrarlo Rachel, de conseguir lo que siempre se te ha escapado. Yo te puedo dar eso y mucho más. Lo único que tienes que hacer es creer.

Ella se soltó de entre sus brazos y se dio la vuelta para mirarlo a la cara. Su rostro era sombrío, serio.

—Yo quiero creer... —Rachel sentía que el nudo que se le había hecho en la garganta la estaba ahogando—. Quiero escapar de este horrible y espantoso lugar.

Devon sonrió y le apartó los oscuros mechones de pelo que le caían sobre los ojos.

—No quería vivir sin ti, Rachel. —Le cogió las manos entre las suyas—. Tú eres mi alma, mi otra mitad. Si cruzas, no te arrepentirás. No volveremos a separarnos nunca más.

Capítulo 31

La habitación privada de Devon estaba cubierta de mármol y ónice en tonos blancos y negros. Era un refugio envuelto en sombras; la única luz que había era la del fuego que ardía en la chimenea. Era un lugar muy acogedor, donde sólo tenían cabida aquellos que caminaban en la noche. Estaba protegido del exterior por tupidas tollinas que no dejaban pasar la luz y silenciaban los sonidos del exterior. Una gruesa neblina de incienso dolaba en el aire; era una mezcla de sándalo y almizcle especialmente diseñada para relajar y aumentar las sensaciones eróticas.

Rachel tembló. Estudió con la mirada hasta el último rincón, atraída por la luz de la multitud de velas y del fuego que ardía en la chimenea.

—Es muy bonito —susurró—. Pero espeluznante.

Devon la tomó entre sus brazos y ella dejó de temblar.

—¿Te asusta?

Rachel asintió y hundió la cabeza en su pecho.

—Sí.

Él le besó la cabeza.

—No tienes nada que temer.

—¿Cómo sé que eso es cierto?

Devon sonrió. Su corazón se aceleró.

—Debes tener fe. Creer en mí. —Lo inundó una ola de calidez. No se podía creer que hubiera llegado el momento en el que por fin Rachel se convertiría en algo más que en su amante. Sería su pareja, su alma gemela.

Ella tragó con fuerza y se separó de él. Cruzó la habitación en dirección a la ventana, apartó las cortinas y observó la oscuridad del exterior.

—Nunca más volveré a poder exponerme a la luz del sol, ¿verdad? —Su voz sonaba curiosamente distante. Todos los músculos de su cuerpo estaban en tensión. Apenas se tenía en pie.

Él se dirigió hacia ella y le puso las manos sobre los hombros. Rachel tembló. Devon esperaba poder aliviar aquel temblor.

—No. Aunque podemos desplazarnos de un sitio a otro durante el día, la exposición directa al sol puede resultar mortal para nuestra especie.

Ella suspiró y dejó caer la cortina.

—Supongo que no lo echaré mucho de menos. Tampoco he sido nunca una amante incondicional del sol.

Devon suspiró. Debía ser honesto con ella.

—Tenemos nuestras debilidades —explicó—. Pero también tenemos muchos puntos fuertes. Mientras los humanos envejecan y mueran a tu alrededor, tú vivirás sin inmutarte y tu juventud permanecerá intacta. Y no volverás a ser un espíritu vulgar nunca

más. Podemos dominar los elementos y utilizar el viento para desplazarnos por todo el planeta. Descendemos de quienes, hace mucho tiempo, viajaban libremente por los cielos.

Las lágrimas asomaron a los ojos azules de Rachel. Apenas podía creerlo. Aún no.

—Parece increíble.

Devon abrió más las manos. Le empezó a palpar la cabeza. Se estaba mareando y le dolía el estómago. Si Rachel cambiase de idea, no la presionaría. Tenía que tomar la decisión por sí misma. No quería que se arrepintiera más tarde.

—No puedo obligarte a creerlo. Debes aceptarlo sólo a través de la fe.

Ella lo miró fijamente a los ojos; no creía mucho en la fe.

—¿Tú creíste?

—Yo estaba preparado para aceptarlo cuando Ariel entró en mi vida. Para mí el mundo se había convertido en un lugar pesado y aburrido, y el cielo no me ofrecía garantías.

—Ariel. —Rachel se alejó, pero apenas había dado algunos pasos cuando se volvió para mirarlo de nuevo a los ojos—. Tu señora. Ya me hablaste de ella.

—Sí.

Rachel sentía curiosidad.

—¿Y realmente sucedió hace tanto tiempo?

—Sí. No te miento cuando te digo que tengo casi ciento cincuenta años.

—¿Dónde está ella ahora?

Devon se puso tenso. La ira se apoderó de él.

—Está muerta. —Antes de que Rachel pudiera formular otra pregunta, él le explicó el resto de la historia—. Aprenderás que hay algunas personas que conocen nuestra existencia y que no aceptan nuestro derecho a vivir en la Tierra. Su sagrada misión es destruirnos. Ellos me arrebataron a Ariel. Fue destruida por esos asesinos como un animal rabioso. No estuvimos juntos durante mucho tiempo...

Se hizo el silencio.

Ariel había muerto hacía mucho tiempo, pero la herida que dejó en su corazón le dolía como si sólo hubiera pasado un día. Había creído que nada podría aliviar aquel dolor. Pero ahora tenía la esperanza de que eso no fuera así.

Ahora la mujer que había estado buscando tan obcecadamente durante tantos años estaba de pie frente a él. En carne, huesos y sangre.

Y estaba deseando ser suya.

—Lo siento. No debería haber preguntado. —Rachel tembló y cruzó los brazos—. Si no me hubieras encontrado esta noche, no sé lo que habría sido capaz de hacer. No puedo soportarlo más. Ya he tenido más que suficiente de esta existencia. —Empezó a sollozar.

Devon le acarició la mejilla.

—Tu antigua vida está a punto de acabar. Empezarás una nueva.

Ella lo miró a través de las lágrimas.

—¿Me lo prometes?

Devon miró fijamente sus ojos azules. Su iris estaba fragmentado por rayas plateadas que recordaban al océano iluminado por la luz de la luna; cada vez que la miraba se perdía

en sus profundidades. Sintió el dolor que había en el interior de Rachel, sabía que lloraba por un mundo que no podía entender porque, en realidad, no formaba parte de él.

—Lo prometo.

Para tranquilizarla, le echó la cabeza hacia atrás y le dio un suave y dulce beso. Ella emitió un sofocado jadeo de sorpresa y placer cuando él deslizó los labios por su cuello y le lamio la pequeña cicatriz que tenía en el cuello. Devon percibió los frenéticos latidos del corazón de Rachel y su respiración discordante. Aunque sentía deseo, ella tenía miedo de él y de la decisión que había tomado.

Devon le desabrochó la blusa y deslizó las manos por debajo para acariciarle los pechos.

Rachel presionó su cuerpo contra las manos de Devon ofreciéndose en sacrificio. El casi se derritió cuando ella lo miró; la pasión que veía en su rostro le provocó una conocida sensación de calor en la ingle.

«Aún no», se recordó a sí mismo. Primero debía hacerla cruzar y luego la poseería. Tenía que centrar sus energías en la conversión de Rachel.

Si se desconcentraba, podía perderla.

Le quitó la blusa, le bajó la cremallera de la falda y la ayudó a quitársela. Luego siguió haciendo lo mismo con el resto de la ropa hasta que quedó totalmente desnuda y vulnerable ante él.

Le recorrió el cuerpo con la mirada.

—Eres tan hermosa...

Ella se tocó una de las cicatrices que tenía en el vientre y se sonrojó.

—¿Incluso con todas estas señales en el cuerpo?

Él la cogió por las caderas.

—Eres más hermosa por haberlas soportado tan bien.

Devon la cogió en brazos, la llevó hasta la cama y la dejó suavemente en el centro del colchón. Cuando ella estuvo cómoda, él cogió una suave correa de piel que estaba atada a uno de los postes del cabecero. Le ató la muñeca izquierda con ella y apretó la hebilla con fuerza.

Rachel miró la correa.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó nerviosa. No intentó resistirse mientras él le ataba la muñeca derecha. La rigidez en la mandíbula de Rachel y el modo en que apretaba los labios denotaban preocupación.

Devon se echó junto a ella apoyándose sobre el codo y le acarició la mejilla. Ella tembló ligeramente.

—Esto es para que no te hagas daño cuando cruces.

Rachel emitió un doloroso suspiro.

—¿Qué es lo que va a pasar?

Por su tono de voz él sabía que estaba asustada, pero que trataba de controlar su miedo.

Devon tuvo que mentir.

—Será muy placentero para ti.

Rachel se relajó un poco. Esbozó una triste sonrisa.

—Eso no suena del todo mal. Puedo soportar el placer.

Él dirigió su mano hacia la suave curva de su pecho y le acarició el pezón hasta que se endureció.

—Primero tengo que llevarte hasta el orgasmo. Cuando tus energías alcancen el punto más alto, beberé de ti e introduciré tus esencias en el interior de mi cuerpo.

Rachel tragó con fuerza.

—¿Y luego yo beberé de ti?

Devon, luchando por mantener un tono de voz calmado, inspiró con fuerza. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que introdujo a un miembro en el colectivo. Algunos Kynn no conseguían realizar el proceso correctamente. Si cometía un solo error, el alma se desvanecería como el humo.

—Sí. Cuando hayas tomado mi aliento y mi sangre, tu conversión será completa.

Rachel se permitió esbozar una pequeña sonrisa.

—Eso no suena tan terrible.

Devon casi tuvo que morderse la lengua para no ponerse a gritar que la estaba engañando y que, aunque valía la pena, la conversión sería dolorosa. No se atrevió a decirle que tenía que quitarle la vida, matarla para poder resucitarla.

—¿Crees que lo que he dicho es cierto?

Ella parpadeó excitada y asustada; estaba intrigada, pero también tenía muchas dudas sobre lo que estaba por venir.

—Sí.

—Bien.

Para relajarla, le acarició el pecho.

Rachel jadeó.

—Siempre me tocas justo donde debes.

—El placer es todo mío.

Devon posó los labios sobre uno de sus pezones. Chupando, lamiendo, provocando, cogió el pezón entre sus dientes y luego lo succionó con los labios.

Rachel emitió un quejido.

—Cómo me gusta...

Él le mordisqueó el cuello y luego se dirigió hacia el lóbulo de su oreja.

—Para eso lo hago. —Le pasó la lengua por detrás de la oreja iniciando un delicioso juego erótico.

Rachel gimió y arqueó la cadera.

—Tócame, por favor. —El destello de anticipación en sus ojos era inconfundible.

—Paciencia.

Devon besó y mordisqueó su abdomen. Rachel inspiró con fuerza. Él descendió, sintiendo cómo temblaba. Le besó suavemente el vientre y, poco a poco, fue bajando hasta las suaves curvas que cubrían su húmedo sexo.

Rachel gimió y separó las piernas. Intentó presionar su cuerpo contra el de Devon, pero las correas la tenían firmemente sujeta a la cama.

Como recompensa, él le besó la cara interior de los muslos. Rachel se estremeció. Cuando él deslizó los dedos por entre sus piernas abiertas, se le aceleró la respiración. Su clítoris tembló bajo las yemas de sus dedos.

—¿Te gusta?

—¡Oh, sí!

Devon introdujo un dedo entre los suaves pétalos de su vagina. Más calidez húmeda. Le abrió el sexo utilizando el pulgar y el índice. Puso la boca sobre su clítoris.

Ella abrió los ojos de golpe.

—¡Oh, Dios!

Mientras el placer se deslizaba deliciosamente por su cuerpo, Rachel se retorció y abría y cerraba las manos atrapadas por las correas. Como no se podía soltar, emitía quejidos y se retorció intentando presionar sus caderas contra la cara de Devon. Él la lamió con más intensidad y consiguió que el pequeño botón se hinchase y palpitase anhelante.

Rachel levantó las caderas de la cama tratando de encontrar su boca. Llegó a los límites de su autocontrol. Su cuerpo se puso rígido cuando el orgasmo la recorrió y sus desnudos pechos se elevaban cada vez que jadeaba intentando respirar.

—Te quiero dentro de mí. Por favor... —le suplicó.

Devon se lamió los labios y se alejó.

—Aún no.

Se puso de rodillas. Una de sus rodillas presionaba el sexo de Rachel proporcionándole una superficie firme sobre la que poderse frotar. Sus fluidos dejaron una mancha húmeda en los pantalones de Devon; la esencia de los almizclados fluidos de Rachel se mezclaba con el olor del incienso.

Devon metió la mano bajo la almohada y sacó la cuchilla.

Ella abrió los ojos desmesuradamente cuando la vio y emitió un ligero silbido.

Devon la cogió por el cuello y le empujó la barbilla hacia arriba.

—Lo siento.

Rachel no tuvo tiempo de chillar.

Con un rápido movimiento, Devon le hizo un corte en el cuello. La cálida sangre se deslizó por la pálida piel de Rachel. Él presionó sus labios sobre el corte y bebió.

La vida carmesí llenó su boca de calor.

Cuando hubo bebido la sangre suficiente, levantó la cabeza. La sangre de Rachel le teñía la boca.

No había tiempo para vacilar.

Posó su boca sobre la de Rachel y dejó que ella probase su propia sangre mezclada con sus fluidos femeninos.

Rachel aceptó el beso con gula; le chupó la lengua e intentó beberse hasta la última gota.

El cielo sólo estaba a un paso.

El infierno tenía un precio.

Devon se separó. Volvió a coger la cuchilla y se hizo un corte en la palma de la mano.

—Ahora debes cruzar.

Con el brazo tembloroso, Devon colocó la mano sobre la boca de Rachel y su sangre goteó sobre sus labios.

Ella bebió.

Devon cerró la mano y cortó el flujo de sangre. Cuando la volvió a abrir, no había ninguna cicatriz en ella.

Rachel apenas había tragado, pero su cuerpo se convulsionó y el cuello se le puso rígido.

—¡Oh, Dios mío! —Sintió miedo y también se sintió traicionada; tenía los brazos doloridos por haber intentado liberarse de las ataduras. Había estirado mucho de las correas y tenía gotas de sudor en la piel.

Devon se sentía mal. No había nada que pudiera hacer mientras ella moría. La miró con atención; conocía muy bien su agonía. El también la experimentó una vez.

Un grito brotó de los labios de Rachel, largo y fuerte, el llanto agónico de un alma maldita.

—¡Qué me está pasando! Tengo frío... Oh, Dios, mucho frío... ¡Me está comiendo por dentro!

Devon le acarició la frente intentando calmarla.

—Lo siento. —Al darle de beber su sangre, lo que había hecho era introducir un virus mortal en su organismo. Era como un ácido que recorrería las venas de Rachel; su sangre se la comería por dentro, mataría sus células y las reemplazaría por una mutación alienígena, inhumana.

Los minutos pasaron con agónica lentitud.

Devon vio cómo su carne palidecía, cómo su pecho caía mientras su corazón dejaba de latir. Aquella era la parte más dura de la conversión: la asfixia del propio cuerpo matándose a sí mismo. Al ser privada de aire, la química de la sangre cambiaba temporalmente. Cuando el cerebro era privado de oxígeno, la víctima experimentaba una sensación de euforia y mareo y se desinhibía.

Rachel se retorció sólo unos pocos minutos más. Luego se quedó inmóvil, muerta. Su última expresión fue de confusión, como si se hubiera quedado perpleja ante el engaño de Devon.

Él suspiró.

—Siempre he odiado esta parte.

Capítulo 32

Devon le desató las muñecas, cogió su débil cuerpo en sus brazos y la sentó como pudo. Le limpió la humedad de la frente y puso su boca sobre la de Rachel para compartir su aliento, para obligarla a volver a respirar.

Como Rachel no respondió inmediatamente, él temió que no hubiera cruzado intacta.

Devon le dio una pequeña bofetada en la mejilla para conseguir penetrar en su estupor.

—Venga, maldita sea. No te me vayas.

Las pestañas de Rachel se movieron. Su cuerpo empezó a responder y tomaba bocanada tras bocanada de precioso aire. Emitió un pequeño gemido. Sus labios comenzaron a moverse y se le escapó un susurro:

—¿Devon?

El se sintió aliviado.

—Has cruzado, amor. Ya está. —Se desabrochó la camisa. Cuando su pecho quedó al descubierto, se hizo un corte justo por encima del pezón derecho y guió los labios de Rachel hasta él. Sintió cómo ella se ponía tensa e intentaba soltarse, pero estaba demasiado débil para resistirse.

—No... Duele demasiado.

Devon presionó de nuevo los labios de Rachel sobre el corte y la obligó a beber.

—Ahora no te dolerá. Necesitas recuperar las fuerzas.

Rachel vaciló, pero luego se dejó llevar por la necesidad y lamió su sangre. El sentía cómo la lengua suave y cálida de Rachel se deslizaba sobre su piel.

Mientras ella bebía, él le acarició la nuca y cerró los ojos dejándose llevar por una suprema sensación de paz.

Cuando Rachel se separó de él, su piel había vuelto a adquirir su bello tono rosáceo. Le brillaban los ojos y veía el mundo a su alrededor con nueva claridad.

Devon le cogió la cara con las manos y le preguntó:

—¿Cómo te encuentras?

Sin decir una palabra, ella se tocó los labios con los dedos. Cuando apartó la mano, observó la sangre que le manchaba las yemas. Luego dirigió la mano hacia el corte que él se había hecho en la piel. La sangre estaba dejando de brotar y el corte se estaba curando. La mirada de Rachel descendió. Un pequeño grito de sorpresa escapó de sus labios y una ligera sonrisa le curvó los labios.

—Tienes una marca como la mía —murmuró.

—Sí. La tengo desde el día en que nací.

Rachel la acarició mientras la examinaba.

—Es igual que la mía, pero ligeramente distinta.

Devon levantó la mano y le enseñó el anillo de sello que llevaba.

—Al unir tu marca con la mía aparece esta señal. Es un símbolo de equilibrio, de conclusión.

El asombro coloreó los rasgos de Rachel.

—¿Por qué no me habías explicado esto antes?

—No quería que te sintieses manipulada —dijo Devon suavemente—. Pero tal vez, si te lo hubiera dicho antes, lo hubieras entendido mejor. No todos los Kynn llevan la marca, sólo aquellos elegidos para un propósito especial.

—¿Cómo? —Empezó a decir Rachel—. ¿Qué propósito?

Devon negó con la cabeza.

—¿Cómo puede uno cuestionar las estrellas del cielo o el nacimiento del sol que nos regala un nuevo día? Algunos dirían que es la mismísima mano de Dios, pero no te lo puedo asegurar. Yo sólo sé que a veces encontramos a nuestra verdadera pareja de sangre.

Un ligero rubor trepó por las mejillas de Rachel enrojeciendo y calentando su piel.

—¿Yo soy eso para ti?

—Sí, amor. Y mucho más.

Devon se levantó de la cama y se desnudó. Su ropa se reunió con la de Rachel en el suelo.

Rachel lo recibió con los brazos abiertos y se acurrucó contra su pecho.

—Bienvenido de nuevo.

Devon deslizó la mano por las curvas de sus pechos y finalmente la posó en su vientre. Su polla tenía vida propia; se endurecía y anhelaba ser rodeada por los exquisitos labios de Rachel.

Ella le sonrió y le tocó la cara. Sus ojos brillaban dilatados por la excitación. La nerviosa energía de su último encuentro había desaparecido y compartían una agradable sensación de confianza. Ahora que ya estaban unidos ya podían hacer el amor sin necesidad de que uno tuviera que debilitar al otro.

Muy pronto la tendría que compartir con otros y enseñarle cómo sustentar su nueva vida introduciendo en su cuerpo las energías de los mortales.

No le cabía ninguna duda de que sería una alumna aventajada.

Pero de momento Rachel era suya. Sólo suya.

Deslizó las manos por su flexible cuerpo desnudo. Sus pezones sobresalían. Posó sus labios sobre el más cercano.

Rachel se retorció de placer.

—Siempre tienes que empezar tú.

Devon lamió el tierno pezón con la lengua y deslizó la mano hacia la entrepierna de Rachel.

—¿Acaso el derecho de un marido no consiste en poder disfrutar del cuerpo de su mujer de la manera que quiera?

Ella abrió mucho los ojos. Incrédula, se lo quedó mirando fijamente.

—¿Marido?

Devon se rió encantado.

—¿Cuál es el problema? ¿No soy lo suficientemente bueno para ti?

Ella cerró los ojos un segundo. Tragó con fuerza y luchó contra las muchísimas emociones que se agolpaban en su interior. Demasiadas cosas demasiado pronto.

—Esto es increíble.

Devon alargó el brazo y le acarició suavemente la barbilla y la curva del cuello.

—Teniendo en cuenta que acabas de entrar en un nivel de existencia nuevo, creo que una propuesta de matrimonio es la parte más sencilla de comprender. Quiero casarme contigo. —Hizo una pausa—. Obviamente, si tú me aceptas. —La miró y esperó.

Esperanzado.

Los ojos azules de Rachel, brillaban con intensidad. Le regaló una sonrisa; estaba tan contenta...

—¡Oh, sí! ¡Me casaré contigo!

Él la acercó hacia su erección. Su polla palpitaba y cada vez estaba más dura.

—Espero que no te importe que celebremos primero la luna de miel. No creo que pueda aguantar ni un minuto más.

—¿Y a qué esperamos entonces? —dijo ella sonriendo.

Claro.

Cegado por la pasión, Devon la besó. Su boca rodeó la de Rachel y se deleitó en su sabor. Ella metía y sacaba la lengua de su boca provocándole un agradable hormigueo que le recorría el cuerpo. Se dieron un festín el uno en los labios del otro. El deseo que sentían aumentó debido a aquel largo y profundo beso.

Devon la agarró del pelo y luchó por controlar el violento impulso que sentía de penetrarla de una sola y profunda embestida. Introdujo suavemente su erección dentro de Rachel, deleitándose en el modo en que su estrecho sexo le permitía la entrada.

Ella se arqueó debajo de él.

—¡Joder, qué largo eres! —Su sonrisa se acentuó—. Puedo sentir cada uno de tus centímetros.

—Eres tan hermosa... —Una lasciva ferocidad hizo temblar su voz—. Te he deseado desde el primer momento en que te vi. —Empujó las caderas con más fuerza.

Rachel arañó su espalda y su culo con sus largas uñas. Justo como él imaginaba que sucedería.

—Soy tuya para siempre.

Devon sacudió la cadera.

—¿Crees que podrás aguantarme durante un siglo o dos?

Ella abrió mucho los ojos.

—¿De verdad viviré tanto que veré pasar siglos?

El bajó la cabeza hasta que sus labios estuvieron a sólo unos centímetros de los de Rachel, cuya mirada destilaba emoción.

—Eso y mucho más.

En el rostro de Rachel se dibujaron cientos de expresiones simultáneas. Tenía los ojos nublados por el placer y le sonrió.

—Siempre que estemos juntos. —Sus músculos interiores se contrajeron y absorbieron el miembro erecto de Devon.

A él le temblaban los muslos y sacudió la cadera.

—Juntos para siempre. —Un escalofrío le recorrió la espalda y aumentó el ritmo.

Rachel respondió a sus sacudidas con un movimiento instintivo. Su cabeza volvió a descansar sobre la almohada. Sus labios colisionaron con los de Devon, mientras aceptaba cada uno de los centímetros que él podía ofrecerle y pedía más. Sus uñas dibujaron rojas marcas sobre la piel de su amante.

Devon sonrió entre dientes, cogió las manos de Rachel y se las pasó por encima de la cabeza.

—Ya sabía que mi gatita tenía uñas. —Tratando de darle todo lo que tenía la agarró por las muñecas con fuerza.

Ella, con las mejillas enrojecidas, se retorció bajo su peso.

Devon, sin compasión, empujó con más fuerza introduciéndose en ella tan profundamente como le era posible. Su cadera rozaba la de Rachel; el sudor provocado por el deseo se pegaba en su piel. La tensión en su interior aumentó. Sus testículos se contrajeron y supo que no podría aguantar mucho más.

Sin previo aviso, un giro dimensional pareció tomar el control. Una sensación de unión y compromiso los fusionó. Sus mentes se unieron en un nivel de existencia intangible; viajaron más allá del plano físico y entraron en el astral. Se los tragó un cielo infinito, un vasto espacio. Lejos, en la distancia, una gran bola brillante irradiaba energía.

El núcleo de la creación.

Una dolorosa sensación de reconocimiento recorrió los sentidos de Devon. Él no tenía miedo.

Cerró los ojos, pero podía ver a Rachel a través de los brillantes colores que envolvían su cuerpo. Su imagen era suave y transparente y brillaba con fuerza. La energía que la rodeaba parecía flotar, palpar y vibrar, y penetraba los sentidos de Devon del mismo modo que la suave brisa de verano acaricia la piel.

El brillo del núcleo invadió sus sentidos.

Intensos. Alerta.

La excitación de ambos creció y se expandió. La energía que los rodeaba ardió.

Sus cuerpos se separaron y luego volvieron a unirse fundiéndose en una sola unidad. Tocándose. Demandando. Respondiendo. La cama tembló bajo sus cuerpos. Luego una chispa carmesí cubrió el brillante núcleo de un forro dorado.

Rachel se puso tensa de golpe. Estremecida por el clímax, dejó escapar un grito de puro placer primitivo. La energía corría por sus venas y provocó una oleada de calor que se desplazó por su cuerpo como si de fuego puro se tratara. En aquel mismo segundo Devon experimentó, a través de Rachel, una explosión de conciencia adquirida cuando el alma entró en el colectivo Kynn. El aumento de la conciencia de reino incorpóreo era abrumador y estremecedor al mismo tiempo.

Devon, entrando y saliendo del cuerpo de Rachel una vez más, se abandonó a su propia necesidad. El orgasmo lo deslumbró: una explosión de luz y color. Su polla dejó salir un chorro de energía líquida. Totalmente receptivo, el útero de Rachel se convirtió en su templo, y su carne en la rica tierra que nutriría su semilla.

Cuando todo acabó, se quedaron juntos. Sólo respiraban. Sólo existían. Devon había cambiado de postura y estaban uno al lado del otro con los brazos entrelazados.

El saboreó cada curva, cada femenino ángulo de su cuerpo, desde sus generosos pechos hasta sus largas y torneadas piernas. El vacío que tenía en el corazón por fin había desaparecido. Se volvió a excitar.

No podía dejar de tocarla. Deslizó los dedos por sus mejillas y recorrió sus labios.

—¿Cómo estás?

Rachel se removió bajo su caricia.

—No estoy muy segura. —Se le hizo un nudo en la garganta. Un pequeño escalofrío recorrió su cuerpo antes de que se le escapase una lágrima y rodase por su mejilla. Una extraña mirada le nubló los ojos. Volvió rápidamente la cabeza intentando esconder la cara.

Devon, preocupado, le quitó el pelo de la cara, tratando de desenredárselo suavemente. La conversión siempre era dura. A veces la fusión en cuerpo, alma y espíritu resultaba complicada. Todo había cambiado en su vida. Era normal apenarse por la mortalidad perdida.

—¿Estás bien, amor?

Suavemente contestó. Las lágrimas inundaban sus ojos azules.

—No puedo creer que esto esté sucediendo. —Se mordió el labio inferior—. No parece real. Tú no pareces real. Tengo la sensación de que me voy a despertar y todo habrá desaparecido.

A Devon se le encogió el corazón y la tomó por la mejilla.

—Esto no acabará jamás. Cuando un Kynn toma a una pareja, es para siempre.

Ella le regaló una tímida sonrisa y Devon sintió el deseo de entregarse a sus exquisitos labios.

—Para siempre —dijo Rachel—. Y un día. Eso es cuanto quiero que dure. Para siempre y un día.

Devon agachó la cabeza y paseó los labios por su cuello. Sus sentidos estaban a punto de estallar y su corazón también.

—Y así es como será, amor.

Rachel deslizó la mano y se acarició el vientre; suave. Una tímida sonrisa le curvó los labios como si fuera una niña con un deseo secreto.

—Cuando has llegado al clímax, he sentido que algo ocurría en mi interior, algo que no había sentido nunca.

El sonrió y arqueó una ceja.

—Un orgasmo, espero.

Ella suspiró como cogiendo fuerzas.

—No, después de eso, he sentido algo más. Como una nueva energía, una nueva vida que entraba en mi interior.

—En esencia, así ha sido.

Rachel negó con la cabeza; sus ojos azules lo miraban muy serios.

—No, Devon. Fue algo más, otra cosa. Algo que sólo puede sentir una mujer. —Se ruborizó un poco más—. Dicen que una mujer sabe cuándo sucede.

Las palabras de Rachel seducían. La curiosidad se apoderó de Devon.

—¿Cuándo sucede?

Rachel, con la mirada clavada en él, asintió.

—El momento en que concibe —dijo muy seria.

Devon negó con la cabeza.

—Los Kynn no se pueden reproducir. —Pero la incredulidad desapareció cuando vio el brillo en los ojos de Rachel. Estaba radiante por la posibilidad. Las esperanzas y los sueños de una mujer.

Rachel recorrió la marca que Devon tenía en el pecho con los dedos y luego se tocó la que ella tenía en el muslo.

—Lo dijiste tú mismo. Los dos tenemos una marca que completa al otro.

Devon no sabía qué decir. Todo parecía estar encajando con asombrosa precisión. Como si el destino lo hubiera elegido. Inspiró con fuerza y dijo lentamente:

—Nuestra especie está al borde de la extinción. La habilidad para reproducirse brindaría una nueva prosperidad a los Kynn como raza.

La voz de Rachel era ronca y baja.

—No puedo explicar lo que ha sucedido, sólo te puedo decir que ha sido increíble. —Lo miró y sonrió—. Pero yo sé lo que he sentido. Electricidad, como si me hubiera agarrado a un cable de alto voltaje. Una explosión ha recorrido mi útero.

Devon no dudaba de lo que ella decía. En cuestión de segundos notó un gran nudo en la garganta provocado por el amor que sentía por aquella mujer. Todo parecía ser tan perfecto entre ellos... La fusión de dos almas concebidas para estar juntas. Para siempre. No quería que aquel momento acabase nunca.

La recorrió con la mirada, explorando minuciosamente sus pechos, deteniéndose en el monte de Venus; un paseo sexy y seductor.

El cuerpo de Devon se tensó automáticamente. ¿Qué aspecto tendría Rachel con una gran barriga? Si aquello era cierto, ambos podrían vencer la enfermedad que pesaba sobre los Kynn desde su creación.

No sabía la respuesta a ninguna de aquellas preguntas, pero quería averiguarlo.

Devon la atrajo hacia sí, la acarició y le murmuró al oído:

—Espero que tengas razón. —Deleitándose en el contacto con su piel, le cogió un pecho. Pesado, suave y femenino. Su pezón se puso erecto cuando lo acarició con los dedos. «Hecho para amamantar a un niño», pensó.

La anticipación dio a su cuerpo renovadas fuerzas. Querían explotar de deseo. La sangre de su cabeza se desplazó hasta su miembro. La firme convicción de Rachel provocaba en él la necesidad de insistir en la posibilidad.

Rachel esbozó unos sensuales pucheros y buscó entre los muslos de Devon con la mano.

—Algo ha ocurrido en mi interior. —Rodeó su longitud con la mano. Su caricia quemaba la piel de Devon—. Y volverá a suceder.

Sus miradas se encontraron, entre ellos se estableció una silenciosa comunicación y sus mentes se unieron de nuevo.

—Deberíamos volver a probar. —Ella lo besó con ternura.

Una sacudida de necesidad volvió a incendiar el cuerpo de Devon.

—No tenemos nada que perder...

Devon se tumbó sobre su espalda y puso a Rachel sobre él. Así podría disfrutar de la vista mientras recibía placer.

—Qué ganas tenía de hacer esto...

Rachel sonrió mientras abría las piernas y se colocaba de rodillas sobre la cadera de Devon.

—Eres insaciable —se rió casi sin aliento mientras con sus manos guiaba la polla hasta su húmeda abertura—. Tampoco es que tenga ninguna queja...

Devon gimió cuando ella se sentó sobre su miembro erecto. La conexión entre las distintas partes de sus cuerpos se produjo sin problemas.

—Si las tienes, amor, tendrás que hablar con los altos mandos.

Con la polla totalmente enterrada en el interior de Rachel, sintió cómo sus húmedas y dulces profundidades lo rodeaban como un guante de terciopelo. Sus caderas se movían rítmicamente sobre él, provocándole oleadas de placer que recorrían su cuerpo. Una líquida fricción mantenía su movimiento en sincronía. Las sensaciones se multiplicaban. Más intensas. Más excitantes.

En pocos minutos, el placer dejó de hervir para empezar a arder.

Rachel se inclinó hacia delante. Le regaló una encantadora sonrisa y deslizó las manos por sus hombros y su pecho. Con sus cálidas manos jugueteó y retorció los pequeños pezones. Luego retomó el hilo de lo que estaban hablando y dijo:

—¿Crees que lo estamos haciendo bien?

Devon sonrió disfrutando del placer que les proporcionaba la unión de sus cuerpos. Nunca se había sentido tan increíblemente feliz. Ni tan... —¿se atrevía a pensarlo?— completo. Su corazón rebosaba de una felicidad que jamás pensó que podía conseguir un hombre. La idea de convertirse en padre lo asustaba y lo emocionaba al mismo tiempo.

Embriagado por la emoción, buscó el vientre de Rachel con la mano y la posó sobre él. Al tocarla notó algo parecido a una corriente eléctrica. Una magia tan antigua como el mismísimo universo tomó el control. Definitivamente, alguna cosa estaba ocurriendo. El clímax reapareció.

—No lo sé —dijo él emitiendo un esforzado gemido—. Pero lo que está clarísimo es que lo vamos a intentar.

FIN